

# Para comprender la historia

Juan Brom



Grijalbo

EDICIÓN ACTUALIZADA  
Y ENRIQUECIDA

**Juan Brom**

**Para comprender  
la historia**

**Grijalbo**

## **PARA COMPRENDER LA HISTORIA**

Primera edición publicada por Editorial Nuestro Tiempo, 1972

D.R. © 2003, por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.  
(Grijalbo Mondadori)  
Av. Homero núm. 544,  
Col. Chapultepec Morales, C.P. 11570  
Miguel Hidalgo, México, D.F.

[www.randomhousemondadori.com.mx](http://www.randomhousemondadori.com.mx)

*Este libro no puede ser reproducido,  
total o parcialmente,  
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-1586-9

IMPRESO EN MÉXICO

A  
*Rocío Citlali*  
y  
*Yara Amelia,*  
*mis hijas*

A todos los que luchan por comprender  
el devenir del hombre,  
para hacerlo plenamente humano

## PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE

¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?  
En los libros se mencionan los nombres de los reyes.  
¿Acaso los reyes acarrearón las piedras?  
Y Babilonia, tantas veces destruida,  
¿quién la reconstruyó otras tantas? ¿En qué casas  
de Lima, la resplandeciente de oro, vivían los albañiles?  
¿Adonde fueron los constructores la noche  
que terminaron la Muralla China?  
Roma la magna está llena de arcos de triunfo.  
¿Quién los construyó?  
¿A quién vencieron los Césares? Bizancio, tan loada,  
¿acaso sólo tenía palacios para sus habitantes?  
Hasta en la legendaria Atlántida,  
la noche que fue devorada por el mar,  
los que se ahogaban clamaban llamando a sus esclavos.  
El joven Alejandro conquistó la India.  
¿Él solo?  
César venció a los galos;  
¿no lo acompañaba siquiera un cocinero?  
Felipe de España lloró cuando se hundió su flota.  
¿Nadie más lloraría?  
Federico Segundo venció en la Guerra de Siete Años.  
¿Quién más venció?

Cada página una victoria.  
¿Quién guisó el banquete del triunfo?

Cada década un gran personaje.  
¿Quién pagaba los gastos?

Tantos informes,  
tantas preguntas.

Bertolt Brecht

# Índice

<i>Presentación</i> .....	15
<i>Reconocimientos</i> .....	19

## PRIMERA PARTE LA CIENCIA DE LA HISTORIA

1. Qué es la historia .....	23
<i>La indagación del pasado</i> .....	23
<i>¿Arte, ciencia, fantasía?</i> .....	24
<i>¿Qué estudia la historia?</i> .....	28
2. Algo sobre la historia de la historia.....	29
3. Historia, ¿para qué? .....	37
<i>La deformación histórica</i> .....	37
<i>Utilidad de la historia</i> .....	38
<i>Una consideración sobre las leyes científicas</i> .....	41
<i>La difusión del conocimiento histórico</i> .....	43
4. La labor del historiador .....	47
<b><i>La materia prima del trabajo histórico</i></b> .....	47
<i>Las fuentes</i> .....	47
<i>La crítica de los datos</i> .....	48
<i>Las ciencias relacionadas</i> .....	50
<b><i>El historiador frente a los datos</i></b> .....	51
<i>La interpretación</i> .....	51
<i>¿Interpretación imparcial?</i> .....	52
<i>La objetividad</i> .....	56
5. Las grandes divisiones de la historia .....	57
<i>División por grupos humanos y por regiones geográficas</i> .....	57
<i>División por temas y por actividades</i> .....	57
<i>División por periodos</i> .....	59

SEGUNDA PARTE  
LOS GRANDES PERIODOS HISTÓRICOS

6. La aparición del hombre .....	69
7. La comunidad primitiva; recolectores y cazadores .....	73
8. La comunidad primitiva productora; las primeras divisiones sociales del trabajo .....	77
<i>Las ciudades</i> .....	79
9. El “modo asiático de producción” .....	81
10. La visión histórica de un fisiólogo .....	85
<i>De la recolección a la producción</i> .....	86
<i>Las enfermedades</i> .....	87
<i>La escritura</i> .....	87
<i>Las armas</i> .....	88
<i>Organización social y poder</i> .....	88
11. La antigüedad esclavista .....	91
12. El régimen feudal .....	97
<i>Del feudalismo al capitalismo</i> .....	100
13. El sistema capitalista .....	101
<i>La formación del capitalismo</i> .....	101
<i>Las características del capitalismo</i> .....	104
<i>La expansión por el mundo. El sistema colonial</i> .....	105
<i>El capitalismo monopolista</i> .....	108
<i>La situación actual</i> .....	111
<i>Problemas del capitalismo</i> .....	114
<i>Otros aspectos destacados de la situación del mundo a principios del tercer milenio</i> .....	117
14. El socialismo .....	121
<i>Otros planteamientos socialistas</i> .....	124
<i>Socialismo y comunismo</i> .....	125

TERCERA PARTE  
LA DINÁMICA DEL DESARROLLO SOCIAL

15. Distintas opiniones acerca del movimiento histórico .....	129
16. Dos opiniones de actualidad .....	133
<i>Fukuyama</i> .....	134
<i>Huntington</i> .....	136
<i>Coincidencias y diferencias de los dos autores</i> .....	140
17. El hombre, ser social .....	143
18. Los elementos que influyen en la sociedad .....	147
<i>Los factores naturales</i> .....	147
<i>Los factores sociales de la evolución</i> .....	151
<i>El conjunto de los factores</i> .....	152

19. Los cambios de las fuerzas productivas .....	155
20. Las clases sociales en el desarrollo humano .....	161
<i>Espíritu de la sociedad y conciencia de clase</i> .....	171
21. Naciones, razas, religiones y clases sociales .....	175
“ <i>Naciones explotadoras y naciones explotadas</i> ” .....	175
<i>La discriminación</i> .....	177
22. El conjunto de los elementos en la evolución de la sociedad .....	179
<i>Base y supraestructura</i> .....	179
<i>El Estado</i> .....	180
<i>Las clases subordinadas y el Estado</i> .....	181
<i>Cultura, ideologías y cambios políticos y sociales</i> .....	183
<i>Evolución de la relación entre la base y la supraestructura</i> .....	184
<i>La evolución de la base y la cultura</i> .....	185
<i>¿Evolución o revolución?</i> .....	187
23. ¿Libertad del hombre en la historia? .....	191
24. Una visión general y una perspectiva .....	195

#### CUARTA PARTE REFLEXIONES FINALES

25. Resumen y conclusiones .....	203
----------------------------------	-----

#### QUINTA PARTE

Principales datos acerca de los historiadores y otros pensadores mencionados .....	209
---	-----

#### SEXTA PARTE

Indicaciones bibliográficas .....	215
-----------------------------------	-----

## Presentación

Querer conocer puede obedecer a la simple curiosidad, al placer de comprender cuáles son las causas y las características de un objeto, de un acto, de un fenómeno, tratar de prever sus consecuencias. También, si no en todos sino en muchos casos, es buscar la forma de intervenir con eficacia en los acontecimientos. Una gran parte de su interés está en encontrar alguna relación con la vida misma de quien busca un conocimiento. En todo esto hay, como es lógico, muchas opiniones y variados procedimientos.

Esta consideración es plenamente aplicable a la historia. Sin embargo, la forma en que se suele enseñar esta disciplina, sobre todo en las escuelas básicas, exigiendo la memorización de nombres de gobernantes, de datos y acontecimientos aislados, no permite responder a las aspiraciones mencionadas. Así el estudiante suele perderse en un mar de datos y de opiniones y no siente ninguna relación entre su vida y el relato del pasado, ni interés en conocerlo. Para que nuestra disciplina permita una comprensión y pueda llegar a ser interesante y hasta fascinante más allá de la anécdota, exige un conocimiento de las conexiones entre el día de hoy y sus antecedentes, entre unos acontecimientos y otros, es decir, una visión global de los mismos. De esta manera se puede encontrar también su utilidad para comprender el presente y adoptar una actitud consciente, fundamentada, frente a los problemas que se presentan hoy al individuo, a la comunidad, a la humanidad.

Aquí se presenta el problema del “huevo y la gallina”: el huevo es producto de la gallina, y ésta proviene de aquél. ¿Cómo romper el círculo vicioso, dónde encontrar el origen? La respuesta, en todas las disciplinas del conocimiento humano, es parecida: la observación, el estudio, la investigación, por más primarias que puedan ser, proporcionan una información que se interpreta para obtener una visión global. Esta nunca es definitiva: en todos los casos deben realizarse siempre nuevos estudios y reflexiones. Estos no solamente amplían el conocimiento y la interpretación anteriores; también, con frecuencia, hacen ver errores. Así, en un círculo ya no vicioso sino virtuoso, la expe-

riencia acumulada y analizada es un punto de partida (no el único) para nuevas indagaciones y el resultado de éstas confirma, rechaza o ratifica parcialmente lo obtenido antes. Esto es plenamente aplicable a la historia.

Ahora bien, el intento de conocer y entender el pasado del hombre ha dado lugar a múltiples interpretaciones, tan variadas como el pensamiento humano mismo. Las propias vías para llegar a la comprensión de la historia reflejan distintas maneras de abordar el problema: unas examinan las formas en que se ha estudiado el pasado humano, otras procuran interpretar éste mediante la intuición, mientras otras más se dedican a algún hecho o característica que les parece especialmente significativo. Por último, está el esfuerzo por analizar científicamente el pasado humano en su integridad y en sus infinitas manifestaciones, para obtener conclusiones generales, de validez objetiva. Estas siempre estarán sujetas a nuevos exámenes.

El presente trabajo busca dar una respuesta al problema señalado y facilitar así la comprensión de la historia a quien desee una visión general y también al que quiera considerar o profundizar algún aspecto específico. Expone las características de la historia como disciplina de saber, reseña los grandes periodos del desarrollo humano y ofrece una visión de las regularidades que pueden desprenderse de su estudio.

Los planteamientos generales presentados no sustituyen el estudio de los hechos concretos. La comprensión de una situación determinada no puede resultar, de ninguna manera, de un conocimiento general o de la inteligencia de las grandes relaciones entre los acontecimientos; no hay nada, en ninguna ciencia, que pueda suplir el estudio y examen del hecho singular.

Este libro es una síntesis; sólo se exponen en él los elementos que se consideran principales de cada tema, con su fundamentación más esencial. Todos los puntos han sido profundizados, en múltiples estudios específicos, por muchos autores, y en ningún caso se puede pensar que se haya agotado aquí la discusión. Tampoco se pretende que las ideas expresadas no se hayan elaborado antes, sin excluir algunas aportaciones propias del autor. La aspiración de este trabajo, animado por una profunda confianza en la ciencia y en la posibilidad del progreso, del mejoramiento de la vida humana, es presentar una vía, dar un auxilio y un estímulo para reflexionar acerca de los temas que trata, en toda su enorme vastedad.

Un texto breve que abarca una amplia gama de temas no permite discutir a fondo todo lo asentado y se enfrenta así al peligro de caer en el dogmatismo, en la afirmación no argumentada y en dar la impresión de que se exige sin más la aceptación de las opiniones presentadas. Nada más lejos de la intención del autor. Este presenta, desde luego, lo que considera más acertado, de acuerdo con sus conocimientos y reflexiones, y procura dar los argumentos fundamentales en que se basa, pero de ninguna manera pretende que sus opiniones se acepten "a ciegas": las somete a la crítica, a la luz de sus argumentos y de todos los elementos que pueda y desee aportar el lector.

Antes de dar por concluidas mis notas de presentación, quisiera señalar algunos datos sobre la historia de este libro. Su origen está en el curso de “Fundamentos de la historia” que impartí en 1962 en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, y de 1965 a 1968 en la Universidad Autónoma de Puebla. Lo publicó, en 1972, la Editorial Nuestro Tiempo, S.A.; alcanzó ahí, con varias revisiones, un tiraje total de 430 000 ejemplares hasta el año 2002 en que dejó de existir dicha editorial.

Sólo me resta desear que el texto actual, cuidadosamente revisado y actualizado a la luz de los acontecimientos de los últimos cuarenta años y de mayores reflexiones, pueda ser útil a sus lectores.

San Andrés Totoltepec, Tlalpan, enero de 2003

Juan Brom

## Reconocimientos

Quisiera reiterar aquí, en primer lugar, mi agradecimiento a quienes me ayudaron con su estímulo, sus críticas y opiniones, en la redacción original de este texto.

Empiezo por mencionar al gran intelectual Eli de Gortari quien, siendo rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, me encargó en 1962 la cátedra mencionada en la *Presentación* y me alentó en su concepción y desempeño, así como al Dr. Rafael de Buen, director de la entonces Facultad de Altos Estudios *Melchor Ocampo*, en la que impartí dicho curso. Recibí posteriormente los valiosos comentarios con que me favorecieron los destacados maestros Paula Gómez Alonso, Friedrich Katz, Guillermo Bonfil, Ernesto Lemoine y Arturo Bonilla.

En la revisión realizada para la presente edición, me he visto apoyado por los comentarios y críticas de los intelectuales y amigos Bernardo Bader, Yara Brom, Dolores Duval, Guadalupe Ferrer y Dolores Hernández. A todos ellos mi profundo agradecimiento.

También estoy en deuda con multitud de colegas y alumnos, a quienes no me es posible nombrar, que me han favorecido con sus observaciones.

La responsabilidad de las fallas del trabajo y de los planteamientos que se hacen en él es, por supuesto, mía.

J. B.

*Primera parte*

La ciencia de la historia

# 1. Qué es la historia

*La indagación del pasado.* “Ustedes los historiadores son quienes más han modificado la historia”, se nos dice con frecuencia a los que nos dedicamos a esta disciplina del saber humano. Tal afirmación nos llena de orgullo: ¡qué honor haber modificado la historia, haber intervenido en forma notable en los destinos de la humanidad! Pero: ¿no será más bien una burla? Si la historia es el pasado de la humanidad, si el historiador, salvo cuando estudia el corto periodo de sus propios días, no es contemporáneo de los hechos que describe, ¿cómo puede modificarla? En vez de elogiarnos, ¿no nos estarán tachando de falsificadores?

Este problema realmente no es tal. Del mismo modo que la economía estudia la economía, la historia examina la historia de la sociedad humana. El término es ambivalente, pero el contexto permite distinguir siempre, con facilidad, si se refiere al pasado del hombre o al estudio de este pasado. Para mayor claridad convendría llamar a tal examen “estudio de la historia” o historiografía, pero está tan aceptado el uso de la palabra historia para designar ambos aspectos, que nos podemos conformar con el señalamiento hecho.

La historia, indagación del pasado, nace en Grecia. No se trata de una casualidad: es en ese país donde toman cuerpo definido, científico, muchas actividades intelectuales que antes aparecían confusas, al grado de que se le suele considerar el lugar de origen del llamado “Mundo Occidental”.

Ahora bien, ¿qué pasado indaga? La pregunta no es tan ociosa como parece en un primer momento. Tan es así que se habla de la historia de muchas cosas: de la Tierra, de las galaxias, de la bomba atómica, de la ciencia, del vestido, de las costumbres amatorias, de los animales, de las plantas; se puede alargar infinitamente la lista de ejemplos. El elemento común en todas estas historias es la idea del cambio, del movimiento, de la modificación que sufren sus objetos a través del tiempo; cuando se trata de grupos humanos, hay que ver que no sólo sufren y realizan estas acciones, sino que también toman conciencia de ellas, con mayor o menor claridad.

El uso común resuelve también la cuestión del campo de nuestro estudio. Cuando empleamos la palabra historia, sin otra indicación, nos referimos siempre a la historia humana. Durante mucho tiempo se solía considerar que nada más había que tomar en cuenta el periodo en el cual el hombre ha dejado testimonios escritos de su paso, y también se excluía el estudio de los acontecimientos recientes. Estos límites son a tal grado arbitrarios que en la actualidad se considera generalmente todo el pasado del género humano, desde el momento en que éste aparece hasta el presente. Sin embargo, hay autores que continúan aplicando la restricción de la historia al periodo de los documentos escritos; como se verá más adelante, no se trata de una limitación puramente técnica, “inocente”, sino que tiene una carga interpretativa, implícita.

¿Arte, ciencia, fantasía? Está acotado el término historia, hemos precisado su contenido. Se presenta ahora un problema, objeto de mucha discusión: ¿es la historia, entendida como actividad del espíritu humano, una expresión de la fantasía, una de las bellas artes, una ciencia, una técnica?

Arthur Schopenhauer\*<sup>1</sup> opina que se trata de un saber: afirma que no puede ser ciencia porque ésta, según él, siempre habla de generalizaciones, mientras que aquélla no puede pasar de estudiar los individuos, los hechos únicos, irrepetibles. Ralph Turner,<sup>2</sup> con un enfoque distinto, considera que es la “memoria social”; y se necesitaría aquí otro examen para decidir si ésta debe ser considerada ciencia o relato. Muy interesante es una observación de Marc Bloch, quien señala que la historia es vieja como relato, pero muy joven como “empresa razonada de análisis”,<sup>3</sup> y la define como “la ciencia de los hombres en el tiempo”. Pierre Vilar, al decir que “el objeto de la ciencia histórica es la dinámica de la sociedad humana”<sup>4</sup> indica que la considera una ciencia.

No es nuestra actividad la única, ni mucho menos, en la que se plantea la transición de que habla Bloch. La química nació como alquimia; la metalurgia estuvo impregnada de magia por mucho tiempo; el mismo destino sufrieron la biología, la astronomía y, con mayor razón, los estudios directamente relacionados con el hombre, como la economía, la sociología, la politología, la medicina, y muchas otras. Más adelante hablaremos de las transformaciones del estudio de la historia durante varios milenios.

Pero, ¿qué es ciencia? No hay una definición única del término; se designa con él al conjunto de las actividades intelectuales encaminadas a conocer e interpretar la realidad, a los estudios realizados por las instituciones dedicadas a la investigación, o también al propio conocimiento elaborado.

\*Al final de este libro se proporciona una breve información sobre los principales autores mencionados.

<sup>1</sup> Citado por F. Wagner, *La ciencia de la historia*, México, UNAM, 1958, cap. V.

<sup>2</sup> R. Turner, *Las grandes culturas de la humanidad*, México, FCE, 1963, vol. I, p. 7.

<sup>3</sup> M. Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1957, p. 16.

<sup>4</sup> P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, México, Grijalbo, 1988, p. 43.

Es fácil perderse en una búsqueda continua de definiciones, ya que cada una de ellas exigirá otra y otra. No pretendemos aquí definir el término; sea suficiente para nosotros una caracterización tentativa, de trabajo: la ciencia, creada por el hombre y en desarrollo continuo, busca una explicación objetiva y racional del Universo. Debe añadirse aquí que a través de la aplicación de sus hallazgos influye en el propio mundo que estudia, el cual, a su vez, se encuentra en perpetuos cambios.

Esto quiere decir que la ciencia no es una simple acumulación de conocimientos; los que la integran deben corresponder a la realidad, estar comprobados o resultar, lógicamente, de otros ya comprobados (en cuyo caso se tratará de hipótesis por confirmar). Pero un saber, aunque se haya verificado, no es una explicación; se necesita también la interpretación de los hechos o acontecimientos, la profundización de sus características más importantes, de sus formas propias de evolución. La ciencia no realiza la indagación respectiva sólo en casos individuales, sino que busca y formula las relaciones permanentes, necesarias, entre causas y efectos, llamadas generalmente leyes. Por cierto, muchos investigadores de hoy opinan que las leyes no son la expresión de lazos causales existentes en la realidad objetiva, como lo hacemos aquí; las consideran exclusivamente formulaciones humanas.

En nuestra opinión, es el conocimiento de las leyes lo que permite predecir los resultados de determinada acción o situación, y esto es también, en el fondo, lo único que nos hace posible comprobar en la acción práctica la certeza de una interpretación.

Ahora bien, al hablar de ciencia en la forma en que lo acabamos de hacer, nos referimos al conjunto de la explicación del Universo, a lo que suele denominarse Ciencia, con mayúscula. Es evidente que ni la historia, ni las matemáticas, la biología o cualquier otra disciplina específica pretenden una explicación "del Universo", sino de una parte determinada de éste: se trata de ciencias particulares, que se caracterizan por dedicarse cada una a un conjunto de fenómenos que se rigen por leyes del mismo tipo (por ejemplo, las biológicas, las cuánticas, las sociales).

Estas ciencias particulares no pueden verse aisladas entre sí. La observación de la realidad nos hace ver la estrecha relación que une los diversos fenómenos presentes en el Universo; pensemos, simplemente, en el nexo entre situaciones astronómicas y otras, geográficas —la posición de la Luna y del Sol y las mareas— o la que se da entre movimientos químicos y biológicos; lo mismo podemos decir de condiciones geográficas, económicas y sociales. Esto obliga a tomar en cuenta los nexos entre unas y otras disciplinas del saber. Podemos llegar así a pensar en la existencia de leyes universales, de vigencia en todo fenómeno del Universo. Una de éstas sería que todo se encuentra en movimiento permanente y en interacción, rápidos o lentos, lo que se ha comprobado en todo lo conocido y en ningún momento se ha demostrado lo contrario.

### De ley universal a ley particular

El físico y matemático inglés Isaac Newton formuló en 1687 la que se conoce como *Teoría de la Gravitación*. Según ella, todos los cuerpos se atraen en razón directa a su masa e inversa a la distancia; en otras palabras, mientras más masa contienen mayor atracción y, al estar más alejados entre sí, ésta disminuye. Así, la Luna, de masa menor que el Sol, al atraer el agua causa las mareas, mientras que éste, de masa mucho mayor pero más alejada de la Tierra, sólo ejerce una escasa influencia sobre los mares.

Esta teoría correspondía a todo lo conocido en su momento; se le consideraba una ley universal. Sin embargo, a principios del siglo xx diferentes investigadores encontraron que no rige en las grandes distancias cósmicas, ni tampoco en las muy pequeñas en el interior de los átomos. De ley universal se transformó en particular, que explica el movimiento de una parte del Universo.

La Teoría de la Gravitación no dejó de ser cierta, pero su alcance se vio limitado.

Resulta así un conjunto de leyes universales y otras, particulares, referentes a una parte determinada del mundo. Muchos científicos de nuestros días utilizan el término "sistemas complejos" para designar esta relación activa entre diferentes sectores de la realidad.

Por otra parte, es necesario considerar que la propia actuación del observador ejerce determinada influencia, de mayor o menor importancia, en el objeto que estudia. Es precisamente mediante la aplicación práctica de sus conocimientos que el hombre ha llegado a realizar actividades que no corresponden directamente a sus habilidades y capacidades naturales, como volar, construir presas, elaborar computadoras y alcanzar otros objetivos.

Repitamos que no es posible aquí entrar en un estudio exhaustivo de las características de la ciencia y conformémonos con el señalamiento antes hecho: la Ciencia es la búsqueda de una explicación objetiva y racional del Universo, y cada ciencia particular lo es de su campo específico de estudio, en interrelación con las demás ciencias particulares y con el conjunto de éstas.

¿Será posible, con base en la explicación de lo que caracteriza a una ciencia particular, determinar si la historia reúne las características de tal?

Evidentemente, la historia se refiere a un conjunto de fenómenos pertenecientes a un aspecto determinado de la realidad, ya que trata de lo que sucede con las sociedades humanas a través del tiempo. ¿Tendrán características comunes estos fenómenos o son elementos en que no es posible encontrar interrelaciones de causa-efecto?

Sólo el estudio mismo del hombre a través del tiempo puede dar respuesta a esta pregunta; como en otras ramas del saber humano, se requiere acumular una gran cantidad de datos concretos, interpretarlos, verificar la interpretación hecha, depurar lo ya encontrado, volver a buscar más datos, en una labor paciente y ardua. Solamente cumplida esta tarea es posible afirmar legítimamente que la historia es una actividad científica.

La experiencia obtenida y los estudios realizados demuestran no sólo que la historia se dedica a un campo perfectamente delimitado, sino también que los hechos que examina, por más que sean únicos, no responden a un azar ciego e inescrutable.

Los adversarios de este punto de vista argumentan que ningún hecho histórico puede predecirse con toda precisión; esto es muy cierto, pero lo mismo sucede con muchas para no decir que con todas las ciencias. No es posible predecir de qué lado va a caer un dado, qué trayectoria va a seguir una partícula elemental, cuáles son las empresas que van a quebrar en una crisis económica. Pero sí se puede prever con bastante aproximación cuántas veces “saldrá” el seis si se arroja el dado un millón de veces, cómo se distribuirá una gran cantidad de partículas elementales disparadas en condiciones semejantes, qué porcentaje de empresas de determinada magnitud y actividad sucumbirá en las condiciones que se consideren.

Resulta así que el conocimiento de una ley no nos permite una predicción exacta de lo que va a suceder. La necesidad, es decir, la sujeción a ley de los fenómenos, “se abre paso... en medio de una serie infinita de aparentes casualidades” señala Federico Engels en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*,<sup>5</sup> en una lapidaria explicación del carácter de las leyes científicas.

Lo mismo puede aplicarse al desarrollo histórico. La observación de los hechos humanos durante milenios y la metodología desarrollada para su estudio señalan que a través de múltiples acontecimientos aparentemente anárquicos se pueden percibir determinadas regularidades, es decir leyes que expresan tendencias generales. Ello nos permite afirmar, decididamente, que la historia es una ciencia en toda la extensión de la palabra. Más adelante hablaremos de las conclusiones e interpretaciones específicas que nos proporciona.

Por otra parte, no podemos desconocer que muchos observadores serios consideran a la historia una actividad no científica. Uno de sus argumentos principales consiste en que trata de hechos únicos, no repetibles, y se basan en ello para negarle la posibilidad de encontrar leyes. También se afirma que el ser humano, el actor central de la historia, es infinitamente complejo, lo que haría imposible una apreciación científica de su actuación. La exposición anterior contesta ambos argumentos, al hablar de tendencias en lugar de relaciones precisas entre causas y efectos.

Otro elemento que da cierta justificación al rechazo del carácter científico de la historia es bastante sencillo, y lo que sucede aquí también se da en otras ciencias: su relativa juventud y, con ello, su inmadurez. Si la ciencia se forma sobre la base de conocimientos e interpretaciones, comprobados y rectificadas o desechados, revisados y coordinados, es lógico que en una ciencia joven todavía se conserven muchos elementos formativos. Las ciencias no “son”: “se están haciendo”; adquieren, valga la tautología, un carácter cada vez más científico.

A la historia, “reciente como ciencia, pero vieja como relato”, le quedan muchas partes del cascarón. Posiblemente sea una de las ciencias menos formadas todavía, pero a pesar de todas las objeciones afirmamos que sí reúne

<sup>5</sup> En C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, Moscú, 1952, t. 2, pp. 360-381.

las características fundamentales de una ciencia. Hay en ella un cúmulo de datos comprobados, interpretaciones examinadas y fundamentadas de las relaciones entre distintos momentos y desarrollos, formulación de leyes confirmadas por el estudio de la propia experiencia del pasado humano, capacidad de encontrar tendencias.

Es cierto también, y aquí encontramos otra limitación seria, que se ha abusado mucho de la idea de ley histórica. Han sido y son frecuentes las interpretaciones generalizadoras que, al poco o mucho tiempo, resultaron equivocadas o de un alcance mucho menor del pensado. Pero esto no niega la existencia de leyes ni del carácter científico de la historia, sino que hace ver la necesidad de una extrema cautela en su formulación y, como en toda ciencia, de su continuo examen y revisión.

Hemos planteado aquí consideraciones generales. En capítulos posteriores se desarrollarán los argumentos que justifican su aplicación a la historia.

¿*Qué estudia la historia?* Hemos dicho que la historia es la ciencia que estudia al hombre a través del tiempo. De ahí se desprende un último problema, en este primer acercamiento al tema: ¿el objeto del examen es el hombre individual o, mejor dicho, cierto número de individuos, o lo es la comunidad humana?

A primera vista parece haber mucha confusión al respecto. Efectivamente, muchas historias relatan prolijamente las acciones, actitudes y sentimientos individuales de tales o cuales personajes, generalmente gobernantes; otras se dedican a hablar de países o naciones; las de más allá examinan cómo vivía “el grueso” del pueblo en cuestión; otras más, por último, se refieren a distintas formas de agrupaciones humanas. Sin embargo, a pesar de esta aparente confusión, todas ellas refieren siempre su estudio al hombre en relación con la comunidad de que forma parte y al desarrollo de ésta. De otra manera, decididamente, no se trata de historia sino de biografía, sociología, psicología o alguna otra disciplina de estudio, que confluyen con ésta y aportan datos o facilitan su comprensión, pero no son idénticas a ella.

Está acotado el campo de estudio. Sólo el examen real de la historia puede confirmar o rebatir el cuadro presentado.

## 2. Algo sobre la historia de la historia

Heródoto ha sido llamado el “padre de la historia” (en “Occidente”, debemos añadir), pero se trata de una paternidad muy relativa y discutible. ¿Acaso no hacían historia, en el sentido más amplio de “relato del pasado humano”, aquellos hombres del Paleolítico Superior (hará unos 13 milenios) que pintaron con mano maestra una escena realista de cacería en la pared de la cueva que habitaron? Su intención, seguramente, fue realizar actos mágicos, dar una enseñanza a los jóvenes o también crear imágenes bellas. Pero al mismo tiempo nos dejaron un testimonio acerca de su existencia y de su forma de vivir, es decir, una información histórica. Estas funciones no se contradicen; aún en nuestros días de gran especialización, muchas realizaciones humanas comparten las características de varios campos; y cuanto más retrocedamos en el tiempo, menos diferenciadas hallaremos las distintas ramas del saber y del actuar.

Muchos mitos, leyendas y relatos que se transmitieron junto a los hogares antiguos nos han dejado noticias importantes, difíciles de interpretar por ser indirectas, borrosas y confusas. En el *Poema de Gilgamesh* encontramos símbolos de la lucha entre cazadores y agricultores; muchos mitos, griegos y de otros pueblos, nos hacen ver el conflicto entre la generación dominante y los jóvenes que aspiran a ocupar su lugar; también podemos observar cómo la mujer, diosa o humana, ocupaba un lugar de primera importancia que fue perdiendo al imponerse el dominio de los varones en la sociedad. Es imposible entrar aquí a un estudio profundo de estos elementos, pero debemos reconocer la gran información que proporcionan sobre acontecimientos, creencias, formas de vida y preocupaciones de las comunidades en que se originaron.

También los relatos de los indígenas americanos contienen una mezcla semejante de elementos fantásticos e históricos, y la investigación ha logrado señalar con claridad muchos de estos últimos. Así, el relato de Quetzalcóatl, señor de Tollan, recogido por Sahagún, fue considerado durante mucho tiempo como

### Gilgamesh

El *Poema de Gilgamesh* fue escrito aproximadamente el siglo xxv antes de nuestra era y recoge una tradición más antigua que describe, con muchas interpolaciones míticas, acontecimientos de la zona que hoy llamamos Oriente Medio. El personaje que da nombre al Poema, Gilgamesh, es presentado como hijo del demonio Lilla y de la diosa Ninsun, sacerdotisa de Shamash, dios del Sol. Dictador de su pueblo, tiene que enfrentarse a Enkidu, comprendido por algunos analistas como símbolo de la fuerza bruta, quien es humanizado por el amor de una prostituta sagrada. Después de haber peleado, Gilgamesh y Enkidu se hacen amigos y recorren vastas regiones. El segundo muere y Gilgamesh, traspasado de dolor, lo busca con desesperación, experimentando todas las angustias que puede sufrir el hombre.

Nosotros no creemos en Shamash o en Ninsun, dioses de la cultura mesopotámica que culmina, en el segundo milenio antes de Cristo, en Babilonia, cercana a la Bagdad actual. Pero Gilgamesh fue un personaje real: se le ha identificado como rey de la ciudad de Uruk, en el sur de Mesopotamia, y muchas de las regiones y acciones descritas han podido ser localizadas, con mayor o menor precisión.

una "simple" obra poética, pero las excavaciones de Tula (Estado de Hidalgo) han demostrado su gran contenido de verdad. No puede aceptarse, sin riesgo de caer en la fantasía mítica, a Huitzilopochtli aconsejando a su pueblo que busque el águila devorando a la serpiente; pero sí se ha rastreado la ruta del peregrinar histórico de los aztecas, aprovechando muchos datos de sus leyendas.

Más claro es, desde los descubrimientos realizados por Schliemann en Troya, el contenido histórico de la *Ihada* escrita por Homero. Revueltos con elementos míticos de gran belleza aparecen hechos cuya veracidad se ha podido confirmar por otros medios. Asimismo, se encuentran valiosas informaciones sobre la historia de Mesopotamia, Palestina, Egipto y países cercanos en la Biblia, junto a los conceptos religiosos de ésta.

Las epopeyas proporcionan también información acerca de acontecimientos del pasado. Se trata de poemas extensos que relatan hechos y hazañas de personajes o de pueblos, entremezclados frecuentemente con elementos irreales.

Otra fuente que ha enriquecido nuestro conocimiento del pasado está constituida por las crónicas, que son relatos elaborados precisamente con el fin de proporcionar una información histórica a las generaciones venideras. Desde el IV milenio antes de Cristo se implantó la costumbre de anotar para la posteridad los grandes acontecimientos. Se trata generalmente de narraciones de hechos sobresalientes, de las glorias de reyes y sacerdotes, de la grandeza de una ciudad o de un país, hechas sin pretender una explicación más allá de la voluntad de los dioses o de la habilidad del personaje ensalzado. Las crónicas no pretenden analizar las causas de los acontecimientos que relatan, sino resaltar los méritos de personajes y, en ocasiones, de instituciones o países. No profundizan, pero son valiosas por los datos que aportan.

Con Heródoto cambia a fondo el relato del pasado. Este autor vive en el periodo del choque entre Grecia y Persia y, por primera vez, escribe historia

propriadamente dicha: el relato de los acontecimientos se combina con una visión mundial y con la conciencia del carácter histórico, es decir, de evolución de la cultura en el tiempo; examina los hechos, buscando la ley que rige la acción de los hombres. Heródoto viaja, ve, escucha, describe y concede importancia a los pueblos, quiere ser objetivo. Compara la democracia griega con el despotismo persa, introduciendo así un elemento nuevo en la consideración histórica. Al buscar los motivos de la actuación de los hombres, les reconoce alguna libertad para tomar decisiones, pero también los considera sujetos a fuerzas superiores. Ya no hace un relato de la proyección de los dioses y de sus luchas personales en la Tierra, ni enumera simplemente los sucesos; hace historia, en el sentido clásico de la palabra.

Un poco más joven que él es Tucídides, cuya vida transcurre en el periodo de máximo florecimiento de Atenas, centro de la vida cultural de Grecia. Le toca vivir y describir la Guerra del Peloponeso, la lucha entre Esparta y Atenas que destruye la fuerza de ambas. En su obra hace un análisis crítico de las fuentes que utiliza y profundiza en las causas de esa guerra. Para él, la naturaleza humana determina los acontecimientos; considera que ésta es permanente, gobernada por el temor y el ansia de dominación. Tucídides piensa que la historia permite prever los acontecimientos futuros y no quiere escribir con el fin de proporcionar placer sino de presentar una historia que dure para siempre.

Una raíz importante del pensamiento de Heródoto, Tucídides y la pléyade de historiadores que continúan su obra se encuentra en el ambiente de las ciudades griegas de su época. Las formas democráticas existentes en muchas de ellas permiten a una parte de la población decidir los destinos de sus comunidades. Se trata de una minoría, ya que excluye a las mujeres, a los esclavos y a los extranjeros, pero la participación de los ciudadanos en las decisiones, su responsabilidad personal, junto con un intenso comercio en la región del Mediterráneo oriental estimulan la observación, la comparación y el análisis.

#### Advenedizos de estirpe real

Según su propia leyenda, la ciudad de Roma fue fundada por los gemelos Rómulo y Remo. Una profecía había predicho que el rey usurpador de la ciudad de Alba-Longa sería destronado por el nieto de su hermano asesinado, por lo cual destinó a la hija de éste a ser vestala, sacerdotisa encargada de mantener el fuego sagrado; como tal, tenía la obligación de permanecer virgen. Sin embargo, Marte, dios de la guerra, la poseyó y el resultado fueron los gemelos citados. Al enterarse el rey ordenó que se eliminara a los recién nacidos, pero éstos, en vez de morir al ser abandonados, fueron amamantados por una loba. Ya jóvenes, edificaron la ciudad que llegaría a ser la dominante de una amplia región.

No tenemos que aceptar como verdad este relato. Sin embargo, nos habla del prestigio de la realeza: los romanos consideran a los fundadores de su ciudad nietos de un rey, descendiente a su vez de la casa gobernante de Troya. Al mismo tiempo, encontramos una rebeldía contra la generación anterior. Se elogia la fuerza, al considerar que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, fueron alimentados por un animal feroz.

La historiografía de la Edad Media europea refleja igualmente el espíritu que la anima. La Iglesia juega un papel decisivo, sin bien no único, en la vida intelectual. La historia, que sigue siendo crónica y relato de la gloria de gobernantes y de países, insiste en la sumisión de los hechos terrenales a lo divino.

En este marco, se da una gran riqueza de descripciones y reflexiones de tipo histórico. Para muchos autores de la época, la humanidad es pasiva; sus movimientos son determinados directamente por Dios. Se intenta predecir el futuro sobre la base de la interpretación de la Biblia (sobre todo por lo dicho por los profetas), pero se tiene la necesidad de adaptar constantemente sus afirmaciones a los nuevos hechos que se presentan. Por ejemplo, el fin del Imperio Romano, que se consideraba sería el fin del mundo, no resulta tal y hay que reinterpretar las profecías. Uno de sus exponentes es San Agustín de Hipona, quien concibe la historia humana como la lucha por alcanzar la “Ciudad de Dios”; el progreso humano consistiría en derrotar la “Ciudad terrenal” para alcanzar la divina.

En la segunda mitad de la Edad Media, las concepciones históricas reflejan las nuevas condiciones sociales que se empiezan a formar. Por una parte, florecen las crónicas de la vida caballeresca y también de la urbana, describiendo y justificando el orden feudal ya consolidado. Se puede notar una pugna entre la interpretación que hace la Iglesia y las que dan un mayor peso y legitimidad a las monarquías y a otros grupos sociales, que tienden a liberarse del predominio político y espiritual de aquélla.

En los siglos xv y xvi, fundamentalmente, sobreviene en Europa el gran florecimiento del espíritu humano conocido como el Renacimiento, que se considera a sí mismo un “volver a nacer” de la Edad Clásica, grecorromana. Nuevamente se pone en el centro de la atención al hombre, se observa su actuación como propia y no como reflejo de una voluntad divina. En el mismo

sentido se dedica la historia a indagar el papel del hombre en los acontecimientos; investiga la actuación terrenal, humana, sin dejar de pensar en un “desarrollo hacia algo” y sin rechazar la función del destino o de otras fuerzas sobrehumanas. Otra característica del pensamiento renacentista es su racionalismo; al rechazar la fe como fuente única o principal de verdad observa, comprueba y critica hechos y conocimientos. Así también lo hace con la historia. En este periodo aparecen también los métodos modernos de crítica

### **El príncipe del Renacimiento**

Entre fines del siglo xv y el primer cuarto del xvi vive y actúa Nicolás Maquiavelo, político e historiador florentino. Afirma que el conocimiento de la historia es valioso para los gobernantes porque les enseña la forma permanente de reaccionar de los pueblos, y no piensa en una iniciativa por parte de éstos. No es casual que su obra más conocida sea, precisamente, *El Príncipe*. En sus consideraciones se puede apreciar cierto escepticismo en cuanto a la efectividad de la acción humana, pero no deja de afirmar que ésta puede tener éxito, si está debidamente orientada.

y análisis que, sumamente evolucionados a partir de aquel momento, se consideran hoy indispensables para cualquier investigación seria.

Paulatinamente aumentan los elementos científicos en la consideración histórica, en forma paralela a la evolución de los conocimientos, de los instrumentos y del pensamiento humano en general. En el siglo xvii se desarrollan ampliamente la física y la mecánica y se piensa que también la historia humana está sujeta a leyes mecánicas de evolución. A su vez, el individuo sería el factor decisivo del devenir y no la comunidad ni alguna fuerza sobrenatural. Pero también sigue habiendo muchos pensadores que consideran que el hombre es un ser sujeto a fuerzas superiores en cuya actuación no puede intervenir.

El siglo xix hace mayor hincapié en la autoconciencia de la historia: ve, más que antes, que el propio historiador está sujeto a su momento en el transcurso del tiempo. Esto se expresa en la selección de los problemas que escoge, en la evaluación y crítica de los materiales que usa, en toda su visión del mundo. El historiador, al darse cuenta que él mismo está inmerso en la historia, crea una premisa importante para superar la apreciación puramente subjetiva y llegar a un enfoque más objetivo, más científico.

Al mismo tiempo se establece una separación entre las distintas disciplinas del saber humano. Las “ciencias puras” desprecian a las “prácticas” por utilitarias; éstas, a su vez, quieren relegar a aquéllas por inútiles. Se considera que existe una separación tajante entre el mundo de lo vivo y el de lo inerte, y entre el humano y el natural. En muchos cajones, totalmente separados entre sí, se almacena el saber humano fraccionado y, de hecho, disminuido en su capacidad de comprensión.

Sin embargo, como siempre ocurre, estas tendencias predominantes no dejan de encontrar su opuesto. Las ciencias naturales generan interpretaciones históricas nuevas. Charles Darwin demuestra que los seres vivos evolucionan en una adaptación constante a las condiciones en que se desarrollan. Su teoría desata furiosos debates pero llega a ser aceptada por la mayoría de los científicos y pronto influye en el pensamiento histórico y de otras ciencias sociales. Si hasta entonces se había pensado de manera principal en una evolución meramente política y de las ideas, ahora se proyecta al desarrollo humano la idea de la evolución biológica.

Dos son las consecuencias fundamentales de esta innovación: por una parte, se rompe con la idea de que el hombre no cambia en su estructura física. Se piensa –y pronto se demuestra– que es el resultado de una larga evolución biológica, y que esta evolución no tiene por qué considerarse concluida. Por otra parte, muchos pensadores trasladan a la vida humana lo descubierto acerca de otros seres y atribuyen a la sociedad, en forma mecánica, conceptos como la supervivencia del más apto y la selección natural, sin tomar en cuenta las particularidades propias de la especie humana. Junto al avance de la consideración científica se abren también nuevas vías para interpretacionesseudocientíficas, como las racistas.

Augusto Comte, filósofo francés, crea en la primera mitad del siglo XIX el positivismo, una filosofía que recoge gran parte del pensamiento científico de su tiempo. Esta concepción del mundo tiene fe en el progreso y en la ciencia; considera que la organización humana, como la natural, obedece a leyes invariables que pueden ser conocidas y permiten prever el futuro.

Entre los historiadores que se basan en estos criterios se encuentra Henry Thomas Buckle, quien afirma que “si conociéramos todo lo que ha sucedido y todas las leyes que lo rigen, podríamos predecir todos los resultados inmediatos con seguridad infalible”.<sup>6</sup> Hippolyte Taine, igualmente positivista, coincide con este criterio, introduciendo la idea de que “las civilizaciones, por diversas que sean, derivan de algunas formas espirituales simples”.<sup>7</sup> Debe señalarse que Buckle exige que el pensamiento y su expresión no queden sujetos al Estado o a la Iglesia, y Taine dice que el hombre, gracias a su conocimiento, puede modificar, hasta cierto grado, la naturaleza y el propio desarrollo histórico.

A mediados del siglo XIX, Karl Marx y Friedrich Engels formulan el materialismo dialéctico, más conocido como marxismo, para el cual el mundo constituye una unidad cuyo estudio viene siendo *La Ciencia*, conjunto orgánico de las diferentes ciencias particulares. El punto de partida de esta concepción del mundo es el materialismo, que considera que el Universo y los objetos y fuerzas que lo integran son reales, independientemente de que se les conozca. La siguiente afirmación básica del marxismo, su concepto dialéctico, consiste en que todo lo existente se encuentra en movimiento permanente, activo, de interrelación. Este movimiento, resultante del choque de los elementos opuestos contenidos en cada objeto o fenómeno, no es puramente repetitivo sino que da lugar a cambios, a la aparición de fenómenos nuevos.

Al aplicar a la vida social estos conceptos, el marxismo afirma que en la sociedad humana existen contradicciones reales, conocidas o no. De esa situación resultan choques y luchas que, en determinadas condiciones, producen cambios en la propia sociedad. Desde la aparición de las clases sociales, la lucha entre ellas sería el motor fundamental de las transformaciones sociales y con ello de la historia. El hombre influye en estos cambios mediante su voluntad expresada en acción y ésta será tanto más eficaz cuanto mejor conozca la realidad y sus leyes.

Aplicando sus puntos de vista, los marxistas plantearon y plantean la transformación del mundo. Buscan la sustitución del sistema capitalista por el socialista y comunista, como resultado de la actuación consciente del proletariado, la clase cuyo interés sería precisamente tal cambio, y piensan que la estructura que preconizan significará un avance fundamental para la humanidad.

<sup>6</sup> Citado por F. Wagner, *La ciencia de la historia*, México, IAHAM, 1958, p. 278.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 282.

Debe señalarse aquí que el marxismo se origina en la observación de las luchas sociales de su momento, así como en el estudio de la historia de la sociedad; reúne el examen de estas experiencias con el análisis de la economía y con el desarrollo de los pensamientos filosóficos de su tiempo, para constituir una interpretación de conjunto del Universo. Considera que los propios postulados que formula están sujetos a evolución, debido a la aparición de nuevas reflexiones y cambiantes realidades. Muchos de sus seguidores hicieron caso omiso de ese aspecto dinámico de la teoría marxista y la deformaron hacia una visión mecanicista del mundo.

Por su intención y sus características, durante más de un siglo el marxismo tuvo una profunda repercusión en los movimientos sociales y políticos. Aunque en la actualidad ha caído en un aparente olvido, muchos de sus planteamientos y de los métodos científicos que emplea siguen siendo dignos de atención y estudio.

En 1929, Lucien Febvre y Marc Bloch fundan en Francia la revista *Annales d'histoire économique et sociale* que, con diferentes títulos, será la expresión de un movimiento conocido como el de Los *Annales*. Su interés está en presentar una visión de conjunto del pasado humano y señalar la relación de éste con el presente. Fernand Braudel, miembro prominente de esta tendencia, dice: "La historia no es otra cosa que una constante interrogación a los tiempos pasados en nombre de los problemas y curiosidades —e incluso las inquietudes y las angustias— del presente que nos rodea y nos asedia".<sup>8</sup>

La principal diferencia entre Los *Annales* y el marxismo está en que éste ve en la lucha de clases la causa fundamental del movimiento histórico, mientras que los miembros de la escuela de Los *Annales* no le conceden tal importancia primordial.

El siglo xx ve otras muchas formas de escribir la historia. Los estudios psicológicos, impulsados extraordinariamente por Sigmund Freud y sus discípulos, incitan a una interpretación por medio del examen de las reacciones instintivas y emocionales, tanto individuales como colectivas. Estas ideas han fomentado los intentos de definir el carácter de los distintos grupos humanos y de localizar ahí las causas de su comportamiento.

La sociología, con un examen cada vez más detallado y profundo de la sociedad, aporta asimismo muchos conocimientos e interpretaciones a la investigación histórica.

Otro fenómeno notorio es el impulso al estudio histórico por regiones específicas, como el ámbito del Mediterráneo, la América Latina, el continente africano u otras zonas, que muestran determinadas características comunes. También han tenido auge los enfoques microhistóricos, dirigidos a muy pequeñas entidades sociales, así como las historias personales. Se han emprendido variados estudios de aspectos de la vida cotidiana en distintas épocas y comunidades, enfocados a la organización de la familia, a las creencias y ritos,

<sup>8</sup> Fernand Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, México, FCE, Breviarios, 1989, p. 7.

además de otros temas. Muchas de estas indagaciones resultan altamente ilustrativas, al presentar características comunes más allá de países concretos o permitir una visión detallada de la evolución. También hay que señalar que algunas de ellas no sitúan sus objetos de examen en el contexto del que forman parte, lo que dificulta apreciar su participación en acontecimientos de mayor alcance.

Vemos así que se enfrentan distintas concepciones, distintas maneras de ver el mundo, como siempre sucede en el desarrollo del pensamiento humano. Pero en todas las actividades del intelecto podemos distinguir una línea de creciente profundización científica a lo largo del tiempo, enfrentada a tendencias anticientíficas. También podemos notar que el historiador de hoy dispone de más fuentes y de una mejor técnica para examinarlas que el de tiempos anteriores, y es menos anecdótico y arbitrario que éste. Generalmente es mayor su interés en indagar y no sólo en intuir las leyes del desarrollo y dispone de material más abundante para comprobarlas o, en su caso, desechar las que resulten ser interpretaciones equivocadas.

¿Es posible hacer un resumen generalizador de la historia de la historia? Pensamos que sí. Vemos, a grandes rasgos, que los historiadores de la Antigüedad relatan los sucesos como si estuvieran regidos por el destino o los dioses; en algunos casos consideran determinantes a los grandes hombres. La Edad Media cristiana piensa predominantemente en comunidades gobernadas por Dios, a través de los personajes escogidos por éste. El Renacimiento, y más todavía la Ilustración y el Liberalismo, atribuyen una influencia mayor, decisiva, al individuo. Finalmente, la consideración histórica actual piensa sobre todo en una interconexión activa del individuo y de la sociedad. Las diferentes escuelas de nuestros días establecen distintas formas de esta interrelación, y las hay que vuelven a interpretaciones basadas en la fe o de tipo básicamente individualistas, negando las relaciones causales generales del desarrollo humano.

Es evidente que la reseña de la evolución de la historia presentada en los párrafos anteriores, tanto en su aspecto de disciplina científica cuanto en la consideración de una evolución sujeta a leyes cognoscibles, es una simplificación. Se refiere fundamentalmente a la evolución del pensamiento histórico en el ámbito que suele llamarse "occidental". Además, debe recordarse que las distintas concepciones muchas veces se presentan simultáneamente; ciertos pensadores se adelantan a su época, otros se mantienen en los moldes de periodos pasados. Hay investigadores de profunda penetración científica en épocas generalmente dedicadas a lo superficial o a la interpretación caprichosa de los hechos, mientras otros renuncian a los métodos ya aceptados en su tiempo y vuelven a los anteriores. Sin embargo, sí es posible, viendo los aspectos generales de la evolución de la ciencia histórica, comprobar una creciente profundización, en pugna con interpretaciones irracionales.

### 3. Historia, ¿para qué?

“Estudiamos historia para conocer el pasado”, contestamos de inmediato ante la pregunta que encabeza el capítulo. Muy cierto, pero ¿para qué queremos conocer el pasado? El problema, aparentemente fácil de resolver, al grado de parecer inútil su planteamiento, muestra muy pronto sus espinas y complicaciones.

Para empezar, hay que recordar que son muchas las formas de “hacer historia”. Ya se ha dicho que los mitos tienen un contenido real; pero no hay sólo esto. En su modo de relatar e interpretar su propio pasado, cada núcleo social refleja sus concepciones, sus aspiraciones y sus formas de vivir, expresa la ligazón que siente tener con fuerzas superiores (dioses, destino...), o bien busca presentar un enfoque racional del Universo. Muchos pueblos manifiestan su creencia de ser llamados a realizar hazañas especiales, generalmente como dominadores de otras agrupaciones humanas. Una expresión clara de estas ideas se encuentra en la frase bíblica “pueblo escogido”, o en la autodesignación de “hombres verdaderos” que se aplican muchos grupos.

*La deformación histórica.* Son frecuentes las falsificaciones conscientes de la historia, realizadas para afianzar el dominio de una nación o ensalzar a una persona. Así, Tlacaéllel, gobernante azteca, ordena destruir los antiguos documentos que hablaban de la miseria y humillaciones de su pueblo para sustituirlos por las profecías de grandeza y dominio del mundo pronunciadas por Huitzilopochtli; Shi Huang-ti, en China, aplica una medida semejante, y se realizan muchos otros actos parecidos en distintos pueblos. Todo esto no sólo refleja el modo de vivir de la comunidad en cuestión, sino que también facilita el funcionamiento de su sociedad, por lo menos aparentemente.

Lo que acabamos de decir puede hacernos caer fácilmente en una trampa: hablamos de “sociedad”, “nación” o “pueblo” como si se tratara de unidades con intereses y pensamientos únicos. Pero no es así: generalmente, y en forma muy clara a partir de la aparición de las sociedades divididas en clases con intereses diferentes y contrapuestos entre sí, lo que suele plan-

### Poblando el vacío

En 1620 desembarcó cerca de Boston, en el norte de los actuales Estados Unidos, el grupo de los llamados Padres Peregrinos. Una historia de ese país, que expresa una visión generalmente aceptada acerca del acontecimiento, dice: "Aquel invierno, mas de la mitad murieron de frío y del escorbuto. Pero en el verano siguiente recogieron buenas cosechas, ..." Vemos unos pioneros, abnegados y trabajadores, que superan las dificultades de un clima hostil.

Pero hay otra versión, proporcionada por James W. Loewen,\*\* crítico de textos escolares estadounidenses. Dice que el actual territorio de Estados Unidos no era una zona poblada sólo por "algunos indios salvajes". Los pueblos que vivían ahí cultivaban maíz y otras plantas y ayudaron a los recién llegados a aplicar los conocimientos de los aborígenes; los colonos, por cierto, se dedicaron a robar alimentos en las aldeas, diezmadas por las enfermedades que traían los europeos.

Encontramos en el primer relato una obvia deformación histórica, que tiende a glorificar un pasado nada edificante.

\* A. Nevis y H. Steele Commager, *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*, México, Cía. General de Ediciones, 1956, p. 16.

\*\* J. W. Loewen, *Lies my teacher told me*, Nueva York, The New Press, 1995.

tearse como interés del conjunto es el de la clase o grupo dominante. Con frecuencia su posición goza de un amplio consenso; en ocasiones es cuestionada por grandes sectores de la misma sociedad. Muchas veces se presenta un cuadro en el que se entremezclan en forma confusa objetivos que pueden ser efectivamente del conjunto social (como su propia conservación) con los de su grupo dominante que, antes que nada, busca su conservación como tal.

Como ejemplos recientes de estas actitudes podemos pensar en la exaltación por el nazismo alemán de una supuestamente eterna voluntad de dominio de parte del pueblo germánico, o también en el elogio de la "gesta heroica" de los colonizadores del oeste norteamericano por quienes llevan ahí "la ley y la democracia", olvidando totalmente el brutal exterminio de los indígenas mediante la violencia y el engaño. Otro caso es el de la supresión en relatos y hasta en fotografías de personajes ingratos

al régimen estalinista (como la eliminación de Trotski en muchos documentos referidos a episodios de la revolución rusa de 1917), así como la visión unilateral de este régimen que se presentaba y se presenta sin cesar por sus adversarios.

Este mal uso de la historia es muy frecuente y suele acentuarse en tiempos de crisis social. Para su aplicación, se recurre muchas veces a sentimientos nacionalistas o religiosos, así como al ocultamiento de datos conocidos y a la falsificación de documentos o estadísticas. En ocasiones se realiza mediante una presentación aparentemente neutral de la información, pero escogiendo ésta en forma mañosa, sesgada desde su planteamiento.

*Utilidad de la historia.* Ahora bien, ¿cuál es el papel de la historia en nuestro ambiente cultural? Debemos reconocer, quienes nos dedicamos a ella, que es tachada de totalmente inútil por muchas personas. A nadie se le ocurriría poner en duda la utilidad de la labor del panadero o del investigador médico. En cambio, muchos estudiantes nos dicen: "¿Para qué quiero cono-

cer nombres de reyes y de presidentes, lugares y fechas de batallas? ¡Todo esto ya está muerto!”. Tienen, francamente, mucha razón; pero lo que se les enseña no es historia, sino sólo uno de sus elementos, la crónica. Afortunadamente, la enseñanza de la historia ha rebasado hace tiempo la confusión entre ésta y aquélla, aunque a muchas escuelas no haya llegado tal noticia y se siga atormentando ahí a los alumnos con memorizaciones inútiles, que no les permiten comprender nada.

También entre los grandes de la cultura hay oposición a la historia. Así, el filósofo Federico Nietzsche dice entre sus múltiples afirmaciones: “El exceso de estudios históricos perturba los instintos populares e impide al individuo, así como a la totalidad, llegar a la madurez [...] propaga la creencia, siempre nociva, en la caducidad de la especie humana, la idea de que todos somos seres retardados, epígonos...”.<sup>9</sup> Con esta postura, Nietzsche identifica una forma de concebir e interpretar la historia con la de todas las escuelas históricas; al hablar de “instintos populares” muestra también un enfoque aristocratizante y repudia a la razón, al elogiar la supresión del conocimiento en lugar de criticar y refutar su interpretación.\*

Entre los historiadores profesionales sería difícil (y absurdo) encontrar una condenación de la historia, pero sí hay distintas opiniones acerca de su utilidad y su función. Para Polibio, historiador griego del segundo siglo antes de nuestra era, se trata de allegar enseñanzas para el gobierno, ejemplos que fortalezcan la moral y ayuden a soportar dificultades. Luciano, perteneciente asimismo al ámbito grecorromano, ve como única función de la historia dar a conocer la verdad. Ya en el siglo xx, Marc Bloch dice que la historia se inicia muchas veces como entretenimiento y curiosidad y se transforma en una ciencia que permite entender el pasado con el presente, ligando uno y otro.<sup>10</sup> Según Ralph Turner, la “historia bien entendida es la memoria social, merced a la cual se hace inteligible la vida presente [...] conserva la continuidad social, sostén del orden social”.<sup>11</sup> Gordon Childe encuentra en la historia la fuente para resolver con criterio objetivo qué es progreso.<sup>12</sup>

En distintas formas, otros autores de las últimas décadas plantean diferentes aplicaciones del conocimiento histórico, además de las ya señaladas. Así también Pierre Vilar habla de comprender el pasado, sus factores sociales, para conocer el presente. Ilustra su idea diciendo: “La historia debe enseñar-

<sup>9</sup> F. Nietzsche, “De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida”, en *Consideraciones intempestivas*, Madrid, 1932, citado por Wagner, *op. cit.*, p. 342.

\* Debe señalarse aquí que las investigaciones de las últimas décadas sobre la obra de Nietzsche han demostrado que muchos de sus escritos fueron falsificados por su hermana, que lo sobrevivió por muchas décadas.

<sup>10</sup> Cfr. M. Bloch, *op. cit.*

<sup>11</sup> R. Turner, *op. cit.*, p. 7.

<sup>12</sup> Cfr. V. G. Childe, *Los orígenes de la civilización*, México, fcf, 1965.

nos [...] a leer un periódico".<sup>13</sup> Josep Fontana liga el estudio de la historia al análisis de cómo distintas estructuras se transforman de progresistas en obsoletas y deriva de ahí la necesidad de construir "el nuevo proyecto social", que se aproxime "al ideal de la supresión de todas las formas de explotación del hombre" y de eliminar "toda coerción".<sup>14</sup>

Jean Chesneaux denuncia el carácter conservador de la historia construida por las academias y pide una historia al servicio de la revolución social;<sup>15</sup> en forma parecida, Guillermo Bonfil plantea la necesidad de una historia que ayude a la liberación de los pueblos autóctonos de América.<sup>16</sup>

Todas estas afirmaciones señalan, indudablemente, algo acerca de la finalidad del estudio de la historia; en su mayoría le atribuyen el objetivo de afianzar el orden social existente en su momento, pero muchos autores consideran indebida tal utilización de la historia y la denuncian. Es necesario precisar y analizar para llegar a una conclusión más profunda acerca del papel de nuestra ciencia.

Recogiendo los señalamientos anteriores se puede decir que la historia se propone descubrir y dar a conocer la verdad; también puede tener por finalidad proporcionar enseñanzas para el gobierno, servir de entretenimiento y, en general, satisfacer cualquiera de las exigencias planteadas por los historiadores citados. Ahora bien: ¿se trata simplemente de conocer la verdad por conocerla? Debemos recordar que el científico se propone siempre, aunque a veces de manera inconsciente, permitir al hombre actuar con eficacia para lograr lo que considera conveniente.\*

El conocimiento histórico, científico, puede aplicarse perfectamente de acuerdo con este criterio. Al presentar el origen y el desarrollo de nuestras condiciones de vida nos da ya una parte de la clave para entenderlas. Pero el conocimiento científico va más allá de esta simple descripción: al profundizar, indaga en el porqué de los fenómenos, en sus relaciones mutuas, en sus leyes. Así, la ciencia de la historia nos permite darnos cuenta de las leyes del desarrollo social aunque nuestra percepción de ellas nunca será "completa" o "definitiva", debido a los cambios que sufre la realidad misma y a la imposibilidad de conocer todos los elementos que intervienen en los acontecimientos. A pesar de esta limitación, la comprensión lograda y la "conciencia histórica" derivada de ella, nos permiten intervenir consciente y eficazmente en nuestro propio desarrollo. Se trata de un progreso parecido al que se

<sup>13</sup> P. Vilar, *op. cit.*, p. 12.

<sup>14</sup> J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo, 1982, pp. 11-12.

<sup>15</sup> Cfr. J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa de la historia?*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

<sup>16</sup> G. Bonfil, "Historias que no son todavía historia", en C. Pereyra *et al.*, *Historia: ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980.

\* Esto es cierto incluso en casos tan especiales como, por ejemplo, el uso de la ciencia para producir armas mortíferas: éstas no benefician, desde luego, al "hombre como tal", pero sí son o parecen ser convenientes para quien las emplea.

da al lograr un mayor conocimiento de la naturaleza: nos permite intervenir en ésta en el sentido que consideramos útil.

Realmente, como ya lo hemos señalado en parte, la comprensión de la historia de que se habla aquí ha tenido y tiene distintas aplicaciones prácticas. Antes se ha mencionado la estrecha relación entre las concepciones y las aspiraciones de los pueblos y su manejo del conocimiento del pasado. En nuestro ambiente es fácil ver que la conciencia nacional no es posible sin una concepción histórica: se basa, en gran parte, en la percepción, a veces muy deformada, de un pasado compartido y de lazos creados durante un largo periodo. Lo mismo puede decirse de la conciencia de clase: los sufrimientos, las victorias, las derrotas, las aspiraciones experimentadas conjuntamente, en suma, la experiencia práctica de un interés común tienden a engendrar, a través del tiempo, la conciencia de formar una unidad. El papel de la historia como ciencia consiste en hacer ver las bases objetivas, reales, de estas interpretaciones del pasado y de las enseñanzas desprendidas de ellas, y en permitir su aprovechamiento más conveniente.

*Una consideración sobre las leyes científicas.* Se impone aquí hablar brevemente del concepto mismo de ley en la historia y, en general, en las ciencias sociales. A diferencia de las leyes jurídicas, que son establecidas por órganos de la sociedad, las naturales y las sociales expresan relaciones causales entre distintos fenómenos y no obedecen a intención alguna. Así, por ejemplo, el físico inglés Isaac Newton formuló, en 1687, la *Teoría de la Gravitación*,\* es decir, expresó una situación existente en la realidad, independientemente de que sea conocida. Muchos avances en la astronomía, en la navegación y en otras disciplinas se beneficiaron de esta teoría. En la misma forma concebimos que las leyes sociales, entre ellas las históricas, existen al margen de que las conozcamos y las formulemos.

El uso del término se complica en la práctica diaria, porque muchas personas piensan que una ley expresa una relación definida, “absoluta”, entre *una* causa y *un* efecto; aplican así la interpretación propia del positivismo del siglo XIX. Nosotros nos referimos aquí a ley como la relación regular que se da entre un conjunto de factores que llamamos causas y otro que constituyen los resultados. Esta visión obliga a tomar en cuenta la gran complejidad de la vida social que, con frecuencia, hace difícil establecer cuáles son las causas principales de una situación dada. Debe verse también que la actuación humana, consciente o no, es uno de los elementos que influyen sobre el devenir del hombre.

La infinita cantidad de elementos causales que confluyen en el desarrollo de una situación dada impide que el conocimiento de una ley social nos permita predecir con exactitud el resultado concreto de un movimiento determinado. Más bien, tenemos que considerar que se trata de “leyes de tendencia” que per-

---

\* Véase el recuadro en la página 26.

**El "Destino Manifiesto", ¿una idea religiosa?, ¿la aplicación de una ley científica?**

Las colonias inglesas de Norteamérica declararon su independencia de Inglaterra en 1776 y recibieron su reconocimiento siete años más tarde. El nuevo país, Estados Unidos, inició un vigoroso proceso de expansión hasta llegar a ser la potencia mundial que conocemos hoy.

Thomas Jefferson, uno de los redactores de su Declaración de Independencia y presidente del nuevo país de 1801 a 1809, escribió ya en 1786: "Nuestra Confederación debe ser vista como el nido desde el que debe poblarse toda América, el norte y el sur".\* John Adams, de la misma generación y presidente de Estados Unidos anterior a Jefferson, expresó a éste, a principios del siglo XIX: "...nuestra acendrada, virtuosa y en extremo briosa y federativa república vivirá siempre, regirá al mundo e introducirá la perfección del hombre".\*\*

¿Estas manifestaciones representan simplemente las ambiciones desbocadas de unos políticos ambiciosos o constituyen un programa consciente de despojar a las demás naciones de sus bienes? La respuesta no es tan simple como parece.

Juan A. Ortega y Medina,\*\* estudioso del problema, presenta una explicación de gran interés. Dice que ya los primeros colonizadores ingleses de Norteamérica se consideraban portadores de la voluntad divina que les ordenaba cultivar la tierra; para cumplir con ese mandato, debían quitarla a los aborígenes que supuestamente no se mostraban capaces de hacerlo. A partir de ahí continúa sin interrupción la idea de estar acatando el mandato de Dios, como lo declaran también en nuestros días los dirigentes estadounidenses.

En esta doctrina, conocida como el *Destino Manifiesto*, se puede apreciar claramente la función de una pretendida misión superior: "justificar" el despojo de otras naciones, la expansión y el dominio sobre ellas.

\* Cit. por J. F. Rippey, *Latin America in World Politics*, en J. A. Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, p. 130.

\*\* Cit. por A. K. Weinberg, *Manifest Destiny*, en Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 144.

\*\*\* J. A. Medina y Ortega, *op. cit.*

miten señalar, ciertamente con un importante margen de error, los lineamientos que seguiría el proceso que se esté examinando.

Otra fuente de confusión acerca de la ley histórica es la afirmación, usada frecuentemente por dirigentes políticos o sociales, de que "actúan de acuerdo con lo que ordena la historia". Se trata de una expresión retórica que atribuye a la historia una personalidad o intencionalidad que ésta no tiene. En muchas ocasiones se usa para justificar una acción de dominio, como el "mandato de la Providencia para defender a Occidente" proclamado por el nazismo y nuevamente en boga en los momentos actuales.

También se ha usado y se usa la idea de una secuencia inevitable del devenir, supuestamente establecida por las leyes históricas. De ahí deriva un sentimiento de fatalismo, de que es imposible intervenir en el destino de la sociedad. Esta visión ignora el carácter dialéctico del desarrollo humano, en el que intervienen múltiples factores entre los cuales está la voluntad humana.

En general, podemos afirmar que se dan dos extremos de mal uso de la historia. Uno consiste en la negación absoluta de la posibilidad de conocer las relaciones causales entre los fenómenos históricos, lo que conduce a renunciar a una actuación basada en la experiencia social para buscar conscientemente la superación de la situación humana. El otro se basa en afirmar "verdades históricas" incommovibles, negando la po-

sibilidad de que nuevos descubrimientos y reflexiones propongan otras interpretaciones. Frente a estas posiciones afirmamos el gran valor para el avance humano de la correcta aplicación del conocimiento histórico, a pesar de sus problemas y dificultades.

*La difusión del conocimiento histórico.* Ahora bien, ¿cuál es la forma práctica en que el historiador cumple su cometido? ¿Cómo desempeña su papel de “hacer historia”, de crear esta conciencia histórica? Son dos las grandes ramas de su actividad, inseparables entre sí: la investigación y la divulgación.

Es evidente que los hechos históricos, antes de poder ser enseñados, deben ser conocidos, es decir, investigados y analizados con la profundidad necesaria. Pero el investigador, en todas las ciencias, necesita un conocimiento previo que le permita encauzar sus estudios; éstos, a su vez, servirán para confirmar o, en su caso, rectificar o desechar lo establecido por estudios anteriores.

Lo investigado debe ser difundido. Renunciar totalmente a la comunicación de lo encontrado es condenar la investigación a la esterilidad. El investigador puede desempeñar su papel de divulgador en muchas formas, válidas todas ellas. Para ser eficaz deberá procurar siempre utilizar un lenguaje adecuado al público receptor, sea un grupo especializado en un aspecto muy determinado, el gremio de los historiadores en general, o también quien la recibe como libro, conferencia o en otro tipo de exposición. Una de las formas básicas de difusión, de amplia repercusión y especial responsabilidad, consiste en la docencia, en sus diferentes niveles.

Un aspecto cercano, que no pertenece a la ciencia de la historia pero que se beneficia de ella, será el de la novela, de la película o del video dedicados a temas históricos. Ahí no se pretende dar un relato exacto de determinados hechos o desarrollos, pero se puede reproducir con mucha fidelidad un ambiente determinado y crear conciencia sobre la evolución de algún núcleo humano.

Conviene aquí expresar la advertencia de que la exposición de un historiador, por más serio que sea éste y por más objetivo que trate de ser, estará siempre matizada por sus propias concepciones. Esta limitación es mucho más importante todavía al tratarse de novelas, películas y otros relatos con base histórica, que presentan acontecimientos o la vida de personajes, reconstruidos según la visión que tiene el autor o cineasta del acontecimiento y de sus protagonistas.

En escuelas primarias y en actos cívicos se usa frecuentemente la exposición histórica para rendir “culto a los héroes”, presentando a éstos como ejemplos o también, en sentido contrario, señalando actuaciones repudiables que de ninguna manera deben imitarse. Para muchos, en esto reside la función de “maestra de la vida” que se asigna a la historia. Sin duda, el ejemplo es valioso en la educación, pero no es correcto aceptar sin examen la práctica a que nos referimos. Ésta, por una parte, suele partir de la idea de que “los grandes hombres” hacen la historia. Se dice, en alguna forma: “Hidalgo, enojado por

### La discriminación que el viento dejó

En 1939 se estrenó una película famosa por su dramatismo y su excelente realización, "Lo que el viento se llevó". Describe la sociedad del Sur de Estados Unidos, que defendía el derecho a tener esclavos, en guerra contra el Norte, encabezado por Abraham Lincoln. El relato abarca la Guerra Civil, la ruina de una hacienda del sur, su abnegada lucha por reconstruir su propiedad, usando el trabajo casi gratuito de presos, entre otras acciones.

¿Quiénes aparecen como "los buenos", que conquistan la simpatía del público? Sin duda, la dueña de la hacienda, bella, elegante, activa y, en general, los miembros de su círculo social. Hay negros buenos: son los que defienden al Sur contra los "extraños", los del Norte, que aprovechan la victoria de su bando para hacer negocios con las tierras que pierden los sureños. También se presentan antiguos esclavos que no saben hacer uso de su libertad, viven en chozas, holgazanean y se emborrachan.

En cambio, no aparecen los negros que lucharon, armas en mano, por su libertad, ni los que se pusieron a trabajar y empezaron a crear una nueva sociedad, junto con blancos dispuestos a compartir con ellos. Sus esfuerzos fueron aniquilados por el terror desatado por organizaciones como el Ku Klux Klan, varios años después.

Las situaciones descritas en la película tienen una base real; el problema está en que muestra sólo una parte de la sociedad que describe y presenta así una imagen falseada. Ciertamente, no dice ser un documento histórico pero, gracias a su estupenda ambientación, el espectador cree ver un testimonio de la época; sentirá admiración por la hacienda y repudiará a los negros y sus partidarios. En otras palabras, esta obra de arte impulsa ideas racistas, muy extendidas en su momento y también hoy.

la explotación que sufrían los indios, decidió levantarse en armas y hacer la independencia"; o también: "Lenin consideró que se necesitaba una revolución en Rusia, y la hizo"... Con este tipo de planteamiento se induce un pensamiento acrítico, que deja todo en manos de seres excepcionales, sin profundizar en las condiciones en que éstos actúan.

Y hay otro elemento más: generalmente, el culto a los héroes los presenta como una especie de superhombres desde su nacimiento (o de villanos de origen, en el caso opuesto), sin fallas, dudas ni errores. Tales personajes no existen. El efecto de la imagen proyectada puede ser de admiración pasiva: no parece posible compararse con actores de tal calidad, ni seguir sus pasos; se induce también la aceptación de un orden ya establecido. Asimismo, es probable que se genere la indiferencia o la burla.

Por último, veamos la relación entre el investigador y el divulgador. Aparentemente, no hay más nexo que el conocimiento que aquél entrega a éste para su manejo. Sin embargo, la ligazón es más estrecha. El investigador, ya lo hemos dicho, tiene que comunicar sus hallazgos, so pena de anular su labor, pero también es conveniente que el divulgador, ya sea maestro, publicista o escritor, tenga

conocimiento de la forma en que se realiza la investigación. De otra manera le será difícil, por no decir imposible, orientarse entre las diferentes exposiciones y concepciones de los investigadores. Sobre todo en una ciencia tan joven como es la historia, entre cuyos adeptos se manifiestan múltiples afirmaciones contradictorias e influencias de todo tipo, es necesario que el expositor tenga conocimiento de los métodos básicos de la especialidad para

poder juzgar con objetividad y criterio personal y no estar sujeto ciegamente al investigador. La realización de trabajos propios de investigación y análisis constituye un elemento valiosísimo en la formación del divulgador de la historia, como sucede en todas las ciencias.

## 4. La labor del historiador

### *La materia prima del trabajo histórico*

*Las fuentes.* La historia no cuenta con la posibilidad de observar directamente el objeto de su estudio o de realizar experimentos, forma en que trabajan muchas otras ciencias. Sólo el investigador dedicado a los acontecimientos de su propio tiempo puede basarse en la observación de primera mano, pero ésta no pasará de abarcar un sector muy reducido de la realidad social.

Salvo la excepción señalada, todo conocimiento histórico es indirecto; el estudioso lo recibe a través de las llamadas fuentes históricas, que son todas las huellas dejadas por la actividad del hombre. Cualquiera de ellas, correctamente estudiada, proporciona datos acerca del desarrollo de la sociedad humana a través del tiempo.

Las fuentes mismas son de muy distintos tipos. Puede tratarse de elementos elaborados simultáneamente o en contacto directo con el acontecimiento que se describe, como sucede en el caso de los instrumentos de labor, las armas, los relatos hechos por contemporáneos y otros orígenes de información. Pero muchas veces no es posible utilizar estas fuentes primarias, sea por haber desaparecido, por no encontrarse al alcance del observador o porque resulta más conveniente partir de conocimientos ya analizados y sintetizados. Se recurre entonces a fuentes secundarias, a estudios realizados anteriormente, basados, a su vez, de manera directa o indirecta, en las fuentes primarias o en el conocimiento del acontecimiento mismo. También se obtiene información histórica del análisis de las consecuencias del acontecimiento o movimiento de interés.

Es más: podemos decir que todo trabajo histórico incluye el uso de fuentes secundarias. Es imposible situar en su contexto el objeto de estudio sin aprovechar el conocimiento ya existente acerca de la situación general en que se desarrolla, aunque sea impreciso. Se ve aquí el carácter acumulativo y crítico de la labor de la historia, como sucede en todas las ciencias.

La relación entre el uso de fuentes primarias y secundarias depende de muchos elementos: de la disponibilidad de unas y otras, de la necesidad

de situar un acontecimiento o periodo con mayor o menor precisión en su entorno. También influye de manera importante el objetivo mismo del trabajo que se realiza. Así, un estudio de síntesis o un ensayo de interpretación a gran escala no hará uso de fuentes primarias o sólo las aprovechará en forma mínima.

Las fuentes primarias son tan variadas como la actividad humana misma. Por una parte, como ya dijimos, toda huella de una actuación del hombre, correctamente interpretada, nos dice algo acerca de la existencia y de las particularidades de sus autores. Los huesos de seres humanos no sólo indican que en el lugar correspondiente hubo hombres (¡cuidado! Los huesos pueden haber sido llevados al lugar donde los encontramos); haciendo estudios comparativos puede saberse por ellos, con mayor o menor grado de certidumbre, con qué grupos estaban relacionados sus poseedores. Su examen, el de basureros, de restos de alimentos y también de excrementos, nos hablan de lo que comían, de las enfermedades que sufrían, de la edad que solían alcanzar. También es posible encontrar huellas de sus luchas y de las armas usadas en éstas en las deformaciones y cicatrices conservadas.

Lo mismo, muchas veces con mayor certeza, puede decirse de utensilios, armas, vestimentas, habitaciones y sepulcros. Las ciudades y los pueblos rurales o sus restos, las obras de arte, los caminos y carreteras, acueductos, instalaciones portuarias proporcionan mucha información. Son muy valiosos los testimonios escritos, como cartas particulares, registros de propiedad, leyes, actas gubernamentales, informes policíacos, de espionaje o de servicios diplomáticos, mapas, exposiciones y discusión de ideas religiosas o de conceptos filosóficos.

Durante mucho tiempo se solía hablar de fuentes directas, que son aquellas hechas con la intención de dar un testimonio a la posteridad (crónicas, memorias, inscripciones conmemorativas y documentos o datos similares), y de las indirectas, que dan una información sin haber sido elaboradas con esta intención. Sin embargo, el examen general de las fuentes que utilizamos hace ver que esta división es de escasa utilidad y, actualmente, se le usa muy poco.

Una parte importante de la labor del investigador de la historia es la localización, a veces muy laboriosa y delicada, de los datos con los que ha de trabajar. Para ello, como para su evaluación, no debe olvidar nunca que la historia es una de las ciencias sociales, unida estrechamente con todas ellas, además de estarlo con muchas de las que se ocupan de la naturaleza. Unas y otras se apoyan mutuamente y facilitan el examen de los problemas que les conciernen. Más adelante, hablaremos de las principales disciplinas estrechamente relacionadas con la historia.

*La crítica de los datos.* La obtención de la información acerca de los hechos históricos es apenas el primer paso en la obra de investigación. El siguiente será lo que se llama su crítica, es decir, el análisis destinado a comprobar su autenticidad y a permitir su comprensión.

En un primer momento parece que las informaciones más fidedignas son aquellas provenientes de fuentes intencionales, sobre todo cuando se basan en observaciones hechas por los relatores. Sin embargo, tal optimismo se desvanece pronto. Es bien sabido que varios testigos de un mismo suceso, aunque no tengan ningún interés personal en éste, suelen dar versiones contradictorias de él; no hay por qué suponer mayor capacidad en observadores de acontecimientos históricos.

Las crónicas y demás modalidades de información elaboradas por instituciones oficiales pueden estar muy distorsionadas porque sus autores desean rendir un homenaje a algún dirigente o ensalzar una acción determinada. También hay que considerar la posibilidad de que se trate de relatos hechos "por encargo" o bajo presión. Piénsese, simplemente, en los partes oficiales de guerra, con su fuerte y conocida mezcla de verdad y de intención propagandística, de reseña de hechos reales y de intento de confundir al enemigo.

En cambio, los datos de origen no intencional, más difíciles de interpretar, suelen estar menos deformados. El collar de conchas que usa una persona o el ferrocarril construido en determinada región no tienen la finalidad de informar nada a nadie, pero mucho revelan al observador inteligente y preparado acerca de la forma de vida de quienes los produjeron y utilizaron.

La investigación moderna utiliza múltiples métodos proporcionados por diferentes ciencias para determinar el grado de confianza que se puede tener en una información determinada. Su uso, en lugar del capricho o de la intuición, constituye uno de los elementos que hacen cada vez más científica a la historia.

Tratándose de documentos, la primera preocupación del estudioso será el examen de su autenticidad. Para ello puede valerse de distintos auxiliares, como la determinación de la antigüedad del escrito por métodos químicos, de radiactividad, grafológicos, estratigráficos y otros. Sin embargo, el hecho de haber establecido que un documento es auténtico todavía no asegura que su información sea verídica, como ya hemos señalado antes. Por otra parte, hasta el escrito que parece falsificado puede dar información valiosa: es posible que sea una copia fiel del original sin señalarlo así,\* y puede también indicar mucho acerca del espíritu y las acciones del tiempo en que se elaboró. Un aspecto más que hay que considerar es que el significado de determinados términos cambia a través del tiempo. También se usan metáforas, cuya interpretación no siempre es fácil o inequívoca.

Así vista, parece que la forma de aprovechar los datos recae en el "buen sentido" personal, en el capricho del investigador. No hay tal. Lo que sucede es que el estudioso debe tomar en cuenta, por una parte, los elementos que se han señalado: antigüedad, autenticidad y otros que resulten útiles; y, por otra,

---

\* La norma que obliga a señalar que un documento es copia de otro es relativamente reciente.

está obligado a fijarse en todo el contexto del periodo, a comparar unos datos con otros y ver si concuerdan entre sí.

Aquí se presenta una nueva trampa para el historiador: fácilmente puede sentirse tentado a rechazar aquello que "no encaja" en lo que ya conoce de la situación que estudia. En este caso deberá preguntarse si será real el conocimiento anterior o si habrá que desecharlo, en parte o totalmente, para aceptar lo nuevo. En todas las ciencias se presentan con cierta frecuencia estos momentos de choque entre los innovadores y quienes sostienen conocimientos ya aceptados; tales momentos suelen originar múltiples desviaciones y especulaciones, pero también son los más fecundos para el desarrollo científico.

*Las ciencias relacionadas.* Los seres humanos no viven en el vacío; se encuentran en un medio determinado, producen, consumen, colaboran y se enfrentan entre sí; desarrollan sistemas sociales, pensamientos, artes y religiones. Estos elementos son estudiados por diferentes ciencias, cuyos hallazgos son de gran valor para el historiador; sólo mencionaremos aquí a las más importantes, ya que es imposible hablar de todas ellas.

Vemos que en toda actividad humana se manifiesta la manera en que el hombre produce y distribuye lo que necesita para vivir. Esto impone examinar los instrumentos y técnicas que utiliza para actuar sobre la naturaleza, y las relaciones existentes en el interior de cada sociedad. Salta a la vista la enorme importancia de estos elementos, ya que ellos determinan, en gran parte, la forma de vida de los hombres y su capacidad para intervenir en el medio ambiente. Estrechamente ligada con lo anterior está la economía, que examina la producción, la propiedad y la distribución de la riqueza en la sociedad humana.

La geografía es indispensable para nuestra disciplina. Todo suceso acontece en un lugar determinado y las características de éste, en cuanto a condiciones naturales, población y situación económica, facilidades de comunicación, existencia de minerales y otros recursos influyen en los hechos y facilitan o dificultan los cambios sociales.

En beneficio mutuo con la historia se halla la sociología, cuyo objeto de estudio es la sociedad misma. Si aquélla la examina en su desarrollo, ésta lo hace en su funcionamiento. Para muchos estudiosos se trata de una misma disciplina intelectual, con énfasis en una situación dada o en su movimiento a través del tiempo, según el caso.

La psicología proporciona valiosos elementos para comprender comportamientos y sentimientos individuales y colectivos. Un gran número de intérpretes del devenir humano considera que en esta disciplina se encuentra la explicación de toda actuación, dejando de lado los demás factores que intervienen en ella. Sin embargo, no deben desdeñarse sus aportaciones, que incluyen aspectos como la interpretación de relatos y mitos que ayuda a profundizar el conocimiento de estructuras y cambios sociales.

El estudio de la jurisprudencia, que indica mucho sobre la organización de las naciones, el de la evolución de los idiomas y de las relaciones mutuas entre

éstos, el del arte, así como muchas otras disciplinas que examinan condiciones de vida humanas, proporcionan también múltiples datos, importantes para la comprensión de los fenómenos históricos.

Las ciencias relacionadas con la historia no se limitan a las disciplinas dedicadas directamente a los problemas sociales. La biología permite el análisis de restos humanos; el estudio del ADN proporciona información sobre el desarrollo de los seres vivos y permite también establecer la relación entre diferentes grupos. La geología ayuda muchas veces a determinar la antigüedad de piezas halladas, por los estratos en que se encontraban.

La química y la física nuclear son indispensables para muchas investigaciones. Entre otros datos, proporcionan información acerca de la edad de diferentes restos al examinar los elementos que los componen. Esto se refiere tanto a huesos y otros materiales orgánicos como, por ejemplo, a inscripciones realizadas en tablillas de arcilla o en pergaminos.

### *El historiador frente a los datos*

*La interpretación.* El científico no se conforma con obtener y comprobar la información; esto sólo constituye los primeros elementos de su labor. Una vez encontrados los datos buscará explicar los sucesos a que se refieren, hallar su concatenación, sus mecanismos internos de causas y efectos. Para ello tiene que analizar los hechos, ver cuáles son sus componentes fundamentales y luego volverlos a sintetizar; de esta manera logrará encontrar relaciones causales y podrá suponer leyes de evolución histórica, cuya formulación deberá corroborar con la práctica, con los acontecimientos reales, para confirmarla, desecharla o modificarla.

Se presenta otro problema al investigador, difícil de resolver. Los datos con que opera no son todos de la misma relevancia; en alguna forma deberá escoger aquellos que son importantes y dejar en segundo término a los que carecen de interés o, de plano, hacer caso omiso de ellos. ¿Qué criterio adoptará para ello?

Esta pregunta parece contestada con lo que se ha dicho de la congruencia necesaria en cada época o situación. Sin embargo, unos historiadores conceden gran relevancia a los pensamientos de determinados personajes, su carácter, su ambiente familiar; otros toman en cuenta sobre todo situaciones geográficas; otros más hablan de raza y de sangre; muchos piensan en clases sociales y en situaciones económicas; hay numerosos criterios más. Algunos creen que el mejor sistema es no tener ninguno y reúnen distintas concepciones, en forma más o menos arbitraria.

El criterio que ha de aplicar el historiador no puede ser el simple capricho si pretende elaborar un estudio de carácter objetivo. La evaluación de los datos corresponderá siempre a una visión de conjunto, resultado de conocimientos previos, evaluados e interpretados. ¿Pero no llegamos así a un círculo vicioso? ¿Dónde está la comprobación de estos conocimientos previos?

Sucede aquí lo mismo que en todas las ciencias. La nueva indagación se basa en verdades ya encontradas, a las que aporta descubrimientos e hipótesis, semejantes o diferentes. La comprobación de éstos reforzará o, en su caso, debilitará o limitará las verdades anteriores. Estas innovaciones generalmente tienen que enfrentarse a lo aceptado en su momento y se producen debates que pueden ser muy profundos o también de rechazos emotivos, sin análisis. Un aspecto muy importante en estas discusiones es el referente a la posición del propio historiador.

¿*Interpretación imparcial?* En relación con el problema de la selección, interpretación y exposición de los datos históricos, frecuentemente o más bien casi siempre se escucha la exigencia de que el historiador proceda de forma imparcial. "Hay que escoger los datos por su importancia, explicar los acontecimientos como fueron realmente

y no dejarse influir por las simpatías personales", se le dice al investigador y también al expositor, o lo proclama él mismo. Esta exigencia aparenta una justeza tan evidente que no parece necesario fundamentarla. Sin embargo, analicémosla más a fondo.

De entrada, señalemos que muchos hechos y acontecimientos difícilmente pueden estar sujetos a discusión. Parece imposible cuestionar la existencia del dominio mexicano en gran parte de lo que hoy es México, la conquista de Perú por un grupo de españoles encabezado por Pizarro, la construcción de las pirámides de Egipto o de la Gran Muralla China, las elecciones presidenciales del año 2000 en México o en Estados Unidos, etc. El problema está en el análisis de las causas, características y consecuencias de estos hechos y si deben ser incluidos o no en una exposición. La decisión depende del criterio del investigador

acerca de la mayor o menor relevancia del dato y del nivel de resumen o de presentación de detalles que se pretenda hacer. Pero hay más.

Lo primero que hay que ver para una apreciación correcta es el origen mismo de la información. Los relatos y documentos en que se basa el historiador tienen autor y éste, forzosamente, tiene ideas, conceptos, simpatías que se

#### Las intenciones de imparcialidad de historiadores clásicos

"Así habla Hecateo de Mileto: escribo lo que sigue, como me parece ser verdadero. Porque las historias de los helenos son, tal como aparecen ante mí, contradictorias y ridículas".\* Heródoto, a su vez, dice: "Véome aquí obligado a decir lo que siento, pues aunque bien veo que en ello he de ofender o disgustar a muchísima gente, con todo, el amor de la verdad no me da lugar a que la calle y disimule".\*\* El romano Tito Livio ve otra problemática: "No es fácil considerar más fehaciente una causa que otra, o un autor que otro".\*\*\* Con menos dudas se muestra Luciano (siglo II d. C.): "Ante todo y sobre todo [el historiador] sea libre en sus opiniones y a nadie tema ni de nadie espere, pues de otro modo sería como esos jueces malos que, por dinero, sentencia inspirándose en el favor o en el odio... El único deber del historiador es narrar con veracidad los hechos".\*\*\*\*

\* F. Wagner, *op. cit.*, p. 19.

\*\* *Ibid.*, p. 20.

\*\*\* *Ibid.*, p. 39.

\*\*\*\* *Ibid.*, p. 47.

expresan en sus escritos. Los cronistas oficiales están encargados, en forma más o menos expresa, de ensalzar a su nación, a tal o cual gobernante o a una dinastía determinada, por lo que deben tomarse con reserva sus afirmaciones. Tampoco es posible confiar plenamente en los informantes de los gobiernos, como diplomáticos, agentes políticos o policías; ellos tienen el deber de suministrar datos veraces a sus superiores, pero sus propias convicciones influyen en su manera de recoger y seleccionar los que van a proporcionar. Además, es frecuente que se les exija presentar noticias o interpretaciones que puedan justificar acciones ya decididas por sus jefes.

No sólo los documentos oficiales, como los que acabamos de citar, son fuentes de información. Muchas veces se dispone de escritos que parecen neutrales e inspiran más confianza. Así, podríamos haber encontrado la carta enviada a su hijo por un testigo presencial de la sublevación de los esclavos romanos. ¡Qué hermoso hallazgo! El autor del relato no es funcionario, no tiene que adular a nadie, escribe "la verdad". Pero ¿cómo será su verdad? Puede haber sido un esclavo, que los hubo letrados, y muchos de los maestros de la juventud aristocrática de Roma fueron esclavos griegos. Esta situación posiblemente lo haga tener simpatía por los rebeldes, lo impulse a señalar los maltratos que éstos habían sufrido y condenar el mismo hecho primario de haber sido arrancados de sus patrias. Puede sentir entusiasmo por la combatividad, la abnegación y el heroísmo de los sublevados. Pero a lo mejor se trata de un patricio, un romano privilegiado. Este probablemente verá ante todo que los esclavos eran alimentados por sus amos y se mostraban ingratos; también se quejará de la destrucción de valores culturales, de la intranquilidad, de la violación a las leyes eternas establecidas por los dioses. Para complicar más el análisis, es muy posible que un esclavo "apatriciado", que comparte muchas ventajas con sus dueños, se identifique con éstos y no con sus colegas de situación legal.

El ejemplo dado, imaginario, hace ver algunas de las influencias que expresa el autor de un relato sin darse cuenta de su parcialidad. Y hay muchos elementos más que deben considerarse en cuanto a aquél. Entre ellas cuentan su educación, su religión, el pueblo y la clase a la que pertenece, entre otros factores. Su relato será parcial, forzosamente, dése cuenta de ello o no.

Acabamos de señalar la inevitable parcialidad de las fuentes escritas. ¿Significa esto que sean inútiles? Por supuesto que no. El buen investigador sabrá obtener de ellas valiosa información no sólo acerca de los hechos sino también —lo que es tan interesante como lo anterior— acerca de los sentimientos e ideas prevalecientes en su época. Podrá evaluar esta información de modo más fácil y más acertado en cuanto tenga mayor conciencia de la posición y de la forma de pensar del autor del relato y de la suya propia.

Ya se ha dicho que la localización y crítica de los datos no es más que el primer paso del trabajo del historiador. Después viene su interpretación; ¿podrá ser imparcial aquí el estudioso?

Muchos contestarán que sí. Sin embargo, lo dicho para el origen del relato vale también para este siguiente paso. Ante la misma información no reaccio-

### La raíz de México y un episodio del siglo xx

Dice José Vasconcelos en la introducción a su *Breve historia de México*: "Nada destruyó España (en sus conquistas americanas) porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos que se considere sagrada toda esa mala hierba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas y el despotismo embrutecedor de los incas".\*

Vasconcelos fue sin duda un intelectual destacado, de extraordinarios méritos en el desarrollo de la cultura mexicana: notorio desde fines del gobierno de Porfirio Díaz, fue partidario de Madero, rector de la Universidad Nacional de México, fundador y primer titular de la Secretaría de Educación Pública; impulsó en gran medida la educación, la pintura mural y la divulgación de la literatura; realizó una intensa actividad política y fue autor de libros de gran interés. Con su obra y actuación ganó un enorme prestigio y muchos de sus admiradores no distinguen entre las diversas fases que adoptó a través de su trayectoria.

Sin embargo, el párrafo citado hace ver una absoluta falta de objetividad y de reflexión, más allá de lo que pueda justificar una posición personal. Esta impresión se reafirma cuando habla de las elecciones de 1929, en que fue candidato a la presidencia de México. Dice: "No supo el pueblo apoyar con las armas el voto que le había sido defraudado en los comicios [al propio Vasconcelos] [...] Y la nación quedó ensombrecida como en los días en que los aztecas consumaron, en términos análogos, la expulsión de Quetzalcóatl, el civilizador, para reemplazarlo con los ejecutores de Huichilobos".\*\* (Huichilobos es el término usado por los conquistadores para referirse a Huitzilopochtli.)

En una primera anotación podemos preguntarnos: ¿si Vasconcelos se compara con Quetzalcóatl, no estará reconociendo que algo "existía digno de conservarse"? También digamos que no es aceptable confundir en una obra de historia las culturas azteca y tolteca, atribuyendo a los pueblos indígenas una homogeneidad que no tuvieron.

Pero es necesaria otra observación: las deformaciones señaladas no son errores inocentes; expresan una actitud general de desprecio a los pueblos autóctonos, "olvidando" los rasgos que contradicen las posiciones del autor. No hay búsqueda de objetividad, de señalar las características principales, sino el deseo de denigrar.

\*J. Vasconcelos, *Breve historia de México*, México, Trillas, 1999 (1ª ed. 1937), p. 36.

\*\**Ibid.*, pp. 378 s.

nará igual una persona conservadora que una revolucionaria; quien pertenezca a una nación colonizadora tendrá distinta actitud frente a una conquista que un miembro de un pueblo oprimido. El enemigo del latifundio, pensando que éste sólo puede ser destruido mediante la violencia, reaccionará de manera diferente ante la reforma agraria emprendida en la Roma antigua por los hermanos Graco o la rebelión campesina encabezada por Emiliano Zapata que quien pretenda una reforma pacífica. A su vez, el que considere que la mejor organización agraria es la gran propiedad recibirá la información sobre problemas del campo en forma distinta a los partidarios de múltiples dueños de pequeñas parcelas.

Las experiencias personales tienen, desde luego, una gran importancia. Es bien conocido el choque emocional que recibió Lucas Alamán, miembro de una rica familia de mineros de Guanajuato, cuando tuvo que contemplar el saqueo de su ciudad por los insurgentes de Hidalgo, en 1810; toda la vida del inteligente político conservador estuvo influida por esa experiencia, además de estarlo por su origen y posición social y nacional.

Uno de los grandes problemas de las ciencias sociales consiste en que el investigador tiende a considerar que los puntos de vista de que parte son una verdad indiscutible; muchas veces lo hace sin darse cuenta de

ello. Esta actitud se refuerza porque las opiniones básicas del científico no sólo provienen de su pensamiento racional, consciente, sino que se originan en gran medida en sus concepciones personales y en las del grupo social del que forma parte, así como en su formación. Los miembros de una clase dominante, rica, en general tenderán a considerar que el orden existente es eterno y bueno; o posiblemente piensen que siempre ha habido ricos y pobres, gobernantes y dominados. De esto suelen derivar que así será siempre; lo más conveniente, es decir, lo bueno, sería que no hubiera cambio. A su vez, se dará la situación opuesta en las clases pobres, sujetas: no están a gusto con su situación y pueden tender a desarrollar el deseo de que el mundo cambie y a pensar que también su suerte puede o debe modificarse.

Esta misma situación se da en todo el pensamiento humano y no sólo en las ciencias sociales, pero su importancia es mucho mayor en estas últimas. En las ciencias naturales sólo se discute si un conocimiento es verdadero y, en su caso, cómo puede aprovecharse.\* Las leyes acerca del comportamiento social, en cambio, son convenientes para unos y perjudiciales para otros, y resulta de ahí que los primeros buscarán y favorecerán su descubrimiento y divulgación, mientras que los segundos las combatirán.

¿Habrá que llegar, pues, a la conclusión de que el historiador está condenado fatalmente a expresar y proyectar solamente sus ideas preconcebidas, sus prejui-

### ¿Exterminar, aislar o fusionar?

Al comparar la conquista española de América con la realizada por los ingleses en el norte del continente, los admiradores de la obra de los castellanos suelen presentar el argumento de que los ingleses exterminaron a la población local, mientras que los peninsulares se mezclaron con ella, a la buena y a la mala. De ahí suele derivarse la idea de unos, "abiertos a aceptar a los originarios del Nuevo Mundo", y otros, "sanguinarios y represivos".

Los hechos parecen darles la razón: pueblos mestizos en América Latina y blancos en Estados Unidos y Canadá. Hay ciertas limitaciones: en algunos de los países colonizados por España o Portugal casi no existen descendientes de los pueblos autóctonos o están marginados en las zonas más inaccesibles, como en la Amazonia. Por otra parte, en los países del Norte conviven los llamados americanos originarios, los afroamericanos, los "hispanos" con los blancos, pero hay escaso mestizaje entre estos grupos.

Las excepciones mencionadas no constituyen la principal falla de la afirmación que comentamos. Lo decisivo es que ésta no se basa en un examen de las causas y características específicas de la situación que enjuicia. El hecho es que la población de las Antillas no había desarrollado una economía muy productiva y fue exterminada por los conquistadores, mientras que éstos pudieron sacar grandes provechos de los habitantes de Mesoamérica y de Perú, que disponían de sistemas de alto rendimiento. A su vez, los ingleses nunca hicieron el intento de acabar con la población de la India, sino que la explotaron. ¿Fueron distintos los españoles que ocuparon Haití, Santo Domingo y Cuba de los que colonizaron la América continental, o los ingleses dominadores de Norteamérica de los que gobernaron a la India?

La falta de reflexión es resultado y, a su vez, causa de prejuicios y discriminación.

\* Aquí no debemos olvidar la resistencia que los conocimientos "establecidos" suelen oponer a las innovaciones, como sucedió con la teoría de la evolución planteada por Darwin y la heliocéntrica de Galileo, entre otras.

cios, correspondientes con mayor o menor precisión a los intereses del grupo social al que pertenece o con el que se identifica? ¿Le estará vedado el conocimiento científico, una de cuyas características es la búsqueda de la objetividad?

*La objetividad.* En la última palabra, *objetividad*, está la clave de una respuesta posible. El historiador, en nuestra opinión, ciertamente no puede ser imparcial; pero sí puede ver y analizar los hechos, sus relaciones mutuas, sus causas y sus efectos. Esto le será tanto más fácil cuanto más consciente sea de su parcialidad.

Enfocar objetivamente los hechos humanos es difícil. Para lograrlo en la mayor medida, el investigador debe examinar con atención el máximo posible de los elementos que intervienen en el fenómeno que estudie, aunque nunca podrá hacerlo con todos, ya que son infinitos. Al hacerlo, y principalmente al evaluar sus implicaciones políticas y sociales, deberá tener presente siempre que la base de toda interpretación sería el conocimiento de los hechos; sobre todo, le interesarán aquellos datos que parezcan contradecir sus opiniones previas. Los revisará con cuidado para ver si resulta necesario modificar las interpretaciones anteriores o si los datos nuevos las confirman.

Dicho en otras palabras: todo científico debe estar consciente del presupuesto del que parte, es decir, del llamado marco teórico y de las razones que tiene para adoptarlo.

Al exponer los resultados de su labor deberá cuidar siempre de no presentar sus hipótesis y opiniones como hechos comprobados y fundamentar en forma clara las interpretaciones que haga, acompañando los datos en que se apoye. Estos, a su vez, forman parte no sólo de su comprobación sino también de futuros adelantos.

De esta manera, paso a paso, el investigador podrá llegar a la obtención de un conocimiento de alta objetividad en cuanto a los hechos, periodos y cambios históricos, así como de sus tendencias generales, sus leyes. Estas también pueden ser de carácter general o sólo referidas a una o algunas épocas. Como en todas las ciencias, los límites del conocimiento elaborado se amplían constantemente, conduciendo a nuevas y nuevas conclusiones.

Toda interpretación deberá comprobarse en la práctica. En el caso de la historia, no es posible hacerlo realizando experimentos, sino confrontando sus conclusiones con las que se refieran a otros hechos similares. El examen permitirá ratificar, refutar o –será lo más frecuente– modificar parcialmente la explicación a que se haya llegado.

Como síntesis puede decirse que el historiador, en lo individual o en el trabajo de equipo, con la ayuda de ciencias relacionadas, establece los datos mediante la utilización crítica de los materiales que le proporcionan las fuentes; los analiza y los interpreta hasta llegar a obtener una comprensión del objeto de su estudio, lo más amplia y profunda posible. Todo este conocimiento se somete al constante examen de los hechos y constituye un acercamiento a una verdad de creciente objetividad acerca del pasado y del desarrollo de la humanidad.

## 5. Las grandes divisiones de la historia

El campo de la historia es vastísimo: abarca todo el pasado de la humanidad. Por ello, su estudio requiere forzosamente de una sistematización, de divisiones y subdivisiones. Al mismo tiempo –y esto constituye otra rama de la actividad del historiador– no puede olvidarse la síntesis, tanto la que se refiere fundamentalmente al relato como la que enfoca su atención a la interpretación, a la búsqueda de leyes y del significado de éstas.

Pueden señalarse tres grandes formas de dividir la historia: por grupos humanos y regiones geográficas; por temas y actividades; por orden cronológico, de edades y periodos. Estas clasificaciones no son excluyentes entre sí; los grupos humanos se estudian por periodos y según las actividades que desarrollan; lo mismo se puede decir de las otras formas de división.

*División por grupos humanos y por regiones geográficas.* Esta forma es muy usual y en muchísimos casos es conveniente y fácil de entender. Se trata de la división de la historia en universal o general, por una parte, y nacional (en las escuelas se suele hablar de “historia patria”) por la otra. También entran en tal clasificación las historias por regiones (“historia de América Latina”, “historia de América”, etc.) o las locales, consagradas al estudio de provincias, ciudades o aldeas; éstas se titulan con frecuencia “microhistorias”.

Existen también abundantes grupos humanos cuyo desarrollo no se identifica con una nación o con una zona geográfica. Si la historia de Roma tiene siempre por centro a esta ciudad y a su imperio en la Antigüedad, la de los aztecas, por ejemplo, no se circunscribe a la vida de la ciudad de Tenochtitlán, ni tampoco se podría decir que su estudio es el del México prehispánico. El pueblo judío o el gitano, para citar otros casos, no están ligados a un lugar determinado desde hace casi 2 000 años. Por ello hay que aceptar, además de la división geográfica, otra que se refiera a grupos humanos, identificables a través de un periodo más o menos prolongado.

*División por temas y por actividades.* Aquí se comprenden la historia de la economía, la de la política y la de la cultura, entre otras.

La historia de la economía se refiere a las distintas formas en que el hombre ha producido y distribuido los bienes necesarios para su subsistencia y su comodidad. En muchos aspectos, como se verá al analizar las leyes del movimiento histórico, el desarrollo de la economía viene siendo la base del desenvolvimiento social, pero no por ello deberá identificarse la economía con la sociedad. Es necesario encontrar su correcta interrelación.

Estrechamente ligada con la economía se encuentra la técnica, el conjunto de los medios y formas concretas de que se vale el hombre para intervenir en la naturaleza. El carácter individual o colectivo de los instrumentos de producción, su mayor o menor eficacia condicionan, en gran parte, aunque no de forma automática o mecánica, la estructura económica, política y cultural de la sociedad.

Lo que se enseñaba como "historia" en las escuelas, hace todavía poco tiempo (v en muchas partes se sigue enseñando), era la historia política. Se tomaba como tal el relato de los hechos y a veces hasta de las particularidades mínimas y estrictamente personales de reyes, emperadores y otros gobernantes. Pero el concepto "historia política" es mucho más amplio. Abarca lo referente a las relaciones entre los países, no sólo en sus aspectos bélicos y de conquista, sino también en sus cooperaciones e influencias benéficas; se refiere también a los acontecimientos que tienen lugar en el seno mismo de los pueblos, a las luchas entre sus diferentes grupos, las modificaciones que sufren sus estructuras; en una palabra, a su desarrollo. Otro de sus campos es el de las constituciones y demás leyes, que son la expresión jurídica de su evolución e influyen poderosamente en ésta.

La historia de la vida cotidiana es una rama que se ha desarrollado fuertemente desde hace varias décadas. Entra en este rubro el estudio de la vida familiar, de las relaciones entre los sexos, de los alimentos, del vestido, de las diversiones y muchas otras actividades.

Las normas a que se sujetan o dicen sujetarse los diferentes grupos humanos, evolucionan a través del tiempo y por lo tanto son también objeto de estudio histórico. Están comprendidos en este rubro elementos como las leyes y costumbres que rigen a la familia, los códigos de moral sexual y muchos otros elementos.

Por último, hay que mencionar aquí la historia de la cultura, íntimamente ligada con lo señalado en el punto anterior. El concepto de cultura es sumamente amplio y su aplicación ofrece grandes dificultades. Como historia de ella no debe entenderse solamente la del arte, con sus múltiples ramas, sino también la del pensamiento, sea mágico o racional. La historia de la historia, que examina el desarrollo del conocimiento del hombre de su propio pasado y de su reflexión sobre el mismo, forma parte de esta rama.

Las actividades, situaciones y acontecimientos que pueden ser objetos de investigación son ilimitados y su estudio aporta conocimientos de interés que se integran en la consideración histórica general. Para ello, el examen de los fenómenos específicos debe ver a éstos en su evolución propia y para com-

prenderlos los ha de situar en relación con la sociedad en que ocurren, con las condiciones que los generan y en las cuales influyen de una u otra manera.

*División por periodos.* La historia abarca largos plazos que se extienden a milenios e incluso a decenas, a cientos de miles o a millones de años. Por ello se ha impuesto desde hace mucho tiempo el establecimiento de etapas que tengan cierta afinidad interna, para facilitar el estudio. Esto es aplicable tanto a la historia general, que se aboca al desarrollo de la sociedad humana en todos sus aspectos, como a las historias particulares, ya sea por regiones, por grupos o por actividades. Hablaremos aquí de las distintas formas utilizadas para señalar periodos de la historia general.

Muchos criterios se han aplicado para establecer la periodización histórica. Entre los más antiguos se encuentra el que se refiere a los gobiernos de los distintos reyes; en la Grecia clásica se contaba por olimpiadas (periodos de cuatro años); otros se basaban en ciertos fenómenos naturales (todavía hoy se dice “antes o después del diluvio”, haciendo referencia a una de las grandes inundaciones acaecidas en el valle de Mesopotamia, relatada en la Biblia). Las historiografías de tipo religioso toman muchas veces como punto central algún acontecimiento importante de su fe: el Islam habla de antes o después de la Hégira (la huida de Mahoma de La Meca a Medina, año 622 de la era cristiana), el cristianismo se basa en el nacimiento de Cristo, los judíos parten de la creación del mundo según la Biblia, etcétera.

Es evidente que los criterios citados son subjetivos y dependen sólo del juicio del observador individual o de elementos importantes para un grupo determinado. También existen otras formas de clasificación, basadas en normas más objetivas, más científicas.

En la mayor parte de las historias que circulan actualmente en nuestro medio se divide la historia en prehistoria y en historia propiamente dicha; entre una y otra se introduce con frecuencia la protohistoria.\* La prehistoria suele dividirse, a su vez, en paleolítico (Vieja Edad de la Piedra o Edad de la Piedra Tallada), neolítico (Nueva Edad de la Piedra o Edad de la Piedra Pulida), Edad del Cobre, del Bronce y del Hierro. También aquí se suele introducir un periodo intermedio, el Mesolítico. La historia, por su parte, se subdivide en Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea.

¿Qué criterios se siguen para esta división? La característica que separa la prehistoria de la historia es, para muchos autores, la existencia de documentos escritos, de fuentes intencionadas. La protohistoria viene siendo el periodo de la formación de estos elementos y también el estudio de pueblos sin escritura, descritos por otros que ya disponen de este medio.

Las subdivisiones de la prehistoria se explican, en gran parte, por sus propios términos, de piedra tallada o pulida (aunque los hallazgos arqueológicos de las últimas décadas debilitan mucho la justificación de esta división). El Mesolítico

---

\* Consideramos inadecuado el término prehistoria, como se ha explicado en capítulos anteriores. Lo utilizamos aquí por estar analizando la periodización ampliamente utilizada.

viene siendo un periodo de menor importancia y de escasa caracterización propia, de simple transición. También las subdivisiones en Edad del Cobre, del Bronce, del Hierro, se refieren a elementos técnicos claramente identificados.

La historia, a su vez, se compone de la Antigüedad, la Edad Media, la Moderna y la Contemporánea. La primera empieza con el fin de la protohistoria (o de la prehistoria, para una división más simplificada) y termina con la caída del Imperio Romano de Occidente, en el año 476 d. C.; la Edad Media abarca desde ahí hasta la caída del Imperio Romano de Oriente (toma de Constantinopla por los turcos, 1453) o, para otros, hasta el descubrimiento de América por los europeos en 1492; la Edad Moderna termina con la Revolución Francesa de 1789, y la Contemporánea sigue de ahí hasta nuestros días.

Hay muchas otras formas de subdivisión que no se han impuesto generalmente y de las cuales sólo tiene caso mencionar unas cuantas. Así, hay quien habla de la Era Nuclear, que se inicia con el estallido de la bomba atómica en 1945; o de la Cósmica, que arranca del *sputnik* soviético de 1957, del primer vuelo orbital tripulado o del desembarco humano en la Luna, según el gusto del observador.

Se impone examinar la validez y fundamentación de los criterios aplicados para la periodización, sobre todo para la aceptada generalmente.

El aprovechamiento de la existencia o no de fuentes escritas para señalar la diferencia entre la historia y la prehistoria es sugerente y parece lógico. Sin embargo, ¿será la escritura un elemento tan decisivo en la evolución humana? ¿Por qué no tomar como base la aparición del fuego (mejor dicho, su aprovechamiento consciente por el hombre), la de la agricultura, la de los sistemas de riego o la de cualquier otro elemento similar? También las subdivisiones admiten mucha crítica. ¿Será más importante la técnica de la piedra pulida que la domesticación del perro o los principios de la agricultura? El Imperio Romano de Occidente, antes de desaparecer, había padecido más de un siglo de decadencia. ¿El asesinato de su último emperador, que ya ni siquiera residía en Roma y sólo dominaba sobre un reducido territorio, será un hecho de gran trascendencia o tendrá simplemente el valor de un símbolo?

Es necesario encontrar un criterio más racional y objetivo para la periodización histórica. Este, de acuerdo con el concepto de que la historia es el estudio del desarrollo de la sociedad humana a través del tiempo, deberá basarse precisamente en la forma de vida y de organización de los grupos humanos.

Aplicando esta idea, ¿podrá mantenerse la división entre historia y prehistoria? Al observar la organización de la sociedad se encuentra que en cierto periodo se forman clases sociales bien diferenciadas; después de un largo tiempo en que sólo hay estratificaciones poco profundas y no muy duraderas en lo económico, lo social y lo político, aparece una división clara y estable entre poseedores y desposeídos, gobernantes y gobernados. Esta transformación significa un cambio tajante en la forma de vida de los hombres, en las relaciones entre éstos; con ella también aparecen los primeros estados. Dada su impor-

tancia, bien puede servir de base para la primera gran división de la historia: la que se establece entre historia y prehistoria. Esta división coincide de hecho con la tradicional: la formación de la sociedad clasista corresponde al mismo periodo que el invento de la escritura. El tiempo del paso de la sociedad preclasista a la de clases podría seguirse denominando protohistórico. En esta forma, la periodización no sufre un cambio profundo, pero se fundamenta en una caracterización más objetiva y racional.

La subdivisión de la prehistoria es un problema algo más difícil por la escasez de datos, el incremento rápido de éstos en las últimas décadas y la gran sobreposición de características. El antropólogo norteamericano Lewis H. Morgan y Federico Engels<sup>17</sup> en el siglo XIX y V. Gordon Childe<sup>18</sup> en el XX establecen un esquema de gran interés, aunque hoy se usan poco los términos salvajismo y barbarie que ellos manejan.

Para estos autores, el primer periodo de la prehistoria es el salvajismo, en el que el hombre no produce en el sentido propio de la palabra; es exclusivamente recolector, cazador y pescador. Empieza con el "estadio inferior", en cuyo transcurso se produce la hominización, el paso al ser humano. El "estadio medio", en el que culmina ese proceso, conoce el dominio del fuego, y el "superior" llega a tener un instrumento tan complejo como el arco y la flecha. Aproximadamente, el estadio medio correspondería al paleolítico, y el superior al mesolítico y principios del neolítico.

Al salvajismo sigue la barbarie, en que la vida humana se basa en la cría de animales y el cultivo de plantas. Su estadio inferior coincide con la mayor parte del neolítico, dispone de cerámica y ve el desarrollo inicial de la ganadería y la agricultura. Le sigue el estadio medio, con agricultura y ganadería ya francamente desarrolladas, y el trabajo de metales con excepción del hierro (Edades del Cobre y del Bronce). Finalmente, el estadio superior se distingue por el trabajo del hierro y constituye, en general, el paso a lo que tradicionalmente se aceptaba como historia propiamente dicha o, como lo llaman Morgan-Engels-Childe, el paso a la civilización.

Esta última se caracteriza ya por el predominio de las ciudades, cuya población no está dedicada fundamentalmente a las actividades primarias, la agricultura y la ganadería, sino a las artesanías, al comercio y al gobierno.

Esta periodización de la prehistoria se funda en la consideración de los aspectos básicos de la vida humana en sociedad. Sin embargo se plantea una serie de problemas que siguen dando lugar a frecuentes discusiones entre los especialistas. Entre otros se puede señalar que muchas de las técnicas en cuya sucesión se basa son parcialmente simultáneas y que es difícil determinar la transformación de aldeas en ciudades. Pero a pesar de los problemas que se plantean y de otros que seguramente aparecerán en el futuro, la periodización

<sup>17</sup> F. Engels, *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, primera edición, 1884.

<sup>18</sup> V. G. Childe, *¿Qué sucedió en la historia?*, Buenos Aires, Leviatán, 1960.

propuesta es una buena base para el estudio y la comprensión de los primeros, larguísimos, periodos de existencia de la humanidad.

Al aplicar el mismo criterio al periodo posterior a la barbarie se obtienen también resultados satisfactorios. La Edad Antigua clásica, que abarca desde los imperios del Cercano Oriente (Mesopotamia, Egipto, etc.), China y la India, hasta Grecia y Roma, coincide en lo fundamental con la primera división básica de la sociedad humana en sectores o clases claramente definidos y, en un periodo, con la esclavitud como forma importante de su estructura. La Edad Media es, propiamente, el periodo de organización feudal, basado en la servidumbre. Le sigue la etapa de debilitamiento del poder feudal y de la servidumbre, que caracteriza a la Edad Moderna; y la Contemporánea tiene como forma económico-social característica el sistema de libre empresa, el capitalismo.

Parecen evidentes las ventajas de la clasificación señalada, basada en características importantes de la sociedad humana. Sin embargo, deben señalarse también algunos problemas y objeciones que presenta, además de los mencionados para el periodo anterior. Una de las primeras críticas es la de su europocentrismo: la estructuración señala como centro el desarrollo en el área egipcio-mesopotámica, para pasar de ahí a Grecia, Roma, la Edad Media europea y continuar con las revoluciones de este continente y su expansión por el mundo. Culturas tan notorias como la china, la hindú y las americanas anteriores a la llegada de los europeos aparecen en forma subordinada, o de plano, se olvidan. Lo mismo sucede con los pueblos que no produjeron o de los que no conocemos documentos escritos, como los del centro y sur de Africa, del norte de Asia, de gran parte de América y de Australia.

La objeción mencionada es seria y se le debe tomar en cuenta. Sin embargo, es posible mantener el criterio propuesto, siempre que se haga la salvedad de que se trata de una periodización de base parcial, fundamentada en la situación de los pueblos que determinan la faz de la humanidad a partir de que ésta llega, en los siglos xv y xvi, a una unidad activa mucho mayor que la habida en los milenios anteriores. Esto último se ve claramente en el incremento de la intensidad y rapidez de las comunicaciones y de todas las influencias económicas, políticas y culturales entre los distintos grupos humanos.

Por otra parte ¿será posible —y en su caso, en qué forma— aplicar un criterio general de periodización a toda la humanidad? Ya se han mencionado las serias reservas que se oponen a una extensión mecánica de los conceptos; lo único que sí es lícito asegurar es que existe una tendencia general de progreso tecnológico y a la complejidad creciente de la organización social, aunque ésta no siempre se da en la forma adoptada por los pueblos cuya evolución se ha tomado como base para la periodización señalada. Además, tal tendencia general no excluye que en determinados casos ocurran movimientos en sentido inverso. En otras partes de este ensayo se ahondará en la consideración de que las leves sociales señalan líneas generales, que no excluyen movimientos particulares que se separan o hasta contradicen a éstas y dificultan establecer una periodización válida para todas las sociedades humanas.

Otra objeción es que en un mismo tiempo coinciden características correspondientes a diferentes periodos históricos. Simultáneamente con pueblos de organización esclavista, capitalista o de intención socialista existen, a veces en áreas geográficas comunes o muy cercanas entre sí, otros de tipo comunal primitivo; coinciden grupos ágrafos (sin escritura) con otros que usan el complicado lenguaje de las computadoras electrónicas. Como en el caso anterior, la respuesta a esta dificultad es que se establece la periodización basada en los grupos de mayor trascendencia histórica.

También hay que reconocer que los periodos no se diferencian en forma tajante en un momento dado, ni siquiera en una misma sociedad. Características nuevas aparecen antes del fin de una etapa y las estructuras sociales que imponen su dominio nunca eliminan de golpe todos los elementos pertenecientes a estructuras anteriores. El criterio que se adopte no puede sino fundarse en las características básicas predominantes en el lugar y momento que se estudia. Se presentan también periodos de transición entre una edad y otra, en los cuales hay tal interrelación de características de ambas que es difícil o imposible adjudicarlos a una de ellas.

En resumen, vemos que se aplican simultáneamente los criterios de la división de la historia por especialidades, por grupos humanos y por periodos. Según las necesidades del investigador, según el aspecto que le interese profundizar, dará preferencia a uno u otro de los elementos en cuestión. En este marco, consideramos que el criterio más científico, en nuestros días, es el basado en las grandes formas sociales, características, en sus momentos sucesivos, de los pueblos más avanzados y de mayor influencia en el desarrollo general.

*Segunda parte*

Los grandes periodos históricos

## Los grandes periodos históricos

La comprensión de la historia, en cualquiera de sus etapas o especializaciones, exige un conocimiento básico, general, de los principales hechos y movimientos del hombre a través del tiempo; sin éste, el examen de periodos o aspectos específicos queda descontextualizado. Ahora bien, es imposible para una persona asimilar siquiera en forma superficial todo el saber histórico de hoy; tampoco puede reproducirse en una parte de un libro, ni en una obra completa, lo que está contenido en innumerables publicaciones, además de que el conocimiento de lo acontecido se incrementa continuamente.

Por ello la pretensión de esta segunda parte del presente libro no consiste en proporcionar una información “completa”, por demás imposible. Se trata de ofrecer una visión panorámica, extremadamente sintética, de las grandes líneas del desenvolvimiento humano, de los grandes sistemas que la humanidad ha adoptado en el transcurso del tiempo.

Tratamos primero el periodo en que se forma el ser humano y todo el caracterizado por la recolección; sigue a éste el dedicado a la aparición de la producción, en su forma de agricultura, ganadería y de otras actividades. A continuación se trata el llamado “modo asiático de producción”, para seguir con los cuatro grandes regímenes económico-sociales que se han sucedido después (en “Occidente”).

## 6. La aparición del hombre

El hombre no ha caído del cielo. Prácticamente todos los científicos están hoy de acuerdo en que somos el resultado de una larga evolución que empieza con la formación de la Tierra, a la que se calcula una antigüedad de 4 500 millones de años, aunque algunos investigadores la suponen de hasta 10 000 millones. Se supone que los primeros seres vivos aparecieron unos 3 500 millones de años atrás y nuestra especie sólo se presentó hace algunos millones de años. Se trata de un inmenso proceso de adecuación al medio ambiente y a los cambios de éste, de formación de nuevas características, convenientes para ello, o bien de la desaparición o del estancamiento de los seres que no logran adaptarse.

Se discute mucho el momento en que el ser que se transformará en hombre se separa del ancestro de las especies más cercanamente emparentadas con la humana; las estimaciones oscilan entre unos cuantos y, posiblemente, 4 o, según recientes hallazgos, 7 000 000 de años.

Las investigaciones de las últimas décadas han aportado muchos datos, pero no han logrado una respuesta generalmente aceptada. Cada nuevo descubrimiento y su interpretación levantan dudas y generan diferentes interpretaciones.

El proceso se inicia, probablemente, en un tipo de mono superior, de vida predominantemente arbórea y con cierta diferenciación entre pies y manos, que podría haber sido parecido a los monos antropoides actuales. Una hipótesis es que por algún accidente climático, de los que se han producido muchos en la vida de la Tierra, los grandes bosques se espaciaron y el animal en cuestión tuvo que abandonar las copas de los árboles para vivir, en gran parte, sobre un suelo más bien estepario.

El cambio obligó a este ser a modificar muchos de sus hábitos. En algún momento adoptó la posición bípeda, erguida, que le permitía abarcar más con la vista y le facilitaba una mayor especialización entre extremidades superiores e inferiores; al abarcar distancias mayores con la vista también tenía más posibi-

### Posibles primeros pasos

El bipedismo, es decir, el caminar en dos pies en lugar de usar cuatro patas, probablemente se inició en un lapso de entre 5 y 7 000 000 de años atrás; hace unos 2 500 000 de años se registra un fuerte crecimiento del cerebro, aunque éste todavía es mucho menor que el del hombre actual; más o menos al mismo tiempo corresponden los primeros utensilios de piedra que se han encontrado. Este proceso se ha podido detectar en África.

Cfr. Richard Leaky, *El origen de la humanidad*, Barcelona, Editorial Debate, 2000.

lidades de escapar de los peligros contra los que no se podía defender por tener escasas defensas naturales. Se puede suponer que con estos cambios en su cuerpo se desarrollaron más los centros cerebrales correspondientes, en una interacción en la que cada paso adelante, por pequeño que fuera, facilitaba e impulsaba los demás. La adopción definitiva de la posición erguida tiene una antigüedad estimada entre 3 y 4 000 000 de años.

El registro arqueológico nos muestra los primeros utensilios elaborados por el prohombre (u hombre primitivo): se modifican piedras, para darles

una mayor utilidad; es posible, según algunos probable, que se hayan elaborado instrumentos de madera y de hueso, pero éstos difícilmente se conservan hasta hoy. Más tarde se aprende la forma de mantener y después de encender el fuego (¿hace 700 000 años?), lo que permite defenderse del frío y de muchos animales, y mejorar la alimentación. Posteriormente aparece la lanza y milenios más tarde le siguen el arco y la flecha, que constituyen una primera máquina porque transforman la manera y la velocidad de la aplicación de la energía humana.

Estos adelantos, citados en su orden probable, que en gran medida se condicionan mutuamente, no hubieran sido posibles sin un requisito de gran importancia: la constante comunicación entre los seres que los realizan, que les permite transmitir experiencias más allá de la herencia biológica, de los instintos y también de la simple imitación. El elemento básico para esta comunicación es la existencia de una convivencia estable entre varios individuos, es decir, de una sociedad. Otro factor, directamente relacionado con el anterior, es la formación de un lenguaje superior al de los animales, que permite crear y transmitir ideas abstractas, o sea, conceptos generales. Se discute sobre la manera y los periodos probables de este avance; las estimaciones varían de varios millones a un centenar de miles de años.

Una serie de hallazgos ha permitido formular la hipótesis acerca de la "hominización", de la transformación del prehumano en hombre que acabamos de exponer. La búsqueda de un "eslabón perdido" ha dejado su lugar al rastreo de múltiples elementos que ligan entre sí los pocos restos conocidos. Aunque con frecuencia son difíciles de interpretar permiten trazar una línea evolutiva que muy probablemente sea la verdadera. Cuanto más se acerca la investigación al hombre como lo conocemos hoy, más frecuentes y menos sujetos a controversias son los restos encontrados.

Muchos investigadores consideran que desde hace aproximadamente 2 a 3 000 000 de años existen seres que indudablemente son humanos (*homo faber*, hombre que fabrica instrumentos). El *homo sapiens*, nuestra especie, ya vive en el paleolítico superior, desde hace unos 30 a 40 000 años.

Otro elemento que puede considerarse es el interés artístico, la actividad para dar forma bella aunque no sea de utilidad práctica, a instrumentos y a otros objetos. Existen muestras de arte desde hace por lo menos 35 000 años, y alguna dudosa de posiblemente 300 000 años de antigüedad. Se discute actualmente si se trata de expresar belleza o si sus autores atribuían a sus creaciones una finalidad concreta, como sería la influencia mágica en la naturaleza. Desde luego, es probable que se haya tratado de ambos objetivos. El hallazgo de elaboraciones artísticas constituye una corroboración de la existencia de un lenguaje y de ideas abstractas, que no conocemos en ningún otro ser.

El elemento central de la hominización es el trabajo, en la forma de elaboración de herramientas, de mantenimiento del fuego, de la caza y la pesca, de creación artística. ¿Cómo es posible que una actividad exclusiva del hombre haya sido la causa de éste? ¿No se usa aquí una argumentación como la de aquel personaje que, al hundirse en un pantano, se tomó a sí mismo de la trenza y se alzó, con todo y caballo?

En el fondo, se trata de un desarrollo dialéctico, de influencias mutuas que se van acentuando constantemente. De las primeras formas todavía incipientes de trabajo que tienen también algunos animales superiores, se desprende la evolución de ciertas características que distinguen a los futuros hombres de otros seres y que van tomando un carácter cada vez más específicamente humano.

El resultado del trabajo de los hombres no es sólo la modificación de la naturaleza en un sentido directamente conveniente a éstos. A partir de cierto momento en su hominización, también inicia la elaboración de utensilios. Es más: ésta es precisamente la característica del trabajo exclusiva de los humanos.

La trascendencia de la fabricación de herramientas es extraordinaria: es mucho más fácil y rápido tomar y manejar una pala, y después un cuchillo, que desarrollar una mano capaz de cavar y otra que pueda cortar. Los "órganos artificiales", los utensilios, pueden modificarse y sustituirse con gran rapidez, mientras que los naturales están sujetos a la lenta evolución biológica. Otra ventaja de las herramientas es que éstas permiten una especialización que no pueden tener los órganos naturales.

El progreso que puede lograr así el hombre no depende del ritmo de la naturaleza sino del suyo propio, del humano. Ya se ha señalado que éste sólo puede darse en sociedad, al hablarse de la indispensable comunicación. Pero la vida en sociedad trae consigo la organización y la rápida influencia mutua. Así van naciendo nuevas necesidades: no sólo las condiciones del medio ambiente natural hacen desear a las personas tales o cuales objetos para satisfacer necesidades físicas, sino también aparecen nuevos anhelos, propios de la

convivencia social que, al provocar la búsqueda de formas concretas para su satisfacción, condicionan un avance constante.

Durante bastante tiempo se ha pensado en una evolución paulatina, en la lenta acumulación de cambios. Sin embargo, muchos hallazgos inducen a considerar que hubo largos periodos de escasos adelantos, sucedidos por otros de modificaciones relativamente rápidas. También hay bases para suponer que, durante varios millones de años, existieron distintas especies de seres que podemos considerar hombres o prehombrés; se discute si éstos se mezclaron entre sí o si los humanos actuales descendemos de una de ellas.

Como resumen puede decirse que, a través de un proceso de millones de años, se desarrolla una especie que se distingue de los demás seres vivos por intervenir conscientemente en la naturaleza, es decir, por trabajar. Usa herramientas y posee un lenguaje articulado capaz de expresar ideas abstractas y tiene la capacidad de llevar a cabo un desarrollo social y técnico, más allá del biológico.

## 7. La comunidad primitiva; recolectores y cazadores

La actividad básica para toda sociedad es la producción de los bienes necesarios para su subsistencia. Los primeros hombres ocupaban la mayor parte de su tiempo en la obtención de los medios indispensables para la vida.

Durante el largo periodo de la hominización, y en sus primeros tiempos ya como *homo sapiens*, la actividad básica es la recolección. El hombre todavía no produce, en el sentido literal de la palabra, sino sólo recoge de la naturaleza lo que en ésta se da espontáneamente. Tal consideración es aplicable a cazadores, pescadores y recolectores: ninguno cría animales ni cultiva plantas. La diferencia entre el hombre y los animales consiste simplemente (pero es mucho) en que éstos, para cazar o recolectar, sólo pueden valerse de sus órganos naturales, mientras que el hombre dispone ya, desde que es tal, de utensilios elaborados expresa y conscientemente. Y no sólo los elabora y utiliza; también los guarda, desarrollando así una acción proyectada al futuro.

Ahora bien, el hecho de estar sujeto a lo que se produce en la naturaleza, aunque ya con una forma propia de aprovechamiento, da lugar a múltiples consecuencias de gran importancia.

Entre éstas destaca la absoluta necesidad de la organización social. Ya se ha mencionado que los utensilios exigen la convivencia organizada, estable, ya que la transmisión de las técnicas correspondientes a su elaboración y uso no se realiza por herencia biológica, sino por medio del ejemplo y de la enseñanza. También la propia cacería y la recolección requieren la existencia de núcleos organizados. Pero estas actividades no siempre proporcionan los resultados necesarios, sobre todo en lo que se refiere a la cacería. Si no se mantiene cierto fondo común, que permita sobrevivir a los individuos en periodos de escaso éxito, es difícil su subsistencia y disposición del tiempo necesario para la elaboración de herramientas. Además, la cacería de animales grandes, practicada ya en la época del paleolítico, sólo es posible mediante la colaboración organizada de grupos relativamente numerosos. Distintas pinturas con una antigüedad de decenas de miles de años, así como los lugares en

donde se encontraron los restos de las presas, permiten suponer esta colaboración para atrapar al mamut, en la cacería de caballos y de otros animales que no se podrían haber dominado en forma individual.

De acuerdo con todo lo que se ha podido investigar acerca del periodo en cuestión, sólo hay en él una división muy elemental del trabajo. En principio, todos hacen de todo y la única especialización es la impuesta por la edad y el sexo. Los varones son, generalmente, los cazadores, mientras las mujeres se dedican preferentemente a la recolección.

Hay otra consecuencia fundamental de la obtención de alimentos por medio de la recolección de vegetales, la cacería y la pesca. Su resultado es sumamente escaso y sólo alcanza, en general, para la subsistencia del grupo mismo.\* Se produce así, por necesidad absoluta, la igualdad en lo que hoy consideramos miseria, en que se reparte todo el producto para la supervivencia de los integrantes del conjunto, en un nivel mínimo.

Este reparto igualitario no debe entenderse en el sentido de dar exactamente lo mismo a cada uno de los miembros del grupo, ni tampoco de que todo sea paz y armonía en el seno de éste. Es evidente que no es útil ni posible dar idéntica ración de mamut al lactante que al adulto. Los pueblos actuales que se encuentran en una situación parecida a la que se analiza suelen recompensar de alguna manera a la persona que tuvo el mérito principal al cobrar la pieza (dándole, por ejemplo, el corazón de ésta), y algo por el estilo debe haber sucedido entre los primitivos antiguos. Por otra parte, el reparto igualitario, de acuerdo con las necesidades elementales de cada quien, no excluye los conflictos individuales, sobre todo en momentos en que aumenta o disminuye en forma considerable lo disponible para el reparto. A pesar de ello, el interés y la fuerza de la colectividad deben haber sido siempre muy superiores a los de algún individuo disidente.

En todo esto destaca otro hecho fundamental: no hay propietarios ni desposeídos, en el sentido en que aparecen posteriormente. En muchos casos el individuo adulto es dueño de sus armas y de otros elementos (y hasta se le llega a enterrar con ellos), pero no hay quien no los elabore y posea; su posesión no implica ventajas de unos sobre otros. Este hecho y, sobre todo, la ausencia de un excedente económico que rebase permanentemente lo requerido para la subsistencia del grupo, impiden la apropiación por unos de lo producido por otros, es decir, la explotación. Debido a la organización social y a la igualdad en la posesión de los instrumentos de trabajo, esta imposibilidad subsiste también en los casos de una abundancia ocasional mayor, ya que la estructura de la comunidad se refleja y se afianza en las concepciones y costumbres del grupo, como sucede en toda sociedad.

---

\* Esto llega a veces al grado de que resulta conveniente o indispensable matar o dejar expósitos a los ancianos y a los enfermos, que no pueden contribuir a las actividades generales del núcleo humano. Esta afirmación general no excluye que, en determinados momentos, haya una relativa abundancia de bienes, que permite mantener a los "improductivos" y desarrollar actividades no directamente destinadas a obtener alimentos u otros bienes indispensables.

Lo mismo puede verse en otro aspecto. Ningún sentido tiene decir “el bisonte es *mío*”, si *yo* no puedo ejercer dominio sobre él; sólo puede ser *nuestro*, va que sólo el conjunto está en condiciones de aprovecharlo. Así, simultáneamente con la ausencia de propiedad personal hay con frecuencia una clara definición del territorio perteneciente a un grupo social, sea clan, tribu u otra formación semejante.

¿Qué organización de gobierno corresponde a la situación descrita? Su examen y la información que poseemos coinciden en señalar que debe tratarse de una forma colectiva. En el seno de cada núcleo no existen grupos opuestos entre sí; sólo puede haber oposición entre unas tribus o clanes y otros, y entre individuos, pero los intereses de la comunidad son únicos. A esto corresponde la inexistencia del Estado en el sentido actual de la palabra, de una organización en que un sector ejerce el mando permanente y estable sobre otro u otros. Los problemas por resolver son conocidos por todos y no exigen una especialización en tareas gubernamentales.

La organización que se establece puede asumir distintas formas, según las necesidades concretas del grupo. Abarca desde la colaboración espontánea, la designación temporal de un jefe para una acción determinada, el Consejo de Ancianos al que tienen acceso todos los integrantes del grupo con edad suficiente y que gocen de prestigio general, hasta la decisión adoptada por la reunión de todos los miembros del mismo. Lo que no habrá, porque no hay ni razón ni posibilidad para ello, será un grupo estable con poder para imponerse sobre los demás.

Actualmente se discute mucho la estructura de la familia en aquella época. Diferentes autores aceptan la idea de que existieron matrimonios por grupo, en que varios hombres forman, de derecho aunque no siempre de hecho, pareja con varias mujeres; las modalidades son múltiples y muy complejas. Abarcan desde la posible horda promiscua, sin ninguna reglamentación sexual, a los conjuntos cuyos miembros tienen derechos y deberes sexuales con todos los que pertenecen a los demás grupos (o alguno de éstos), hasta distintos tipos de relaciones monogámicas temporales. En estas formaciones aparecen frecuentemente las descendencias matrilineales, en que los hijos pertenecen al clan de la madre; esto da lugar, en muchos casos, a un predominio femenino que se ha caracterizado como matriarcado.

Engels recoge en su clásica obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, la secuencia señalada por Morgan en su *Ancient Society*. Habla de la horda promiscua, la familia consanguínea (relación sexual entre hermanos), la familia *punalúa* (grupos de hombres, esposos de grupos de mujeres que no pueden ser hermanas de sus esposos, descendencia matrilineal), el matrimonio *sindiásmic* (monogámico a tiempo, fácilmente disoluble), monogámico permanente. Muchos autores consideran hoy que se trata de una generalización excesiva de casos particulares, pero al mismo tiempo no se descarta la idea general contenida en su hipótesis.

El pensamiento religioso de la época, hasta donde podemos reconstruirlo se caracteriza por el temor a lo desconocido y por el uso de la magia para dominar a la naturaleza. A pesar de sus múltiples elementos objetivamente falsos impulsa el progreso al facilitar el pensamiento abstracto. Con ello sienta las bases para generalizaciones que permitirán con el tiempo una profundización en el conocimiento de la realidad del mundo, al combinarse con observaciones de mayor objetividad.

Ya se ha mencionado la aparición del arte, en que se han visto elementos mágicos, de enseñanza y también la expresión de anhelos de belleza.

## 8. La comunidad primitiva productora; las primeras divisiones sociales del trabajo

La característica de la primera sociedad humana que conocemos es la recolección; el hombre sólo toma de la naturaleza lo que ésta espontáneamente ha producido. Pero en una transformación muy profunda, sin la cual no podría haberse dado todo el desarrollo posterior, el humano franquea otro límite que lo ha de distinguir del reino animal: se convierte de recolector en productor, aprende a modificar seres vivos en su beneficio.

Los antecedentes de este avance son muy remotos; de hecho, incluyen y requieren toda la evolución anterior del género humano. En forma más concreta, el primer paso, aún muy lejano del resultado que ha de producirse, es el dominio del fuego. Este es un ser “vivo” que hay que “alimentar”, que se puede “reproducir” y que “muere” en determinadas circunstancias. Su cuidado permite la adquisición de costumbres y conocimientos que después tendrán una gran aplicación, además de que el fuego proporciona muchas ventajas directas a sus poseedores: protección, calor, posibilidad de aprovechar nuevos alimentos.

Un segundo adelanto en la misma dirección es la domesticación del perro, guardián del hogar y acompañante de caza, de posiblemente 25 000 años de antigüedad. Sus consecuencias son casi iguales a las señaladas para el fuego, pero ahora no se trata de un ser que parece vivo, sino de uno que lo es. Tiempo después, posiblemente antes de la agricultura, se inventa la cerámica, el arte de dar forma conveniente al barro y convertirlo en “piedra” mediante la cocción.

Però la transformación decisiva, la que ha de modificar toda la vida del hombre, es el invento de la agricultura y de la ganadería. Sus inicios datan probablemente de unos 15 000 años, o de mucho más tiempo, según algunos investigadores, pero sólo milenios más tarde llegan a ser la base de la vida de los pueblos más adelantados de la época.

El surgimiento y el desarrollo de estas actividades no están localizados en una región; aparecen y se perfeccionan en forma independiente en distintas

partes del mundo (por lo menos, en el Continente Americano por un lado y en el "Viejo Mundo" por el otro). Se discute actualmente acerca de la independencia entre los distintos focos de las actividades mencionadas, en cada una de estas dos grandes regiones.

Es ociosa, para nuestro examen, la discusión acerca de la mayor antigüedad de una u otra de las dos actividades señaladas. Según parece, la agricultura es una aportación de las mujeres a la sociedad, porque se trata, sin duda, de un derivado de la recolección. La ganadería, en cambio, proveniente de la cacería, es seguramente debida a los hombres. Ambas especialidades se combinan en muchos casos, ya que el ganado proporciona fertilizante y energía para cultivar el campo y éste, además de dar alimento al hombre, lo proporciona también a los animales domésticos.

No en todos los casos ocurre la combinación directa entre la agricultura y la ganadería; muchos pueblos se dedican a una de estas actividades, sobre todo en el caso de los pastores. Entre unos y otros grupos se establece frecuentemente un intercambio. Al mismo tiempo se desarrollan diferentes especializaciones, como la cerámica más avanzada y ya a cargo de profesionales, la metalurgia del cobre, de metales preciosos y, después, del bronce y del hierro, y el tejido que rebasa al primitivo anterior, entre otras. Gran importancia tiene la invención de la rueda (por el 3000 a. C., en la zona que hoy llamamos del Medio Oriente), que permite mejorar considerablemente las formas de transporte, además de que se aplica en la alfarería y en múltiples actividades más. Sin este instrumento sería inconcebible la mayoría de las máquinas de los últimos cinco milenios.

Todo esto da lugar a la aparición de una división social del trabajo, entre las múltiples actividades que se realizan ya por profesionistas dedicadas a ellas. La diferenciación entre mujeres recolectoras y hombres cazadores pierde su importancia fundamental.

También el pensamiento religioso sufre una modificación importante. Al dominar ciertos aspectos de la naturaleza, el hombre ya no se siente tan impotente, tan perdido. De acuerdo con las nuevas actividades básicas para la vida, en vez de adorar sobre todo a elementos relacionados con la caza y la recolección y a otros fenómenos naturales, toma por dioses a las fuerzas que influyen directamente en la agricultura y en la ganadería: la tierra, el Sol, la lluvia, etcétera.

Las nuevas actividades, sobre todo la agricultura, traen consigo el abandono del nomadismo. No hay que entender esto en el sentido de una sedentarización total: muchos pueblos cultivan temporalmente ciertas tierras y, una vez agotada su fertilidad, se desplazan a otras regiones. Sin embargo, es indudable la tendencia general a permanecer por periodos prolongados en una misma parte, a levantar construcciones de tipo duradero (casas, templos, obras de riego, etc.) y, lo que tiene una gran importancia para las futuras modificaciones de la sociedad, a fijar con mayor precisión los límites territoriales.

Los campos de labor y, en mucho mayor escala, los de monte y de pastoreo siguen siendo en gran parte de propiedad colectiva, pero ésta se distingue, de manera mucho más clara que antes, de la que pertenece a otros grupos sociales. También aparecen formas individuales de propiedad, más o menos limitadas en su ejercicio y en el tiempo, que son un antecedente y una base para la plena propiedad privada sobre la tierra.

La agricultura produce un doble resultado: por una parte limita la sumisión del pequeño núcleo familiar respecto al grupo mayor, ya que la tierra puede ser cultivada convenientemente por un reducido número de personas. Al mismo tiempo incrementa el dominio de la colectividad sobre el individuo donde hay obras de riego u otros servicios de control social de cuya acción dependa el agricultor particular.

Las consecuencias del paso de la recolección a la producción no se reducen a las enumeradas. Si en aquélla no había un excedente económico que se pudiera sustraer a sus productores, ahora sí se produce éste. Llega a ser posible alimentar de manera permanente a más personas de las que integran el grupo productor propiamente dicho: ya puede existir la explotación de unos hombres por otros. En el periodo de la recolección sólo se podía matar (y comer, en dado caso) al enemigo vencido o expulsarlo de la región; al ponerlo a trabajar para el vencedor hubiera consumido de hecho todo lo producido, y además hubiera sido muy peligroso dejarle sus instrumentos de cacería. Ahora, en cambio, se le podía privar de sus armas, permitirle que viviera de lo que producía y quitarle el excedente.

De hecho, durante un periodo prolongado subsistió la comunidad primitiva ya productora, pero en su seno se formaban cada vez más elementos que la iban descomponiendo, que iban destruyendo la antigua igualdad. La transición se realizó a través de múltiples formas, distintas en los diferentes núcleos sociales. Más adelante, al hablar de las estructuras que suceden a la comunidad primitiva se señalarán las más importantes vías de la descomposición de ésta.

*Las ciudades.* Durante varios miles de años la sociedad humana, en sus grupos más avanzados, pasa de ser recolectora a productora. El cultivo de plantas y la cría de animales, que al principio sólo desempeñan un papel secundario, llegan a ser determinantes. Uno de los resultados más importantes de esta transformación, que a su vez confirmará y acelerará las otras consecuencias de la misma, es la aparición de las ciudades, que tiene lugar en el tercer milenio antes de nuestra era o algo antes (aunque la ciudad de Jericó posiblemente se remonta a unos 10 000 años).\*

La ciudad no es simplemente una "población importante", como se la considera con frecuencia: es un centro de actividades especializadas, que ya no

---

\* Es sorprendente esta diferencia de siete milenios. Nuevas investigaciones deberán resolver las dudas que engendra.

son desempeñadas por los agricultores y los pastores fuera de sus ocupaciones básicas. En ella se expresa una nueva, segunda división social del trabajo; su población se integra, en lo fundamental, por personas dedicadas a las artesanías, al culto, al comercio y al gobierno.

Las ciudades pronto llegan a ser los principales núcleos de la cultura y del progreso; en ellas se concentra la mayor parte del producto social no indispensable para alimentar a los productores directos, y se hace posible así la vida de grupos humanos dedicados al arte, a las ciencias, a la meditación. Ciertamente son también, con frecuencia, los centros del ocio y del derroche, donde viven grupos explotadores.

Muchas ciudades establecen relaciones con zonas muy lejanas. Por ejemplo, la antigua Troya\* comercia no sólo con una extensa región del Asia Menor, sino también con zonas costeras del Mar Negro y con gran parte de la cuenca del Danubio. Teotihuacan, cercana a la ciudad de México, sostiene relaciones con el sur de lo que hoy es la República Mexicana y hasta América Central. Estas actividades permiten a sus habitantes adquirir una más amplia visión del mundo de la que pueden tener los campesinos; les es posible conocer distintos hechos, diversas interpretaciones del Universo, comparar técnicas disímiles y sistemas de trabajo diferentes. Todo esto da por resultado una aceleración del progreso, un desarrollo más rápido que en las regiones rurales, desigualdad que se acentuará más adelante.

No toda la población de las ciudades goza de las ventajas que se han señalado. En ellas, más pronto que en el campo, se producen grandes diferenciaciones sociales, con reducidos núcleos poseedores y dominantes y otros, extensos, que no tienen propiedad y no intervienen en el gobierno de sus comunidades.

No sólo en esta forma se manifiesta la contradicción propia de un largo periodo histórico, en el que el progreso de unos se realiza a costa de otros. Lo mismo se expresa en la relación entre la ciudad y el campo. Generalmente (con excepción del periodo feudal) domina aquélla, priva a éste de muchos de los productos que elabora y también de una importante proporción de sus recursos humanos más valiosos. Desde hace 5000 años la contradicción entre la ciudad y el campo es un factor importante de la historia, que se manifiesta en formas específicas en las diferentes culturas humanas.

---

\* Troya, ciudad situada cerca de los Dardanelos, en la actual Turquía.

## 9. El “modo asiático de producción”

La posibilidad de explotación humana que se abre con la agricultura y la ganadería se realiza en diversas maneras, de acuerdo con las condiciones concretas de cada caso. Una de las estructuras más generalizadas, de una vasta gama de variantes específicas, es la que Marx llamó “modo asiático de producción”, que se ha podido identificar también en otros continentes. Se le ha llamado también “civilización de los ríos” o “civilización del riego” y se le ha designado asimismo con otros términos. Ninguno de los nombres acuñados hasta ahora parece plenamente adecuado, ya que no caracterizan suficientemente esta organización social.

El sistema en cuestión se caracteriza por la existencia de aldeas autosuficientes cuyos integrantes son dueños, colectivamente, de sus instrumentos y sobre todo de sus tierras de labor. No es muy importante aquí el que los campos sean cultivados colectivamente o que se entreguen en parcelas individuales; las dos formas se presentan en diferentes sociedades. También se dan, como entre los aztecas, situaciones mixtas en que cada persona tiene derecho a laborar su tierra y a disfrutar de su producto (pero no a enajenarla), y las necesidades colectivas son satisfechas con el trabajo común de todos, aplicado en parcelas destinadas a estos fines (*tecpantlalli* –tierra del palacio–, *teopantlalli* –tierra de la casa del dios, del templo–, *milchimalli* –tierra de la guerra, para el sostenimiento de los guerreros–). Lo decisivo es que no existen campesinos sin tierra que cultivar o sin instrumentos para hacerlo, que serían entonces una especie de siervos, peones o asalariados, que aparecen en periodos posteriores.

Estas comunidades entregan, colectivamente, determinada cantidad de bienes o también de trabajo a otro sector social, en un sistema de explotación que no está basado en la propiedad de unos y la falta de ésta para otros.

¿Cómo se origina esta situación y cuáles son sus consecuencias? Nuestro conocimiento de ello es escaso y sólo cabe citar aquí unos pocos casos concretos y algunas hipótesis, sin pretender llegar a una generalización bien establecida.

En ciertas condiciones, como en los valles de varios grandes ríos o de algunos lagos, puede haber sido el resultado de la necesidad de aprovechar éstos en una escala superior a la alcanzable por la aldea aislada. El resultado sería la unión de varios poblados para controlar las aguas. Tal unión probablemente sería impuesta por la fuerza y no como resultado de un “espíritu de cooperación”, ajeno a los antecedentes de la situación. La nueva organización exigía la labor de un cuerpo de técnicos especializados y también de administradores. En el valle del Nilo, por ejemplo, las inundaciones periódicas, que regaban y fertilizaban la tierra, borran también las divisorias entre los campos y se requería una administración que registrara estos límites y fuera capaz de volverlos a trazar una vez que se habían retirado las aguas. Otra fuente de la necesidad de constituir un organismo que abarque a varias aldeas puede ser la urgencia de defender las tierras fértiles, bien irrigadas y organizadas, de las asechanzas de los pueblos de las zonas desérticas cercanas.

En ambos casos es posible pensar que una división del trabajo originalmente beneficiosa para todos los participantes pronto da lugar a la constitución de un grupo privilegiado. Este, que no está directamente ligado a las comunidades de aldeas, tiene mucha facilidad para perpetuarse y transformarse en una verdadera casta que no sólo desempeña una función de interés general sino que desarrolla ya fuertes elementos de explotación y hasta de parasitismo, lo que se puede notar claramente, por ejemplo, en el gran lujo de los faraones, de los reyes mesopotámicos, del hueytlatoani mexicana y de otros funcionarios del mismo tipo.

También la guerra es uno de los elementos creadores de la situación que se analiza. Varios ejemplos permitirán explicar esta afirmación. Uno de los pueblos sometidos por los aztecas, los chalcas, tenía la obligación de enviar a la ciudad de sus señores determinado número de trabajadores, cuyo mantenimiento corría a cargo de la comunidad sujeta. En el caso de los pueblos más alejados, la explotación se realizaba en otra forma: además del tributo que debían enviar estaban obligados a cultivar determinados campos, cuyos productos servían para el sostenimiento de la guarnición azteca o también del ejército de este pueblo cuando pasaba por la región.

Los dos casos que se acaban de relatar tienen en común con los anteriormente citados el que un grupo dominante explota colectivamente a un grupo dominado. Situaciones semejantes se encuentran entre los incas de Perú y también hay una notoria reminiscencia de la misma organización en Esparta, ciudad de la Grecia clásica.

El sistema señalado pocas veces se da en forma pura. En el caso de los aztecas, por ejemplo, convive la propiedad colectiva, de dominadores o de dominados, con la individual de los *pilli*, los señores, y también con la de los *pochteca*, los comerciantes. La participación de elementos tan diversos en las distintas sociedades del tipo que se examina, ajenos a lo característico de la estructura, dificulta su estudio y ha provocado la discusión de si se trata de un sistema propiamente dicho o simplemente de una fase de transición. En nues-

tra opinión, lo señalado da pie para considerar el modo asiático de producción como uno de los grandes sistemas de organización económico-social de la historia humana, aunque el término con que se le designa da lugar a discusiones.

En muchos casos la forma social que se está examinando es extraordinariamente estable. La aldea autosuficiente, que produce prácticamente todo lo que va a consumir y entrega un tributo, en alguna forma, a un organismo superior, se conserva por mucho tiempo en varias partes. Así sucedió en la India hasta el siglo XIX. La razón de este escaso dinamismo estriba probablemente en el equilibrio interno que alcanza la pequeña comunidad, que la hace poco necesitada de cambios.

Sin embargo, este fenómeno no impide que en muchos casos se dé paso a una estructura social más dinámica, o que ambas convivan. Esto sucede no sólo en la forma que se ha ejemplificado antes; en la India, junto al modo de producción asiático se había desarrollado un fuerte sistema manufacturero, destruido después por la intervención de los colonizadores ingleses, y la sociedad azteca también mostraba signos de estar pasando a una sociedad de mayor propiedad privada.

## 10. La visión histórica de un fisiólogo

En ocasiones, quienes observan “desde fuera de la especialidad” abren nuevas rutas en la investigación, al no sentirse sujetos a las interpretaciones generalmente aceptadas. Lo interesante de ello estriba en que la comparación entre unas y otras conclusiones puede reforzar, modificar o refutar lo establecido por los especialistas. Veremos en forma breve los aspectos principales de las afirmaciones de Jared Diamond, profesor de fisiología en la UCLA (Universidad de California en Los Angeles) en su libro *Armas, gérmenes y acero*.<sup>1</sup> Indaga en ella las causas de las enormes diferencias actuales entre las sociedades, descendientes todas ellas de grupos que no se distinguían mayormente entre sí, hace apenas unos 13 000 años.

Una opinión generalizada, sobre todo en la cultura occidental, consiste en que la razón de que determinados pueblos no llegaran a progresar se encuentra en una supuesta inferioridad innata. Diamond rechaza esta hipótesis; es más, señala que los “primitivos” y los miembros de pueblos contemporáneos que utilizan técnicas propias de la Edad de Piedra, más bien desarrollan una inteligencia superior a la requerida por los “occidentales”: los obliga a ello no disponer de las técnicas modernas que facilitan a los pueblos avanzados de hoy la superación de sus problemas.

La causa, entonces, debe buscarse en otros elementos. El autor que comentamos no piensa en una razón única del mayor desarrollo de unos pueblos, sino en un conjunto de factores. Entre éstos destacan las condiciones para domesticar plantas y animales y la posibilidad de asimilar las técnicas correspondientes creadas por otros conjuntos humanos, así como la adquisición de cierta inmunidad frente a determinadas enfermedades. El invento de la forma de fijar ideas mediante signos convencionales facilita también el “despegue” y proporciona ventajas para quienes lo logran, lo adoptan o asimilan sus principios para crear sistemas propios de escritura. Junto con estos elementos se da el desarrollo de las armas, que confir-

---

<sup>1</sup> Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero. La sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Editorial Debate, 1998, 527 pp.

### Una conquista en el siglo XIX

En 1835, unos mil maoríes llegaron a las islas Chatham y anunciaron a los pobladores locales, los miriori, que a partir de esta fecha serían sus esclavos. Los atacados, sin armas, decidieron colectivamente no resistir sino ofrecer amistad y disfrute común de sus recursos a los recién llegados, pero éstos no esperaron la respuesta, sino que atacaron y exterminaron a los aborígenes. Un conquistador maorí explicó: "Tomamos posesión [...] de acuerdo con nuestras costumbres y capturamos a todas las personas. Ninguna escapó".\*

¿Se trató del ataque de unos salvajes primitivos contra pacíficos avanzados? ¿Sus dioses habían ordenado la acción? ¿Fue un choque entre civilizaciones distintas? Resulta que no: ambos grupos eran polinesios, establecidos en el sur del Océano Pacífico. Los miriori no habían podido aclimatar, en las frías islas Chatham, los cultivos tropicales que practicaban donde vivían anteriormente, y se habían vuelto cazadores-recolectores. No crearon grupos especializados en artesanías, gobierno o armas; además, al no tener posibilidad de ocupar nuevas tierras, renunciaron a dirimir sus conflictos en forma bélica. Practicaban un estricto control de natalidad que incluía la castración de varones jóvenes, para evitar un incremento de población excesivo respecto a los recursos naturales disponibles.

Los maoríes, en cambio, que se habían asentado en la parte septentrional de Nueva Zelanda, más cálida, habían mantenido y desarrollado la agricultura tropical. Su población creció y surgieron artesanos, guerreros y gobernantes especializados; sus aldeas estaban en continua lucha entre sí. Así, estaban acostumbrados a las luchas armadas. Cuando supieron de unas islas, alejadas pero accesibles a sus embarcaciones, donde había gran riqueza natural y una población indefensa, no lo dudaron: de acuerdo con sus costumbres, fueron y se apoderaron de ellas.

\* Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero. La sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Editorial Debate, 1998, p. 57.

man y acrecientan las diferencias entre unas y otras sociedades. ¿Cuáles son las características principales de estas evoluciones?

*De la recolección a la producción.* Diamond señala varias regiones donde probablemente empezó la domesticación de plantas y animales. Las más importantes serían Mesoamérica, la zona andina, la Media Luna de las Tierras Fértiles (llamada también el "Creciente Fértil", es decir, las actuales Irak, Siria, Líbano y Palestina), China y, posiblemente, África Occidental y Etiopía.<sup>2</sup> La antigüedad comprobada de estos avances humanos iría de los 4500 años para los más recientes a los 12 000 para los más lejanos.

Ahora bien: ¿cuáles son los mecanismos que condujeron a ese dominio de la naturaleza, en que el hombre se transformó de recolector en productor? ¿Por qué el cultivo del trigo, del sorgo, del arroz, etc., se inició hacia el noveno milenio a. C. y no miles de años antes?

Nuestro autor plantea varias causas principales. Una es la disminución de lo disponible en la naturaleza, debida a cambios climáticos y a la depredación humana, así como al incremento en la densidad demográfica. Además, por la misma alteración del clima, en ciertas zonas aumentó espontáneamente la producción natural de los ancestros de las plantas que se llegarían a domesticar; como resultado, los recolectores mejoraron hoces, cestos para almacenaje, morteros (*metates*) para moler y otros instrumentos.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 111.

Nos llama la atención otro problema. ¿A qué se deberá que en zonas de alta producción agrícola actual, como las grandes llanuras norteamericanas, sus habitantes indígenas no habían creado cultivos importantes? ¿Serían “genéticamente inferiores” a los indios mexicanos que desarrollaron el maíz, o a los andinos que cultivaron la papa o patata? Y ¿por qué tardó milenios en extenderse el cultivo del maíz de Mesoamérica al Norte, mientras otros cereales adaptados por el hombre se propagaron con cierta rapidez al África septentrional, a Europa y a otras regiones, desde la Media Luna de las Tierras Fértiles?

Una primera respuesta se encuentra en la existencia de selvas y desiertos que constituyen barreras difíciles de pasar, pero que no son infranqueables. ¿Por qué no se extendieron los cultivos a través de oasis o de claros de los bosques? Ahí llegaban grupos humanos. Diamond, fisiólogo, propone una explicación: las plantas están adaptadas a determinado ritmo natural, a ciclos estacionales, a días que se prolongan o se acortan en determinadas épocas del año. Estas condiciones no cambian en un desplazamiento de oriente a occidente y facilitan su difusión, al contrario de lo que sucede en movimientos de norte a sur.

*Las enfermedades.* El encuentro de los habitantes del “Viejo Mundo” con los pobladores de América hizo visibles otros problemas. La conquista europea fue cruenta y produjo gran cantidad de víctimas, como sucede en toda guerra. Sin embargo, la causa principal de la baja catastrófica de la población aborigen hasta casi llegar a su exterminio no fue ésta ni los maltratos practicados por los nuevos dominadores, sino las enfermedades que mataban a los indios (“indio con viruela, indio muerto”, se decía) pero a las que muchos europeos sobrevivían. ¿Eran “genéticamente superiores” los recién llegados? Otros grupos humanos, además de los americanos, sufrieron también los estragos de los padecimientos llevados por los conquistadores “avanzados”.

Resulta que muchas enfermedades, como el sarampión, la tuberculosis, la viruela, la tos ferina, la malaria y la gripe<sup>3</sup> provienen de la evolución de padecimientos animales; algunas de ellas son hoy exclusivas de los seres humanos. Los pueblos que se impusieron a los autóctonos desarrollaron defensas naturales contra estos padecimientos, en milenios de convivir con ellos. Los que no tenían tales animales domésticos, lógicamente, no desarrollaron inmunidades contra los padecimientos de éstos.

*La escritura.* La escritura transmite conocimientos e ideas mediante signos que representan palabras o sonidos (sílabas o fonemas expresados en letras),\* fijados en soportes duraderos como piedras, arcilla (que se transforma en

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 238.

\* La escritura que utilizamos corrientemente expresa sonidos y también utiliza símbolos que representan palabras o números, como + por más, \$ por dinero, 1, 2, 1 000 000, etc. Las taquigrafías están basadas en la indicación de sílabas.

### Algunos pasos en el desarrollo de la escritura

En el Creciente Fértil se utilizaban fichas de arcilla para llevar la contabilidad de ovejas y de cantidades de grano. De ahí se pasó a inventar símbolos representativos de objetos o también de sílabas y sonidos y se establecieron reglas que facilitaban la fijación y comprensión de lo escrito: usar hileras horizontales o columnas, siempre en el mismo sentido en un sistema (de arriba abajo, de izquierda a derecha, o a la inversa).

Un problema difícil consistía en pasar de representar objetos, como un caballo, a expresar movimientos (resuelto en algunas escrituras dibujando una sucesión de pies) y, finalmente, a anotar ideas abstractas. Es hasta fines del IV milenio a. C. cuando ya se encuentra una escritura desarrollada en Mesopotamia y por el siglo VII a. C. en Mesoamérica.

“piedra” al cocerla), piel de animales, cortezas o papel. El que domina esta técnica puede recordar mejor sus conocimientos y difundirlos; así adquiere un poder superior a quien no dispone de ella, facilitando la diferenciación en el interior de las sociedades y entre una y otra.

Sólo pocos pueblos crearon independientemente la escritura; probablemente fueron nada más los mesopotamios (en lo que hoy es Irak), los mexicanos, posiblemente los egipcios y los chinos. Otros grupos humanos adoptaron a sus necesidades lo que habían desarrollado los anteriores.

*Las armas.* Al hablar del pasado (y del presente) de la humanidad, no se puede hacer caso omiso de las

armas. Aquí también partimos de una situación sin mayores diferenciaciones entre los pueblos para encontrar después la aparición de niveles muy distanciados. Este movimiento está estrechamente ligado al desarrollo de la agricultura y la ganadería, que permiten una mayor densidad de población y proporcionan los recursos y el tiempo necesarios para el perfeccionamiento de los instrumentos bélicos. Forma parte de este proceso el aprovechamiento de animales domésticos, como el caballo, el perro y, en algunas ocasiones, el elefante.

En la misma forma, es evidente que otros desarrollos técnicos participan en la evolución de las armas. Uno de los aspectos más importantes, en este sentido, es el paso de los instrumentos de madera y piedra a los de metal, junto con el aprovechamiento bélico de barcos, vehículos, pólvora y, recientemente, la energía nuclear.

*Organización social y poder.* Diamond dedica un capítulo de su libro a hablar de los cambios de la organización social a través del tiempo.<sup>4</sup> Considera que los grupos humanos del principio del periodo que examina, hace 13 000 años, estaban formados por núcleos de algunas decenas de personas emparentadas entre sí, que llama hordas. Eran recolectores-cazadores, poseían en común su territorio y se gobernaban de manera informal, por la comunidad.

A la horda sigue la tribu, integrada por centenares de personas agrupadas en clanes que viven en aldeas. Al igual que la anterior, se basa en relaciones de parentesco. La tierra es propiedad del clan y el gobierno sigue siendo igualitario.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 303 s.

La forma siguiente es la de la “jefatura”, con sociedades de miles de miembros, organizadas por clases sociales y lugar de residencia, gobernadas en forma centralizada, hereditaria; el poder tiene el monopolio de la fuerza y de la información. La producción de alimentos es intensiva y existe una división del trabajo. Aquí aparece lo que se llama cleptocracia, que define como un sistema en que se transfiere “riqueza del pueblo llano a las clases altas”,<sup>5</sup> en otras palabras, de explotación.

Finalmente llega al Estado, integrado por más de 50 000 personas agrupadas en multitud de aldeas y ciudades, con clases sociales diferenciadas y características de gobierno semejantes al sistema de jefatura.

En resumen, vemos cómo un profesionalista de una disciplina distinta de la historia, basándose en observaciones y reflexiones cuidadosas, llega a conclusiones coincidentes en aspectos fundamentales con las elaboradas por profesionales de esta rama del conocimiento humano.

Solamente presentamos una objeción acerca de un punto importante, que es el de la aparición del Estado. Diamond la atribuye al incremento de la población, que hace imposible la forma igualitaria de gobierno y obliga a crear una organización especializada, no identificada con el “pueblo llano”. Es indudable la importancia de este elemento, pero extraña que no analice la aparición de grupos sociales con intereses opuestos que, lógicamente, entran en choque. En nuestra opinión, esto no puede dejarse de lado al analizar el problema planteado.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 316.

## 11. La antigüedad esclavista

Del siglo v antes al v después de Cristo florece el régimen esclavista. El periodo es uno de los más estudiados y admirados de toda la historia de “Occidente”, debido a que abarca la llamada Antigüedad clásica, con las altas culturas griega y romana.

Los antecedentes son muy remotos. Ya el paleolítico superior había podido disponer, en ciertas épocas, del excedente suficiente para alimentar a algunos grupos que no participaban directamente en la producción. La perfección alcanzada por los autores de las pinturas rupestres hace pensar que fueron grupos de artistas profesionales, exentos de las labores de cacería y de recolección. Podemos considerarlos servidores públicos, encargados de realizar actos de magia, de enseñanza y de proporcionar un placer estético.

La posibilidad de la formación de sectores explotadores estables, de una sociedad dividida en quienes producen y quienes disfrutan sin producir, aparece con la agricultura y la ganadería. Varios elementos confluyen para destruir la comunidad primitiva, ya sea en forma directa, ya sea a través del llamado modo asiático de producción.

Uno de estos elementos es la guerra. El resultado de una victoria no es solamente la sujeción de un grupo por otro, sino también la creación y la acentuación de diferencias en el grupo vencedor (puede darse el mismo resultado también en el grupo vencido). Un ejemplo claro está constituido por los aztecas, cuya antigua igualdad interna deja el lugar a una clara división, en el curso de apenas dos siglos. Muchas veces –y lo ejemplifican aztecas y romanos– las tierras conquistadas no son puestas a disposición del pueblo vencedor (o no lo son en su totalidad) sino, de hecho y a veces también de derecho, se transforman en propiedad privada de determinados militares vencedores distinguidos.

Otro factor destructivo de la comunidad primitiva está constituido por el comercio. En la antigua Mesopotamia, entre los aztecas, en el delta del Nilo y en muchas otras partes se puede rastrear la actividad de los comerciantes,

sobre todo de los que ponen en contacto regiones distantes entre sí. Su profesión los aleja forzosamente de la tribu a la que pertenecen y favorece la constitución de riquezas ajenas a ésta. Muchas veces actúan en combinación con los guerreros, lo que puede reforzar aún más los efectos de su labor.

También los dioses desempeñan un importante papel en la individualización de la propiedad. Los sellos, que tienen la utilidad de marcar como tabúes, como prohibidos para los demás ciertos bienes, reservan para el dios, es decir, para sus sacerdotes, animales, tierras e instrumentos.

La consecuencia de todo este proceso es la disolución de la antigua comunidad igualitaria; ya hay quienes poseen riquezas que sirven para obtener más riquezas y quienes están desprovistos hasta de los elementos necesarios para trabajar. Esto no se refiere sólo a la tierra (fundamentalmente a la de labor; la de pastoreo y de monte suele seguir siendo comunal por mucho más tiempo), sino también al ganado y a los propios hombres. En muchos casos el prisionero de guerra se transforma en esclavo, en propiedad plena de su captor.

En este contexto nace el Estado, que dispone de elementos de fuerza no identificados con la masa popular, como lo son los guerreros profesionales que obedecen a la autoridad y no al conjunto social. Así, los gobernantes pueden hacer prevalecer sus decisiones sobre los deseos de los sectores particulares. La aparición del nuevo organismo responde a la necesidad de evitar que el pueblo mismo se destruya por el choque entre los distintos grupos que lo integran y cuyas formas de vida, anhelos e intereses diferentes, muchas veces opuestos entre sí, conducen a violentos conflictos.

De distintas maneras, las antiguas autoridades comunales, los jefes militares o también otros núcleos, se transforman en grupos de poder estables, que dominan al resto de la sociedad. Se consideran los portadores de los intereses de todo su pueblo, aunque frecuentemente se manifiestan grupos oponentes, a veces tolerados o, lo que suele ser más frecuente, reprimidos.

Esta afirmación general no se invalida por las distintas formas que toma el Estado, ni tampoco por sus pretendidas excepciones. Muchas veces las leyes, atribuidas al dios o a los dioses o abiertamente acordadas por legisladores humanos, se presentan como protectoras de los derechos de los humildes. Esto, hasta cierto grado, es real, al limitar el capricho de los poderosos, y sirve así a una mayor estabilidad del sistema existente en su momento. Algunos ejemplos de la Antigüedad pueden ilustrar tal afirmación, que también es válida para el Estado actual: ambos tienen la función de mantener y reproducir las estructuras fundamentales de su sociedad, convenientes a su clase dominante.

En el segundo milenio antes de Cristo, el *Código de Hamurabi*, dado por Shamash, dios del Sol y de la Justicia al soberano del vasto Imperio Babilónico, protege más al rico contra el pobre que a éste contra los abusos de los ricos. La *República*, de Platón, a pesar de sus reminiscencias comunales, establece con toda claridad tres clases, dos de las cuales están excluidas de toda intervención decisiva en el gobierno. Aristóteles exige la superioridad de la ley respecto de la asamblea popular para evitar que ésta, constituida en su

mayoría por pobres, pueda atentar contra la propiedad de los ricos. También los comicios romanos dan preponderancia a los pocos propietarios sobre los muchos desposeídos, y con mayor razón sobre los esclavos, que no tienen participación alguna en las decisiones.

Junto con esta evolución se efectúa y afianza la transformación de la familia: se vuelve patrilineal, predomina el hombre sobre la mujer, se asegura la herencia de padre a hijo. Esto corresponde a la mayor importancia de la guerra como fuente de riqueza y de que son los varones los poseedores de los bienes decisivos, capaces de facilitar a sus dueños un incremento constante de sus propiedades. Es común la poligamia, el derecho del hombre a tener varias esposas; normalmente no se reprime la infidelidad de parte del varón, mientras ésta es castigada de manera severa cuando la comete la mujer.

La sumisión de las mujeres, su falta de derechos, les impide en forma casi total un desarrollo personal; su papel consiste en proporcionar herederos legítimos a sus esposos y, en dado caso, en administrar la casa. Esto llega al grado, en Grecia, de que las únicas, que pueden dedicarse a actividades culturales son las hetairas, las mujeres públicas. Solamente con ellas, y también entre varones, puede haber un lazo afectivo que podríamos considerar amoroso, basado en la comprensión, el compañerismo y la relación sexual.

El predominio del hombre tiene una expresión muy clara en la familia romana, constituida por el varón, su esposa, los hijos y los esclavos domésticos, sobre todos los cuales ejerce una autoridad absoluta el *pater familiae*, quien tiene también derechos sexuales sobre las esclavas.

Por otra parte, a pesar de la situación privilegiada del hombre, en ciertas ocasiones las mujeres desempeñan un papel público importante. En Egipto hay faraonas, a veces presentadas con barba postiza, como una simulación de masculinidad. En el último periodo del Imperio Romano es notorio el papel de algunas mujeres que ejercen una gran influencia política, sobre todo a través de intrigas palaciegas.

Por milenios, en China, la India, el Cercano Oriente y también en la antigua Grecia e Italia, así como en otras regiones, rigen estructuras propias del modo asiático de producción, o mixtas, en las que conviven formas comunales con esclavistas y con otras que nos hacen pensar en el posterior feudalismo. En los grandes imperios de Oriente suelen encontrarse esclavos, pero éstos no constituyen la base de la economía, más bien predominan los campesinos semilibres, sujetos a tributo y a explotaciones de otro tipo.

En Grecia y Roma se desarrolla una estructura basada fundamentalmente en la esclavitud, con clases claramente definidas. Un importante sector de la producción es atendido por esclavos, sobre cuyo trabajo se levanta toda la estupenda supraestructura de la Antigüedad clásica. En este mismo hecho se encuentra también la contradicción dialéctica, trágica, de la época: el gran florecimiento de la Antigüedad sólo fue posible gracias a la degradación, a la explotación más despiadada y a la deshumanización más atroz del sector productivo de esta comunidad, de los esclavos y de otros trabajadores.

Sin embargo ¡qué florecimiento! Se desarrollan las artes, se edifican grandes construcciones, se relacionan numerosos pueblos y la investigación humana se atreve, por primera vez en "Occidente", a desprenderse de las muletas del mito y enfrentarse a la realidad del mundo. Para un largo periodo histórico se sientan las bases de la organización social, que se expresan en las normas de la filosofía y de la estética griegas, en el derecho romano y en el pensamiento científico incipiente.

Las religiones, en su mayoría, admiten multitud de dioses. En éstos se refleja claramente la sociedad humana, con su organización jerárquica, sus pasiones, celos, engaños mutuos y luchas. Según la mitología griega, los dioses toman partido en los conflictos humanos y también enamoran mujeres con las que engendran semidioses. Entre ellos se dan luchas generacionales, reflejo de las pugnas de los jóvenes humanos que se rebelan contra la autoridad de sus mayores.

La religión judía evolucionó hasta considerar a su dios, Jehová, como el único verdadero. Los cristianos recogen esta idea; la extienden a todo el Imperio Romano y, posteriormente, al mundo en general. En el siglo VII de nuestra era, Mahoma crea el Islam, recogiendo elementos judíos y cristianos. Esta religión, creyente también en un dios único, pronto llega a imponerse en los pueblos árabes y se extiende a una amplia zona.

Como ya se ha señalado, en general las religiones y sus sacerdotes desempeñan una función de justificar el orden existente, al atribuirlo a los dioses. Pero en su seno también se manifiestan tendencias opositoras, que combaten lo que consideran injusticias.

El sistema predominante de la Antigüedad tiene una contradicción interna que no logra superar. Resulta que la productividad del trabajo esclavo es limitada, ya que un mejor rendimiento de su labor no le proporciona ningún beneficio. Los nuevos instrumentos y técnicas, como el arado de hierro y los sistemas de riego, exigen mayor atención, para la cual el trabajador de la época no se encuentra motivado. Esto no es muy importante mientras existe una constante afluencia de nueva fuerza de labor, mas el fin del periodo de las grandes guerras de conquista romanas hace escasear la oferta de esclavos. Poco a poco, a partir del siglo III d. C., el esclavo clásico se ve sustituido por el colono, quien dispone de una parte de su producto y por ello está interesado en que éste sea lo mayor posible.

El proceso de decadencia se desarrolla en la interacción dialéctica de sus elementos. Los pequeños campesinos habían constituido la fuerza principal del ejército romano y tenían interés en las conquistas que se realizaban, las cuales, durante algún tiempo, les permitían obtener mayores tierras. Pero en los siglos II y I a. C. su trabajo fue desplazado por el de los esclavos y por los tributos que las provincias del Imperio Romano debían enviar a la metrópoli. Los campesinos se transformaron en la plebe de la ciudad de Roma, desorganizada y corrompida por los aristócratas gobernantes. También las rebeliones de los esclavos disminuyeron la ganancia que se obtenía de ellos. El cristianis-

mo, reflejo de la crisis del mundo esclavista, fortaleció formas más individualistas de compromiso y de trabajo, al reconocer que su dios premia o castiga a cada quien según su comportamiento. El hecho de que muchas comunidades cristianas de la época practicaban formas de vida comunitarias no invalida este avance de la responsabilidad individual.

El sistema esclavista había dado todo lo que podía y fue sustituido por otro, más capaz de enfrentarse a la nueva situación.

## 12. El régimen feudal

El feudalismo es el régimen característico de la Edad Media europea (siglos v al xv). El sistema esclavista romano había sido roto por las invasiones de los bárbaros, los germanos, una vez que sus contradicciones internas lo habían debilitado en su raíz. No sólo estos últimos realizaron la obra que destruyó el mundo antiguo: el rompimiento de la unidad política, comercial y cultural centrada en el Mediterráneo se vio completado por las conquistas árabes, que cerraron este importante mar a la navegación de los europeos, y por los ataques de los normandos. Se produjo una inseguridad general, se paralizaron casi totalmente el comercio y otros contactos a gran distancia.

La aniquilación de la cultura grecorromana no afectó a la India ni a China, que ejercieron una importante influencia en la Europa medieval a través de los árabes y de los mongoles. Muy importante fue la extensa área musulmana, organizada en los siglos VIII y IX en un imperio y fragmentada después; sus centros principales fueron Bagdad y Córdoba, estructurados con un poder central fuerte, un intenso desarrollo comercial y con artesanías de grandes logros. La cultura floreció en sus dominios; además de avances propios mantuvo la herencia griega, retransmitida posteriormente a su continente de origen.

Conquistas, inseguridad y cierre de las rutas comerciales produjeron en Europa un resultado común, por dos vías: desde “arriba” se repartió el mundo en parcelas, como feudos encargados por los reyes conquistadores a sus leales capitanes; desde “abajo”, los campesinos se agruparon alrededor de señores que los podían proteger. El escaso comercio permitió la consolidación de un poder sumamente disperso, con ausencia casi absoluta de un gobierno central.

El hundimiento del mundo antiguo produjo otra transformación importante: el trabajo manual, que había llegado a ser una ocupación indigna del hombre libre en los tiempos del esclavismo, llegó a ser nuevamente una ocupación respetada, lo que facilitó un mayor desarrollo en la sociedad.

Todo esto dio lugar al establecimiento y consolidación de dos aspectos de organización social estrechamente ligados entre sí: el feudo y la servidumbre. El primero era una porción de tierra entregada "en préstamo" a un señor (aunque de hecho los feudos generalmente fueron propiedad familiar plenamente hereditaria), que ejercía una soberanía más o menos amplia sobre ella. La servidumbre era la base de todo el sistema, y se impone aquí un examen algo más detallado de ella.

Se encuentran en la servidumbre muchos rasgos que ya habían caracterizado al colonato romano, lo que demuestra que éste no era una formación casual sino el resultado lógico de las necesidades sociales. El siervo, al igual que el colono, no era un hombre libre, sin ser tampoco un esclavo. Normalmente tenía derecho a cultivar cierta tierra, a la que no podía abandonar a su arbitrio. Una parte de su producto le pertenecía pero tenía obligación de entregar determinado porcentaje a su amo.

En las líneas anteriores sólo se ha señalado la forma básica de la servidumbre; en la práctica, este sistema adoptó modalidades muy variadas. Había campesinos casi libres que sólo tenían que entregar escasos tributos, otros estaban sujetos a una dominación mayor, y muchos se encontraban ligados a la tierra sin poder abandonarla. Pero en ningún caso el siervo llegó a ser propiedad personal de su amo y, por otra parte, siempre se veía obligado a entregar a éste un tributo, no por lo que recibía del señor, que era sólo cierta protección, sino por la posición social que ocupaba dicho señor feudal.

El tributo se presentaba en tres formas diferentes: en trabajo, en especie y en dinero. El tributo en trabajo consistía en las labores que el siervo tenía que realizar en provecho del señor feudal en los campos, caminos, molinos y otras pertenencias de éste. Además de esto, que solía ocupar al campesino durante varios días de la semana, estaba obligado a entregar determinados bienes al señor, que podían consistir en un porcentaje de la cosecha o en cantidades fijas, en ocasiones específicas. Por último, y sobre todo cuando ya se había vuelto a fortalecer el intercambio mercantil, muchas veces el campesino debía entregar ciertas cantidades en metálico, viéndose obligado para ello a vender algunos productos, lo que debilitaba el aislamiento feudal. Lo fundamental consiste en que el siervo vivía de lo que podía producir en su parcela, por encima de sus obligaciones serviles y en el tiempo que éstas le dejaban libre.

También entre los señores feudales había muchas categorías distintas, más acentuadas que entre los siervos; entre éstos existían niveles, pero entre los señores se trataba de una jerarquía en forma piramidal, que iba desde el barón, en la base, hasta el emperador, en la cúspide. Cada señor debía obediencia a otro superior, a veces en formas muy complicadas y con un reparto sumamente complejo de derechos y soberanías. El sistema, como es lógico dada la escasa movilidad de su base, era sumamente estático; las modificaciones solían consistir en conquistas de feudos. Sólo en pequeña medida, lentamente, se llegó a alterar su organización o su sistema de producción; se introducían nuevas formas de cultivo que incrementaban el rendimiento del

campo y facilitaban, poco a poco, nuevos desarrollos. En ciertos periodos se produjo una disminución del dominio de los nobles sobre los campesinos y también hay épocas de nueva acentuación de la sujeción de éstos.

Nuevamente hay que señalar aquí que el cuadro general que se acaba de presentar no debe llevarnos a pensar en una situación uniforme. Ya se han mencionado las características de las regiones dominadas por los árabes, con su concentración del poder, su activo comercio y su florecimiento científico. También en la Europa cristiana se alternaban periodos de estancamiento y de retrocesos con momentos de mayor dinamismo y de progresos, y se daban fuertes diferencias regionales.

El sistema de la servidumbre y el feudalismo encontraba su complementación y apoyo en la Iglesia cristiana, dividida entre la de Oriente con sede en Constantinopla (después en Moscú) y la de Occidente, cuyo jefe era el obispo de Roma que lleva el título de Papa. Ambas sostenían que el orden existente correspondía a la voluntad divina y que oponerse a los señores feudales no era sólo una rebelión sino también un pecado. La estructura eclesiástica era semejante a la feudal, ascendía desde el párroco hasta el Papa, quien se consideraba el representante de Cristo en la Tierra. Fueron frecuentes las pugnas entre la Iglesia y el emperador y demás señores feudales.

Como sucede en toda sociedad en que hay sectores con intereses encontrados, se producían frecuentes luchas, muchas de las cuales se expresaban en planteamientos religiosos. Distintos grupos presentaban reivindicaciones que fundamentaban en planteamientos de la Biblia y que daban lugar a movimientos condenados como herejías por la autoridad religiosa.

La educación estuvo, en gran parte, en manos de la propia Iglesia. Sin que dejara de haber ahí también fuertes debates, se basaba, en lo fundamental, en el principio del *magister dixit*, "el maestro dijo", donde el maestro era, en última instancia, dios, como suprema autoridad. Por ello, la búsqueda de la verdad no se basaba en la observación del mundo sino, sobre todo, en debatir la interpretación de los libros sagrados del cristianismo, a los que se añadieron en cierto momento las obras de Aristóteles. Existían pocas instituciones educativas fuera de las eclesiásticas; entre ellas fue notoria la escuela palaciega organizada por Carlomagno (muerto en 814), de gran trascendencia.

En el siglo XII se crearon las universidades, que abrían un nuevo campo de estudio y debates; con frecuencia gozaban de la protección de los reyes, que veían en ellas un apoyo contra el predominio papal, pero también se daba en su seno una gran influencia de distintas órdenes religiosas. Las primeras se fundaron en París, en Bolonia y en Salamanca.

A pesar de la economía natural de los feudos y de su amplia autonomía política, no dejaban de existir relaciones entre ellos; los comerciantes y los gobernantes de más alto nivel, en cierta forma, estaban perfectamente integrados al sistema pero también entraban en contradicción con éste, sobre todo los primeros. Ya en el siglo X, en plena culminación de la Alta Edad Media, y en forma importante en los dos siguientes, las ciudades se habían

transformado de pequeños centros de mercaderes o, a veces, residencia de gobiernos locales en núcleos de gran fuerza. Su estructura interna se basaba en las organizaciones de comerciantes y de artesanos, ajenas al sistema feudal.

A partir del siglo XIII, aproximadamente, al iniciarse la Baja Edad Media coexistía una activa vida mercantil, cuyo centro estaba en las ciudades, con una estructura feudal en el campo. Fue sobre todo en las ciudades donde se gestaron las condiciones para pasar a otro régimen, al capitalista.

*Del feudalismo al capitalismo.* La Edad Moderna, que abarca del siglo XV al XVIII, se caracterizaba por cierto equilibrio entre la economía feudal, de poco intercambio, y las ciudades, básicamente comerciales. Estas últimas, cuyos habitantes tenían interés en superar la dispersión feudal, se aliaron con la monarquía para establecer el absolutismo (el ejemplo más claro es el de Francia); se revela aquí el carácter parcialmente antifeudal de las grandes monarquías absolutas, feudales en el fondo pero no, como se ve, en todas las consecuencias.

Sobrevivían en forma más o menos amplia las relaciones de servidumbre en el campo y también ciertos elementos políticos de tipo feudal como el régimen de privilegios para la nobleza y el clero, y las aduanas internas, en el aspecto económico. Pero junto a éstas se desarrollaba un sistema de producción y de distribución ya capitalista, basado en el mercado, en la circulación de mercancías y en una incipiente clase asalariada. Predominaba en la producción citadina la manufactura, que era propiamente el taller artesanal de la Edad Media ampliado en unidades mayores. Pronto las exigencias del nuevo sistema habían de provocar modificaciones profundas en toda la estructura social, en medio de tremendas sacudidas.

## 13. El sistema capitalista

*La formación del capitalismo.* El nacimiento del sistema capitalista, que domina hoy en casi todo el mundo, estuvo marcado por varias grandes revoluciones. Algunas de ellas fueron políticas y sangrientas y otra, la industrial, se caracterizó por un tipo especial de violencia. Lo precedió el periodo mercantil o precapitalista, propio de la Edad Moderna, en que adquirió cada vez más importancia el intercambio de mercancías y los estados practicaban la política mercantilista, caracterizada por la acumulación de metales preciosos y el fomento de la industria.

En este tiempo, fundamentalmente en los siglos xvii a xix, tuvo lugar la llamada “acumulación originaria del capital”, en la que los antiguos dueños, campesinos y artesanos, perdieron la propiedad de sus medios de producción. Una parte de este cambio se realizó mediante el desalojo de los campesinos con el fin de transformar las tierras de labor en pastizales para las ovejas. El otro elemento fundamental estuvo en la ruina de los artesanos al no poder competir con las manufacturas en que trabajaban conjuntos de obreros bajo el mando de un empresario, que podía lanzar mercancías más baratas al mercado. También participaban otros mecanismos en este cambio social. Campesinos y antiguos artesanos se veían obligados a trabajar a cambio de un jornal, a transformarse en proletarios en el sentido moderno de esta palabra.

Parte del mismo proceso es el que se expresa en su nombre: la concentración de riquezas suficientes para que sus dueños desarrollen industrias de tipo ya francamente capitalista, aplicadas en forma dinámica y emprendedora. Entre las fuentes de la acumulación originaria del capital, además de las ya mencionadas, se encuentran la explotación de las colonias y el comercio, en el que desempeñaba un papel importante el tráfico de esclavos. También fue significativa la deuda pública, contratada por el Estado para realizar obras o sostener guerras. Se obtenía, como no podía ser de otra manera, de sectores adinerados que prestaban al gobierno a cambio de recibir intereses sobre estos recursos. Tanto el capital a reembolsar como las ganancias de los presta-

mistas provenían de los impuestos, es decir, de lo que el Estado recaudaba de toda la sociedad.

Es en Inglaterra, el país de desarrollo más rápido en el periodo, donde se puede observar con mayor claridad el desarrollo señalado, a partir del siglo XVI y con creciente intensidad en el periodo de mediados del XVIII a principios del XIX. En otros países fue menos evidente, o también posterior.

El periodo de formación del capitalismo fue también el de la constitución de los estados nacionales y el debilitamiento de las estructuras feudales. El desarrollo del mercado requiere abolir las fronteras aduanales internas, unificar las monedas y las unidades de medición, construir caminos, canales y puertos, entre otras medidas. Estos cambios fueron frecuentemente resistidos por los señores feudales que temían, con razón, perder su poder. Conforme la alianza de los reyes con las ciudades lograba imponer las modificaciones dichas, se facilitaba y fortalecía el incipiente sistema capitalista, el cual adquiriría más capacidad para impulsar, nuevamente y con mayor rigor, las transformaciones que requería.

Es necesario ver los pasos concretos de este desarrollo. Entre los primeros movimientos exitosos hacia la formación de una sociedad capitalista se encuentran la constitución de Suiza (siglos XIII y XIV), país alpino atravesado por las vías comerciales que unen Europa del norte con Italia, y la independencia de los Países Bajos (siglos XVI y XVII).

El segundo acontecimiento mencionado, que en gran parte se realizó bajo un ropaje religioso (la protestante Holanda se rebela contra la católica España), coincidió en su último periodo con la Revolución Inglesa de 1640 a 1648. Esta no trataba de alcanzar la independencia nacional frente al predominio extranjero sino, claramente, se caracterizaba por abolir viejos privilegios feudales. La lucha asumió una forma paradójica: comenzó con un conflicto entre el Parlamento y el rey, que culminó con la decapitación de éste y la eliminación de hecho de aquél, tras el triunfo de una sublevación encabezada por Oliverio Cromwell. Al final se consolidó un régimen en el cual el gobierno efectivo se encontraba en manos del Parlamento, integrado fundamentalmente por representantes de una aristocracia terrateniente; la monarquía subsistió desempeñando un papel cada día menos importante.

Ahora bien, la nobleza inglesa que llegó a gobernar, aunque de origen y costumbres medievales, tenía un fuerte carácter comercial. No se trataba de los clásicos señores feudales, poco relacionados con el intercambio de mercancías: muchos de ellos dedicaban sus tierras a la cría de borregos\* y estaban interesados en la venta de lana y la manufactura de telas. Directamente ligado a todo esto se encontraba el fomento de la navegación, que facilitó el auge de la burguesía comercial y manufacturera inglesa.

---

\* Inglaterra es el extraño país en que los borregos devoran a los hombres, diría Tomás Moro en *La Utopía*, refiriéndose a la transformación de tierras de labor en pastizales.

La independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, lograda 100 años después de la Revolución Inglesa, reafirma también los principios convenientes al nuevo sistema. Aunque no se trató de una rebelión antifeudal, sí participó en ésta al facilitar la libertad de comercio y proclamar los derechos individuales característicos y necesarios para el régimen de la libre empresa, el capitalismo.

Poco después de que las colonias inglesas de Norteamérica se independizaron de su metrópoli, estalló la Revolución Francesa (1789-1799) que es considerada, con razón, un momento culminante en el ascenso de la burguesía al puesto predominante en la sociedad y en el Estado. ¿Cuáles son sus características, más allá de los incidentes anecdóticos?

En primer lugar, debe señalarse que en los siglos anteriores se habían desarrollado en Francia fuertes sectores capitalistas, sobre todo dedicados al comercio, a los que correspondía una vigorosa intelectualidad expresada en la Ilustración. Algunos de sus exponentes llegaron a desempeñar importantes funciones en el Estado, siempre sujetos al régimen monárquico-feudal. Se puede observar que muchos representantes de estos grupos participaron también en altos puestos gubernamentales en el periodo napoleónico, que sucedió a la Revolución Francesa, y en los regímenes posteriores. Algunos de ellos ya habían ocupado cargos semejantes antes de 1789. La razón para su reincorporación a la dirección del Estado puede haber residido en parte en su experiencia de gobierno y también en el peso social y en las propiedades que habían conservado o recuperado. No es aventurado decir que la Revolución alcanzó su plena victoria sólo en el último tercio del siglo XIX, un siglo después de haber tenido lugar.

Sin embargo, se puede afirmar que la transformación fundamental introducida por la Revolución consiste en la desaparición de la propiedad y de los derechos feudales. Quedaron abolidas todas las formas legales de servidumbre, basadas en posiciones de privilegio señorial, y muchas de las grandes haciendas feudales fueron fraccionadas; las numerosas parcelas que se formaron, como también las que se originaron en el reparto de las sobrevivientes tierras comunales, integraron una verdadera pequeña propiedad, de tipo capitalista. Asimismo, fueron eliminadas las aduanas internas y todos los demás privilegios y diferencias de tipo regional. Sobre esta base se estableció la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, que no fue destruida ya, en lo fundamental, ni por las pocas excepciones que subsistieron ni por la nobleza creada en el periodo napoleónico y ni siquiera por la restauración monárquica de 1814 en adelante.

La Revolución facilitó el desarrollo de las formas capitalistas de la economía y de la sociedad, que tomaron gran vigor a mediados del siglo XIX.

Además de las grandes revoluciones políticas hubo otra, la Revolución Industrial, que se dio primero en Inglaterra, aproximadamente entre 1760 y 1840. Esta transformación en las técnicas de producción fue una parte inseparable de la reestructuración capitalista de la sociedad.

Sus antecedentes se remontan al periodo final de la Edad Media. Con el crecimiento del comercio ya no era suficiente la producción que proporcionaban los talleres medievales y éstos se reunían (o, mejor dicho, eran reunidos y dominados por empresarios) en instituciones mayores, las manufacturas, donde se establecía una elaborada división interna del trabajo. En lugar de que cada artesano elaborara de principio a fin un producto, se concretaba a realizar una actividad específica. Al repetir constantemente la misma operación llegaba a ser relativamente fácil sustituir su actividad manual por la acción de una máquina, de mayor eficacia y rendimiento. El trabajo a mano, realizado individualmente o por grupos muy pequeños, fue desplazado por el de la máquina; cooperaban en la economía, directa o indirectamente, núcleos humanos amplios, sujetos a una compleja división del trabajo en el interior de cada empresa.

Debido a su posición insular, que facilita el comercio, a su clima que favorece la cría de borregos proveedores de fina lana y, sobre todo, a la estructura favorable implantada por la Revolución del siglo xvii, fue en Inglaterra donde primero se realizó la Revolución Industrial. Los grandes recursos acumulados, provenientes en buena parte de la explotación de las colonias, sobre todo de la India, permitían la industrialización de la producción textil. Hacia 1790 tuvo un gran avance el proceso con el amplio uso de un invento que permite generar energía de manera más eficaz y económica: el perfeccionamiento de la máquina de vapor, que pronto se empleó también en los transportes. Más tarde, desde Inglaterra se expandieron los nuevos sistemas de producción a Francia, Bélgica, Alemania y finalmente a todo el mundo, en los siglos xix y xx, al mismo tiempo que los propios métodos se iban perfeccionando y ampliando constantemente.

El comerciante cedió el dominio al industrial. La economía se llegó a caracterizar por la concurrencia de muchos miles de fábricas pequeñas y medianas que competían en el mercado, junto a unas cuantas empresas grandes. Este periodo, el del capitalismo competitivo o premonopolista, duró aproximadamente hasta 1870-1900.

En el siglo xix se realizó una verdadera marcha triunfal del sistema capitalista por el mundo. En todas partes, a veces por movimientos internos y generalmente por influencias o presiones exteriores, se iban aboliendo o por lo menos reduciendo las barreras feudales y se implantaba el nuevo régimen, que aumentó en forma muy importante la producción general de riquezas en el mundo, incrementó las comunicaciones\* y facilitó la circulación de bienes y de personas.

*Las características del capitalismo.* ¿Cuáles son los elementos esenciales del sistema? Antes que nada, se trata de una organización de intercambio y no de autoconsumo: la gran mayoría de los bienes, producidos ya en forma industrial, es destinada al

---

\* En esta época se construyeron redes ferroviarias e importantes canales, como el de Suez y el de Panamá, este último inaugurado en 1914.

mercado y no al disfrute por el productor o sus allegados. Lo mismo se expresa si se dice que la mayor parte de los bienes que consume una persona no ha sido producida por ésta, sino que la ha obtenido por compra. A esto corresponde la existencia de un amplio mercado donde se realiza el intercambio, facilitado por el desarrollado sistema monetario, de crédito, bursátil, etcétera.

Pero no solamente los bienes (y, en sentido amplio, los servicios) son mercancías; también el trabajo humano se realiza a cambio de un salario, bajo las indicaciones y en beneficio de quien ha comprado la capacidad de realizarlo. Es decir, el trabajo es enajenado y el obrero no es el dueño de su actividad ni del producto de su labor.

El capitalismo, como toda estructura fundamental de la sociedad, no es sólo un sistema económico; tiene también sus expresiones ideológicas, culturales y políticas. La doctrina que lo rige en su periodo inicial y también en la actualidad es el liberalismo, la teoría del “dejar hacer”, que deja a cada individuo en libertad de actuar según sus conveniencias y sus posibilidades y considera que el conjunto de éstas será idéntico al interés de la sociedad. En lo político le corresponde el sistema representativo parlamentario, adecuado a las necesidades de una amplia clase de empresarios que desea dirigir dinámicamente al Estado de acuerdo con sus intereses colectivos, manteniendo al mismo tiempo la posibilidad de actuación personal de sus integrantes.

En el mismo sentido debe verse la insistencia en las libertades individuales y la posibilidad de expresión personal en el arte, mayor que antes, así como la creación de un sistema de enseñanza popular que prepara obreros, los cuales, para ser eficientes, deben tener cierta instrucción.

Lo que se acaba de afirmar se refiere solamente a tendencias de tipo general que se pueden observar claramente desde el siglo XIX, interrumpidas por frecuentes excepciones. De hecho, las llamadas garantías individuales se restringen en muchas ocasiones porque los poderosos de la economía o de la política las consideran subversivas o atentatorias a lo que llaman “buenas costumbres”. En los sistemas de gobierno se suceden regímenes parlamentarios, de libertades más o menos amplias, con otros, de tipo dictatorial.

*La expansión por el mundo. El sistema colonial.* Como ya se ha dicho, durante el siglo XIX y principios del XX el capitalismo va conquistando el globo terráqueo. Este fenómeno tiene importantes antecedentes, de profundas repercusiones sobre todo en los países que serán posteriormente los “subdesarrollados”. Es fundamentalmente en el siglo XVI cuando España y Portugal se reparten casi todo el continente americano; además, la segunda establece puntos de apoyo comercial en África y en Asia, y los españoles conquistan las Filipinas. Más tarde empiezan a predominar otros países,\* entre los que destaca Inglaterra,

---

\* Por ejemplo, Holanda conquista Indonesia y establece dominios en África del Sur y en Norteamérica, de donde pronto es desalojada por los ingleses; Francia se apodera de zonas del norte de África, de Canadá —que pierde a manos de Inglaterra en 1763—, de partes de la India y, en el último cuarto del siglo XIX, de Indochina.

que no sólo coloniza la costa oriental de Norteamérica, sino que conquista la India y se transforma en la principal potencia colonialista. Las riquezas que son extraídas de los países sometidos sustentan en parte el lujo de los conquistadores, pero lo más importante de su papel histórico es la acumulación en Europa del capital necesario para el desarrollo del mercado, de la industria y, en general, del sistema capitalista.

Los tipos de colonización varían según las características naturales y, sobre todo, sociales de los países dominados y de acuerdo con la estructura y las necesidades de la sociedad que se impone. En determinados casos, como en Norteamérica, las Antillas y Australia, es prácticamente exterminada la población autóctona y se asientan los colonizadores. Estos tienden a crear sociedades semejantes a las de sus países de origen y algunas de estas colonias posteriormente serán de alto desarrollo. En otras (las Antillas, partes de Venezuela y Brasil, sur de Norteamérica), los nuevos dominadores llevan esclavos como fuerza de trabajo, que llegan a constituir una parte importante de la población.

En una vasta región de la América española subsiste la población indígena y se produce un fuerte mestizaje, pero se suprimen violentamente las formas superiores de las culturas autóctonas. Muchos elementos tradicionales sobreviven de manera más o menos metamorfoseada, como se puede observar en la superposición de cultos cristianos a los antiguos ritos locales que no desaparecen, y en la permanencia de muchas formas de gobierno y de relaciones sociales y económicas. En general, se puede afirmar que esta población es aprovechada como mano de obra barata en las minas, el cultivo de plantas de interés comercial, la ganadería y en otras actividades mercantiles.

África llega a ser, en una amplia zona, un proveedor de esclavos que son transportados a América. Se calcula que el "Continente Negro" pierde, en algo más de tres siglos, de 50 a 100 000 000 de personas, entre deportadas y muertas. El resultado no es sólo la disminución de la capacidad de trabajo, producida por esta sangría, sino también el rompimiento de vínculos comerciales y políticos, ya que muchas tribus se dedican a capturar miembros de otros grupos para venderlos como esclavos a los traficantes. El desarrollo económico y social se estanca, e incluso retrocede en muchas partes.

El sistema que se establece en los siglos *xvi* a *xix* en América comparte con el de la Antigüedad el que los esclavos son propiedad personal de sus dueños pero se distingue de ella por estar inmerso en el capitalismo. El producto de su trabajo no es para el consumo de sus amos, sino para el mercado. A mediados del siglo *xix* es sustituido por el del trabajo asalariado, debido al repudio social que genera y porque su rendimiento es menor que el proporcionado por el obrero libre.

En otras regiones, como en la India, con un mayor desenvolvimiento previo al contacto con los europeos, se mantiene la estructura propia, aunque influida por los recién llegados. Estos imponen grandes cambios en el sistema productivo: se destruye la manufactura textil y el país, gran productor de algo-

dón, llega a ser consumidor de telas de esa fibra, provenientes de Inglaterra. Durante algún tiempo no se produce un dominio total por los colonizadores, sino más bien es primordial el contacto comercial. Posteriormente se establece un gobierno nombrado desde la metrópolis, apoyado en gran parte en la aristocracia local.

La influencia de los colonizadores produce múltiples efectos. Por una parte, hay un importante desarrollo de ciertas actividades económicas, como la minería y determinados cultivos de interés comercial. La introducción del ganado mayor y del arado, desconocidos en la América precolombina, así como de muchas plantas nuevas y mejores formas de riego, impulsan la producción en la zona, y lo mismo sucede en muchas otras regiones. Pero el desarrollo mencionado, que en lo fundamental responde a las necesidades de los países que dominan y no a las del colonizado, no abarca a toda la economía ni a la sociedad en su conjunto. En gran parte se produce un estancamiento en la producción y también se refuerzan las formas de represión y explotación que los nuevos amos adaptan a su conveniencia.

A su vez, determinados elementos del desarrollo propio anterior son destruidos, en cuanto significan un estorbo para los conquistadores. Así se puede observar en muchas partes un retroceso de la vida urbana, por la ruptura de vínculos comerciales y por la competencia, a veces privilegiada oficialmente, que las metrópolis hacen a los artesanos locales.

Las culturas autóctonas sufren un impacto brutal, que produce desde su modificación hasta su exterminio, y gran parte de las formas de gobierno y de organización social son suprimidas o transformadas violentamente.

Mucho se discutió en su tiempo, y se vuelve a discutir actualmente, acerca de la justificación y de los pretendidos beneficios de la universalización del capitalismo. Sus partidarios, en el siglo XIX, hablaban de "la carga del hombre blanco",\* de la misión civilizadora del europeo, y de otros elementos del mismo tipo. En el fondo, se trataba siempre de una misma cosa: del aumento de ganancias del gran inversionista.

Al examinar la situación durante los siglos XIX y XX, salta a la vista que los países en cuestión desarrollaron una economía moderna, en determinados aspectos. Hoy disponen de puertos, ferrocarriles, telégrafos, carreteras, fábricas, minas y comercios y están dotados de técnicas de una eficiencia muy superior a las que tenían en periodos anteriores. Los sueldos que reciben sus trabajadores y también los pagos a los campesinos crean un mercado interno capaz de adquirir bienes producidos por una industria moderna, desarrollada y especializada. También hay, en muchos casos, escuelas básicas, medias y superiores que preparan a los jóvenes para su incorporación a la nueva estructura. Parece, pues, que están en vías de aprovechar rápidamente los beneficios de las formas recién impuestas.

---

\* Situación caracterizada alguna vez por un adversario del colonialismo, como el hecho de que "el 'hombre blanco' carga, para llevárselos, los bienes del 'hombre de color'".

Sin embargo, se trata fundamentalmente de una modernización subordinada, que se establece a través de inversiones y también de presiones políticas contra la resistencia de sectores que buscan mayor independencia para el desarrollo de sus países. Se incrementa la fuerza de las empresas transnacionales y su influencia sobre las economías y la política locales.

Hacia 1975 sólo escasos países atrasados habían logrado industrializarse. Desde las últimas décadas del siglo XIX destaca Japón, que impulsó su modernización bajo una fuerte dirección estatal; la Unión Soviética llegó a ser la segunda potencia industrial del mundo, a mediados del siglo XX. En general, la distancia económica entre los países “ricos” y los “pobres”, en vez de disminuir estuvo y está aumentando constantemente. Más adelante, al hablar de la situación reciente del capitalismo, esbozaremos las características de la situación actual.

*El capitalismo monopolista.* A partir de 1870, aproximadamente, el capitalismo toma una nueva forma, que no afecta sus características fundamentales pero sí a muchas de sus manifestaciones concretas. Se trata de la sustitución de la libre competencia por el predominio del monopolio y de la formación del sistema imperialista mundial. Ambos elementos están estrechamente ligados entre sí.

La competencia entre las empresas tiende a la eliminación de las más débiles de ellas y al predominio de unas cuantas de gran potencia económica. El proceso se inicia en las ramas de la economía que tienden al monopolio por razones técnicas (como las comunicaciones telegráficas, telefónicas y ferroviarias y la generación y distribución de energía eléctrica) y en las que exigen fuertes capitales y admiten por ello pocas empresas (por ejemplo, las minas y las fundiciones). La gran empresa puede trabajar en forma más económica que la pequeña, promover investigaciones y transformaciones que le convienen, acrecentar así constantemente su ventaja y absorber o dominar al resto de los negocios de su área.

El mismo proceso de concentración que se da en la industria opera también en los bancos, que ocupan un lugar clave en la economía actual. Se produce la fusión entre los capitales industriales, los bancarios y los comerciales; la concentración del mando en las empresas llega al grado de que se puede hablar, en el caso del país capitalista más poderoso, Estados Unidos de Norteamérica, de unos cuantos supergrupos que dominan virtualmente toda la economía, integrados por empresas industriales, bancarias y comerciales.

Se ha pretendido que esta monopolización en el mando de la economía se ve contrarrestada por el llamado “capitalismo popular”, consistente en la distribución de acciones entre un amplio sector de la población y por la aparición de un gran número de pequeños establecimientos de servicio.

Estos últimos no modifican la situación, ya que su gestión y su margen de ganancia están sujetos a la política de las grandes empresas. Una forma típica es la de las “franquicias”. Se trata de establecimientos que reciben el derecho de aparecer como vendedores o prestadores de servicios de determinadas

marcas comerciales, con el nombre de éstas (como MacDonal'd's, gasolineras de Pemex, etc.); sus dueños invierten sus propios capitales, pero los propietarios de las empresas que otorgan la franquicia fijan los precios a que expenden sus mercancías o prestan sus servicios, controlan la calidad de su desempeño y, desde luego, cobran determinada cantidad por la franquicia misma. En otras palabras, estas "pequeñas empresas independientes" son realmente extensiones de otras, grandes, a las que les cuesta muy poco esta forma de tener mayor participación en el mercado.

Algo similar sucede con las llamadas maquiladoras, en las que se realizan labores sencillas, de escasa inversión de capital. Estas aprovechan las condiciones especialmente ventajosas que les ofrecen los países subdesarrollados, con mano de obra de baja remuneración, escasa protección legal para los trabajadores (que, además, es frecuentemente violada) y poco gasto en protección ambiental.

Pero tampoco el "capitalismo popular" tiene real importancia (salvo en la creación de ilusiones): aproximadamente 6 500 000 de norteamericanos, una importante minoría de la población, disponían, hace varias décadas, de un promedio de cuatro acciones cada uno; pero el 2.3% de todos los accionistas de las corporaciones industriales poseía el 57% del total de acciones de dichas empresas.<sup>6</sup> En otras palabras, la mayoría de los dueños de acciones es copropietaria en ínfima proporción de la riqueza industrial de su nación, mientras que un pequeño núcleo dispone de la parte decisiva de la propiedad y, con ello, de la dirección y de la ganancia. Desde la elaboración de esta estadística, la situación ha evolucionado a una mayor concentración del capital y no a su dispersión.

Es fácil ver la tremenda influencia, el dominio fundamental que ejerce el enorme capital monopolista sobre los gobiernos de sus países. Las vías para ello son múltiples: la presión directa, por medio de maniobras económicas de todo tipo y la corrupción de funcionarios; con alguna frecuencia se conocen los casos de miembros de los gobiernos y de parlamentarios que procuran ventajas concretas a determinadas empresas, a cambio de beneficios personales. Otra forma de dominación es la influencia que ejercen en la opinión pública y en las elecciones por medio de la prensa, la radio, la televisión. También participan en la orientación de la educación y de la investigación a través de instituciones de "interés social", entre otras formas. Asimismo es frecuente que socios o administradores de alto nivel de las grandes empresas lleguen a ocupar puestos de mando en el gobierno de su país o que funcionarios públicos pasen a encabezar grandes consorcios privados. En ambos casos se crea una especie de fusión entre los dirigentes de la llamada iniciativa privada y el poder público.

---

<sup>6</sup> Share Ownership in the United States, Washington, 1952; citado en P. Baran, *La economía política del crecimiento*, Mexico, FCE, 1959, p. 78.

La propia concentración de ganancias y de fuerza económica y política facilita la extensión del capitalismo en escala mundial, lo que resulta en la creación del sistema imperialista. Su característica ya no es, como antes, la ocupación de territorios y la expansión del comercio sino, sin que desaparezcan éstas, la inversión de capital en los países sujetos.

A partir de 1860-1880 todo el mundo es repartido entre un grupo de grandes potencias. En primer lugar se encuentran Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, Rusia y, algo después, Japón; son sus socios menores los Países Bajos (Holanda), Bélgica, Italia, España, Portugal. Muchas regiones son colonias propiamente dichas y otras constituyen las llamadas “zonas de influencia”. La Primera Guerra Mundial (1914-1918), en que Alemania pierde sus posesiones a manos de Inglaterra y Francia, no introduce un cambio de fondo en la situación.

En las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), casi todas las colonias obtienen su independencia pero continúa su sujeción económica a los países de más alto desarrollo. Durante unos treinta años, las naciones llamadas “en desarrollo” o del “Tercer Mundo” hacen esfuerzos por industrializarse en forma independiente y se apoyan mutuamente con ese fin pero, desde la década de 1980, estos intentos pierden intensidad hasta casi desaparecer.

A partir de los años sesenta del siglo xx destacan cada vez más las “transnacionales”, poderosas corporaciones que, sin que tenga importancia su sede legal, actúan en muchos países a través de empresas que forman parte de ellas o a las que dominan plenamente. De tal manera, el gran capital se internacionaliza, fundamentalmente entre dueños de los principales países de alto desarrollo capitalista.

Unos 20 años más tarde toma un gran impulso la formación de núcleos regionales económicos y políticos, entre los que destaca el de los países de la Europa capitalista que incorpora la mayor parte del oriente de ese continente al desaparecer la Unión Soviética; el de Norteamérica, encabezado por Estados Unidos, y el de Asia oriental, donde Japón es el país de mayor desarrollo. Desde la última década del siglo xx es notorio el crecimiento económico de China, que posiblemente llegue a ser, en breve plazo, otra gran potencia industrial y comercial, además de serlo ya por su gran extensión y su enorme población.

A través de varios mecanismos continúa la descapitalización de los países “en desarrollo”. En primer lugar hay que mencionar las ganancias que obtienen las empresas transnacionales y que pueden trasladar libremente adonde lo consideren conveniente. Se produce así una paradoja: los países pobres buscan desesperadamente la inversión internacional para lograr la creación de lugares de trabajo. Esto se consigue en cierta medida, pero no garantiza la estabilidad ni la inversión de las ganancias en el país receptor. Peor es la situación cuando la inversión se destina a adquirir empresas ya existentes, porque ni siquiera ofrece más puestos de trabajo, a menos que amplíe su planta productiva. En

muchos casos, la mayor inversión de capital se traduce en tecnologías más productivas y, con frecuencia, en la reducción de empleos.

Otro elemento que frena el desarrollo es la deformación de las economías atrasadas: su producción no se realiza básicamente en función de sus propias necesidades, sino de acuerdo con las de la metrópoli. Esto se manifiesta en la extraordinaria dependencia frente al mercado mundial (y muchas veces con respecto a un comprador prácticamente único) de los países monoprodutores: una oscilación (a veces producida artificialmente) en el precio o en la demanda del cobre, del petróleo, del algodón, del café, del azúcar, etc., los afecta profundamente. Y ni siquiera su mercado interno es suyo: generalmente es una prolongación del mercado de los países imperialistas, ya sea que éstos lo surtan desde sus metrópolis, ya que lo atiendan mediante empresas establecidas en el país subdesarrollado. Un grave aspecto de esta situación está en que muchos países han perdido lo que se llama su soberanía alimentaria, es decir, su capacidad de producir los alimentos necesarios para su población y llegan así a depender en forma importante del mercado mundial.

Un factor adicional de extracción de ganancias a costa de los países subdesarrollados (claramente visible en los latinoamericanos) está constituido por su deuda externa. Esta aparece junto con la independencia de las naciones en cuestión, pero se amplía extraordinariamente sobre todo a partir de la década de 1970. El simple pago de los intereses correspondientes llega a ser un freno importante para su actividad económica y deprime severamente el nivel de vida de sus pueblos.

No es de extrañar que en esta situación aparezcan en los países sometidos al imperialismo movimientos que buscan atacar de raíz la situación, enarbolando a veces planteamientos claros o en ocasiones sumamente confusos. Sus actuaciones abarcan desde manifestaciones políticas hasta movimientos armados.

*La situación actual.* La forma económico-social actual, que predomina desde las dos últimas décadas del siglo xx, es la de la llamada globalización. Se trata propiamente de la continuación del desarrollo anteriormente descrito,

#### Un automóvil internacional

Robert Reich, secretario del Trabajo en Estados Unidos de 1992 a 1996 (bajo la presidencia de Bill Clinton), relata la distribución de los poco más de 10 000 dólares que costaba un automóvil Pontiac (no indica la fecha, pero ésta debe corresponder más o menos a 1990): 3 000 a Corea del Sur, por trabajos de rutina y operaciones de montaje; 1 750 a Japón, por motores, eje de dirección e instrumentos electrónicos; 750 a Alemania, por diseño y proyecto de prototipo; 400 a Taiwán, Singapur y Japón, por pequeños componentes; 250 a Gran Bretaña, por marketing y publicidad; 4000 a Estados Unidos por coordinación, aspectos legales y políticos, aseguradoras y pago de accionistas.\*

Reich ejemplifica aquí el carácter internacional de la fabricación del automóvil citado, pero también permite ver que la dirección y la ganancia se concentran en Estados Unidos.

\* Robert Reich, *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1993, p. 117.

acentuándose la internacionalización de las relaciones económicas, el flujo libre de capitales y la producción “por partes” de un mismo artículo en distintas regiones del mundo.

Esta situación ha impreso nuevas características a la vida mundial. Las economías de los distintos países, sus formas de producción, sus técnicas y también sus culturas están en contacto más estrecho que en cualquier periodo anterior. Muchas características propias, singulares, de gran número de pueblos se ven influidas de manera profunda por esta situación. También las relaciones políticas muestran las mismas características: unos pocos países de alto desarrollo económico, técnico, científico y militar ejercen un dominio del mundo nunca antes visto. La desaparición del bloque encabezado por la Unión Soviética, en 1991, acentuó esta situación.

Se han establecido múltiples fábricas en países donde éstas eran casi desconocidas, con la contratación correspondiente de mano de obra. Como es lógico, la tendencia de los empresarios es crear plantas o contratar trabajos en los países de más bajos costos salariales y de otras obligaciones. Este fenómeno produce una tendencia mundial a la reducción de las percepciones de los trabajadores. Los obreros de los países industrializados, que en muchas décadas de luchas habían logrado mejores condiciones, se ven obligados a aceptar contrataciones inferiores a las acostumbradas si quieren conservar sus empleos. Se imponen muchas veces jornadas de trabajo excesivamente prolongadas, no hay garantía de mantener el empleo y se impide la organización de los asalariados.

Por otra parte, las grandes empresas tienden a “dispersarse”, a transformarse en un conjunto de compañías menores, dependientes de una “coordinación general”, un fenómeno parecido al de las franquicias anteriormente descritas. En ambos casos, los propietarios de la antigua fábrica grande amplían su radio de acción y, desde luego, sus ganancias, sin asumir responsabilidades hacia los pequeños empresarios y los trabajadores correspondientes. Al suspender sus compras a un proveedor o trasladar sus maquiladoras a otro país no tienen que responder a las demandas de los perjudicados, inversionistas y trabajadores.

Los sistemas de seguridad social, sobre todo en lo que respecta a apoyos a desempleados y pensiones de vejez, muestran otra faceta de deterioro de las condiciones laborales que, sin ser una consecuencia directa de la política de globalización imperante, se relaciona estrechamente con el espíritu individualista del neoliberalismo. Se había desarrollado, desde el último tercio del siglo XIX, un concepto de solidaridad social: los asalariados, en muchos casos con la participación de empleadores o también de gobiernos, a través de sus cuotas, sostenían las pensiones de vejez y otras prestaciones. La prolongación de la edad promedio de vida, que significa un mayor periodo en que debe recibir una pensión el jubilado (quien también suele requerir mayor atención médica), incrementa los gastos del sistema, cuyos ingresos aumentan poco v en época de crisis y de desempleo tienden a bajar.

### Una ¿sorpresa? desagradable

En diciembre de 2001 se declaró en quiebra *Enron*, gigantesca empresa estadounidense productora y comercializadora de energía, con sucursales y relaciones en muchos países del mundo. Una de sus políticas, apoyada por el gobierno de su país, consiste en impulsar la privatización de las proveedoras públicas de electricidad.

Medio año después, siguió el mismo camino *WorldCom*, dedicada a la telefonía, el internet y otras funciones de telecomunicación, en lo que se consideraba hasta ese momento la bancarota más grande en la historia de las finanzas internacionales. Ambos acontecimientos sacudieron la vida económica de gran parte del mundo; muchos inversionistas sufrieron severas pérdidas.

En los dos casos se encontró que las empresas habían simulado una situación bonancible, para impulsar la cotización de sus acciones. De hecho, estaban profundamente endeudadas, lo que finalmente las llevó a la quiebra. Investigaciones emprendidas por diferentes grupos y autoridades de Estados Unidos hicieron saber que las maniobras fraudulentas de *Enron* y de *WorldCom* habían contado con el apoyo de importantes instituciones bancarias, entre ellas el conjunto bancario *Citigroup*, y se han señalado complicidades en las más altas esferas del gobierno norteamericano. Varios funcionarios de las empresas en quiebra aceptaron su responsabilidad ante los tribunales.

Los daños generados no solamente afectaron a los negocios en general. Los asalariados de las mismas empresas perdieron gran parte o todas sus jubilaciones, que estaban invertidas en acciones de éstas.

Una información da cuenta de las mayores pérdidas de los fondos de inversión de *WorldCom* (en millones de dólares):

California	507
Washington	247
Texas	220
Nueva York	194
Massachusetts	178*

La actuación de las dos empresas citadas (que siguen trabajando) no es única; en otros casos, menos relevantes, se han dado movimientos parecidos. Había previsto tales situaciones, entre otros, Albert Michel,\*\* declarado partidario del sistema capitalista, quien había sido alto funcionario gubernamental y de instituciones financieras en Francia. En 1991 señaló los peligros de lo que llamaba "capitalismo anglosajón", entonces en franca vía de expansión y hoy predominante. Denunciaba la tendencia de esta forma de libre empresa de buscar la ganancia rápida, por encima de la estabilidad a largo plazo y de los niveles de vida de la población.

\* *The Wall Street Journal*, citado en *La Jornada*, México, 23 de julio 2002, p. 25.

\*\* Albert Michel, *Capitalismo contra capitalismo*, México, Editorial Paidós, 1992.

Ahora bien, el trabajador de hoy es mucho más productivo que el de antes, dada su mayor capacitación y la creciente eficacia de la técnica actual. Habría que pensar que esta situación facilitaría satisfacer sus necesidades y las de ancianos y enfermos. Sin embargo, la lógica de una estructura orientada a la competencia y a la obtención de ganancias no ha permitido tal solución.

La respuesta aplicada en muchos países consiste en pasar de la solidaridad social a la responsabilidad individual. Se instauran regímenes de ahorros obligatorios de los asalariados, incrementados en algunos casos con aportaciones patronales. Las cantidades acumuladas les deben ser restituidas en su momento en forma de pensiones, incrementadas por las ganancias obtenidas gracias a la inversión de estos fondos; estos beneficios dependen de los buenos o malos resultados de las empresas en que se colocan. No son pocos los casos en que las empresas incrementan sus capitales con los fondos de retiro pactados

con sus trabajadores y varias de ellas han quebrado, dejando desprotegidos a sus “asegurados”.

Los cambios en la estructura mundial no se reducen a la vida económica. Hasta la década de los setenta del siglo xx se podía hablar de estados y de economías nacionales que regían en gran parte sus propios destinos, aunque en ambos casos los países “subdesarrollados” se veían sumamente limitados. Hoy en día tienen mayor fuerza los grandes organismos coordinadores y reguladores de las finanzas internacionales, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio.

Existe una compleja relación entre estos organismos y los gobiernos de los países más industrializados (fundamentalmente, el “Grupo de los Ocho”: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá, Alemania, Japón, Italia y, con cierta limitación, Rusia), que refleja propiamente la correspondencia entre los poderes públicos y los financieros. Estos últimos fijan las grandes líneas de actuación política y económica, pero su implementación, sobre todo en cuanto a medidas militares, migratorias y otras, está a cargo de los gobiernos. A su vez, los estados más débiles suelen implementar las normas fijadas por los “adelantados”, en unos casos porque los grupos dominantes las consideran convenientes a sus intereses, en otros por juzgar que no tienen otra vía que plegarse a las decisiones de los poderosos.

*Problemas del capitalismo.* El modo de producción capitalista, al igual que todos los anteriores, trae en su propio seno los elementos que tienden a destruirlo. Al principio, la actuación de sus contradicciones internas se veía rebasada por el crecimiento del sistema y por las ventajas que éste lograba engendrar. Pero, en el curso de una centuria, condujo a las frecuentes crisis y conflictos que caracterizaron al siglo xx, acentuadas en los años iniciales del xxi. Al mantenerse las condiciones existentes es previsible que continuarán y, probablemente, se vuelvan más severas.

En el fondo del problema se encuentran la contradicción y el choque entre el carácter social de toda la economía, al principio a escala nacional y hoy global, y la forma privada de propiedad y, con ello, de dirección de la misma. Al mismo tiempo, y como parte de lo anterior, el aumento de la riqueza significa un incremento de la pobreza. Esta ha conducido a que en algunos países esté disminuyendo la expectativa de vida, es decir, la edad que en promedio alcanza la población. La distancia social entre los trabajadores y quienes obtienen la ganancia –los capitalistas– crece constantemente, en prácticamente todo el mundo. La riqueza engendra pobreza, como ya observaron los críticos en el siglo xix.

Este fenómeno se manifiesta en que las ganancias crecen mientras los salarios se incrementan en forma más lenta, se estancan o francamente disminuyen. A esto se añade que el “salario social”, constituido por servicios médicos, enseñanza básica, media y superior, transporte público, vivienda social y otros servicios, gratuitos o fuertemente subsidiados, se han estado reduciendo en cantidad o en calidad, al no disponer de los recursos necesarios.

En el manejo de los fondos públicos se observa una tendencia semejante. Durante un periodo considerable (sobre todo entre 1947 y 1975, aproximadamente), predominó en la mayoría de los países adelantados y también, en forma menor, en muchos “atrasados”, el llamado *Estado de Bienestar* (*Welfare state*). Se cobraban impuestos sumamente elevados a los ingresos muy altos, con el fin de realizar cierta redistribución del producto nacional a favor de los núcleos de población más pobres, proporcionándoles servicios y facilidades en forma gratuita o a precios menores de los comerciales. De 1975 a 1980 en adelante se ha revertido esta orientación en casi todos los países: se han reducido los impuestos que pagaban los ingresos elevados, al mismo tiempo que se limitaban los recursos destinados a servicios que benefician principalmente a los sectores más pobres de la población. Frecuentemente, con el fin de evitar estallidos violentos de grupos descontentos, se instrumentan sistemas de asistencia dirigidos a los sectores “en extrema pobreza”, es decir, en la miseria, que mitigan problemas pero ayudan poco o nada a una superación efectiva de la situación.

Junto con el capitalismo se han desarrollado las crisis de sobreproducción, verdaderas culminaciones del absurdo, en que la gente no come no porque falte qué comer, sino porque sobra; no renueva su vestimenta porque hay exceso de telas, y otras contradicciones semejantes. En buena medida se puede afirmar que esto se debe a la falta de capacidad adquisitiva de grandes sectores de la población, incapaces de absorber la creciente producción. No es aquí el lugar para examinar en detalle la discutida cuestión del origen de las crisis económicas; baste con señalar que, desde principios del siglo XIX, se han venido repitiendo y agudizando paulatinamente, hasta llegar a una de sus peores manifestaciones en 1929. La gran crisis de ese año y la prolongada depresión de los años posteriores se significó por la desocupación de más de 30 000 000 de trabajadores en el mundo y una baja en el nivel de producción de 30 a 40% respecto del alcanzado anteriormente en los países más adelantados, que fueron los que la sufrieron con mayor intensidad.

Muchas personas supusieron que después de la Segunda Guerra Mundial se producirían crisis cada vez más graves y frecuentes, hasta hacer estallar el sistema de la libre empresa por el choque mecánico de sus contradicciones internas. Sin embargo, no ha resultado así. Aunque no ha dejado de haber depresiones económicas, éstas no han alcanzado abiertamente la gravedad de la gran crisis de 1929. ¿Significa esto que el peligro y las consecuencias de las crisis han sido eliminados? Sólo un observador muy superficial podría contestar afirmativamente esta interrogante, y las llamadas recesiones producidas desde 1975 imponen una respuesta negativa.

Es evidente que las contradicciones básicas del sistema no han sido superadas, ni han desaparecido las crisis. Lo que pasa es que éstas se esconden mediante gastos que no producen bienestar. Se ha constituido un mercado artificial con el tremendo despilfarro de la llamada sociedad de consumo, en cuyo seno subsisten grandes sectores de escaso poder de compra, es decir,

pobres o en la miseria. Pero destaca sobre todo el abultado gasto bélico. Es absurdo que la plena ocupación de los trabajadores se logre sólo dedicando una elevada proporción del producto nacional a elementos que, en el mejor de los casos, no se utilizan y, al mismo tiempo, se sustraiga un importante número de personas a la producción, dedicándolas al servicio militar y otras actividades relacionadas con políticas de predominio. Además, la "plena ocupación" no elimina, en Estados Unidos, de 4 a 6% de personas permanentemente sin trabajo y, en otros países, este sector es considerablemente mayor.

La situación se ha agravado, de manera violenta, a partir del ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono, sede del mando militar norteamericano, el 11 de septiembre de 2001. El resultado ha sido un aumento extraordinariamente elevado de los gastos militares de Estados Unidos y de otros países, no sólo para financiar una respuesta inmediata sino como gasto programado a largo plazo.

Sin embargo, estas medidas no resuelven la crisis económica; solamente la atenúan temporalmente, incrementando al mismo tiempo la deuda pública, interna y externa, de sus países, entre ellos la muy elevada de Estados Unidos. El pago de los intereses correspondientes, a cargo de los impuestos, representa una carga adicional para los pueblos y altas ganancias para los acreedores de estos estados.

Las contradicciones del capitalismo en el interior de los países se ven incrementadas por las que existen entre los países dominantes y los dominados. Después de la Segunda Guerra Mundial casi todas las antiguas colonias obtuvieron su independencia. Sin embargo, en lugar de lograr un desarrollo propio hoy integran la llamada "periferia" formada por los países denominados "atrasados" o "en desarrollo" y son una parte de la economía global, subordinada a los países "avanzados" o "del centro".

Objetivamente, el imperialismo ha extendido el capitalismo a todo el mundo, en forma extraordinariamente rápida. ¿Significa esto que se estén generalizando, a escala mundial, las situaciones de formación capitalista que se dieron en los siglos XVIII y XIX en las naciones más avanzadas, con sus problemas y sus sufrimientos, pero también con sus ventajas?

La experiencia de los dos últimos siglos y el examen de la situación actual permiten intentar una respuesta. Han sido muy pocos los países que lograron pasar de una situación precapitalista a la de un capitalismo desarrollado independiente; posiblemente haya que considerar que Japón fue el único, antes de 1960. Por otra parte, desde las últimas décadas del siglo XX han tenido un fuerte crecimiento varias naciones del sudeste asiático, sobre todo Corea del Sur, Taiwán, Singapur y otros. China, el país más poblado del mundo, parece ir por el mismo camino, con características diferentes. Se trata, con cierta limitación en el caso de esta última, de una industrialización en el marco de la globalización económica y política mundial. Con todas las reservas a que obliga lo reciente de este desarrollo y su carácter cambiante, es posible pensar que la tendencia que se nota no va en el sentido de superaciones nacionales,

sino de una globalización con grandes bolsones de población de bajos niveles de vida. Esto lleva a la conclusión de que una mejoría a fondo de las condiciones de la humanidad exige soluciones globales, sin excluir medidas que puedan mejorar hasta cierto grado la situación en países o regiones específicas.

Por todo ello es justificado decir que el sistema económico-social predominante actualmente, el capitalismo o sociedad de libre empresa, se encuentra sumido en una crisis profunda, de largo plazo, aunque ésta en ciertos momentos parezca superarse. Tal situación no sólo se expresa en los aspectos económicos y políticos, sino también en lo social, en fenómenos como la falta de perspectiva, el incremento de la delincuencia, la desorientación y la generalización del consumo de drogas.

Los más recientes desarrollos del sistema no han solucionado sus problemas ni lo han estabilizado en forma permanente; continúan las pugnas entre los países fuertes y las luchas engendradas por las crecientes diferencias entre ricos y pobres, en todo el mundo.

*Otros aspectos destacados de la situación del mundo a principios del tercer milenio.* Hemos hablado de los problemas propios del sistema capitalista, predominante hoy en el mundo, y de sus cambios que se han acentuado a partir de la década de 1970. Ahora bien: ¿cuál es la situación concreta en que se desenvuelve actualmente la humanidad, cuáles son los límites y las posibilidades que presenta a la acción de los hombres? Todavía es poco el tiempo transcurrido para llegar a una conclusión general, pero es conveniente analizar en qué medida se ha modificado también la estructura política y social de la humanidad.

La situación actual ya no se caracteriza por la pugna entre el sistema de libre empresa y el socialismo, que marcó gran parte del siglo xx. La aspiración al socialismo no ha desaparecido, pero se ha reducido fuertemente.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, en 1945, se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), no como un gobierno mundial sino como un organismo que debería facilitar la cooperación entre los países del mundo y, en primera línea, garantizar la paz. Durante la guerra se había formado una alianza entre el sistema capitalista y la Unión Soviética, único país que en ese momento se había proclamado socialista. Muy pronto se vio sustituida esta colaboración por la "guerra fría", que terminó con el derrumbe de esta última y del bloque que encabezaba, creando nuevamente la ilusión de un mundo estable. Sin embargo, éste no se produjo; se multiplicaron las guerras locales, al mismo tiempo que terminó casi totalmente el periodo de crecimiento económico con mejorías, a veces muy modestas, del nivel de vida de amplios sectores de la humanidad.

Desde principios del siglo xx se habían creado organismos y convenios internacionales con el fin de incrementar la colaboración entre los países del mundo, movimiento que se intensificó después de la fundación de la ONU. Entre ellos destacan la Organización Internacional del Trabajo (OIT),\* el Banco

---

\* Creada en 1919; los demás organismos que se mencionan son posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC), la UNESCO (*“United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization”*), así como varios acuerdos para detener y revertir la contaminación ambiental y las amenazas a la diversidad biológica. Son de especial importancia las medidas para proteger a escala mundial los derechos humanos y el establecimiento de organismos internacionales que deben castigar a sus transgresores. Es necesario examinar, aunque sea brevemente, los objetivos y las actuaciones de esos organismos y acuerdos.

El Banco Mundial, el FMI y la OMC, de mecanismos destinados a facilitar el movimiento comercial y financiero internacional, se han transformado crecientemente en instrumentos e impulsores del neoliberalismo y de la globalización, imponiendo a muchos países las normas establecidas por estas tendencias. La UNESCO ha realizado una meritoria labor en su campo, limitada por la escasez de recursos y también por intereses políticos de algunos países poderosos. En cuanto a los intentos de frenar la contaminación del medio ambiente y la protección de la biodiversidad, se han firmado varios acuerdos cuya efectividad se ve reducida, en el principio del milenio actual, por la negativa de Estados Unidos de comprometerse a aplicar sus medidas, a pesar de que es el país que más energía consume con la consiguiente emisión de contaminantes.

Constituyen un punto especialmente delicado los organismos destinados a salvaguardar la paz internacional, tarea correspondiente en primera línea al Consejo de Seguridad de la ONU, según la Carta Constitutiva de ésta, ratificada por casi todos los países del mundo. El Consejo ha logrado algunos éxitos en su labor, pero también se han llevado a cabo acciones que aplican en forma distorsionada acuerdos de la ONU (como la Guerra del Golfo Pérsico, 1991) o, de plano, ignoran a dicha organización (Guerra de Yugoslavia, 1999; conflicto israelí-palestino, de ya larga duración), entre otros casos.

Otro aspecto está en la protección de los derechos humanos. Con el fin de castigar violaciones graves que no hubieran sido sancionadas por los tribunales nacionales correspondientes, se creó una Corte Penal Internacional, con competencia mundial. Sin embargo, su acción se ve limitada por la negativa de Estados Unidos a ratificar la constitución de ese tribunal y su declaración de que no admitirá el enjuiciamiento de sus ciudadanos por éste.

En conjunto, se observa una tendencia a crear organismos y a celebrar acuerdos para atender problemas internacionales. De esta forma se está limitando el concepto de soberanía total de los estados, que impera en el derecho internacional desde mediados del siglo XVII.

Muchas personas ven en este desarrollo la esperanza de que se establezca un gobierno mundial, capaz de acabar con los conflictos y problemas que hoy asuelan a la humanidad. En nuestra opinión, para que tal anhelo pueda hacerse realidad, se requiere que la soberanía universal que se establezca responda a los deseos e intereses de las mayorías humanas. Estos, a su vez, tendrían que ser la expresión de una opinión formada libremente, basada en un am-

plio conocimiento democráticamente analizado. De otra manera, se corre el riesgo de que tal gobierno mundial sea más que nada un instrumento de las grandes potencias y de las mayores empresas.

Se observa actualmente un predominio general de Estados Unidos, basado no sólo en su poderío económico, científico y militar, sino también en el dominio que ejerce sobre muchos organismos internacionales y sobre un gran número de gobiernos. Sin embargo, su fuerza es más limitada de lo que aparenta: no son pocos los países que le oponen una resistencia, ciertamente débil en la mayoría de los casos, pero que no deja de frenar su actuación.

Para finalizar este recuento de la situación internacional, señalaremos que existen, a principios del siglo XXI, tres grandes centros económicos e industriales: el estadounidense, hoy en día el de mayor fuerza; el japonés, con una importante influencia en Asia oriental, y el europeo, que al haber creado una moneda común, el euro, constituye una entidad de un potencial semejante al norteamericano. También es de notar que China se ha desarrollado vertiginosamente en las últimas décadas y, de continuar en la forma actual, constituirá en un plazo históricamente breve otra gran potencia económica e industrial.

A pesar del dominio aparentemente incontrastable de estos centros de poder, consideramos que no es posible a ningún país ni a ninguna alianza de estados, por más fuertes que sean, imponer su voluntad a todo el mundo. El intento de hacerlo mediante el uso de su capacidad económica y militar, engendra reacciones de rechazo que tienden a expresarse en movimientos de protesta. Estos, al no ser atendidos, frecuentemente dan lugar a acciones violentas, que pueden tomar la forma de sublevaciones o de terrorismo. La respuesta, aplicando el terrorismo de Estado, suele agravar y no resolver estos problemas.

Finalmente, hay que señalar que en el mundo se desarrollan amplios movimientos que buscan cambiar la orientación que actualmente predomina. En éstos se pueden notar diferentes tendencias que actúan de distintas maneras, desde el debate público, la actuación electoral, las manifestaciones y otras formas pacíficas hasta las acciones armadas. También es notorio en ellos el esfuerzo por superar la confusión en sus objetivos y la dispersión de sus fuerzas.

Más adelante expondremos algunas consideraciones sobre las posibles vías a tomar, de acuerdo con los resultados de nuestro examen del desarrollo histórico.

## 14. El socialismo

En 1917 estalló en Rusia la revolución que habría de conducir al establecimiento del que se proclamó el primer Estado socialista en el mundo. Su planteamiento teórico, basado en el marxismo, era sencillo: el proletariado, al frente de otras clases oprimidas y explotadas, toma el poder para poner en armonía las formas de propiedad y las relaciones de producción; en el socialismo habría concordancia entre el carácter social de la economía, engendrado por el capitalismo, y la propiedad igualmente social de los medios de producción, creada por el nuevo régimen. Esta correspondencia permitiría, en un plazo más o menos largo, llegar al comunismo, basado en la plena abundancia de bienes, la educación de todos los miembros de la sociedad, el cumplimiento voluntario de los deberes de éstos para con su comunidad. Se alcanzaría así el objetivo fundamental, una situación que permitiera el amplio desarrollo de la potencialidad de cada ser humano y, con ello, el pleno goce de la vida.\* Así el hombre pasaría, como dijera Marx, del reino de la necesidad al reino de la libertad. ¿Cuál es la experiencia histórica que se desprende de lo realizado por la Unión Soviética y por otros países que emprendieron la misma ruta, en distintos momentos?

Muchos admiradores de estas naciones consideraron, aproximadamente hasta 1960-1970, que no había más problemas que los lógicos del desarrollo. No ponían en duda que las medidas aplicadas desde 1917-1920 en Rusia y a partir de 1945-1948 en los países del Este de Europa, en Corea del Norte, China y, más tarde, en Vietnam y Cuba, llevaban directamente al cumplimiento de los fines propuestos.

Existían motivos para suponerlo: se había liquidado el latifundismo y en muchas partes se había colectivizado la tierra y establecido la agricultura de grandes extensiones; la industria había tenido un desarrollo extraordinario, al grado de que estos países, atrasados todos en el momento de pasar al inten-

---

\* Véase el recuadro "La aspiración de Marx", p. 135.

to de construir el socialismo (salvo Checoslovaquia y Alemania Oriental, esta última muy destruida por la Segunda Guerra Mundial), no pueden ya considerarse de escaso desarrollo. También estaba liquidado el analfabetismo y la enseñanza superior se encontraba en rápida expansión, accesible a capas populares antes privadas totalmente de ella. Un amplio sistema de medicina popular y de otros servicios públicos mejoraba las condiciones generales de vida. Además de estos elementos, la organización política aparentaba que había unidad en los aspectos de mayor importancia, no parecían existir divisiones profundas dentro de cada uno de estos países y entre ellos.

Sin embargo, por 1989-1991 cambió totalmente esta situación. En el primero de los años mencionados se abrió la frontera entre las dos Alemanias ("caída del muro de Berlín"); el año siguiente la República Democrática Alemana (RDA, de declaración socialista) se incorporó a la República Federal de Alemania y se restableció en ella el sistema capitalista. En los países europeos del bloque hasta entonces encabezado por la Unión Soviética fueron electos gobiernos que abolieron las estructuras de orientación socialista y, finalmente, a fines de 1991 se disolvió la propia Unión Soviética. En los estados que se formaron en su antiguo territorio, el más importante de los cuales es Rusia, se implantaron regímenes capitalistas, en medio de situaciones de acumulación de riquezas por un lado y de inseguridad, miseria y desocupación de trabajadores por el otro.

En China, la otra gran potencia que se había declarado socialista, se fomenta el establecimiento de empresas de tipo capitalista, entre las cuales se encuentran desde grandes corporaciones internacionales hasta la pequeña propiedad campesina, la comercial y la industrial. Cuba, sujeta a un bloqueo económico desde 1960, y Corea del Norte mantienen (en 2003) la estructura desarrollada en las décadas anteriores, con ajustes menores.

Es evidente que con la desaparición de la Unión Soviética, el gran rival oponente a Estados Unidos en el periodo de 1945 a 1990 ("guerra fría"), y el cambio de orientación de China, la situación del mundo ha dejado de caracterizarse por el enfrentamiento entre el sistema que se proclamaba socialista y el capitalista, encabezado cada uno por varios estados poderosos.

¿Los cambios que se han dado significan que el socialismo ha fracasado históricamente? Muchos lo creen así, pero tal interpretación parece más el resultado del deseo de los adversarios de ese sistema que el de un análisis real, al olvidar todos los éxitos que obtuvo en su breve existencia. Es necesario examinar, aunque sea en sus rasgos generales, la situación concreta de los países de intención socialista y su evolución, para llegar a una opinión objetiva.

Desde que la recién nacida Unión Soviética decidió construir el socialismo sin esperar a la revolución mundial, se inició el debate sobre la posibilidad de lograr ese objetivo, debate que se incrementó durante la existencia del gobierno comunista en ese país y tomó mayor intensidad después de su caída. Frente a la afirmación de los dirigentes soviéticos de que habían edificado una sociedad socialista, muchos críticos señalaron que esto no era verdad.

Argumentaban fundamentalmente la falta de democracia, así como la existencia de fuertes diferencias sociales, provenientes del régimen anterior o de nueva aparición. El problema es difícil y la discusión seguramente continuará durante mucho tiempo. Sin pretender aquí una respuesta definitiva, puede considerarse que en cierto periodo se desarrollaron efectivamente muchas formas socialistas, pero que éstas no llegaron a consolidarse y se desvirtuaron finalmente.

En cuanto a la pregunta sobre el fracaso histórico del intento realizado entre 1917 y 1991, consideramos que un primer paso en la reflexión debe consistir en recordar la idea de que la transformación socialista se iniciaría en los países de más alto desarrollo capitalista. Así lo planteaban sus teóricos clásicos, Marx y Engels, y lo mismo pensaban los dirigentes de la Revolución Rusa en 1917. Ellos consideraban que su movimiento serviría de “detonador” de la revolución en Alemania (donde estuvo cerca de vencer) y que, poco después, se extendería a la mayor parte de Europa. Fue hasta 1924, al ser evidente que no triunfaría en breve plazo ninguna otra revolución de intención socialista, cuando se impuso en la recién nacida Unión Soviética la idea de construir el socialismo en un solo país, aunque conservando la convicción de que en un lapso históricamente no muy largo se producirían otras revoluciones de la misma tendencia.

Ya en esta situación, hay que ver que la edificación del socialismo en la Unión Soviética no podía inspirarse en ningún antecedente ni en experiencias previas. En el esclavismo se formaron elementos de tipo feudal y en el feudalismo se desarrolló una sociedad capitalista. No sucede lo mismo con el socialismo, que debe crearse por una decisión social consciente desde un principio, una vez que han llegado al poder los que pretenden tal estructura. Esta afirmación no se invalida por algunas formaciones que se desarrollan tanto en el capitalismo como en el socialismo, como son las cooperativas, ya que éstas, en el marco capitalista, se incorporan a éste y no tienen carácter determinante.

Hay que considerar también que la Unión Soviética nació en medio de un mundo extremadamente hostil y era un país pobre, destrozado, además, por una prolongada guerra internacional y una cruenta lucha civil y de intervención. En esta situación, y so pena de sucumbir, tuvo que estructurar la nueva sociedad y edificar una potente industria en un plazo históricamente muy breve. Para ello recurrió a una tremenda concentración del poder, tanto en los aspectos económicos como en los políticos, que le permitió construir un fuerte aparato productivo, lograr la capacidad para defenderse contra la agresión alemana en la Segunda Guerra Mundial y mejorar considerablemente el nivel de vida de su población.

Sin embargo, el fuerte poder establecido para hacer frente a los problemas de la consolidación del gobierno revolucionario y de la reconstrucción económica dio lugar a la creación de un régimen dictatorial. Un pequeño núcleo dirigente eliminó casi totalmente la participación del pueblo en las decisiones

de gobierno, al mismo tiempo que se aseguró el creciente disfrute de bienes, en contraste con la vida modesta de la mayoría de la población. Se suprimió la crítica social, impidiendo el señalamiento y con ello la corrección de las medidas erróneas de la administración. Se produjo así una profunda separación entre la masa popular y los gobernantes. En opinión de muchos observadores, esta situación debilitó la estructura establecida y condujo, finalmente, a su derrumbe.

No es posible examinar aquí si hubiera sido posible alcanzar los mismos resultados con una centralización menor del poder, con menos sufrimientos y privaciones para el pueblo, y si tal proceder hubiera evitado la derrota en que terminó.

En el desarrollo influyeron muchos elementos, además de los ya señalados; entre ellos están la falta de tradición democrática de Rusia y el carácter personal de Stalin, dirigente del país desde 1924 hasta su muerte en 1953. Se produjo la situación que los dirigentes soviéticos calificaron posteriormente de “culto a la personalidad” de Stalin, durante la cual (o a pesar de la cual) la Unión Soviética pasó de país atrasado a ser la segunda potencia industrial del mundo en lo que se refiere a la industria pesada y resistió con éxito la dura prueba de la Segunda Guerra Mundial.

Como es lógico, los enemigos del socialismo consideran que éste ha fracasado históricamente, en forma definitiva, e incluso hay quien afirma que “la historia ha llegado a su fin”, con la victoria final del sistema liberal, democrático (a su entender) y de libre empresa.\* Se volverá sobre este punto de vista más adelante.

Entre los partidarios del socialismo hay distintas opiniones: partiendo del reconocimiento de que el intento soviético de construir el socialismo ha fracasado, consideran que, más adelante, se dará un nuevo proceso de construcción socialista, que recogerá elementos del anterior y aplicará métodos distintos. Según algunos, éste se dará a partir de los países de más alto desarrollo, mientras otros opinan que empezará en los marginados. En la tercera parte del presente libro se expone y fundamenta el punto de vista del autor acerca de este problema, fundamental para el futuro de la humanidad.

*Otros planteamientos socialistas.* Existen muchos países, fuera de los arriba mencionados, que en la segunda mitad del siglo xx o también actualmente tienen o han tenido regímenes que se llaman socialistas o son considerados tales por muchos observadores. Es necesario reseñarlos brevemente en el presente contexto.

Entre ellos se encuentran los estados de Europa occidental que han sido o son gobernados por partidos socialistas o social-demócratas; en nuestro análisis no los consideramos socialistas, ya que no buscan sustituir la propiedad privada sobre los medios de producción por la propiedad social como forma fundamental de la estructura económica. En otras palabras, se trata de países con un capitalismo “moderado”, del llamado *Estado de Bienestar* (*Welfare state*),

---

\* Véase el capítulo 16: “Dos opiniones de actualidad”.

con determinadas ventajas y garantías para los trabajadores, pero sin abolir el principio de la ganancia privada.

Por otra parte, están los “socialismos” de los países subdesarrollados, como el que rigió durante algún tiempo en la India y también en Indonesia, Egipto, Argelia y otros. Se trata, propiamente, de una combinación de empresas del Estado, encargadas fundamentalmente de construir la infraestructura necesaria, y de capital privado, es decir, de una “economía mixta”. El sistema no pretendía terminar con la ganancia basada en la propiedad privada, pero sí fue útil para impulsar hasta cierto grado el desarrollo nacional donde se aplicó. Le ayudó la posibilidad de aprovechar las rivalidades entre los países socialistas de su momento y los capitalistas, así como las que existen entre estos últimos. Sin embargo, el crecimiento económico logrado no permitió un mejoramiento importante en el nivel de vida de sus pueblos. A partir de 1980, aproximadamente, esta forma de economía ha retrocedido en casi todos los países donde existía y la declaración socialista de la mayor parte de ellos ha desaparecido.

Cabe añadir que si bien es cierto que los gobiernos de muchos de estos países, sobre todo africanos, provienen de la lucha por su independencia, en el segundo tercio del siglo xx, y que solían gozar de un gran apoyo popular inicial, no se basaron en un proletariado industrial (inexistente o casi inexistente en la mayoría de ellos), sino en capas medias y en sectores propietarios o que esperaban llegar a serlo, o también en los grupos privilegiados nacionales.

La evolución de la antigua Costa de Oro, hoy Ghana, proporciona enseñanzas valiosas. Un interesante estudio<sup>7</sup> señala que el “socialismo ghanés” proclamado por el presidente de ese país, Nkrumah, resultó ser, en la práctica, una forma de afianzamiento en el poder del grupo gobernante, al mismo tiempo que le servía de medio de obtención de privilegios y ganancias; también actuaba como intermediario que proporcionaba ganancias a la Gran Bretaña, su antigua metrópoli, que había aceptado “voluntariamente” la independencia del país. Sólo en el último periodo de su gobierno trató Nkrumah de acentuar los beneficios populares que proporcionaba su régimen, pero ya había perdido su base popular y pudo ser derrocado con relativa facilidad.

*Socialismo y comunismo.* Cabe, por último, una aclaración sobre el uso de los términos socialismo y comunismo, que ha dado lugar a mucha confusión. Por una parte, siguiendo a Marx, se trata de dos situaciones sociales sucesivas, en las que la primera, el socialismo (llamado por Marx primera fase o fase inferior del comunismo), se caracterizaría por el dominio del proletariado en la sociedad, por la propiedad social de los medios de producción y la abolición de la explotación del hombre por el hombre. El capitalismo se basa en la propiedad privada, en la ganancia (proveniente de la explotación, de acuerdo con la interpretación marxista), en los ingresos, para unos, “por lo que tienen” (ganancia, réditos, intereses) y, para otros, “por lo que hacen”.

---

<sup>7</sup> Fitch, B. y M. Oppenheimer, *Ghana, el fin de una ilusión*, México, Nuestro Tiempo, 1967.

En cambio, en el socialismo la única forma de obtener un ingreso sería “por lo que se hace”. Se trataría de una sociedad que contendría todavía muchos elementos del capitalismo, en los conceptos de justicia y los deseos de obtener ventajas personales, y también una producción insuficiente para satisfacer las necesidades amplias de toda la población. Su lema sería: “De cada quien según sus capacidades, a cada quien según su trabajo”.<sup>8</sup>

La sociedad comunista, dentro de esta visión, estaría basada en la abundancia de bienes, en una mentalidad de cooperación y en la ausencia de la necesidad de un Estado que sometiera a su dominio a la mayoría social. La Unión Soviética y los países de su grupo consideraban haber logrado el socialismo y encontrarse en vías de construcción del comunismo.

Por otra parte, a raíz de la Revolución Rusa de octubre de 1917, el movimiento partidario del socialismo-comunismo se escindió en dos grandes corrientes: la comunista (coordinada durante varias décadas por la Internacional Comunista o *Komintern*), que veía en el modelo soviético su inspiración política, y la socialista o socialdemócrata, que consideraba conveniente una evolución paulatina, pacífica, dentro de los cánones de la democracia desarrollada en Europa occidental y en otras partes del mundo. La mayoría de los partidos de esta tendencia abandona, después de la Segunda Guerra Mundial, la idea básica de la lucha de clases y de la aspiración a la propiedad social sobre los medios de producción, para buscar, y a veces establecer, el *Estado de Bienestar*, del que ya se ha hablado.

A su vez, después de la desaparición de la Unión Soviética y su bloque, muchos partidos comunistas han abandonado igualmente la idea de la lucha de clases como característica fundamental de la sociedad capitalista o, por lo menos, le conceden una importancia mucho menor que antes; también suelen pensar en un periodo histórico largo en que todavía existirá el sistema capitalista, dentro del cual procuran lograr mejorías para las clases trabajadoras (obreros industriales, campesinos, artesanos y, en dado caso, otras capas sociales), difundir sus ideas y luchar por obtener el poder político, en alianza o solos, generalmente a través del voto popular. Muchos de estos partidos, para subrayar el cambio de estrategia política que han acordado, han cambiado su nombre y sus símbolos, adoptando términos como de izquierda socialista u otros semejantes.

También se han desarrollado, en muchos países, partidos de amplio frente popular, que no se proclaman socialistas pero en cuyo seno existen núcleos partidarios de ese sistema, al que ven como una meta a mediano o largo plazo.

---

<sup>8</sup> Cfr. Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha*. (Hay muchas ediciones.)

*Tercera parte*

## La dinámica del desarrollo social

## 15. Distintas opiniones acerca del movimiento histórico

Desde que el hombre empieza a reflexionar acerca de su pasado, desde que “hace historia”, se pregunta sobre las causas que determinan los hechos. Son múltiples los problemas que se plantea: ¿el movimiento histórico es un desarrollo, o una repetición?; ¿existen leyes en esta rama del acontecer mundial?; ¿la historia está regida por el destino, por el azar, por la voluntad humana, individual o colectiva?

La respuesta a estas interrogantes, y a las muchas otras que se presentan acerca de las características del paso de la sociedad humana a través del tiempo, no puede darse en forma arbitraria. Para que sea válida deberá estar basada en la cuidadosa y correcta observación y análisis de los hechos. También es evidente que la actitud de cada observador estará condicionada, en mayor o menor medida, por su posición general frente al mundo, por su conjunto de ideas y, asimismo, por sus sentimientos, de los cuales no es consciente.

En efecto, los distintos historiadores han dado las respuestas más diversas, implícitas o expresas, a las preguntas que se han planteado. Así, algunos, muchos, consideran que la vida de los pueblos se parece a la de los seres vivos individuales, es decir, que tiene su ciclo de nacimiento, desarrollo, madurez, senectud y muerte. Se trata de una imagen tomada de la observación de la naturaleza, que ha tenido un fuerte impulso por las teorías biológicas de gran aceptación desde la segunda mitad del siglo XIX. Con muchas variantes se presenta esta interpretación, referida a pueblos, a civilizaciones, y a estados. Otros, en cambio, hablan de que los pueblos o las naciones son eternas, afirmación desmentida por la más elemental observación de los hechos. La característica de estas interpretaciones consiste en que, en el fondo, se acepta una sujeción absoluta a una “naturaleza humana” constante, que no varía en sus aspectos básicos.

La teoría de la evolución, que tiene su reconocido fundador en el siglo XIX en Charles Darwin, se ha reflejado también, intensamente, en la interpretación histórica. Aparece así la idea de una especie de evolución biológica de los

pueblos y de las civilizaciones, que se suceden, por ley natural, unas a otras, generalmente concebidas en línea ascendente. Ciertamente, este ascenso no se manifiesta en transformaciones físicas sino más bien en cambios psicológicos, sociales, religiosos, políticos y culturales en general.

Una expresión de esta forma de ver la evolución histórica está en el positivismo, creado a mediados del siglo XIX, con sus tres periodos: el teológico, el metafísico y el positivo. Oswald Spengler, en su libro *La Decadencia de Occidente*, se basa en una concepción semejante y la aprovecha, además, para justificar e impulsar al imperialismo de Occidente (porque esta política de expansión y dominación sería lo históricamente necesario en la etapa que vive esta región del mundo). También la "sucesión de civilizaciones", de Arnold J. Toynbee, tiene importantes elementos de esta forma de ver la evolución de la humanidad. En su consideración introduce la interesante idea de que el medio ambiente presenta un reto a los pueblos, que da por resultado que comunidades atrasadas superen a las avanzadas de su contorno, en determinadas condiciones.

El pensador religioso, lógicamente, incluye en su reflexión la fe que profesa. Así, San Agustín, uno de los "Padres de la Iglesia", del siglo V, en *La ciudad de Dios*, dice que la historia no es una constante repetición sino el camino del hombre desde la Creación y la pérdida del Paraíso hasta el Juicio Final; el momento culminante entre estos extremos de una línea estaría constituido por la venida del Hijo de Dios al mundo.

Otros intérpretes combinan la idea del movimiento biológico-histórico con la afirmación religiosa: Giambattista Vico, en el siglo XVIII (*La ciencia nueva*), excluye a los judíos de la idea del desarrollo general que atribuye a todos los demás; piensa que por ser ellos el "pueblo elegido por Dios" no cambian a través del tiempo.

Otra concepción, representada preeminentemente por el gran filósofo Georg Wilhelm Hegel, de principios del siglo XIX, en la *Fenomenología del espíritu*, considera que la evolución histórica es el camino de la materia, que se ha enajenado del espíritu existente desde siempre y que, finalmente, se da cuenta de lo que es y vuelve a éste, cerrando así el ciclo.

Todas estas interpretaciones expuestas de manera breve son sumamente sugestivas; se basan en hechos indiscutibles (o, por lo menos, plenamente aceptados por sus adeptos) y aplican a la historia conceptos y experiencias conocidos ampliamente. Sin embargo, una mayor profundización crítica en tales pensamientos plantea una interrogante muy importante, fundamental: ¿puede aplicarse al examen del desarrollo humano la experiencia obtenida del estudio de la evolución natural, sin considerar otros aspectos? ¿No se tratará de una extrapolación ilógica, artificial? ¿La interpretación religiosa no se queda en el puro aspecto de la fe, sin comprobación científica? ¿La evolución del espíritu sostenida por Hegel no será una especulación, genial para muchos pero igualmente sin comprobar? El problema se vuelve más grave aun cuando se pasa de la interpretación general al examen de las causas del movimiento histórico.

En este sentido, las opiniones que se han dado por los estudiosos son también de las más variadas. Desde luego, el religioso considerará que es Dios, o

los dioses, quien rige todo, mediante intervenciones directas (el “pueblo escogido” —casi todas las comunidades alguna vez se han considerado tal—, los milagros de que hablan las religiones) o a través de normas generales. En forma semejante se habla del “destino” y del “azar”.

En todo esto destaca la idea de una sumisión fundamental del hombre a fuerzas superiores, a las cuales sólo podrá acatar, consciente o inconscientemente; o también le será posible tratar de obtener la benevolencia de estos elementos extrahumanos para modificar en su beneficio sus designios. A tal posibilidad corresponde, como oposición, la de rebelarse, que traerá aparejada la sanción del caso, impuesta por los dioses, por el destino o por “la historia”. Esta concepción se expresa en frases tales como “la Historia no perdona”, “la Providencia está con nosotros”, en que se personifican dichos elementos.

La identificación del movimiento histórico humano con el biológico se refleja también en el examen de sus causas. En este aspecto es muy interesante el traslado al campo humano del concepto de la selección natural mediante la supervivencia del más apto. Establecido en una época de fuerte competencia individual, tuvo mucha aceptación en la interpretación histórica y sirvió (y sirve todavía) como justificación de todo acto de fuerza y de predominio: se trataría simplemente del cumplimiento de la ley natural de la supervivencia del más capaz, se decía, y se ponía así un manto de respetabilidad y de necesidad ineludible a cuanto despojo se podía realizar.

También hay quien considera que la historia es el simple resultado de la acción de voluntades individuales fuertes: el rey, el emperador, el caudillo, el hombre providencial; o bien el capricho del momento, el malestar estomacal o el problema de familia del gobernante determinan lo que ha de suceder. Así, Thomas Carlyle, historiador británico del siglo XIX, opinaba que “la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres”.<sup>1</sup>

Nuevamente hay que decir que se encuentran aquí muchas ideas sugerentes, coincidentes con elemen-

#### “Justificando” diferencias sociales

El nazismo alemán afirmaba que las “razas puras” —inexistentes en la realidad— son superiores a las demás y por ello tienen derecho a dominarlas. Aplicando esta teoría, reprimían otros pueblos, llegando hasta el asesinato masivo de judíos, gitanos y otros. Grupos como los de “superioridad blanca” sostienen hoy la misma aberración.

El secretario de Hacienda de México, José Y. Limantour, cabeza del grupo conocido como “los Científicos”, importante en el gobierno de Porfirio Díaz, declaró en 1901: “...los débiles, los mal preparados, los que carecen de elementos para consumir victoriosamente la evolución, tienen que sucumbir, cediendo el campo a los más vigorosos, o que por las características de su modo de ser lograron sobreponerse y pueden transmitir a su descendencia las cualidades a las que debieron la supremacía”.\*

\*José C. Valadez, *El porfirismo. Historia de un régimen*, México, UNAM, 1977, vol. II, p. 263.

<sup>1</sup> Citado por Enrique Krauze en *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets Editores, 1997, p. 17.

tos e interpretaciones de aceptación general. Sin embargo, los conceptos señalados revelan, una vez examinados algo más de cerca, su falta de consistencia: se trata de trasplantes de otras disciplinas del saber o de creencias aceptadas sin mayor profundización ni análisis. No se inquiere a qué se deben la existencia y las características de diferentes costumbres sociales, de las estructuras de estas sociedades, de su moral y de su religión. Y lo que es aún más importante para las concepciones de que se habla aquí, no se cuestiona acerca de qué hace ser dirigentes a los dirigentes y cuáles son las formas que condicionan su actuar ni en qué consisten sus intereses.

La existencia misma de leyes históricas es uno de los elementos sujetos a discusión. Sin embargo, de hecho todas o casi todas las interpretaciones señaladas se basan en alguna forma en determinadas regularidades, es decir, formular o suponen leyes, de acuerdo con sus formas de ver el mundo.

Las opiniones de algunos autores contemporáneos pueden dar una idea, aunque incompleta, de la gran variedad de interpretaciones que se discuten actualmente. Edward H. Carr<sup>2</sup> acepta la formulación de leyes sociales (incluyendo las históricas), no como reglas inmutables sino como hipótesis en superación y afirma que los historiadores que responden a grupos sociales en decadencia suelen creer en el azar como elemento explicativo fundamental. Para Ciro Cardoso,<sup>3</sup> la ley en historia expresa una probabilidad. En opinión de Gordon Childe,<sup>4</sup> las leyes en historia no rigen, sino que expresan la relación entre los fenómenos. Es interesante ver la expresión de Adam Schaff<sup>5</sup> de que “si la historia tiene como objeto explicar los acontecimientos históricos (de lo contrario, no sería historia—dice en la misma cita—), debe referirse a las más diversas leyes que en los variados ámbitos de la realidad establecen las regularidades en la vida de los individuos y de las sociedades”. Deriva de esta idea que, “conociendo el estado previo y las leyes que rigen el desarrollo de un sector dado de la realidad”, nos es posible prever acontecimientos y también deducir lo que ha sido el pasado. Pierre Vilar,<sup>6</sup> sin hablar de leyes, propone “definir la investigación histórica como investigación de los mecanismos que vinculan la sucesión de los acontecimientos a la dinámica de las estructuras—estructuras de los hechos sociales, por supuesto”.

A su vez, Karl Popper,<sup>7</sup> partiendo de que “las leyes sociales tendrían que ser ‘generalmente’ válidas”, cuestiona la validez de leyes en la historia.

Los ejemplos de diversas opiniones podrían multiplicarse en forma casi ilimitada.

<sup>2</sup> Carr, E. H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix-Barral, 1978.

<sup>3</sup> Cardoso, C. y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1984.

<sup>4</sup> Childe, V. G., *Teoría de la historia*, Buenos Aires, La Pléyade, 1986.

<sup>5</sup> Schaff, A., *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1990, p. 303.

<sup>6</sup> Vilar, P., *op. cit.*, p. 51.

<sup>7</sup> Popper, K. R., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 55.

## 16. Dos opiniones de actualidad

Entre las múltiples opiniones que se dan actualmente sobre la historia, de las que ya se ha hablado en términos generales, destacan los puntos de vista de Francis Fukuyama<sup>8</sup> y Samuel Huntington.<sup>9</sup> Anteriormente al 11 de septiembre de 2001, en que se produjo el ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono (sede del mando de sus fuerzas armadas) en Estados Unidos, sus obras eran poco conocidas –o de plano ignoradas– por el público no especializado. Sin embargo, se puede observar que desde antes de esa fecha ya muchas personas coincidían con gran parte de lo que afirman estos autores. Por ello, resulta interesante exponer los rasgos principales de sus visiones históricas, para someterlas a un breve comentario.

Los dos autores forman parte, desde hace tiempo, de grupos cercanos a las autoridades de Estados Unidos; Fukuyama es miembro del *Council of Bioethics*, con gran ascendente sobre el presidente norteamericano George W. Bush.

Los libros que comentamos son el desarrollo de conferencias que impartieron en el periodo del derrumbe de la Unión Soviética y del bloque que ésta encabezaba, momento en que los gobernantes estadounidenses y amplios sectores en el mundo proclamaban el fracaso y la muerte definitivos del socialismo como movimiento y como aspiración. Ambos estudiosos compartían la alegría por esta victoria del llamado Occidente, cuyo sistema les parece el mejor de todos; piensan que debe ser defendido y, de preferencia, extendido al mundo entero.

Al mismo tiempo, sostienen opiniones fuertemente divergentes acerca del futuro. Fukuyama plantea que la humanidad, o por lo menos sus sectores más

---

<sup>8</sup> Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, México, Editorial Planeta Mexicana, 1992, 474 pp.

<sup>9</sup> Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Editorial Paidós Mexicana, S.A., 2001 (primera edición en español, 1997), 430 pp.

avanzados, ha llegado al “fin de la historia”, a una situación que ya no admite cambios profundos. Huntington, a su vez, prevé el “choque entre civilizaciones”, con graves conflictos durante un prolongado periodo por venir.

*Fukuyama*. Según este autor, el motor del progreso material y del avance a la libertad y a la democracia consiste en que el hombre busca el *reconocimiento*, es decir, la aceptación y el respeto que le brinden las personas de su entorno. Al hablar del origen de la sociedad humana, retomando autores anteriores, expone lo que llama una “situación simbólica”, pero que plantea como si se tratara de una verdad histórica. Afirma que se pasa de un estado de guerra prevaleciente en la organización primitiva a una relación de señorío y servidumbre, “cuando uno de los combatientes primordiales, temiendo por su vida, ‘reconocía’ al otro y pasaba a ser su esclavo”.<sup>10</sup> Sin embargo, ni uno ni otro quedaban satisfechos. “La tragedia del señor [consiste en que] arriesga la vida para obtener el reconocimiento de parte de un esclavo que no es digno de reconocerlo”,<sup>11</sup> porque ha renunciado a su característica de ser humano.

El esclavo, a su vez, recobra su humanidad a través del trabajo, porque, “en vez de trabajar por miedo al castigo inmediato, empieza a hacerlo por sentido del deber y por autodisciplina. (...) En otras palabras, desarrolla algo así como una ética del trabajo. (...) Por el trabajo, el esclavo empieza a darse cuenta de que, como ser humano, es capaz de transformar la naturaleza. (...) La ciencia natural moderna no es un invento de los señores ociosos, que tienen cuanto desean, sino de los esclavos que están obligados a trabajar y a los que no les agrada su condición”.<sup>12</sup>

En la parte final de estas aseveraciones afirma que “la lógica del reconocimiento llevaba, en última instancia, al deseo de ser reconocido *universalmente*, es decir, al imperialismo”.<sup>13</sup>

Una extensa cita, que hace suya, pretende exponer la opinión de Marx acerca de la sociedad que éste vislumbraba como futuro de la humanidad. Dice:

“A la historia propiamente dicha, en la cual los hombres (‘clases’) luchan entre sí por el reconocimiento y luchan contra la naturaleza por el trabajo, Marx la llama ‘el reino de la necesidad’; más allá está situado el ‘reino de la libertad’, en el cual los hombres (que se reconocen mutuamente sin reservas) ya no luchan y trabajan lo menos posible.”<sup>14</sup>

Según Fukuyama, después de la Segunda Guerra Mundial se ha alcanzado ese estadio satisfactorio en Estados Unidos y, posiblemente en forma menor, en otros países avanzados. Una característica de esta situación sería que “las

<sup>10</sup> Fukuyama, *op.cit.*, p. 267.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 269 s.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 254 s.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 387.

personas con más talento y ambición tiendan a ir al mundo de los negocios más que al de la política, el militar, el académico o el religioso".<sup>15</sup>

Fukuyama llega así a considerar comprobada su tesis inicial: en los países avanzados se ha llegado al "último hombre", al hombre definitivo. Limita esta afirmación en lo referente a los países que no han alcanzado la democracia liberal, ya que en éstos continúa la política del poder; dice que entre el mundo histórico y el poshistórico se presentan conflictos por el petróleo, por cuestiones migratorias, por el orden mundial, en una situación de desconfianza mutua. En este contorno piensa que el nacionalismo es democrático, porque suprimiría las divisiones de clase al contrario de lo que sucede en los países altamente desarrollados, en los que tales diferenciaciones habrían ya dejado de existir.

Pasemos ahora a analizar el resumen de los datos en que se basa y a reflexionar acerca de las conclusiones a que llega.

De entrada, resulta inadmisibile atribuir exclusivamente a la labor del esclavo el avance de las ciencias naturales y su aplicación a las técnicas y el de otros aspectos del progreso. Los primeros inventos logrados por el hombre son la fabricación de utensilios, el dominio del fuego (aprovecharlo, mantenerlo y producirlo) y el invento de la alfarería, del cultivo de plantas y de la cría de animales. Estos avances, sin los cuales no es siquiera imaginable lo que el hombre logra más adelante, se producen en sociedades que no conocen todavía la esclavitud ni ninguna otra forma de dominación o explotación permanentes.

En cuanto a su afirmación de que el ideal preconizado por Marx sería una sociedad en que los hombres ya no luchan y trabajan lo menos posible es, en el mejor de los casos, resultado de un total desconocimiento de lo planteado por éste, aunque parece más probable que nos encontremos ante una falsificación consciente. Marx plantea una sociedad que permi-

#### La aspiración de Marx

"En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!"\*

Hay que añadir aquí que la sociedad comunista de que habla el párrafo citado se basa en la propiedad social de los medios de producción, como se expresa en párrafos anteriores de la *Crítica del Programa de Gotha* y en muchos otros documentos.

\*Carlos Marx, "Crítica del Programa de Gotha", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas en dos tomos*, Moscú, Editorial Progreso, 1952, tomo 2, p. 17.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 421.

ta el pleno desarrollo de todos sus integrantes, basado en el trabajo libre que proveería la base material para ello.

Se puede estar de acuerdo con esta aspiración, se le puede considerar ilusoria o repudiable. Lo que no es posible es ignorar que se trata de una exaltación del trabajo libre y consciente del hombre y que de ninguna manera expresa la aspiración a trabajar lo menos posible. Tampoco es admisible atribuir a Marx que los “hombres (clases) luchan entre sí por el reconocimiento...”,<sup>16</sup> para Marx, pelean por sus intereses, básicamente según los correspondientes a las clases sociales de que forman parte.

Basten estos ejemplos, que sólo son unos pocos de los muchos que se podrían citar, para hacer ver la escasa profundidad y la mala fundamentación de los argumentos de Fukuyama.

Finalmente, y se trata de un aspecto fundamental: ¿en qué fuentes basa Fukuyama sus afirmaciones? En su trabajo se encuentran numerosas citas de Aristóteles, de Hegel y de algunos otros autores que, siendo sin duda grandes pensadores, de ninguna manera pueden considerarse portadores de los conocimientos históricos actuales.

Cabe añadir que recientemente el profesor Fukuyama publicó una nueva obra, *Our Posthuman Future (Nuestro futuro posthumano)*. La reseña periodística<sup>17</sup> acerca de esta obra nos lleva a hacer algunos breves comentarios al respecto.

Se nos dice que mantiene la afirmación hecha en *El último hombre y el fin de la historia*, en el sentido de que el sistema norteamericano actual es el punto final, culminante, de la historia humana. En seguida expresa el terror que le produce la moderna manipulación genética, ya que sus técnicas costosas permitirían que los adinerados dotaran a sus hijos de las mejores condiciones biológicas y no sólo les proporcionarían las escuelas de más renombre, como lo hacen actualmente. Esto “destruiría las bases mismas de la democracia”. En consecuencia, Fukuyama propuso al Congreso estadounidense una severa legislación limitativa de las investigaciones del ramo.

Es de señalarse aquí que al expresar su temor de una mayor división entre ricos y pobres no habla de las bases actuales de tal división.

*Huntington*. Para este autor, “la historia humana es la historia de las civilizaciones, [...] desde las antiguas sumeria y egipcia...”,<sup>18</sup> hasta hoy. Define a la civilización como “la entidad cultural más amplia”,<sup>19</sup> constituida por personas que se identifican en ella, por encima de otros niveles de auto-identificación (como romano, italiano, católico, cristiano, europeo). Sólo la caracterización como ser humano tendría un alcance mayor. Considera que las civilizaciones son “la más perdurable de las asociaciones humanas [...] Los

<sup>16</sup> Véase nota 13.

<sup>17</sup> Enrico Pedemonte, “Fukuyama: humano post-humano”, en *La Jornada Semanal*, México, 30 de junio 2002, p. 3.

<sup>18</sup> Huntington, *op. cit.*, p. 45.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 48.

imperios crecen y se derrumban, los gobiernos vienen y se van, las civilizaciones permanecen...”<sup>20</sup>

Para Huntington, las civilizaciones, perdurables, también evolucionan; algunas desaparecen y se forman nuevas. Hoy existen seis (o siete) principales: la china, la japonesa, la hindú, la islámica, la ortodoxa (característica sobre todo de Rusia), la occidental (norteamericana, del centro y occidente de Europa y de países colonizados por europeos como Australia) y, con reservas, la latinoamericana.

Podemos preguntarnos aquí si es válido plantear una interpretación general de la historia humana, tomando en cuenta los acontecimientos desde “las primeras civilizaciones...”. De esta manera, se considera un periodo que no rebasa los siete milenios y se olvidan decenas o cientos de miles de años. El choque entre las civilizaciones corresponde a un lapso ciertamente largo, pero no permite dar por demostrada una regularidad propia de toda la evolución de la humanidad.

Lo mismo hay que decir de la definición de civilización. Nunca se demuestra la afirmación, básica de su obra, de que ésta sea la forma de identificación más importante de las personas, más allá de la familia, la tribu, la nación u otra agrupación humana. ¿Lo es más que la “matria”, como dice el historiador mexicano Luis González y González para designar la “patria chica”, el terruño de nacimiento? ¿O que la nación, aceptada durante varios siglos como centro de identificación? La obra comentada ni siquiera se plantea estas preguntas y, obviamente, no las contesta.

Las dos afirmaciones generales, fundamentales para Huntington, no son las únicas que constituyen una profesión de fe en lugar de una demostración. Encontramos también algunas aseveraciones, importantes en su obra, que son decididamente falsas. Veamos.

Según él, “los Estados con culturas e instituciones semejantes verán intereses comunes. Los Estados democráticos tienen puntos en común con otros Estados democráticos y, por lo tanto, no luchan entre sí”.<sup>21</sup> Para aceptar esta tesis, habría que considerar que, en 1812, Estados Unidos y Gran Bretaña no pertenecían a la misma civilización, cuando en la guerra entre ambos los primeros sufrieron la destrucción de su capital por los ingleses. Por otra parte, ¿qué sucedió en la Primera Guerra Mundial? De un lado estaban Inglaterra, monarquía constitucional, Francia y Estados Unidos, repúblicas, aliadas con Rusia, monarquía absolutista. Enfrente se encontraban Alemania y Austro-Hungría, monarquías constitucionales. La estructura económica de todas ellas era capitalista.

Vemos que lucharon entre sí países pertenecientes a la misma civilización y podemos hacer caso omiso de otros estados que participaron en la guerra pero que no desempeñaron un papel decisivo.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 36.

Encontramos también alguna consideración acerca de países “desgarrados”, que desean cambiar a una civilización distinta de la suya; mejor dicho, cuyos dirigentes quieren hacerlos cambiar. Menciona los casos de Rusia, Turquía y de México.

Dice al respecto que hasta los años ochenta del siglo xx, “México tenía una cultura claramente no occidental”.<sup>22</sup> Refuerza esta afirmación citando a Octavio Paz, quien afirmó que “el núcleo de México es indio, no europeo”. Continúa diciendo que “en México, como en Rusia, la revolución supuso la incorporación y adaptación de elementos de la cultura occidental, lo cual generó un nuevo nacionalismo opuesto al capitalismo y la democracia de Occidente”.<sup>23</sup> Entre las causas de la Revolución de 1910 no menciona la situación de los campesinos ni las contradicciones entre empresarios mexicanos, que querían usufructuar las riquezas del país, y extranjeros, que las tenían en sus manos. Tampoco habla de que los trabajadores mexicanos, en su propio país, eran discriminados en sueldos, condiciones de trabajo y de promoción, frente a los obreros llevados por los empresarios extranjeros. Olvida que los presidentes Madero, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas eran partidarios del desarrollo capitalista nacional, con diferentes matices.

De esta manera se hace aparentar que el auge del nacionalismo fue un movimiento puramente emotivo, de “civilización distinta”, sin relación con una situación muy concreta, que se extendía desde la época colonial y se había acentuado nuevamente durante el gobierno de Porfirio Díaz, que abarcó de 1876 a 1910, con una breve interrupción.

A renglón seguido, Huntington afirma que la situación cambió radicalmente a partir de los años ochenta del siglo xx, con las presidencias de Miguel de la Madrid y, sobre todo, de Carlos Salinas de Gortari. Se entusiasma con los éxitos de este último, insistiendo especialmente en la promoción del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá; afirma que lo que le faltaría a México para su incorporación a la civilización occidental sería sólo el logro de la democracia.

Tal como está planteado, parece que la política de “modernización” de Salinas fue el primer intento serio para que México dejara de ser un país indio y se transformara en “occidental”. Sorprende (aunque conociendo la forma de argumentar de Huntington, no debería sorprender) la falta de mención de varios momentos históricos: la colonización, en el siglo xvi, con muchos rasgos de lo que era moderno en su época; las Reformas Borbónicas, a fines del siglo xviii, que aplicaron normas de la Europa mercantilista y absolutista de su tiempo; por último, para no mencionar otros movimientos posiblemente menores, hace caso omiso de la industrialización realizada bajo el prolongado régimen de Porfirio Díaz.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 176 s.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 177.

Se puede argumentar que los movimientos modernizadores mencionados no transformaron de raíz a México, pero no es posible ignorar que fueron reales y generaron consecuencias. Tratar el movimiento iniciado en la década de 1980 como si fuera una innovación no vista antes, demuestra falta de seriedad y ausencia de análisis histórico.

Una afirmación central de nuestro autor consiste en que no hay (ni habrá durante un largo periodo) una civilización universal y que la occidental sólo es una entre varias. Siguiendo esta consideración, dice que no se puede identificar a “Occidente” como característica del mundo, y repudia esta equivalencia por ser una muestra de prepotencia y de imperialismo. Coincidimos con este rechazo, pero no aceptamos la inevitabilidad del choque de civilizaciones que él deriva de ahí.

Para Huntington, la historia humana es la historia de las civilizaciones.<sup>24</sup> Sin embargo, vemos en la realidad que éstas no son actores, no tienen ejércitos, no deciden políticas migratorias, no fijan impuestos ni luchan por tarifas aduanales. Son los estados los que realizan estas acciones, en gran medida en función de los intereses de las empresas fuertes, nacionales y sobre todo transnacionales.

También se plantean problemas en cuanto a la permanencia de las civilizaciones. Recordamos que hace seis décadas, en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Alemania nazi, que se decía defensora de “Occidente”, aliada con Japón, al cual Huntington considera una civilización distinta, luchó contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, proclamadas prototipo de Occidente, que estaban en un frente común con la Unión Soviética, la cual afirmaba haber establecido el socialismo y, según el autor analizado, era y es de civilización “ortodoxa”.

Resulta así que las civilizaciones, como las ve él, no son un fenómeno de larga duración histórica; apenas toman cuerpo y características en los últimos 50 años en que basa fundamentalmente su tesis. En otra parte de su libro afirma que la civilización occidental nace por los siglos VII a IX y llega a la modernidad en los siglos XVII y XVIII; es decir, ocuparía solamente una pequeña proporción de la existencia de la humanidad. De la argumentación presentada no se puede concluir que, de ahora en adelante, las civilizaciones serán lo decisivo en el devenir del género humano.

Una última acotación acerca de los planteamientos de Huntington. El considera que al terminar el siglo XX finalizó la expansión de Occidente; es más, se inicia su decadencia, un movimiento que podría abarcar varios siglos.<sup>25</sup> Antes de que esto suceda, deberá desarrollar un gran esfuerzo para afirmarse. En otras palabras, “justifica” la política agresiva mediante una argumentación que presenta como si fuera científica.

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 96 s.

*Coincidencias y diferencias de los dos autores.* En primer lugar, debe reconocerse que ambas obras, en general, están bien escritas; su lectura es fácil y puede impresionar y hasta convencer al lector poco crítico.

Un análisis más profundo hace ver que la información y la pretendida objetividad, aparentemente amplias, esconden una visión parcial, carente de profundización y, en parte, errónea de la situación actual y de sus antecedentes. Abundan datos falsos o por lo menos muy dudosos y afirmaciones no fundamentadas.

Ya se ha señalado la arbitraria limitación del tiempo en que basan sus tesis. Ambos autores se refieren a la historia desde la aparición de la esclavitud o desde “las primeras civilizaciones”, como la sumeria, “olvidando” el largo periodo humano anterior a éstas. La omisión no es inocente: sugiere que siempre ha habido ricos y pobres, explotadores y explotados. Muchas personas lo creen así, porque durante miles de años ésta ha sido la experiencia humana; no están en la conciencia pública los cientos de miles de años de una estructura comunitaria. El problema, como todos, puede discutirse, pero no es legítimo presentar el punto de vista propio como una verdad comprobada.

En el mismo sentido debe verse que pretenden dar una interpretación global de la historia humana, basándose en su visión de hechos y desarrollos a partir de 1950 y, sobre todo, posteriores al derrumbe de la Unión Soviética. Basarse casi únicamente en un periodo tan breve asegura extraviarse en el intento de encontrar características generales del desarrollo social.

Otra coincidencia importante se encuentra al ignorar ambos autores las luchas por la propiedad, mismas que se manifiestan desde hace milenios. No se habla, por ejemplo, de las denuncias de los profetas bíblicos judíos contra “quienes oprimen a la viuda y roban al huérfano”, del reparto agrario promovido por los hermanos Graco en Roma, de las rebeliones campesinas medievales, de las constantes demandas de reparto de la tierra ni de las exigencias por abolir la propiedad privada que se han dado en muchísimos países. Esta posición se confirma al considerar la evolución política como lo único importante en la historia, haciendo caso omiso del papel de los problemas sociales. Ciertamente, se contradicen al considerar a la propiedad privada y a la libertad de empresa como esenciales de la civilización occidental, con lo que niegan su supuesto carácter universal.

No debe dejarse de lado la opinión de Fukuyama de que la esclavización de unas personas por otras y el imperialismo sean el resultado del deseo de “reconocimiento”. Vemos más lógico pensar que tales fenómenos hayan tenido –y tengan– su base en los deseos de obtener ventajas económicas. Sus beneficiarios tienden a “justificar” sus acciones con planteamientos de índole filosófica.

Finalmente, a pesar de que Fukuyama considere que se ha llegado al “fin de la historia” y que Huntington prevea un largo “choque entre civilizaciones”, hay una gran coincidencia entre ambos: uno y otro preconizan que Occidente debe incrementar su fuerza y extender su dominio en el mundo. Huntington lo dice claramente: “Tres de dichos temas exigen los esfuerzos de

Occidente: 1) mantener su superioridad militar mediante normativas de no-proliferación y de contraproliferación respecto a armas nucleares, biológicas y químicas y los vectores para lanzarlas; 2) promover los valores e instituciones políticos occidentales presionando a otras sociedades para que respeten los derechos humanos tal y como se conciben en Occidente y para que adopten la democracia según los criterios occidentales; y 3) proteger la integridad cultural, social y étnica de las sociedades occidentales restringiendo el número de no occidentales admitidos como inmigrantes o refugiados".<sup>20</sup> No se puede pedir mayor claridad a este programa estratégico de dominio del mundo.

En resumen, vemos que las opiniones de Fukuyama y de Huntington se basan en verdades a medias y en interpretaciones superficiales. En ellas, se justifican las acciones de los dirigentes políticos y económicos del llamado mundo occidental; desgraciadamente, coinciden con los puntos de vista de grandes sectores de la población, alimentados durante largo tiempo por informaciones parciales y prejuiciadas.

## 17. El hombre, ser social

Hemos expuesto en forma somera las opiniones de muchos historiadores y otros pensadores acerca de los mecanismos del movimiento histórico, y presentamos un examen más detallado de los planteamientos de dos autores cuyos puntos de vista coinciden con ideas hoy sumamente generalizadas.

Se impone ahora confirmar o desechar las interpretaciones propuestas, a la luz de los avances actuales del conocimiento y de la reflexión. Para establecer una visión más profunda y fundamentada, será necesario examinar los elementos básicos del desarrollo humano.

Por supuesto, el examen que se presenta a continuación y las conclusiones a que da lugar, no pretenden expresar una verdad definitiva e incontrovertible; constituyen una propuesta que debe ser examinada a la luz de su argumentación y de los conocimientos e interpretaciones del estudioso y está sujeta al análisis de nuevos conocimientos y reflexiones. Toda interpretación deberá comprobar su eficacia a la luz de las realidades generales, así como en los casos particulares que se estudien.

El primer elemento, que por obvio muchas veces se olvida, pero cuya consideración es indispensable, es el hecho de que el hombre vive siempre en sociedad. Este es un dato más general que las conquistas, los cambios de gobernantes, los desarrollos o decadencias de estados, partidos o ideas.

¿No será exagerada la afirmación del carácter social universal del hombre? Juan Jacobo Rousseau, en su *Contrato social*, parte de hombres individuales (que, sin embargo, más bien son jefes de familia, es decir, representantes de pequeños grupos estables, o sea, sociedades) que se ponen de acuerdo en cierto momento y por su conveniencia: establecen así la sociedad humana. La imagen es sugerente y tuvo el gran mérito, en su tiempo, de introducir un elemento dinámico importante en la consideración histórica. Sin embargo, no corresponde a la realidad, según lo admite hoy la gran mayoría de los investigadores.

La primera característica que distingue al hombre de los demás seres vivos, la elaboración de utensilios, acusa ya un decidido carácter social. La transmi-

sión de la habilidad de fabricar y usar herramientas no se realiza mediante la vía biológica, la herencia, sino a través de la sociedad, por medio de la enseñanza. Sólo una convivencia estable permite a los niños y jóvenes aprender de sus mayores en vez de tener que iniciar por su cuenta todo el proceso técnico de relación con la naturaleza. Ciertamente, en sus fases iniciales este aprendizaje se confunde con el que realizan varios animales superiores: muchas aves enseñan a volar a sus crías; muchos mamíferos, al convivir con sus progenitores, aprenden de éstos determinadas habilidades y comportamientos. Sin embargo, conforme el hombre se va singularizando en el medio natural, se hace más profundo y más importante su aprendizaje y requiere de formas sociales más elaboradas y estables.

El carácter social de nuestra especie llega a ser más evidente cuando se habla de grupos ya franca y decididamente humanos, como los del paleolítico superior. La cacería de animales grandes, como el mamut, el caballo y otros, de que tenemos noticia segura por medio de pinturas y de otros testimonios, exige forzosamente la colaboración organizada, repetida, de grupos humanos considerables. Pero también la recolección de vegetales, la pesca y la cacería de animales pequeños requieren una labor en conjunto, aunque se trate solamente de equilibrar los éxitos y fracasos ocasionales de los distintos miembros del grupo. El lenguaje, superior al de los animales hasta en los humanos más primitivos, demuestra también la existencia de una convivencia estable.

¿Sería posible afirmar que el hombre actual, mucho más desarrollado que el primitivo, podría existir sin la sociedad? De ninguna manera. Ciertamente, un cazador moderno puede enfrentarse solo, con su rifle, al animal más potente que exista sobre la tierra. Pero su arma misma es una expresión social: no ha nacido con el cazador; ha sido fabricada por grupos humanos, es el resultado del conocimiento acumulado a lo largo de generaciones de operarios, técnicos, científicos, usuarios. Esta consideración puede ampliarse en forma importante: en la sociedad moderna, la mayor parte de lo que consume un individuo no ha sido producido por éste, y lo que elabora, en su casi totalidad, es consumido por otros.

¿Qué consideración merece, en este cuadro, el ermitaño, el hombre solitario? ¿Será la “excepción que confirma la regla”, dados los pocos casos que se presentan? Ni siquiera eso. Si el retiro de la persona es temporal (o si pretende sentar un ejemplo o dejar un mensaje para que sea aprovechado después de su muerte) no invalida su pertenencia a la sociedad humana; y si es permanente, no se tratará más que de un caso de “muerte en vida”, que renuncia a toda trascendencia real.

¿Qué relación existe entre el hombre individual y la sociedad de la que forma parte? Salta a la vista que ésta no es una simple suma de sus integrantes, sino que los agrupa de acuerdo con determinadas normas, específicas para cada situación concreta, pero de ciertas características generales más o menos estables.

Es fácil ver la tremenda influencia que ejerce la sociedad sobre sus miembros. El niño y también el adulto reciben normas de conducta y conocimientos del ambiente humano que los envuelve. Esto se efectúa en forma consciente, a través de la escuela y de otros elementos de intención educativa y asimismo, de manera muy importante, espontáneamente, por medio de la vida misma de la sociedad. La organización de la producción y de la distribución de la riqueza, de las creencias, de las formas culturales, de la moral, de las estructuras políticas: todos éstos son elementos sociales que condicionan en gran parte la actuación, las aspiraciones, el comportamiento de cada persona.

Tal acción de la sociedad sobre sus integrantes no es el único aspecto de la relación entre ambos elementos: también el individuo, al actuar en una y otra forma, al desarrollar y expresar determinadas ideas, es decir, mediante toda su vida, influye y modifica a la sociedad. Esta interrelación dialéctica es decisiva para el desenvolvimiento humano. Debe estudiarse en sus formas concretas, lo que muchas veces es sumamente difícil y siempre presenta grandes complejidades.

Para hablar de las influencias que ejerce y también de las que recibe la sociedad, hay que tomar en cuenta que a través del tiempo se han presentado muchas formas distintas de organización social. El término mismo "sociedad" se emplea para tipos diferentes de agrupación humana: se habla de sociedades mercantiles o filantrópicas; los partidos políticos son sociedades en el sentido de constituir agrupaciones organizadas con fines específicos; etc. Aquí se toma por sociedad su forma más amplia y general, el conjunto de personas, organizadas establemente, regidas por instituciones comunes, que interaccionan regularmente en la obtención de los bienes que consumen y que estructuran una cultura propia.

Es evidente que las sociedades humanas, así definidas, cambian al correr del tiempo. Las relaciones entre distintos grupos de recolectores primitivos son sólo esporádicas y no determinantes, de manera que cada uno de ellos constituye una sociedad. En la actualidad, en cambio, las conexiones entre los diferentes pueblos son tan estrechas que cabe la duda si será más propio hablar de la sociedad humana como de un conjunto que abarca todo el globo terráqueo o si se deba considerar sociedad a cada una de las naciones. Sin embargo, para los fines de la consideración que aquí se hace, no es necesario establecer con precisión la diferencia indicada; además, el contexto de cada caso hará ver cuál es el uso concreto del término.

## 18. Los elementos que influyen en la sociedad

*Los factores naturales.* Toda sociedad vive en determinado ambiente natural, que influye en ella de manera más o menos importante. Es necesario, pues, el estudio de su situación concreta para comprender la forma y evolución del grupo humano de que se trata.

A primera vista se aprecia una serie de elementos geográficos, como el clima, los recursos naturales, las facilidades de comunicación, que constituyen en su conjunto el marco en que se desarrolla la vida de la sociedad. ¿Cuál es su repercusión?

Se considera generalmente que los climas templados son ventajosos para el desarrollo humano y que los extremadamente cálidos o los muy fríos lo dificultan. Esta afirmación no deja de tener una base empírica digna de tomarse en cuenta. Ni en las zonas polares ni en las regiones ecuatoriales cálidas y húmedas se han desarrollado las llamadas grandes culturas. Sin embargo, hay que tener cuidado con la aceptación precipitada de tales interpretaciones. Muchos datos indican que los albores de la humanidad tuvieron lugar en épocas distintas, en regiones tropicales (lo sabemos con mucha seguridad de África e Indonesia) y en zonas frías, en los periodos de las glaciaciones (hombre de Neandertal, varias culturas del paleolítico). Pero no sólo los hábitat de los hombres más antiguos refutan, por lo menos en parte, la tesis de que los climas extremos imposibilitan el desarrollo humano. Muchas culturas antiguas hacen ver lo mismo respecto a las zonas cálidas. Es suficiente con recordar a Sumeria, a Egipto y a la zona maya, a este respecto. Se discute aún sobre la existencia de culturas importantes en otras zonas tropicales, pero las ya mencionadas, reconocidas y fuera de toda duda, bastan para refutar las conclusiones precipitadas y excluyentes que atribuyen al clima una importancia decisiva.

Lo dicho no significa, por supuesto, que el clima no influya sobre la vida humana. Se nota el sello de la relación hombre-naturaleza en muchísimos aspectos, como el alimento, la vestimenta, el tipo de habitación, e inclusive en las características físicas del color de la piel y de los ojos.

Otro elemento, estrechamente relacionado con el anterior, es el de la fertilidad del suelo y la existencia de otros recursos naturales. Es fácil ver que no pueden ser iguales sociedades que disponen de amplias extensiones de tierra cultivable, dotadas con suficiente cantidad de agua a otras cuyo territorio es pedregoso, arenoso, seco o de pantano. También es notoria la importancia de los recursos minerales de todo tipo: la elaboración de instrumentos de piedra exige la presencia, o la importación, de este material, que sólo en apariencia se encuentra en todas partes (los valles de aluvión carecen de él o lo tienen en muy escasa cantidad); lo mismo puede decirse de las materias primas necesarias para formas más desarrolladas de la industria.

El gran paso de la producción con medios manuales al uso de máquinas y al aprovechamiento de la fuerza del vapor, que ocurre en los siglos XVIII y XIX, se facilita principalmente donde hay yacimientos de mineral de hierro y de carbón; el motor eléctrico, cuya gran difusión data de fines del siglo XIX y principios del XX, depende para el suministro de su energía de combustibles o de caídas de agua. Los países que disponen de yacimientos petrolíferos ven modificada su estructura técnica y social con el uso de este elemento. El henequén, en Yucatán, influyó en forma preponderante en la organización socioeconómica de la península del sureste de México desde fines del siglo XIX hasta bien entrado el XX. Hay muchas otras materias primas ligadas a determinadas regiones, que ejercen una gran influencia en las sociedades correspondientes.

Por último, entre los factores geográficos hay que mencionar las facilidades de comunicación de que dispone cada región. El aislamiento de una sociedad, que nunca es total sino que constituye más bien una relación escasa con otros grupos, le imprimirá ritmos y formas distintas de desarrollo del que muestran aquellas sociedades que disponen de fáciles contactos, como son los ríos, lagos o mares navegables o las llanuras fáciles de recorrer.

Consideración aparte merecen, entre los factores naturales, los elementos raciales. No está lejano el tiempo en que una gran potencia que aspiraba al dominio del mundo, la Alemania nazi, pretendía justificar su ambición con su "superioridad racial". El fin de la Segunda Guerra Mundial supuestamente acabó con esta pretensión y, hoy en día, casi no hay quien se atreva a sostener seriamente y en público la superioridad de una raza sobre otra. Sin embargo, la humanidad sigue llena de discriminaciones de base confusa, compuestas de prejuicios culturales, religiosos y también, en importante medida, racistas. Vale la pena examinar algo más de cerca este último concepto.

Las concepciones racistas entendían a las razas como grupos con características físicas semejantes, debidas a una ascendencia común. Solían también considerar, como lo hacen los criadores de caballos o de perros, que los individuos mejores son los que no tienen ancestros de distintas razas. Se ensalzaban así los grupos "puros" y se consideraba al mestizo como inferior. ¿Qué consideraciones se pueden hacer al respecto?

Es posible observar distintos conjuntos humanos, diferenciados entre sí por ciertas características físicas, como el color de la piel, el color y la forma de los ojos, la distribución del vello en el cuerpo, la forma del cráneo, el color y la forma del cabello, la proporción entre el tronco y las extremidades. En algunos casos no es difícil establecer una hipótesis sobre la causa de estos elementos: la piel, el pelo y los ojos oscuros son menos vulnerables al exceso de luz solar y resultan biológicamente convenientes en regiones cálidas, mientras que en las zonas frías y de escasa intensidad de los rayos de sol es necesario aprovechar más a éstos, para lo cual resultan ventajosos la piel clara, los ojos azules o verdes y el pelo rubio. Es probable que las características mencionadas se hayan desarrollado en los largos periodos de las glaciaciones, en que los distintos grupos humanos casi no tenían contacto entre sí y vivían en condiciones muy diferenciadas. La adaptación al medio produjo, a través de milenios, elementos físicos que perduran por muchas generaciones aun cuando el individuo o el grupo cambien de medio ambiente.

Por otra parte, es más difícil encontrar una explicación natural a las conveniencias o inconveniencias de los ojos rasgados, del pelo liso o crespo y de otras características semejantes. Sobre esto se ha discutido mucho y no tiene caso entrar aquí en especulaciones al respecto.

Ahora bien, las teorías racistas de aplicación política entrañaban y entrañan una mezcla arbitraria de estos criterios físicos con otros, de tipo más bien étnico. Así, los “arios” que entusiasmaban al gobierno hitleriano coincidían con los “indoeuropeos”, conjunto de pueblos de idiomas emparentados entre sí. Esta relación lingüística evidencia, por cierto, un contacto histórico, pero no demuestra de ninguna manera un origen físico común.

El paso de Benito Juárez de zapoteca monolingüe a jefe de Estado, célebre, entre otras cosas, por su perfecto dominio del idioma español, demuestra la alta inteligencia y la gran fuerza de voluntad del dirigente de la Reforma y de la restauración de la República en México, mas no incluye ningún elemento de “transformación racial”, si se toma ésta en el sentido físico en que lo hacen los creyentes de la superioridad racial.

El absurdo resulta más evidente cuando se observa que los nazis alemanes, con su teoría de “sangre y tierra”, consideraban ciertamente “arios” a los alemanes del este del Elba, pero no así a los sorbios. Resulta que, históricamente, la parte oriental de Alemania fue germanizada en la Edad Media; se trata en gran parte de una población eslava, culturalmente alemanizada. Los sorbios, estrictos “hermanos de raza” de los demás alemanes de la región, conservaron su idioma eslavo, lo que les valió el desprecio y la discriminación del gobierno hitleriano. Solamente como última curiosidad vale la pena mencionar que los eslavos son, desde luego, tan indoeuropeos, es decir, tan “arios” como los alemanes.

Sin embargo, ¿no habrá “algo de verdad” en las ideas de superioridad racial? Muchas personas consideran que, descartadas las “exageraciones” del nazismo, debe reconocerse que determinadas razas tienen características que

las hacen superiores o, en su caso, inferiores a otras. Así se sostiene que los negros son sucios, huelen mal o son sexualmente más potentes que los blancos; que los indios son indolentes y taimados; que los judíos\* son avaros y usureros y que nunca se mezclan con otros pueblos; que los alemanes son militaristas (o, para otros, muy inteligentes); que los blancos son opresores e imperialistas. La lista podría prolongarse al infinito.

Muchas de estas afirmaciones no rebasan, evidentemente, el marco de burdos prejuicios más o menos generalizados. Todas las características que se han señalado se dan, con mayor o menor frecuencia, en distintos grupos raciales a través del tiempo y no existe absolutamente ninguna evidencia de que tal "raza" sea superior o inferior a tal otra. Al contrario, muchas investigaciones han demostrado que las diferencias entre los humanos son individuales y no de condición biológico-racial.

Los que han dado una apariencia de realidad a las afirmaciones de los racistas son elementos socialmente condicionados (y ya se ha señalado antes cómo los sostenedores modernos de las teorías racistas revuelven situaciones biológicas con otras, sociales). La indolencia suele ser el resultado de la falta de estímulos o también de deficiencias en la alimentación; el militarismo es la expresión de una forma específica de sociedad; la avaricia corresponde a una exageración del deseo de disfrutar de propiedad personal; el rechazo a mezclarse con otros grupos, "raciales" o étnicos, generalmente es una respuesta a estar sujeto a discriminación, o también al deseo de mantener una situación de privilegio. Aquí también la lista podría prolongarse indefinidamente y siempre se trata de características que se han presentado en las más diversas razas, según las condiciones reinantes en las diferentes sociedades.

Todo indica que una persona perteneciente a una raza, colocada en otro ambiente, se desarrollará de acuerdo con éste. Pero hay que tener en cuenta, además, que la simple diferencia de color o de algún otro elemento físico puede originar una situación de discriminación consciente o inconsciente que producirá una diferencia en el rendimiento, en el desarrollo y en el comportamiento de la persona.

Un ejemplo, bastante burdo por cierto, sería el de los *tests* de inteligencia a que se ha sometido a grandes grupos de niños del sur de Estados Unidos. Tales pruebas estaban redactadas en inglés, aplicando el patrón cultural de un sector de la población estadounidense (el de la población blanca, de habla inglesa). El resultado arrojaba un número desproporcionadamente elevado de niños "hispanicos" (sobre todo de origen mexicano) con un rendimiento muy bajo. Su falta de dominio del idioma, y el ambiente cultural en que se desarrollan, distinto del considerado para las pruebas, los hacía lograr resultados pobres, pero éstos no demuestran ninguna inferioridad racial, sino una situación de marginalidad respecto de la sociedad que los sujeta al examen.

---

\* La generalizada idea de que los judíos constituyen un grupo cerrado, poco mezclado, es falsa. Hay núcleos judíos europeos (con diferencias entre sí), negros, yemenitas (árabes), chinos y otros.

Al ver en conjunto los factores naturales que actúan sobre la sociedad humana se puede apreciar que son los mismos que ejercen influencia sobre todos los seres vivos y provocan en ellos una evolución biológica de adaptación al ambiente. Las nuevas características se van transmitiendo por herencia, en determinados casos, como lo demuestra la sustitución de caracteres inconvenientes por otros, ventajosos, en las zonas donde viven los seres animales o vegetales en cuestión. Sin embargo, esta transformación es sumamente lenta, mientras que los cambios en la sociedad humana muestran un ritmo mucho más acelerado. La razón de esta diferencia no puede encontrarse, lógicamente, en factores naturales: hay que buscarla en elementos específicamente humanos, que son precisamente los sociales.

*Los factores sociales de la evolución.* Desde que el hombre es hombre se caracteriza no sólo por su convivencia organizada (ésta la tienen también muchas especies animales), sino también por el hecho de modificar conscientemente la naturaleza, de elaborar utensilios que le faciliten su labor. Crea así lo que hemos llamado “órganos artificiales”, de evolución y modificación mucho más rápidas que los naturales. El grueso y el color de su pelo permiten al oso polar vivir en regiones frías, pero le impiden la subsistencia, en condiciones naturales, en zonas cálidas; la vestimenta del hombre, en cambio, puede adaptarse en pocos minutos a condiciones muy diversas. La mano humana sirve, ciertamente, para cavar, aunque en forma considerablemente menos eficaz que la del topo; pero la pala, y con mayor razón la excavadora mecánica, cumplen la misma función de manera mucho más eficiente, sin necesidad de un cambio biológico.

Estos “órganos artificiales”, que no aparecen espontáneamente en la naturaleza, son, en otro aspecto, órganos sociales; ese carácter está dado porque su invención, su elaboración y su aprovechamiento no pueden hacerse en forma individual, sino que requieren la colaboración organizada y estable de un conjunto humano, de una sociedad.

Aquí aparece otra característica de las herramientas: éstas no existen sólo como instrumentos, con el carácter físico que las hace ventajosas para golpear, perforar, unir o realizar cualquier otra función, sino que requieren, para su aplicación, de capacidades y conocimientos determinados. Al mismo tiempo que facilitan un mayor desarrollo de la mente del hombre, ya que le permiten una mejor alimentación y un conocimiento más profundo de la realidad, exigen este mayor desarrollo: la preparación necesaria para utilizar y, sobre todo, para inventar una computadora electrónica, es inconmensurablemente superior a la requerida para el manejo de una lanza o de un arco. Pero esta preparación no requiere un cambio físico: se trata de un aprendizaje, es decir, de un proceso que se realiza en la sociedad, en un plazo muy inferior al de la evolución biológica.

La causa de la diferencia entre el ritmo de la modificación animal y la humana consiste, pues, en el conjunto de factores sociales que dan lugar a la invención, elaboración y aprovechamiento de instrumentos, y en los conoci-

mientos y habilidades necesarios para ello. Las costumbres y la organización de la sociedad, es decir, toda su cultura, son una parte integrante de estos elementos. Entre ellos desempeñan un papel importante las relaciones que se establecen entre los hombres que en determinadas condiciones, predominantes ya durante varios milenios, permiten a unos realizar una función libre correspondiente a su propia voluntad y reducen a otros a la ejecución de labores sujeta a los primeros. En los capítulos siguientes se examinarán con mayor detenimiento estas relaciones, las relaciones de producción, las estructuras que adoptan, su dinámica, sus mecanismos internos.

*El conjunto de los factores.* Es evidente que el ambiente en que se desarrolla la sociedad humana abarca los factores naturales y los sociales. Tan absurdo sería olvidarse de unos como de otros. Sin embargo, se plantea la interrogante acerca de su importancia relativa.

Un breve análisis de la experiencia histórica da una respuesta inicial, general, a esta cuestión.

La débil técnica y el escaso conocimiento de que dispone el hombre primitivo lo hacen depender en gran medida de las condiciones naturales. Conforme avanza en habilidades y comprensión aumenta su capacidad para modificarlas y no sólo aprovechar lo que encuentra en la naturaleza. Si el hombre primitivo no puede vivir en el desierto sino en forma muy precaria, el moderno puede irrigarlo y transformarlo en un jardín. Antes, en muchas partes no era posible establecer industrias por falta de materias primas o de fuentes de energía; hoy pueden sustituirse, frecuentemente, estos requisitos por otros o transportarlos al lugar conveniente, gracias a los medios de comunicación creados por la sociedad.

Esta creciente capacidad del ser humano de influir sobre la naturaleza, de modificarla, encierra también graves y crecientes peligros. Numerosos ejemplos demuestran que la acción del hombre no sólo ha modificado al medio ambiente en su beneficio sino que también lo ha perjudicado. El extenso pastoreo practicado en España contribuyó mucho a destruir los bosques de gran parte de ese país; la acción de los gobernantes españoles de Nueva España para evitar las inundaciones que se producían en la ciudad de México condujo a la transformación de la zona lacustre en una región asolada por la falta de agua y por hundimientos del suelo; muchas especies animales y vegetales han sido exterminadas por la acción del *homo sapiens*. Los ejemplos pueden multiplicarse infinitamente.

A estas situaciones de un pasado más o menos remoto debe añadirse, en los últimos siglos, la contaminación de la atmósfera por la combustión de productos fósiles, como el carbón y el petróleo; el debilitamiento de la capa de ozono que protege a la Tierra contra las radiaciones ultravioletas; los perjuicios causados por insecticidas y los peligros que pueden entrañar las modificaciones que realiza la ingeniería genética, la transformación artificial de características hereditarias. No es posible enumerar todos los daños ya causados por la acción humana ni los peligros que entraña para el futuro;

sólo mencionaremos todavía la posibilidad real de la destrucción de toda vida existente en el globo terráqueo por el posible uso masivo del armamento nuclear, desarrollado desde la década de los cuarenta del siglo pasado.

Los daños cada vez mayores causados por el dominio que el hombre ejerce sobre la naturaleza no invalidan la consideración de un progreso humano en ese aspecto. Lo que sí se desprende de su conocimiento es que con esta mayor capacidad humana crece la responsabilidad de los hombres, la necesidad de reconocer que somos parte de la naturaleza y que los avances de la ciencia y de la técnica pueden y deben realizarse en bien de ésta, incluyendo en ella al propio género humano.

## 19. Los cambios de las fuerzas productivas

Al buscar una característica general de toda sociedad humana se encuentra el hecho de que, para vivir, forzosamente tiene que consumir: necesita alimentarse, habitar, vestirse y satisfacer otras necesidades. Esto, por simple y obvio, es olvidado frecuentemente. Ahora bien, el consumo requiere que haya producción: los bienes correspondientes deben elaborarse.

¿En qué consiste la actividad productora? Se trata, en el sentido más amplio, de la intervención que realiza el hombre en la naturaleza, para obtener de ella los bienes que necesita, ya sea en forma directa o indirecta. Esto se refiere tanto a la apropiación de lo que existe sin intervención humana como a la modificación del ambiente, a la transformación del mineral en metal, al aprovechamiento de la caída de agua para generar energía eléctrica, a la cría y modificación de animales, al cultivo de plantas desarrollando en ellas determinadas características y suprimiendo o debilitando otras, etc. Al hablar de la producción, también debemos tomar en cuenta el propio conocimiento humano, cuya aplicación es uno de los elementos indispensables en el proceso productivo.

Se pueden distinguir claramente dos aspectos que forman parte de éste: el primero es la acción del hombre sobre la naturaleza, directa o indirecta, y el segundo lo constituye la relación que se establece entre los hombres para producir. Ambos elementos están indisolublemente ligados entre sí e intervienen en la situación y evolución de la sociedad, de acuerdo con las peculiaridades propias de cada conjunto humano. Se requiere un examen específico de ellos.

¿Cuáles son las características del primer aspecto, de la acción del hombre sobre la naturaleza? En esta actividad se distinguen varios componentes que constituyen lo que podemos llamar las fuerzas productivas. Por una parte están las herramientas, los utensilios empleados por el hombre en su labor, que abarcan desde los instrumentos más primitivos de piedra burdamente tallada o de ramas apenas modificadas para su utilización, hasta las computadoras

más refinadas y los mecanismos de energía nuclear más potentes. También forman parte de ellas los conocimientos, las habilidades y las costumbres de trabajo de los hombres. Ningún instrumento se hace solo ni actúa sin el hombre, que viene siendo así el elemento productivo fundamental. Las máquinas “inteligentes”, capaces de tomar decisiones, son instrumentos que aplican programas elaborados por sus creadores.

Estos dos elementos, los instrumentos y los hombres que los inventan y utilizan, se aplican sobre determinadas condiciones naturales, “vírgenes” o ya modificadas a su vez por la acción humana. Aunque los recursos de la naturaleza no pueden considerarse lógicamente fuerzas productivas en el sentido de ser parte de la actividad humana, son un requisito indispensable para ésta. No es posible hacer caso omiso de ellos al examinar el conjunto de las fuerzas productivas de una sociedad determinada.

Tales fuerzas no son inmutables. Tomando cada uno de sus elementos en forma aislada podría opinarse que sólo las herramientas y los conocimientos cambian aprisa, mientras que las condiciones naturales evolucionan al paso lento de toda transformación biológica. Sin embargo, como la naturaleza está sujeta, a su vez, a influencias ejercidas por la sociedad humana, también en ella la evolución es mucho más rápida que donde no se ve influida por la acción humana. Al respecto, piénsese simplemente en las obras de riego o de desecación, en la fertilización artificial de la tierra o, en sentido opuesto, en la destrucción de bosques y en la contaminación de aires y aguas.

¿En qué consiste la causa principal de la evolución de las fuerzas productivas? Todo productor, al realizar su obra, tiene que escoger entre repetir métodos ya experimentados aplicando instrumentos conocidos y buscar y emplear nuevas formas de trabajo. Esta contradicción se resuelve en una unidad dialéctica: la repetición de los mismos sistemas permite acumular la experiencia que facilita, a su vez, elaborar nuevas formas.

Las innovaciones pueden basarse en distintas causas concretas, como la observación, la investigación y la experimentación cuidadosas. También es importante el papel de la casualidad: uno de los orígenes de la cerámica está probablemente en la combustión accidental de cestos tejidos, previamente recubiertos de arcilla para impermeabilizarlos. Como resultado queda un “cesto” de barro, una vasija y también el conocimiento de la técnica que permite transformar el barro en una especie de piedra artificial, a la que previamente se le ha dado una forma conveniente. En el descubrimiento de la radiactividad también tuvo un gran papel el azar, y se podrían citar múltiples ejemplos más. Pero por mayor que pueda ser el papel de la casualidad en muchos descubrimientos, no hay que olvidar que siempre interviene un elemento consciente de gran importancia: el aprovechamiento de lo encontrado gracias a la suerte sólo es posible con determinado grado previo de conocimiento.

Ahora bien, se trate del aprovechamiento de hallazgos casuales o del resultado de la investigación científica y técnica, las innovaciones en los sistemas de trabajo obedecen siempre a una finalidad: obtener mayor rendimiento

con el mismo esfuerzo o, lo que viene siendo lo mismo, disminuir el esfuerzo necesario para obtener un rendimiento sin variación.

A muy grandes rasgos, podemos ver que el hombre, empezando por el prehumano, empieza aprovechando solamente su propia fuerza muscular, para lograr más adelante utilizar también la del fuego, de animales, de elementos naturales como el viento y el agua, hasta llegar al uso de la energía nuclear en nuestros días. Los instrumentos de que se vale evolucionan de piedras y palos toscamente preparados a otros más elaborados, al arco y la flecha, palancas, ruedas y engranes, para pasar a instrumentos de nivel técnico superior como molinos, telares, etc., y culminar en la actualidad en la maquinaria altamente compleja, que abarca desde la que se utiliza para la fabricación como la que facilita el transporte o el procesamiento de información.

Las repercusiones de estas modificaciones sobre la sociedad humana son múltiples. Por una parte, podemos observar que permiten pasar de la existencia de colectividades de pocos integrantes a las actuales, formadas por muchos millones de personas, en que podemos considerar incluso que toda la humanidad constituye una sola sociedad. Por otra, de una estructura en la que todos hacen todo, se pasa a una especialización del trabajo, que comienza con formas muy sencillas (división entre hombres-cazadores y mujeres-recolectoras) y sigue a otras muy complicadas. Durante largos periodos se van desarrollando nuevas especializaciones: agricultores, pastores, artesanos de diferentes labores. Se pasa de formas de cooperación simple (muchos albañiles que participan en una construcción) a otras más complejas (la colaboración de albañiles, plomeros y otros en una misma obra y la de trabajadores manuales con intelectuales como ingenieros y arquitectos, etcétera).

La división del trabajo ha llegado hoy en día a un grado en que virtualmente todas las actividades industriales y de las comunicaciones están basadas en la colaboración de trabajadores de distintas especialidades. Sin ésta no podría funcionar la producción moderna, en la que se relacionan todos sus sectores. A través de mecanismos técnicos, comerciales, financieros y también culturales, lo que sucede en Irán repercute en la vida de México, la invención de una técnica nueva en Japón afecta a Estados Unidos. Aquí también, los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito.

Hemos hablado de lo que podría llamarse el aspecto cuantitativo y técnico de las relaciones de producción. Pero éste no es su característica única y ni siquiera es la más importante para la comprensión del desarrollo de la sociedad, la que influye de manera más directa en ella. Es necesario examinar quién dirige la producción y en beneficio de quién se realiza ésta.

Históricamente, se ha visto que en las sociedades primitivas, fundamentalmente en las recolectoras (incluyendo en el término a las cazadoras y las pescadoras), existe una forma de igualdad básica fundada en el trabajo común y en la escasez general de bienes. Más tarde predominan estructuras sociales en las que, de una u otra forma, unos grupos logran aprovechar el trabajo de otros: hay explotación del hombre por el hombre, unos trabajan para benefi-

cio de otros. Un larguísimo periodo de la historia de la humanidad (todo lo que se llama tradicionalmente el periodo histórico, para distinguirlo del prehistórico) está caracterizado por la lucha entre los distintos elementos que intervienen en esta relación: unos por afianzarla y perfeccionarla en su beneficio, otros por modificarla, y otros más, en fin, por abolirla y sustituirla por una nueva forma de colaboración, de igualdad básica fundada en el trabajo común y en la abundancia de bienes.

¿Quiénes son los que libran la lucha señalada? El propio enunciado de ésta hace ver que deben ser los directamente interesados: los beneficiados por una situación tienden, lógicamente, a perpetuarla y afianzarla; los perjudicados tratarán de modificarla o abolirla. Sin embargo, a pesar de la claridad en los aspectos básicos, no resulta fácil la aplicación de esta consideración a los casos concretos. Es muy común, por ejemplo, identificar “pobre” con “rebelde” o “revolucionario”; pero una observación de la realidad histórica hace ver que frecuentemente no son los sectores en peor situación económica los que inician o dirigen las luchas revolucionarias, sino otros, de nivel más bien medio.

También es sabido que los dirigentes políticos de movimientos de renovación son, en muchos casos, personas provenientes de los grupos dominantes, precisamente los que van a ser atacados.\*

Esta aparente contradicción tiene distintas causas. Una consiste en que miembros del grupo dominante se dan cuenta de que la situación de la masa popular puede poner en peligro el propio sistema y buscan la forma de mejorar la situación de ésta. En algunos casos, personas de gran honestidad pasan de buscar este objetivo moderado a una actitud revolucionaria, al llegar a la convicción de que se requieren transformaciones radicales para un cambio efectivo de la situación. También se da la situación de personas que gozan de privilegios y, por un espíritu de justicia, luchan por la igualdad entre todos los humanos.

Las mismas concepciones que pretenden justificar las desigualdades sociales producen en muchas ocasiones pensadores y actores políticos que se les oponen. Así, frente a la afirmación de que el orden social obedece a la voluntad divina y debe ser aceptado, son frecuentes los grupos revolucionarios que enarbolan lemas religiosos, basados en citas bíblicas. En la Edad Media europea destacaron muchos movimientos de este tipo, tachados por los gobernantes religiosos y políticos de herejías, y también son notorias exigencias del mismo tipo en las últimas décadas. Lo mismo se puede decir de quienes pasaron de exigir la igualdad ante la ley a pugnar por la abolición o, por lo menos, por la moderación de las diferencias económicas.

La característica común de los diferentes luchadores sociales provenientes de sectores medios o privilegiados, es que su posición les permite ver situacio-

---

\* Los ejemplos abundan: los hermanos Graco, promotores de una reforma agraria que afectaba a los privilegiados de Roma, pertenecían a la aristocracia de su país; hubo muchos nobles entre los precursores ideológicos y los iniciadores de la Revolución Francesa; Madero y Carranza, en México, eran de familia de terratenientes; Marx provenía de una familia acomodada.

nes generales de la sociedad. También hay que señalar que una interpretación amplia de ésta requiere de una vasta preparación, sólo accesible para quien puede realizar estudios y observar el conjunto de la vida social de su momento. Cuando sus planteamientos corresponden a los intereses de vastos sectores sociales y éstos los hacen suyos, pueden llegar a producir grandes movilizaciones populares.

La observación del papel histórico de los dirigentes provenientes de grupos instruidos ha dado lugar a la idea, muy difundida entre la llamada clase media, de que ésta es el sector más valioso y dinámico de la sociedad. Se renuncia así a la interpretación del movimiento histórico en función de grupos sociales y se sostiene que son los personajes, los caudillos, los "hombres iluminados", "providenciales", quienes "hacen" la historia. Con esto se cae en la subjetividad y no se encuentra ninguna explicación de por qué estos adalides de los movimientos sociales corresponden siempre, con mayor o menor precisión, a situaciones reales y a una exigencia efectiva del desarrollo.

## 20. Las clases sociales en el desarrollo humano

Entre las múltiples explicaciones del desarrollo histórico tuvo una enorme influencia desde mediados del siglo XIX hasta el último cuarto del XX la que ve en los movimientos de las clases sociales la base del acontecer histórico. Encuentra en ellas el aspecto decisivo de las relaciones de producción, desde la división de la sociedad en clases hasta hoy. Ahora bien, ¿qué son éstas, cuáles son sus características, cómo actúan y qué finalidades persiguen? ¿Cómo han cambiado a través del tiempo?

Es frecuente definir las clases por su nivel económico o también por su formación cultural. Esta delimitación suele expresarse en términos como “clase pobre” o, peor, “clase baja” o “humilde”, “clase media”, “clase rica o alta”. Esta formulación puede ser útil para ciertos exámenes de la vida diaria, pero no ayuda a lograr una comprensión profunda de los fenómenos a que se refiere.

¿Serán lo mismo, tendrán las mismas características y los mismos intereses fundamentales en la sociedad el esclavo ateniense, el campesino con tierras erosionadas, expoliado por el usurero, el trabajador que “disfruta” salario mínimo o una remuneración todavía inferior, el desocupado de una “ciudad perdida”? Por otra parte, ¿se podrá identificar en una clase al rey-sacerdote asirio, al *hueytlatoani* mexicana, al latifundista romano, al comerciante medieval, al desocupado *play-boy*? Y sin embargo, unos son pobres y otros son ricos, en su sociedad, desde todo punto de vista. Sin duda, tienen ciertas características comunes, pero también hay diferencias fundamentales entre ellos.

El término “clase media”, en su uso actual, se esfumará aún más ante cualquier examen. “Media” ¿entre qué y qué? Si esto no se define no tiene significado alguno la denominación. Y si se explica, como se hace muchas veces, que la clase media es la situada entre la “alta” y la “baja” (con las dificultades ya señaladas para éstas), ¿tendrá sentido considerar de una misma clase al dueño de una pequeña tienda, al campesino que cultiva su tierra solo o con escasa ayuda, pero que no trabaja como asalariado, al empleado, al obrero “bien remunerado”, al profesionalista libre, aunque todos ellos formen parte de la

misma sociedad? El interés inmediato de unos será vender a mejor precio sus productos o servicios, el de otros consistirá en incrementar su salario, y se podrán definir otras diferencias entre ellos. Más confusa resulta la situación si se toman en cuenta distintos periodos históricos: la burguesía, clase “alta” de hoy, era la “clase media” en siglos pasados. Todas estas definiciones desembocan en un criterio subjetivo y, en última instancia, no explican nada.

Para llegar a un criterio objetivo de lo que son las clases hay que ver, antes que nada, que éstas no existen “en abstracto”, sino siempre en una sociedad determinada. ¿Cuáles son sus características semejantes y cuáles diferencian a unas de otras?

El estudio de algunos ejemplos concretos puede facilitar la respuesta. La clase dominante en el sistema esclavista es, evidentemente, la de los dueños de esclavos. Vive de lo que producen éstos, más precisamente, de la diferencia entre lo que producen y lo que consumen. Su interés consiste en que esta diferencia sea la mayor posible, lo que se puede lograr en dos formas distintas, que no son excluyentes entre sí: incrementando el producto del trabajo del esclavo o rebajando el “costo de mantenimiento” de éste. La posición del esclavista se basa en el hecho de que es el dueño de los instrumentos de producción en su sentido más amplio, incluyendo en éstos a los propios productores, a los esclavos. Su forma de actuar girará alrededor de las dos vías señaladas para incrementar la riqueza que obtiene.

El aumento en el rendimiento del hombre propiedad de otro puede obtenerse mediante el uso de una mayor presión, de capataces más exigentes, de castigos más duros, de amenazas más violentas que las acostumbradas. Sin embargo, este sistema pronto llega a su límite. Al inhibir toda colaboración voluntaria de parte del esclavo, hace crecer la resistencia de éste y exige un mayor gasto en vigilancia y represión.

Para bajar el costo del mantenimiento del esclavo hay, aparentemente, una sola forma: proporcionarle menos bienes de consumo, menos comida, ropa, habitación, lo que conducirá con prontitud a su incapacidad o muerte. Pero existe otra manera históricamente muy importante, aunque menos evidente: resulta mucho más conveniente para el esclavista obtener esclavos ya adultos, con capacidad para trabajar, que criarlos. La guerra, que proporciona hombres jóvenes, vigorosos, que de prisioneros son transformados en esclavos, resulta así un ingrediente importante no sólo para extender sino hasta para conservar esa estructura. El crecimiento de los imperios de la Antigüedad facilitaba esta situación; cuando Roma perdió su capacidad de conducir guerras de conquista se redujo esta fuente de mano de obra esclava y el sistema empezó a decaer.

Hay otra forma para obtener mayores beneficios de un trabajador: darle un aliciente, haciéndolo participar del incremento que logre al laborar. Sin embargo, así se le reconoce una capacidad propia de decisión y, con ello, se tiende a socavar el sistema mismo de la esclavitud. De hecho, esto fue lo que se produjo en los últimos siglos de existencia del Imperio Romano.

Lo antes señalado se refiere a las diferentes posibilidades que tiene el esclavista de mejorar el rendimiento de la estructura existente, y condiciona su actitud. Pero es necesario considerar otros aspectos. Entre éstos el más importante consiste, a la larga, en el deseo y la necesidad de la clase dominante del sistema de preservarlo, de impedir su destrucción. Con este fin puede, en ciertos casos, adoptar medidas que parecen ir o que van efectivamente en parte en contra de su esencia, como la de conceder algunos derechos a sus esclavos.

La resistencia de éstos, como la rebelión encabezada por Espartaco, fue otro de los elementos que contribuyeron a la decadencia del sistema y a la implantación de formas que condujeron a abolirlo. Al hablar de los grandes periodos históricos se ha mencionado este elemento, así como el papel jugado por el cristianismo.

¿Serán iguales a las señaladas aquí las características de otras clases dominantes? El examen de la forma de vida y de actuación de la burguesía,\* dirigente en nuestros días, permitirá que lleguemos a una conclusión al respecto.

Se trata también de una clase poseedora de medios de producción, que vive de la ganancia que obtiene gracias, precisamente, a esa propiedad. Como todo grupo social en posición ventajosa, desea mantener lo central de la estructura existente y al mismo tiempo procura incrementar los beneficios que obtiene. Para ello no puede operar en la misma forma que el dueño de esclavos o el señor feudal, quienes buscaban la expansión física de sus dominios.

El capitalista invierte, es decir, incrementa y mejora el aparato productivo y de distribución para lograr mayores beneficios; si no lo hace, sucumbe frente a sus competidores en el mercado. En dos formas, muchas veces simultáneas, busca obtener su objetivo: produciendo más mercancías u ofreciendo más servicios, gastando lo mismo o rebajando el costo de elaboración de unas u otras. En el caso de los grandes inversionistas, esta actividad ha llevado al nuevo imperialismo, distinto del "clásico" que extraía tributos y no invertía capital. El moderno, desde el siglo xviii hasta mediados del xx se caracteriza por el reparto del mundo entre los países imperialistas, con la creación del sistema colonial, en que se combinan la ocupación territorial y la dominación económica y política, manteniendo soberanías formales. En capítulos anteriores se ha hablado de este fenómeno.

De lo anterior se deriva que el capitalismo es un sistema sumamente dinámico, obligado a constantes innovaciones, a diferencia de la situación relativamente estable del sistema feudal o del esclavista. Esto imprime un doble carácter a su sector dominante, la burguesía o clase capitalista: por una parte, tiene que ser

---

\* El término burguesía proviene de que, en la Edad Media, era el sector dominante en los burgos, las ciudades. Aquí lo usamos como sinónimo de clase capitalista, compuesta por los dueños de empresas de las cuales obtienen ganancias, las que invierten en parte para obtener mayores beneficios. A la misma formación social corresponde el proletariado, la clase de los obreros que viven del sueldo que reciben de los capitalistas, y cuyo trabajo engendra la ganancia de éstos.

dinámica, con capacidad de renovación en sus formas de actuar y, por otra, es conservadora, con el fin de mantener su situación privilegiada en la sociedad.

Mucho de lo mencionado acerca de las clases dominantes en determinados sistemas puede aplicarse a las clases dominadas correspondientes, en sentido inverso. La explotación que sufre el esclavo es claramente visible y también lo es el tributo que entrega el siervo al señor feudal. En ambos casos no hay relación mercantil y tanto el esclavo como el siervo tienen escasa relación directa con otras personas en su misma condición, ya que están sujetos a distintos señores.

Para el trabajador del capitalismo, en cambio, la explotación que sufre es mucho menos evidente que la del esclavo y del siervo, aunque no es menor si se considera la relación entre lo que produce y lo que consume. Además, el mismo carácter de la sociedad en que vive lo pone en contacto con sus colegas de clase, porque la economía capitalista es fundamentalmente de carácter social, de interrelación estrecha de sus partes.

El interés de toda clase dominada será siempre, a la larga, el de romper la dominación y, a la corta, de aminorarla y hacerla más llevadera; lo mismo puede decirse acerca de toda clase explotada (no siempre se identifican clase dominada y explotada, como tampoco dominante y explotadora). Lo que cambiará de acuerdo con las características específicas de las clases y de las sociedades de que forman parte serán el modo y las perspectivas concretas de sus luchas.

Las características básicas de las clases están magistralmente expuestas en la clásica definición que da Lenin en el folleto *Una gran iniciativa*:

Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disponen.

Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social.<sup>27</sup>

Todo lo dicho se refiere a la existencia y a las características objetivas de las clases. Se impone ahora examinar qué consecuencias se desprenden de ellas, en qué forma se expresa la situación objetiva en la conciencia, de qué manera se reflejan los intereses en los actos.

Lo primero que se observa es que nunca puede existir una clase sola: siempre se encuentran dos clases en oposición, contrarias entre sí y, al mismo tiempo, ligadas inseparablemente. No hay esclavos sin esclavistas, ni capitalistas sin proletarios.

<sup>27</sup> V. I. Lenin, "Una gran iniciativa", *Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, 1961, tomo 3, p. 242.

Este cuadro básico no debe hacer olvidar el hecho de que las sociedades nunca son "puras": además de las dos clases fundamentales, que corresponden a la situación característica de la sociedad en cuestión, existen otros grupos. Por una parte, hay casi siempre clases secundarias, supervivencias de formas sociales anteriores o, en determinadas ocasiones, estructuras que serán características de la nueva relación social que predominará más adelante.

Un ejemplo del primer caso es la existencia de campesinos siervos o semi-siervos en países capitalistas, que se observa hoy en ciertas zonas de América Latina y de otras regiones del mundo. A su vez, los colonos de fines del periodo esclavista de Roma son una clase social muy semejante a la de los siervos que constituirán la característica del campesinado medieval, y la burguesía, junto con el proletariado, se forma ya en el seno de la sociedad feudal. Existen también las capas medias que, sin constituir clases propiamente dichas, participan de manera confusa de las características de varias de ellas y constituyen, con frecuencia, grupos numerosos e importantes.

Las clases opuestas que forman parte de una misma sociedad tienen intereses opuestos y luchan entre sí. Ya al hablar de las características de las clases se han señalado estos intereses y pugnas. La lucha de clases no es un invento del marxismo; ni siquiera es un descubrimiento de éste, aunque es esa teoría la que más ha profundizado en el estudio y análisis del fenómeno. La lucha de clases es el resultado lógico, inevitable, de la contradicción de sus intereses. Puede, en determinadas circunstancias, presentarse una coincidencia, real o ficticia, entre clases opuestas y también hay situaciones de tranquilidad más o menos prolongadas, en las cuales no es visible la lucha entre los grupos en pugna; pero siempre subsiste la diferencia fundamental entre esclavos y esclavistas, señores feudales y siervos, capitalistas y proletarios. No pueden identificarse, a la larga, los intereses de quienes obtienen tributo y de quienes lo pagan, de quienes crean más de lo que consumen y de los beneficiarios de esta situación.

Las diferencias entre las clases no sólo se manifiestan en los puros intereses económicos: se expresan en múltiples formas, que se modifican a través de los cambios de las situaciones concretas. Es posible, aunque muchas veces difícil, discernirlas en manifestaciones económicas, políticas, culturales y psicológicas de todo tipo. Todas ellas tienen un significado de tendencia, de valor predominante, sin que haya una identificación total, mecánica, entre las características de la clase y la actuación de cada uno de sus individuos.

Algunas clases, de acuerdo con su forma de vivir, tienden a desarrollar una concepción colectivista. Este es el caso del proletariado industrial moderno: el hecho de la división del trabajo dentro de la fábrica, de que el trabajador aislado no produzca, sino que sea el *conjunto organizado* de trabajadores el que realiza la producción, tiene una repercusión que rebasa en mucho la fórmula simple de la unión frente al patrón. Toda su experiencia de trabajo empuja al proletario moderno a la coordinación, a la organización, al espíritu de disciplina e, inclusive, a la previsión y a la planificación.

A esta tendencia se opone la competencia entre obreros industriales y otros asalariados que muchas veces se impone en la práctica diaria a su interés común. En los lugares de trabajo son frecuentes las situaciones en que un trabajador trata de obtener un puesto mejor remunerado, desplazando a un colega. Para ello puede desarrollar un esfuerzo mayor o, también, intentar conquistar la simpatía del patrón con actitudes que pueden llegar al perjuicio directo de sus compañeros.

La burguesía, compañera y opuesta del proletariado, muestra, en cambio, un carácter fundamentalmente individualista. Su propiedad es privada, sus decisiones no corresponden a la planeación de una economía de conjunto sino a los intereses de cada empresa. Si se puede afirmar que *el* obrero no produce, sino que lo hacen *los* obreros de una fábrica, también hay que decir que *el* dueño sí decide en *su* empresa. El principio de la propiedad privada, la libre competencia, todo el conjunto de las condiciones de existencia de la burguesía coinciden en la tendencia individualista. El tipo de actividad y de iniciativa que requiere la supervivencia en el capitalismo exige también del capitalista que sea dinámico; del acierto de sus decisiones y de la agilidad en la aplicación de las mismas depende su éxito o su fracaso.

También hay elementos que limitan el carácter individualista fundamental de la burguesía. La sociedad capitalista, en medio de la competencia entre los dueños, exige una gran cooperación para la defensa de sus intereses comunes. El destino de cada industria, de cada comercio, de cada banco está ligado directamente al desarrollo de todos los que forman parte de un mismo país y también, de manera general, de todo el sistema mundial de libre empresa. Este interés se expresa en luchas concretas, por ejemplo en las "listas negras" que identifican a personas consideradas rebeldes o peligrosas, para negarles el acceso a puestos de trabajo. También se puede dar alguna planificación económica general, realizada por el Estado o por las propias empresas predominantes.

La forma más generalizada de la actuación conjunta de la burguesía se realiza a través del Estado, mediante la elaboración de leyes convenientes a la burguesía. A esto se añade que en situaciones especialmente conflictivas, los empresarios o el mismo Estado violan tales disposiciones, para reprimir las acciones de la clase opuesta o también en beneficio de determinados grupos particulares.

En resumen, se puede decir que la burguesía es una clase individualista que dirige una sociedad de características colectivistas. Es ésta la contradicción fundamental del sistema, imposible de resolverse dentro del mismo. Su manifestación es ciertamente distinta en la situación actual, de grandes monopolios de proyección internacional, de la que tuvo en el siglo XIX, cuando predominaban las múltiples pequeñas empresas; pero subsiste, en todo lo fundamental, la situación de los obreros industriales que siempre laboran en conjuntos organizados, mientras que el dueño de la empresa o, en su representación, el administrador responsable, actúa en forma fundamentalmente individualista.

La actuación concreta de una clase no depende únicamente de estos elementos, que le imprimen una tendencia individualista o colectivista; reflejará también su situación de progreso, de estancamiento o de decadencia. Es sobre todo el arte el que expresa, con mayor o menor fidelidad, el estado de ánimo y las características del “mundo” de la clase en cuestión. Esto, por supuesto, no se expresa en la forma simplista de que el artista proletario trabajará forzosamente con cooperativas y el burgués lo hará como empresario independiente, de que uno se mostrará optimista y el otro pesimista. Las relaciones suelen ser mucho más sutiles y más generales.

Una clase en ascenso histórico tendrá, generalmente, una visión optimista y la opresión que sufra se manifestará en denuncias; la clase satisfecha expresará su situación con una representación estática de la realidad, en que se desplazarán, de manera más o menos consciente, los elementos discordantes. Si se encuentra en decadencia, en cambio, buscará formas de escape, de huida de la verdad, o se refugiará en elementos de satisfacción inmediata, sin perspectiva. El esplendor vigoroso y optimista del Renacimiento, la satisfacción general del siglo XIX, la desorientación que se refugia en drogas en nuestros días ilustran las tres situaciones señaladas, aunque el cuadro real no es tan claro como la generalización que se acaba de hacer; en la práctica y, frecuentemente, en una misma persona, suelen mezclarse características atribuibles a distintas clases.

El pensamiento científico y filosófico presenta otra posibilidad de observar la misma correlación. La burguesía ascendente produce la Ilustración, con su optimismo, su fe en la razón humana y su demanda de examinar racionalmente el Universo, que se opone al espíritu dogmático, de verdad establecida inabarcable para el pensamiento humano, propio de la estructura absolutista de su tiempo, proveniente del feudalismo. La clase triunfante en el siglo XIX proclama, en el positivismo, su convicción de que ya “todo está resuelto”, de que sólo se necesita proseguir por la senda trazada; la razón ha descubierto todo lo fundamental y únicamente se impone llenar los vacíos que aún quedan en el conocimiento. La segunda mitad del siglo XX ve un resurgir del irracionalismo, frecuentemente combinado con una aceptación parcial de la ciencia, la puesta en duda del sentido del progreso y del propio pensamiento humano, que revela la falta de perspectivas de un mundo que no sabe a dónde va. En las últimas décadas se ha fortalecido enormemente esta tendencia.

Aquí también es necesario insistir en que estas afirmaciones acerca del arte y de las ciencias son de tipo general y exigen un cuidadoso examen al observar situaciones concretas. Veamos algunos ejemplos.

El arte del Renacimiento pone en el centro de su atención al ser humano, pero algunas de sus expresiones más elevadas, como las obras de Shakespeare, muestran un profundo pesimismo acerca del carácter del hombre. Cervantes, en el *Don Quijote*, sitúa en el pasado la “Edad de Oro”, la convivencia armoniosa entre los hombres. A su vez, el positivismo del siglo XIX rechaza la reflexión filosófica y renuncia con ello a buscar nuevas perspectivas para el futuro.

Ahora bien, ¿a la situación de la clase corresponderá su tendencia de revolucionaria, de conservadora o de reaccionaria? Indudablemente que sí, pero también aquí se debe rechazar la forma demasiado simplificada en que muchas veces se tiende a identificar toda clase explotada como revolucionaria y toda clase explotadora como reaccionaria. Recurramos nuevamente a algunos ejemplos.

Los esclavos fueron, sin duda, una clase explotada y oprimida. Esta situación dio lugar, con frecuencia, a una actitud de rebeldía que parece revolucionaria. Espartaco, el dirigente de la principal sublevación de esclavos de Roma, ha sido considerado a través del tiempo como el gran ejemplo de los dirigentes revolucionarios, y su valor personal, su abnegación, su capacidad política y militar son indiscutibles. Sin embargo, para enjuiciar serenamente el movimiento de los esclavos hay que preguntarse: ¿qué pretendían?, ¿qué podían pretender?, ¿cuáles fueron los resultados objetivos de su acción? Su aspiración era, y no podría haber sido otra, la de obtener la libertad y volver a establecerse, en sus tierras de origen o en otras partes, como pequeños campesinos independientes. Se trata, pues, de volver a una situación anterior y no de organizar una sociedad nueva, más avanzada. Y si algunos esclavos, como históricamente se ha dado el caso muchas veces, pretendían simplemente transformarse en esclavistas, no puede tampoco hablarse de una intención revolucionaria, sino de la tentativa de sustituir un grupo dominante por otro, sin producir una transformación social verdadera.

Los esclavos, dadas sus características, no podían aspirar a una transformación progresiva de la sociedad, sino a la restauración de una situación anterior, ya superada por el desarrollo. Sin embargo, la dialéctica de la evolución se expresa aquí en que sus luchas contribuyeron al advenimiento de una organización más avanzada, la feudal, porque fueron uno de los elementos que debilitaron a la estructura esclavista; pero la creación de la nueva sociedad no se realizó por la llegada de los esclavos al poder.

La burguesía medieval constituye otro ejemplo, de gran interés. Se trata, evidentemente, de una clase poseedora, pero sujeta a la organización feudal de gobierno. A pesar de que no constituía una clase explotada, sus intereses y su modo de vida la impulsaron a una actitud revolucionaria. Esto se manifestó desde la lucha por la limitación de los poderes feudales y la constitución de estados nacionales, realizada en alianza con la monarquía, hasta la aspiración ideológica expresada en la Ilustración, y culminó con la revolución burguesa, cuyo ejemplo más notorio fue la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII.

Este papel revolucionario que desempeñó la burguesía desde su nacimiento hasta el siglo XIX no se invalidaba por las alianzas temporales con el "orden existente", ni tampoco por la aspiración personal de muchos de sus miembros que deseaban incorporarse a la aristocracia. La necesidad histórica se abre paso a través de múltiples acciones y, en su conjunto, corresponde a las características de la clase.

La experiencia del proletariado es de una extraordinaria importancia, tanto por las enseñanzas que proporciona como por las perspectivas futuras que

ofrece. Su situación objetiva es la de una clase explotada, dominada, que forma parte de una sociedad mercantil; sus condiciones de trabajo lo impulsan a actitudes colectivistas. A pesar de ello, es de decidido carácter reaccionario su primera actuación como clase, el movimiento luddista, en el que los obreros ingleses de fines del siglo XVIII y principios del XIX intentaron destruir las máquinas que engendraban desocupación y empeoraban las condiciones de vida de los trabajadores. Se trataba, pues, de volver a una situación anterior, a la producción manual, intento que tenía que fracasar y que fracasó. Pero el saldo de ese movimiento no fue puramente negativo: contribuyó a hacer ver a los obreros cuáles eran sus intereses más profundos, y a llevarlos a buscar caminos que podrían conducirlos a una acción victoriosa.

En resumen, puede decirse que la situación de la clase tiende a determinar, a la larga, sus intereses y su actuación. Dentro de esta observación general es indispensable el examen concreto de cada situación para interpretarla correctamente, y deben tomarse en cuenta los múltiples elementos que participan en cada momento concreto.

No debe dejarse de ver la evolución que sufren las clases a través del tiempo, para poder entender la actuación de éstas y de la sociedad de la que forman parte. Así, es visible que el proletariado de las sociedades que hoy consideramos avanzadas es muy distinto de como era en los siglos pasados. Por una parte, su nivel de vida se ha elevado considerablemente; en muchos países existen normas que lo protegen frente a la desocupación y en situación de enfermedad; en algunos casos, determinadas organizaciones obreras participan, minoritariamente, en la administración de las empresas.

Junto con esto, se ha producido un cambio en la preparación de los trabajadores: en los países desarrollados se ha generalizado la enseñanza básica de nueve o diez años, y la proporción de técnicos e ingenieros respecto al total de la mano de obra se ha incrementado notoriamente. La causa de estos fenómenos reside básicamente en las nuevas exigencias de la industria, que requiere una mano de obra de más alta preparación, en el incremento de la productividad que permite elaborar más bienes o servicios en el mismo tiempo de trabajo y, de forma muy importante, en la lucha de los propios obreros durante muchas décadas. En este último aspecto hay que hacer mención del temor de las clases dirigentes frente al movimiento socialista, que las llevó, sobre todo en las primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a conceder mejores situaciones al proletariado, para evitar una radicalización de éste.

Hay otra modificación en la situación de la clase obrera que debe mencionarse aquí. El siglo XIX y buena parte del XX habían visto el continuo crecimiento del proletariado y la aglomeración de masas cada vez mayores en las fábricas. Este movimiento facilitaba que vieran con claridad sus intereses comunes, que formaran y fortalecieran organizaciones de clase, fundamentalmente de tipo sindical. A ello correspondían las luchas por mejoras laborales, tanto en lo referente a los salarios como a las condiciones de trabajo, los segu-

ros sociales y otras reivindicaciones. La situación también propiciaba la aparición de una amplia conciencia favorable a una transformación socialista, que se expresó en partidos políticos y en distintos movimientos y luchas.

La segunda mitad del siglo xx modificó aspectos importantes de este cuadro. Por una parte, disminuyó la proporción de los trabajadores industriales en el conjunto de la sociedad. En cambio, se incrementó fuertemente la población dedicada a los servicios, mucho menos concentrada en sus lugares de trabajo que los obreros de las industrias. Pero también éstos se encuentran hoy más dispersos que antes, al laborar en diferentes empresas, aunque éstas frecuentemente pertenecen a un mismo propietario. En esto radica una causa del debilitamiento del movimiento obrero y de su definición política, junto con otros elementos de que ya se ha hablado.

La disminución de la fuerza del movimiento obrero se ve compensada, en cierta medida, por su identificación con otros sectores asalariados o de bajos ingresos, sin que haya llegado a tener la fuerza que tuvieron las organizaciones proletarias durante la mayor parte del siglo xx.

Los cambios mencionados, sin embargo, no modifican la situación básica: los trabajadores no poseen los instrumentos con los que laboran, y engendran ganancias a favor de los propietarios de éstos.

Cabe mencionar que en los países llamados “subdesarrollados”, “emergentes” o “en desarrollo”, sólo muy pequeños núcleos de trabajadores gozan de las ventajas que han logrado los obreros de los “desarrollados”, mientras grandes sectores populares continúan en situación muy mala o hasta han empeorado en las últimas décadas.

Por otra parte, hay que señalar que, aproximadamente a partir de 1975-1980, muchas de las ventajas alcanzadas por las clases obreras de varios países han sido reducidas gravemente hasta quedar casi eliminadas. Entre las causas de esta situación habría que mencionar una permanente inestabilidad de la economía mundial, el debilitamiento y la creciente falta de decisión del movimiento obrero y, de manera muy importante, la pérdida de prestigio del movimiento socialista y comunista. Un elemento culminante en este proceso es la crisis y, finalmente, la desaparición de la Unión Soviética con el derrumbe del intento socialista en ésta y en los países que formaban su bloque.

Otro grupo que debe mencionarse al hablar de las clases sociales es el de los sectores medios. Ya hemos señalado antes la falta de precisión del término “clase media”, ya que con éste suelen designarse núcleos que no tienen características fundamentales propias (salvo el hecho de tener “ingresos medios” respecto a otros sectores). Sin embargo, su gran peso numérico hace indispensable examinar su papel en la sociedad.

No es posible señalar un interés concreto, común, a largo plazo de estos sectores. La razón de ello radica, como ya se ha dicho, en que están compuestos por grupos heterogéneos, de situaciones y aspiraciones diversas y, muchas veces, contradictorias. El examen se complica aún más porque se consideran integrantes de la “clase media” muchos sectores que, por su posición concreta, forman

parte de clases claramente definidas (trabajadores asalariados, pequeños empresarios), pero que no se identifican conscientemente con éstas. Por lo tanto, sólo pueden darse aquí algunas sugerencias acerca de estos grupos.

En general, se puede decir que tienden a identificarse en ciertos momentos con la clase propietaria y, en otras ocasiones, con la desposeída. Esto se debe a que no tienen una función específica ligada directamente a una forma de estructura social ya que participan, aunque de manera muy dispareja en su propio seno, de algunas de las ventajas de la clase propietaria y comparten, al mismo tiempo, muchos sufrimientos de la clase desposeída. Se piensa frecuentemente que sirven de apoyo al régimen en que viven, cuando se dan situaciones de auge económico que mejoran las condiciones de estos grupos. La afirmación resulta acertada en ocasiones, pero también se produce el fenómeno contrario de que exijan posiciones que no son admisibles para el núcleo gobernante de la sociedad. En tales momentos pueden entrar en conflicto con éste, a veces enarbolando lemas que corresponden a los intereses históricos de la clase desposeída.

*Espíritu de la sociedad y conciencia de clase.* Se ha hablado aquí de la forma de pensar y actuar de las clases sociales. ¿Podría hablarse también de un “espíritu” característico de una sociedad? Basta con observar las distintas formaciones sociales históricas para contestar afirmativamente. Cada una de ellas se expresa en su arte, su moral, sus ideas religiosas, sus conceptos de justicia. ¿De dónde viene este espíritu? ¿Es la expresión de algún “alma universal” o de “la esencia” de un pueblo determinado? La explicación es mucho más sencilla. “Las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante”, dice Carlos Marx, y es fácil corroborar esta afirmación, sencilla y profunda, por medio de los mismos ejemplos históricos que se han utilizado para señalar la forma de actuar de las clases sociales.

Las ideas dominantes, propias de la clase gobernante y correspondientes a los intereses y formas de vida de ésta, influyen también profundamente a la clase gobernada, a las clases secundarias y a los grupos indeterminados de la sociedad. Como ya señalamos, es muy frecuente que una clase no tenga conciencia de sus intereses o que sólo la tenga en forma incompleta. Es el caso de la burguesía que aspira a “aristocratizarse”, en la Edad Media, o del proletariado que quiere destruir los nuevos medios de producción, las máquinas; también se expresa en los obreros que desean únicamente mejorar las condiciones de la venta de su fuerza de trabajo pero no tratan de abolir el sistema mismo, y con esto aceptan como justo o natural e irremediable el orden existente.

En toda sociedad clasista se da un proceso contradictorio: al mismo tiempo que existen intereses comunes y sus expresiones, se dan las manifestaciones, más o menos claras, de la lucha entre las ideas y concepciones predominantes y las engendradas por la clase opuesta. Entre los intereses comunes pueden citarse los básicos para la supervivencia misma de una sociedad, como son las garantías mínimas de salud pública, la preservación del medio ambiente, el mantenimiento de una adecuada red de comunicaciones y otros elementos por el estilo.

Por otra parte, se dan las luchas entre las clases (y sectores) opuestos, que se libran de múltiples maneras. En el caso de las relaciones obrero-patronales se pueden manifestar, entre otras formas, en juicios ante tribunales laborales, en huelgas, en choques violentos o, en casos extremos, en conflictos armados. También se presentan contradicciones de clase acerca de las modalidades de convivencia social, en la cultura, la educación, la filosofía, los ámbitos de la ciencia. Muchas veces esta confrontación es difícil de percibir, ya sea porque los intereses clasistas se expresan de manera confusa o revuelta, porque no se distingue entre elementos coyunturales y otros, de largo alcance, y también por la subsistencia de formas de pensar de una clase anteriormente dominante, que aspira a volver a su situación perdida. Ya hemos dicho que la forma de pensar de una clase, frecuentemente, no es consciente, y ésta la considera simplemente como la expresión del sentido común. Otro factor, intencional de parte de los exponentes de la clase dominante, es el intento de ocultar las diferencias, precisamente para evitar la aparición, el fortalecimiento y la profundización del conocimiento de sus intereses por parte de la clase opuesta.

Otro elemento, que generalmente se discute poco en el examen de la formación de la conciencia de clase es el de la absorción, de la "cooptación" de grupos del sector dominado por el dominante. Ya se ha hablado del deseo de muchos burgueses, en las épocas de gobierno de la nobleza feudal, por incorporarse a ésta. El mismo movimiento puede observarse en cuanto a la clase obrera respecto a la burguesía, que caracteriza la sociedad actual. Son varias las formas en que se da este fenómeno.

En momentos de desarrollo económico suele darse la posibilidad para miembros de la clase obrera o de otros grupos subordinados de transformarse en pequeños empresarios y, en casos especiales, en dueños de negocios importantes.

Otro tipo de incorporación a la burguesía consiste en la corrupción, en proporcionar a personas destacadas de la clase en oposición una situación ventajosa, que las hace abandonar su rebeldía. No son pocos los casos de dirigentes obreros, campesinos y de otros sectores que traicionan la defensa de sus representados a cambio de beneficios personales.

Por último, debe considerarse aquí una consecuencia más de las formas actuales de lucha social: la acción de un sindicato o de otra organización de tipo popular exige una dedicación de tipo profesional, de tiempo completo, acompañada de una preparación intelectual y, frecuentemente, legal, que lleva muchas veces a los dirigentes de esas organizaciones a un estilo de vida semejante al del grupo contra el que están luchando; mejoran sus condiciones y llegan así a desarrollar intereses diferentes, a veces opuestos, a los que defendían originalmente. Estas formas no son excluyentes entre sí y conducen a graves confusiones de concepciones. Solamente una profunda preparación teórica y el constante contacto de dirigentes y dirigidos puede oponerse a sus resultados.

La vida misma de la sociedad, con su dinámica y sus contradicciones, se ve acompañada de esta lucha ideológica, que puede conducir, en determinadas condiciones, a la formación de la conciencia de la clase que aspira a un cambio profundo. Esta conciencia, a su vez, es un elemento importante, indispensable en el fondo, para pasar a la acción tendiente a realizar dicho cambio.

## 21. Naciones, razas, religiones y clases sociales

*“Naciones explotadoras y naciones explotadas.”* Una afirmación frecuente desde las últimas décadas del siglo xx es que la lucha de clases ha sido sustituida por la pugna entre las naciones ricas y las pobres, las “desarrolladas” y las “atrasadas”, las “explotadoras” y las “explotadas”, las “del Norte” y las “del Sur”. ¿Será real esta sustitución, deberá hablarse más bien de una identificación de la lucha de clases con la lucha entre naciones, o es otro, distinto, el fenómeno?

Ya hemos hablado anteriormente de la relación entre los dos grupos de países: históricamente, se formaron con la acumulación originaria del capital, proceso en el cual muchas colonias (que en su mayoría constituyen hoy las regiones pobres) perdieron gran parte de su riqueza, misma que sirvió para desarrollar la capacidad productiva de las metrópolis. E la actualidad continúa el proceso de aprovechamiento de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo por los altamente industrializados y propietarios de capital. ¿Cuáles son los efectos de esta situación, en unos y otros?

Los estados capitalistas, desarrollados o no, tienen una característica fundamental en común: en todos ellos existen clases poseedoras y desposeídas, con las características esbozadas anteriormente. Sin embargo, este paralelismo básico no debe hacer olvidar muchas diferencias que, en sus efectos prácticos a corto plazo, son más evidentes y, en cierto sentido, de mayor importancia inmediata que los elementos fundamentales.

A la gran variedad de tipos de desarrollo y de antecedentes históricos corresponden múltiples situaciones concretas, que ocultan en alguna medida pero no eliminan las características compartidas. En general, puede decirse que la situación interna de los países subdesarrollados se caracterizó durante mucho tiempo, y en parte todavía en la actualidad, por la subsistencia e incluso el fortalecimiento de fuertes grupos de estructura precapitalista, que sirven también como proveedores de mano de obra y de materias primas baratas para su sector industrializado y para los países desarrollados. Por el otro extremo de la sociedad, y debido a la dependencia económica de estas naciones

frente a las desarrolladas, existe una burguesía, dividida generalmente en una capa nacional que se orienta al desarrollo interno y quiere afianzar una posición propia, más o menos autónoma, y en otra directamente ligada al extranjero, constituida por los compradores y vendedores y por los socios menores de los inversionistas internacionales. Ambos sectores, aunque suelen tener contradicciones, se confunden en muchos aspectos debido a sus intereses y características básicas comunes. La creciente relación entre los países, conocida hoy como globalización, tiende a borrar cada vez más las diferencias entre los diversos grupos de la burguesía, sin que desaparezcan por completo.

Otros elementos más contribuyen a diferenciar la situación en estos países de la característica de las naciones industrializadas desde el siglo xix. Uno de ellos es el hecho de que sus clases modernas, la burguesía y el proletariado, son en su mayor parte de reciente aparición y no han pasado por el largo proceso formativo que han atravesado las de los países desarrollados. En sectores de los grupos privilegiados se ven actitudes propias de la aristocracia terrateniente dominante antes, y es notoria, en muchas capas proletarias, la supervivencia de comportamientos y mentalidades propios de la población pobre rural.

También es importante el hecho de que el obrero tiene un nivel de vida superior al del campesino y compara su situación con la de éste. Por ello no es fácil que asuma, en un primer periodo, una actitud revolucionaria; no tiene el deseo de modificar de raíz la sociedad; espera (y a veces logra) un mejoramiento personal y de grupo dentro de la situación existente. Sus luchas se orientan a conseguir ventajas de tipo económico: aumentos de salarios, seguridad en el trabajo, prestaciones en general. A esta situación se debe que en muchas partes los campesinos sean más decididos en la lucha que los obreros. Las acciones de la población rural pueden dar por resultado la conservación o hasta el incremento de formas de colaboración social o también impulsar el desarrollo capitalista.

La aspiración general del campesino, de poseer su parcela de tierra, resultante de su forma individual de trabajo, lo inclina a apoyar a la burguesía, como sucede cuando ésta se muestra dispuesta y capaz de entregarle la tierra.\* A su vez, cuando un grupo o régimen que busca abolir el capitalismo lucha con eficacia por satisfacer esta demanda campesina primordial, suele obtener el concurso de la masa de esta clase.\*\*

Vista, en general, la situación interna de los países subdesarrollados, podemos volver a su relación con los desarrollados. Ya hemos señalado que es de explotación de aquéllos por éstos. Sin embargo, lo que sucede no es propia-

---

\* Ejemplos concretos de esta situación se encuentran en la alianza entre burguesía y campesinado a raíz de las transformaciones realizadas por el gobierno jacobino en la Revolución Francesa y el fenómeno producido por el reparto de tierras durante la presidencia del general Cárdenas en México.

\*\* El afianzamiento de la Revolución Soviética después de 1917 se debió en gran parte a la entrega de la tierra a los campesinos, para su aprovechamiento.

mente que un país explote a otro. En el seno del sujeto a explotación hay relaciones internas de poseedores y desposeídos, y lo mismo sucede en el explotador. No es “el país” el dueño de las empresas que actúan como succionadoras de ganancias; éstas son propiedad particular, generalmente de los grandes consorcios internacionales, hoy estadounidenses en su mayor parte.

Lo que se acaba de decir no invalida la importancia de la actuación de los gobiernos, “a nombre de su país”. Así vemos el uso de ejércitos y la presión diplomática y económica para reforzar y ampliar el radio de acción de las empresas que dirigen, de hecho, el estado imperialista, asegurando recursos básicos como el petróleo y otros elementos importantes.

Ciertamente, la explotación de las colonias (ya lo sean jurídicamente, ya se trate, como sucede actualmente en la mayoría de los casos, de naciones oficialmente independientes) tiene también consecuencias específicas en las metrópolis. Se forma ahí una capa de la población asalariada (obreros, empleados particulares y del Estado), beneficiada por la situación e interesada por ello en mantenerla. Se trata de trabajadores que pueden obtener salarios más altos gracias a las superganancias que logran “sus” empresas en las colonias y países económicamente dependientes. Nos referimos a obreros especializados que disfrutan de puestos altamente remunerados en éstos, así como a empleados y funcionarios de empresas particulares y del gobierno en las mismas condiciones. El país imperialista atenúa en esta forma sus propias contradicciones internas a costa de las colonias.

En los momentos de crisis económicas suele acentuarse este fenómeno. Las metrópolis toman medidas de defensa, como la elevación de las tarifas aduanales, restringir las importaciones, a veces pretextando motivos ecológicos, poner trabas al turismo, etc., con las cuales tienden a trasladar sus problemas a los países subordinados económicamente. Perjudican de este modo no sólo a las clases dominadas de la nación subordinada, sino también a las capas dominantes de ésta.

Lo expuesto permite ver ya algunas de las consecuencias sociales y políticas que resultan del entrecruzamiento de los intereses de clase con los nacionales: al mismo tiempo que subsisten las características y los intereses básicos de los grupos sociales, pueden efectuarse alianzas entre éstos para defender un interés común. A tal fenómeno obedeció la cooperación de la burguesía nacional, el proletariado y los campesinos, junto con un gran sector de la intelectualidad, que dio el triunfo a la Revolución China en 1949. Lo mismo sucedió, con las diferencias correspondientes a las condiciones históricas concretas, en las luchas de independencia nacional en Asia y Africa, después de la Segunda Guerra Mundial. También en América Latina se presentaron y se presentan situaciones del mismo tipo, y se encuentra un paralelo, aunque de sentido inverso, en el apoyo de importantes sectores del proletariado norteamericano a la acción de las tropas de su país en Vietnam.

*La discriminación.* La discriminación racial es otro fenómeno social estrechamente vinculado a la situación de las clases. Basadas en una posición ventajosa

expresada en las leyes (como en Sudáfrica hasta 1990) o negada por éstas pero firmemente establecida en la práctica diaria (Estados Unidos), determinadas sociedades, y dentro de ellas sus grupos dominantes, acentúan la explotación del sector discriminado. Con frecuencia esto perjudica también a los trabajadores aparentemente privilegiados, ya que la existencia de un gran número de obreros de bajo nivel de vida tiende a abatir también los salarios de los miembros de la "raza" dominante. A pesar de ello, en muchos casos éstos suelen identificarse con su "grupo racial" y repudian a sus colegas de clase.

Aquí tampoco debe generalizarse en una forma irreflexiva. Unas son las consecuencias y las características de la discriminación racial en países como los Estados Unidos de Norteamérica, donde los grupos discriminados como los negros, "hispanos" (mexicanos y demás latinoamericanos) y otros son, por una parte, minoritarios y tienen, por otra, su "propia" burguesía, más o menos identificada con la clase dominante del país en general. Distinta es la situación donde los discriminados son mayoría, como en Sudáfrica, país en el cual durante mucho tiempo no existía o casi no existía burguesía en estos grupos.

También debe hacerse notar aquí que en muchos países de Latinoamérica se discrimina al indio, con mayor o menor intensidad, y una situación semejante sufren en Europa occidental los numerosos trabajadores extranjeros que allí laboran, procedentes sobre todo de Argelia, Túnez, el África negra, la Italia meridional, Turquía, Irán, etc. En todos los casos se produce una interacción entre las condiciones de clase y las que dependen del color de la piel o de otras características "raciales", por más que no tengan ninguna base científica.

Las diferencias religiosas desempeñan un papel semejante al de las nacionales y de las "raciales", en algunas partes del mundo. Con este motivo —o más bien pretexto— se dividió casi en sus inicios el movimiento moderno por la independencia de la India, lo que dio lugar a que, en 1947, se formaran India y Paquistán. También las prolongadas luchas por la situación de Cachemira son parte de esta problemática. Otro caso es el de Irlanda del Norte, donde puede observarse con bastante claridad que una pugna nacional y social aparece envuelta en un ropaje religioso que acentúa las diferencias entre los grupos en lucha.

Son, pues, variados los factores que se combinan en la estructura social de las naciones. Desempeñan en ellas un importante papel los elementos nacionales, "raciales", religiosos y otros, lo que da lugar, con cierta frecuencia, a coincidencias temporales entre los intereses de clases opuestas o a que éstos se pierdan de vista. Sin embargo, en el fondo y a la larga tienden a prevalecer los movimientos correspondientes a las clases, ya que éstas constituyen lo más profundo de la estructura social.

## 22. El conjunto de los elementos en la evolución de la sociedad

En capítulos anteriores se han presentado, en forma muy esquemática, las opiniones de distintos analistas sobre las causas y los mecanismos de desarrollo de las sociedades, así como algunos elementos que influyen en éstos. Expondremos a continuación la interpretación que, en nuestra opinión, es la más profunda elaborada hasta la fecha. Por supuesto, al igual que otras teorías, la que sostenemos está sujeta a continuos análisis, a la luz de nuevos hallazgos y de distintas reflexiones, que la harán evolucionar permanentemente.

Al hablar de los elementos del movimiento social se ha analizado el de las clases como uno de sus componentes básicos, decisivo en el fondo. Pero éstas no son toda la sociedad. ¿Cuáles son los otros factores y cómo se relacionan entre sí?

### ***Base y supraestructura***

Una explicación muy aceptada durante bastante tiempo, y actualmente poco mencionada, es la que presenta Marx en su "Prólogo de la *Crítica de la Economía Política*". Ahí señala que sobre la forma de producir y distribuir lo necesario para vivir, a la que llama base, se levanta toda una supraestructura social integrada por la organización estatal, las ideas y los movimientos políticos, las religiones, el arte, la filosofía y otros elementos. La presentación de la organización social como el conjunto de la base y la supraestructura puede evocar la idea de un edificio: la base equivale a los cimientos y la supraestructura viene siendo la parte sobresaliente, notoria para todos. ¿Qué relación hay entre ambas?

Evidentemente, la base del edificio determina a la estructura superior. Sin embargo, ésta dispone de cierta autonomía, puede adoptar formas diversas, dentro de determinados límites. Lo mismo se aplica a la sociedad. Aunque la base fija los términos de la supraestructura, ésta no se deriva mecánicamente, sin variaciones posibles, de aquélla. Es necesario examinar con más detenimiento

la relación entre ambas. Si ciertamente la comparación entre la sociedad y un edificio proporciona una idea plástica, ilustrativa, no debe llevarse la analogía a un paralelismo total, inaceptable entre un fenómeno físico y otro social.

La imagen del edificio tiene el grave inconveniente de sugerir la idea de una relación rígida, determinista, y así ha sido interpretada frecuentemente. Es más adecuado el concepto "formación histórica", que engloba base y supraestructura en un conjunto dinámico, de interrelación activa. El examen del desarrollo social confirmará o rechazará su utilidad en el estudio.

Al hablar de las clases sociales se ha señalado ya la relación que existe entre las características de éstas y su situación histórica concreta, por un lado, y su forma de pensar, de concebir el mundo y de actuar, por el otro. Ahí se encuentra reseñada gran parte de la formación base-supraestructura, que no hace falta repetir aquí. Es visible la estrecha relación entre ambos elementos.

*El Estado.* Una parte de la supraestructura es el Estado. Un breve examen histórico es suficiente para hacer ver que se trata de la principal organización de la sociedad, destinada a asegurar su supervivencia. Pero ¿qué significa este término? ¿Se trata de supervivencia en cualquier forma? Al observar con algún detenimiento al Estado y sus expresiones, sus leyes y su ideología, se ve que siempre identifica a *la* sociedad con *su* sociedad, con la forma concreta que tiene en un momento histórico determinado. Decir esto es decir que la clase dominante considera ser el factor principal de la sociedad y piensa que su ideología, sus intereses y su forma de actuar tienen que reflejarse en toda la organización social y en su órgano principal, el Estado. En cierto sentido tiene razón, aunque no con la permanencia que ella desea y suele considerar.

¿Cuál es la experiencia histórica concreta al respecto? La sociedad comunal primitiva no tiene Estado en el sentido propio de la palabra, con sus leyes, su grupo gobernante estable, su aparato de fuerza distinto de la población como totalidad. Esta ausencia corresponde a una situación en la que no hay diferencias de intereses fundamentales en el pueblo, en que no hay clases. Las relaciones basadas en la producción común, de colaboración entre todos, originan una organización política fundada directamente en la masa de los integrantes de la sociedad. Las formas pueden ser múltiples, como ya se ha señalado.

Así tenemos los grupos primitivos, que sólo para ciertas ocasiones (guerra, migración, cacería) designan a un dirigente temporal. En su época se da con frecuencia el gobierno de los ancianos, que no constituyen un grupo desligado del resto de la tribu, ya que se complementa constantemente con nuevos integrantes, reconocidos como experimentados y sabios por el conjunto social. Hacia fines del periodo suele presentarse la democracia militar, en la que todos los hombres armados deciden las cuestiones de mayor importancia.

En una etapa posterior aparece ya el Estado con todas sus características esenciales, formadas a través de un prolongado periodo de transición. Frente a un grupo numeroso de campesinos, pastores y artesanos sujetos se encuentra una clase rica, dueña de tierras, de elementos y animales de labor y, mu-

chas veces, de esclavos. En cuanto a estos últimos, nos referimos aquí a los empleados en la producción y no a los dedicados al servicio doméstico.

El grupo de propietarios da lugar a la formación de un sector dominante estable, con un aparato propio de fuerza, un ejército que no se identifica con la población misma. El Estado asume las más variadas formas, como la monarquía oriental, de fuerte influencia teocrática, la democracia griega, con una mayoría de esclavos y de extranjeros que no forman parte del *demos*, del pueblo, la república y el imperio romanos, y otras expresiones más. Sin embargo, todas se unen en una característica: su misión consiste en mantener lo fundamental de la sociedad existente, la esclavista.

La Edad Media europea, el periodo del feudalismo, se caracteriza por una tremenda dispersión del poder político; cada señor feudal es casi totalmente soberano en su feudo. Esta situación corresponde a la estructura económica: las relaciones de producción abarcan núcleos relativamente poco numerosos de hombres, localizados en territorios reducidos. Se trata precisamente de los feudos, que corresponden como entidades políticas a su papel en el modo de producción.

La sociedad mercantil y su forma más elevada, el capitalismo, exigen, en cambio, un Estado amplio que responda a las necesidades de un intercambio de mercancías entre grandes sectores de población. Se ve perjudicado por el gobierno atado a las normas del feudalismo, expresado en el dominio de la aristocracia con sus dirigentes impuestos por herencia. El sistema capitalista, en cambio, requiere un gobierno dinámico, capaz de tomar en cuenta las necesidades cambiantes de los distintos sectores de la burguesía en el poder. A esta situación histórica responde el Estado nacional, gobernado por un sistema parlamentario, que se desarrolla ampliamente en el siglo XIX.

Cuando en vez de un enorme número de pequeños productores, comerciantes y banqueros llegan a dominar la escena económica unos cuantos monopolios gigantescos, los parlamentos pierden gran parte de su fuerza a manos del poder ejecutivo. Esta tendencia se ve contrarrestada en los países de democracia desarrollada por cierto equilibrio entre los tres poderes, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, en cuyo seno suelen expresarse hoy en día distintos grupos y tendencias de la clase dominante, y sólo en segundo lugar se manifiestan las diferentes clases sociales.

Los ejemplos anteriores señalan la estrecha correspondencia entre las múltiples formas que adopta el Estado y las características y necesidades de la clase dominante correspondiente. ¿Cómo se expresan las clases dominadas, relacionadas siempre en interacción dialéctica con las dominantes?

*Las clases subordinadas y el Estado.* Las clases sujetas, como es lógico, no tienen interés profundo en la conservación del estado de cosas existente. Su acción estará dirigida, por una parte, a mejorar sus condiciones dentro del marco existente, y por otra a romper éste para sustituirlo con uno adecuado a sus intereses fundamentales. Esta actitud se expresa en movimientos, debates, ideologías, partidos, rebeliones y revoluciones. Se trata de un proceso lento,

tortuoso, de avances y retrocesos, que tienden históricamente a llevar a un cambio profundo en la estructura económica, social, cultural y política. Nuevamente, ilustremos con algunos ejemplos.

Los plebeyos romanos, hombres libres, tenían intereses comunes con los patricios, pero también había fuertes diferencias entre ambos grupos. Es bien conocida la larga lucha de los primeros, desde la conquista de ciertos derechos y garantías, como la ley de las Doce Tablas y el Tribunado,\* hasta la abolición de la diferencia legal entre ambos grupos; la lucha incluyó en sus métodos desde el motín hasta la “huelga general” (la “Secesión del Monte Sagrado”),\*\* y también las discusiones y las votaciones.

Los esclavos, cuya situación era radicalmente distinta, no podían pretender, en el fondo, un mejoramiento sin abolir su propia condición. Por ello sus movimientos resultaban mucho más violentos y radicales; su culminación fue la famosa sublevación bajo el mando de Espartaco. Fue sólo a fines de la época romana cuando cambió su suerte y una mayoría de ellos dejaron de ser esclavos para transformarse en colonos, con características muy semejantes a las de los posteriores siervos.

La Edad Media fue fundamentalmente religiosa; así se presentaban también sus rebeliones. Tanto el descontento de la burguesía naciente como el de los campesinos y de los plebeyos, el sector más pobre de la población urbana, se expresaba bajo el manto de la religión. La herejía de Albi (siglos XI y XII, fuerte en una región de Francia) respondía al interés republicano y de libertad de acción de la burguesía, mientras que las aspiraciones igualitarias, de tendencias “comunistas” de los plebeyos, se manifestaban mediante movimientos que enarbolaban la bandera cristiana del rechazo de la riqueza y ensalzaban la humildad, la abolición de los privilegios, la igualdad.

Es fácil ver en los enciclopedistas del siglo XVIII la expresión de las aspiraciones mucho más concretas de una burguesía ya madura, que pronto tomaría el poder. En los partidos políticos de nuestros días, en las ideologías que agitan las conciencias en todo el mundo también pueden reconocerse con mayor o menor claridad los intereses de las distintas clases, de sus estratos o de alianzas de clases y grupos. Hasta cierto grado se confunden las apreciaciones, porque frecuentemente hay movimientos, leyes o disposiciones que aparentan defender puntos de vista correspondiente a clases opuestas.

Así, ¿qué intereses expresan las leyes proteccionistas del trabajador, en una sociedad capitalista? Su función es ambivalente: por una parte responden a las

---

\* Las “Doce Tablas” permitían a los ciudadanos conocer sus derechos y reclamar el respeto a éstos. El “Tribuno del Pueblo” podía impedir la aprobación de leyes perjudiciales para el común del pueblo. Ninguna de estas medidas modificaba la situación de los esclavos, pero daba mayor firmeza al sistema, al atenuar las diferencias entre hombres libres ricos y pobres.

\*\* La “Secesión del Monte Sagrado” consistió en la salida de los ciudadanos pobres de Roma y su amenaza de fundar una nueva ciudad. Por más que los privilegiados alegaban que la sociedad era un cuerpo, en el que ellos eran el cerebro, los pobres decían que tenían que comer. Los dirigentes se vieron obligados a garantizar determinados derechos a todos los hombres libres.

aspiraciones inmediatas de los trabajadores, al mejorar su situación; por otra, defienden en el fondo, generalmente, los intereses a largo plazo de la clase capitalista, al consolidar y estabilizar una situación que le es conveniente.

Cabe añadir que las "garantías sociales", como las establecidas en la Constitución mexicana de 1917, y las leyes que buscan los mismos objetivos, son el resultado de las luchas de las clases interesadas en ellas. También pueden darse a iniciativa de los propios grupos gobernantes que así desean fortalecer su posición y, con ello, afianzar el sistema que dirigen.

Todo lo expuesto hace ver la estrecha relación que existe entre la estructura económica y las clases sociales, el Estado, las ideologías y los movimientos políticos. Pero estos elementos no constituyen la totalidad de la supraestructura.

*Cultura, ideologías y cambios políticos y sociales.* Además de los mencionados, existen en la sociedad humana el arte, la religión, la cultura en general. Estas actividades humanas supraestructurales también están relacionadas con la base social, ya que son producto de los hombres y éstos, adviértanlo o no, se encuentran encuadrados en determinada sociedad e influidos por ella. Sin embargo, los elementos culturales gozan de mucho mayor autonomía en relación con la base que los políticos. El artista, además de expresar sentimientos, aspiraciones y concepciones de su época y de su clase, da forma a reminiscencias más o menos conscientes de un pasado que puede ser muy lejano. También expresa en ocasiones, de modo más amplio que el político, las características de un mundo que apenas está en formación y que prevé, mediante la intuición, que no es otra cosa que una apreciación proyectada al futuro. En el caso de las religiones es bien sabido que éstas suelen conservar por periodos muy largos los pensamientos, las ideas y los simbolismos de tiempos a veces remotos; pero también, en una contradicción interna, frecuentemente hay sectores religiosos que expresan anhelos de superación.

No está por demás reiterar aquí que estamos hablando de *tendencias históricas*, que muchas veces no se expresan a corto plazo. En general, se puede decir que las clases subordinadas no suelen buscar una modificación profunda cuando se encuentran en una sociedad en ascenso que les proporciona algunas ventajas en su forma de vivir y, sobre todo, la esperanza de futuras mejoras. También tiende a producirse una baja, a veces muy fuerte, en el anhelo de un cambio profundo si se ha dado el fracaso de un intento importante en ese sentido. Tal es el caso actual, ante el derrumbe del bloque encabezado por la Unión Soviética que, para muchas personas, significa el fracaso de la idea del socialismo, en que habían puesto sus esperanzas.

Los movimientos que buscan mejorías concretas sin cuestionar las bases de la sociedad existente nunca dejan de darse. En determinadas situaciones no aparecen como luchas, como sucede en el caso de las demandas obreras que se expresan en juicios laborales y no en la clásica forma de huelgas u otras manifestaciones combativas, o también cuando una represión violenta los arroja a la clandestinidad, como sucedió (y sucede) bajo los gobiernos fascistas y de otras dictaduras. Sin embargo, estas maneras de buscar un mejoramiento de su

situación pueden contribuir a formar una conciencia de la conveniencia de un cambio profundo, pero pueden también estabilizar al propio sistema existente.

*Evolución de la relación entre la base y la supraestructura.* Durante un largo periodo, muchos intérpretes, que generalmente se proclamaban marxistas, sostenían que la única influencia digna de atención es la que ejerce la base sobre la supraestructura. Se trata aquí de una simplificación que, al dejar de lado muchos aspectos importantes, confunde en lugar de esclarecer.

Frente a las interpretaciones mecanicistas, que sólo ven la importante influencia mencionada, son fáciles de encontrar múltiples ejemplos de una acción inversa. Así, en el Imperio Romano, estructura esclavista, la base cambió hacia el sistema del colonato. Al no modificarse la supraestructura política fue perdiendo fuerza y elasticidad la sociedad, hasta quedar inerme ante una invasión ciertamente importante, pero no más que otras que había logrado vencer anteriormente. Roma no cayó abatida por la aplastante fuerza de los bárbaros, como se pretende generalmente. Antes los había derrotado, pero al haberse debilitado su vigor se producían constantes luchas internas. En ese periodo final había una tremenda dispersión en el Imperio, ya sólo unido en forma aparente, y las ciudades, en vez de combatir a los invasores los recibían como libertadores. La no adecuación de la supraestructura a las nuevas condiciones de la base había frenado el desarrollo de ésta y había causado su debilitamiento y el de toda la sociedad.

El ejemplo opuesto es el de Francia a fines del siglo XVIII y principios del XIX. También allí se había producido un vigoroso cambio en la base, al que los beneficiarios de la situación existente no querían aceptar. La Revolución, con grandioso empuje, modificó la organización política y social del país. Ya pesar de que Napoleón volvió a organizar una nobleza, a pesar de la restauración borbónica con Luis XVIII, a pesar también de que la sociedad se alejó de las formas democráticas ya en el periodo en que gobernaban los revolucionarios más eficaces, los jacobinos, Francia salió tremendamente fortalecida del turbulento periodo 1789-1815. La fuerte posición de su delegado Talleyrand en el Congreso de Viena (1814-1815) no se debía principalmente a su indudable habilidad y talento; fue causada sobre todo por la gran potencialidad de su país. La concordancia entre la base y la supraestructura dio gran solidez a su nación y permitió, después de un periodo de asentamiento, un rápido desarrollo de las fuerzas productivas que se acrecentaron vigorosamente, ya libres de las trabas que les habían impuesto las anteriores formas feudales.

En general, puede decirse que una supraestructura adecuada a las condiciones de la base permite el desarrollo de toda la sociedad, mientras que una discrepancia entre una y otra frena y puede llegar a detener totalmente la evolución social, por algún tiempo.

Este proceso ocurre en medio de contradicciones. De una concordancia fundamental entre ambos elementos básicos de la sociedad, a través de un

proceso de desarrollo suele desenvolverse una contradicción que, si no encuentra solución, lleva a uno de los dos resultados señalados: a la armonización de la organización política de la sociedad con su estructura económico-social o a la decadencia y la desaparición de la sociedad misma, en su forma existente.

La propia relación base-supraestructura se va modificando a través del tiempo como sucede con todas las situaciones. Adquieren una importancia cada vez mayor los elementos conscientes, los supraestructurales. Los hombres que inventaron la agricultura y la ganadería no pensaron en un cambio en la sociedad; éste se fue imponiendo espontáneamente y sólo se vio ratificado después por las leyes que se dictaron. Tampoco hubo plan ni ideología consciente en el paso del esclavismo al feudalismo.

Pero en el paso de la sociedad feudal a la burguesa interactuaron la evolución económica y social y la ideológica. Esto puede notarse desde el Renacimiento, en el que empezó la elaboración de las ideas y los proyectos de organización de una sociedad adecuada a las nuevas formas, burguesas, que se estaban desarrollando. Su culminación se da en la Ilustración. Así, durante siglos se estructuró teóricamente la nueva sociedad que nacería, sobre la base de un capitalismo ya fuerte, con el lema de "Libertad, Igualdad, Fraternidad". El lema no resultó falso, pero no expresó ni podía expresar los intereses de toda la sociedad, como pretendía, sino los de un sector, el de la clase que llegó al poder, la burguesía.

En el momento actual podemos pensar en otro fuerte incremento del papel de la supraestructura. Se trata de una relación semejante a la que existe entre la ciencia y las leyes naturales: un mayor conocimiento de éstas y el avance de la técnica permiten cada vez más actuaciones del hombre, dentro de los límites marcados por las condiciones naturales.

*La evolución de la base y la cultura.* Hemos hablado de las relaciones entre la base y la supraestructura, y de las principales funciones que ésta desempeña en la sociedad. Ahora bien: ¿qué hace avanzar a la base? Por una parte está la constante modificación de las fuerzas productivas constituidas por los utensilios y los conocimientos humanos con que el hombre actúa sobre la naturaleza con el fin de producir lo necesario para su sustento. En un capítulo anterior se ha hablado de estos cambios, en sus aspectos técnicos y científicos, y se han mencionado sus consecuencias en la estructura social.

Pero las modificaciones en los instrumentos de producción traen consigo otros cambios. Nuevos instrumentos exigen nuevos conocimientos; no es lo mismo manejar un arado de fierro, lo que no requiere mayor comprensión de la mecánica, que un tractor, con la necesidad de dominar el mecanismo del motor de combustión interna; el aprovechamiento cabal y, con mayor razón, el desarrollo de un instrumento como la computadora electrónica requiere una vasta cultura general, además de una técnica altamente especializada.

Con el cambio de instrumentos evoluciona también el tipo de colaboración entre los hombres. Las herramientas primitivas, generalmente, dan por resultado la llamada cooperación simple, en la que varias personas hacen lo

mismo; la técnica más avanzada exige una división y especialización del trabajo en la que cada uno depende de los demás y no es fácil sustituir a una persona por otra de manera inmediata.

El constante mejoramiento de las herramientas productivas no sólo influye en la organización técnica y en los conocimientos; tiene también repercusiones, de la máxima importancia, en las relaciones jerárquicas entre los hombres. La cooperación simple facilita la igualdad entre los productores; el hecho de que, en una situación primitiva (sobre todo en la anterior a la agricultura y la ganadería), el producto sea apenas suficiente para sostener al grupo social, obliga a esta igualdad. El resultado es el comunismo primitivo, en cualquiera de sus múltiples variantes.

El avance de las fuerzas productivas no sólo lleva a una división social del trabajo, sino que permite también la aparición de un excedente, de un producto que no tiene que ser consumido, so pena de perecer, por los productores: aparece la posibilidad de la existencia de una clase que consuma sin producir. Esta posibilidad se transforma en realidad en pocos milenios, fundamentalmente en el llamado modo asiático de producción y en el esclavismo.

La existencia de un grupo social que no tiene que producir físicamente, es decir, que vive del trabajo de esclavos o de otros sectores explotados, permite la existencia y actividad de pensadores de distintas especializaciones. El resultado de su labor, por ejemplo en Grecia, no es sólo el desarrollo de elevadas formas artísticas, sino también una profundización del pensamiento, la realización de investigaciones científicas que, a corto o largo plazo, repercuten en el trabajo productivo. Su eficacia, desde luego, está sujeta a la propia estructura social y, al mismo tiempo, influye en ella.

El feudalismo presenta el mismo cuadro de una masa explotada, integrada en su mayoría por los campesinos siervos, y por un pequeño sector que disfruta del tributo que éstos entregan y puede así dedicarse a actividades artísticas y de reflexión. Debe anotarse aquí que buena parte de las ocupaciones de los señores feudales consiste en acciones bélicas, pero también hay esfuerzos importantes de tipo cultural.

Un aspecto de relevancia se encuentra en el mercado y en la producción mercantil, que acrecientan el conocimiento y permiten mayores actividades de reflexión. El pleno desenvolvimiento de estos elementos sólo puede darse una vez liquidadas las formas fundamentales de la estructura feudal, es decir, una vez que se haya realizada la revolución burguesa e implantado el orden conveniente al capitalismo.

En resumen, puede decirse que el motor de las transformaciones sociales está en la evolución de los instrumentos de la producción, y que ésta modifica a toda la sociedad, en un proceso que frecuentemente es violento. En éste se dan contradicciones y dificultades que pueden conducir, y han conducido, a graves desviaciones y retrocesos. Por otra parte, el incremento constante del conocimiento y, con él, del papel de la conciencia humana, abre la posibilidad de una modificación profunda, favorable al desarrollo humano. Tal avan-

ce está limitado por las condiciones objetivas de su momento, mismas que también se encuentran en permanente evolución.

### *¿Evolución o revolución?*

La mayoría de los observadores acepta que existe la evolución humana, además de la biológica, tanto en los aspectos técnicos como en los sociales. Y es ya un campo de las más amplias controversias, el ritmo de este movimiento. ¿Se trata de una progresión continua, paulatina, en que los movimientos bruscos son sólo accidentes lamentables y hasta constituyen obstáculos al progreso, o los únicos momentos de avance real son las revoluciones, separadas por periodos de estancamiento, de marasmo? Para no caer en una respuesta superficial, es necesario examinar distintos aspectos de la cuestión.

Antes de pasar al estudio de la cuestión planteada conviene hacer algunas consideraciones acerca del concepto mismo de revolución, ya que éste se interpreta de distintas maneras que dan lugar a serias confusiones. Generalmente se asocia la palabra con la idea de violencia, pero no toda violencia constituye una revolución, ni ésta implica forzosamente la violencia. Desde luego, la que ejerce un criminal no es una acción revolucionaria; tampoco lo es el uso de la fuerza por un Estado represor, ni la sustitución de un gobierno por otro mediante un golpe militar o de otro grupo armado. Por otra parte, es legítimo hablar de revoluciones en la ciencia, como la producida al formularse la teoría heliocéntrica o la de la evolución. Lo mismo puede aplicarse a transformaciones profundas en las normas sociales: la lucha por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, los cambios en la moral que rige las relaciones sexuales, buscan y han logrado algunos cambios profundos en la sociedad, que se pueden considerar revolucionarios.

Es en el aspecto social y sobre todo en el político donde más se asocia la idea de violencia a la de revolución. Esta concepción se desarrolló sobre todo a partir de la Revolución Francesa iniciada en 1789 y se fortaleció en los dos siglos posteriores a ésta, caracterizados por múltiples movimientos armados. ¿En dónde está la diferencia entre acciones violentas revolucionarias y otras que no lo son? Se encuentra en los objetivos que persiguen: revolución quiere decir, propiamente, transformación profunda. En la sociedad, esto significa la sustitución de una estructura por otra, lo que implica que una clase dominante pierde su poder a manos de su rival.

En la experiencia histórica encontramos ejemplos de transformaciones profundas realizadas por acciones masivas violentas, como la citada Revolución Francesa, la mexicana de 1910-1917 (cuyas realizaciones más importantes tuvieron lugar después, con poca violencia, entre 1934 y 1940), la soviética de 1917 y otras. A su vez, el paso de la sociedad esclavista antigua a la feudal, basada en la servidumbre, no se debió a una sublevación popular sino a una evolución interna combinada con la invasión de pueblos conquistadores. Japón dejó de ser feudal para transformarse en capitalista mediante una acción "desde arriba", desde el gobierno.

El problema es difícil y no es posible tratarlo aquí con mayor extensión, pero podemos llegar a una primera conclusión: la revolución es una transformación profunda de una sociedad que, en determinadas condiciones, puede requerir una acción violenta.

Volvamos a nuestra pregunta: ¿revolución o evolución?

Una primera observación revela que hay una relación entre el ritmo de avance de la técnica con el del conjunto de la sociedad, pero ambos no se identifican. Muchos pensadores afirman que los modos de producción avanzan en forma evolutiva y que la estructura política y social lo hace de manera revolucionaria; pero también se hace la misma afirmación al revés. ¿Qué dicen los hechos, último criterio de verdad, acerca de ello?

Es indudable que las técnicas de producción están sujetas a constantes modificaciones, muchas veces imperceptibles. Entre el uso de la piedra tallada casualmente por la naturaleza y la preparación de utensilios pétreos elaborados de acuerdo con un plan previo hay un largo proceso de mejoras técnicas, mínimas cada una de ellas. Tampoco la maquinaria moderna aparece adulta y armada, como Palas Atenea nace de la cabeza de Zeus. Por otra parte, se habla de la aparición de las ciudades que constituye la revolución urbana, del cuarto al tercer milenio a. C., y de la revolución industrial, que se desarrolla en Inglaterra de 1760 a 1840, aproximadamente, para darse posteriormente en otros países. Se trata, en estos casos y en otros semejantes, de cambios de mayor rapidez que los ocurridos en periodos inmediatamente anteriores o posteriores y que producen modificaciones profundas en toda la sociedad.

Lo mismo puede decirse de la evolución de la supraestructura. Transformaciones lentas, aparentemente insignificantes, se alternan con otras, rápidas, violentas y de gran espectacularidad. ¿Se trata de sucesiones casuales, que podrían sustituirse por otro orden, en forma arbitraria? Todo lo ya señalado acerca de los mecanismos del movimiento social demuestra el absurdo de tal interpretación.

Una observación cuidadosa hace ver que entre la evolución y la revolución hay una interrelación dialéctica, que una forma no puede prescindir de la otra; ambas se entrelazan, en formas que se modifican históricamente. Sólo la paulatina acumulación de conocimientos y técnicas permitió, en un momento dado y en circunstancias favorables, la realización de la revolución urbana. Era necesario que se hubiera producido una técnica que permitiera alimentar a un sector importante no directamente dedicado a la producción, para que pudieran aparecer las ciudades como organismos claramente diferenciados del campo, de la actividad ganadera y agrícola.

Respecto a la revolución industrial, es fácil darse cuenta de que se basa en mejoramientos previos en los transportes, en la producción manufacturera, en la agricultura, en la acumulación de capitales, en la extensión de los mercados y de los sistemas mercantiles y financieros y en el conocimiento de la mecánica, así como en la formación de un núcleo importante de personas obligadas a trabajar por un salario, de los obreros. A su vez, cada una de

estas revoluciones permite un nuevo desarrollo de los elementos que los han facilitado.

Se observa el mismo cuadro en lo social y político propiamente dicho. Así como las modificaciones menores en la ciencia y en la técnica, en ciertos momentos dan lugar a cambios profundos en estos aspectos, las grandes transformaciones políticas no sobrevienen “de repente”, sin antecedentes, sino que siempre están precedidas de modificaciones menores, y a su vez permiten otras nuevas. Así, antes del paso de la sociedad esclavista romana a la feudal medieval viene el colonato, que prefigura a ésta; durante la Edad Media se expande el comercio y nacen la burguesía y su clase compañera-opuesta, el proletariado, que habrán de romper, en los siglos XVII a XIX, el marco anterior, en forma revolucionaria, para desarrollarse después en una amplia evolución.

Muchas veces sucede que las transformaciones iniciadas en una zona producen un efecto mayor en otro pueblo, donde encuentran menos resistencia o se dan otras circunstancias más favorables. El Japón feudal, al modernizarse a fines del siglo XIX, supera muy pronto a sus maestros y se transforma en una gran potencia capitalista. La ideología de la revolución burguesa, triunfante por primera vez en un país importante, en la Inglaterra de Cromwell, llega a expresarse con mayor claridad y a tener aplicaciones más libres de residuos feudales en la Francia revolucionaria de fines del siglo XVIII.

En conjunto, se ve la causa básica del desarrollo social en el desarrollo de las fuerzas productivas, que exigen nuevas relaciones entre los hombres; éstas, a su vez, conducen a modificaciones en todo el edificio social. Todo el proceso se desarrolla mediante continuos choques y contradicciones, avances y retrocesos, en una sucesión de cambios lentos, paulatinos, y de otros, rápidos, revolucionarios, con frecuencia violentos. En este proceso se encuentran las bases de la historia de la humanidad.

## 23. ¿Libertad del hombre en la historia?

El hombre se desarrolla, en su sociedad, en medio de contradicciones, con avances y retrocesos, con periodos de cambios lentos y otros, revolucionarios. Tal ha sido la conclusión del capítulo anterior. ¿Significa esto que está sujeto a un destino inexorable, que no tiene intervención alguna su voluntad propia? Muchas son las opiniones, de distintos pensadores, acerca de este problema, trascendente y realmente difícil.

Con frecuencia se opone la libertad de que goza el animal a la reglamentación que sufre el ser humano. Ninguna ley escrita dice al ave por dónde volar, a la hembra con qué macho aparearse, al pez en qué profundidad del mar permanecer, a la fiera qué animal atacar y devorar. Sin embargo, ¡cuánta ilusión encierra esta pretendida libertad! A falta de normas conscientes, los animales están sujetos a límites naturales sumamente rigurosos. Su “equipo” propio sólo les permite vivir y desenvolverse en medios estrictamente delimitados; el salirse de ellos entraña problemas graves y fácilmente puede conducir a la muerte del individuo. El proceso de superación de estas dificultades es lento y sólo se realiza por medio de la adaptación biológica.

El hombre, en cambio, ha conquistado una libertad de movimientos y de acción mucho más amplia. Aunque no dispone de órganos para volar, puede elevarse por el aire; no tiene vejiga flotatoria, pero es capaz de vivir sobre y hasta dentro del agua. Ya se ha señalado antes que el hecho de que el hombre disponga de órganos artificiales, de utensilios elaborados por él mismo, de acuerdo con su conveniencia, lo distingue de los demás seres vivos y le permite una evolución mucho más rápida que la biológica. Este elemento significa ya una libertad para el ser humano, libertad que se incrementa constantemente al aumentar su conocimiento y sus habilidades. Nunca se trata, por cierto, de una libertad absoluta, que responda al puro capricho. La acción del hombre está siempre circunscrita por las condiciones reales, pero éstas, como se acaba de señalar, permiten el ensanchamiento del papel que desempeña la voluntad consciente en la actuación, al

acrecentarse los conocimientos y mejorar las técnicas de que disponen los humanos.

Lo mismo que se acaba de decir acerca de la libertad del hombre frente a la naturaleza puede aplicarse también a su relación con los demás hombres, a su propia historia. El individuo no escoge la sociedad en la que nace, y ésta tiene leyes que limitan la actuación personal. Pero tales normas siempre permiten cierta opción, en marcos más o menos amplios. Sus fronteras, tal como sucede con las limitaciones naturales, se van ensanchando con el mayor conocimiento y la creciente habilidad del hombre.

Hay que recordar aquí, por cierto, la diferencia entre las actuaciones frente a la naturaleza y las que se realizan entre los hombres. En el primer caso, sólo se produce la contradicción hombre-naturaleza; los obstáculos que se encuentren no serán otros, en lo fundamental, que la ignorancia y la falta de medios y de técnicas. En la relación entre los seres humanos, en cambio, determinados conocimientos y modificaciones serán favorables a unos y aceptados y apoyados por ellos y desventajosos para otros, que los rechazarán y combatirán. Los límites de la libertad humana, en este aspecto, tendrán que ensancharse, por ello, no sólo en relación con los elementos naturales, sino también a través de una contradicción constante, activa, entre seres humanos. Este hecho, sin embargo, no impide que un mayor conocimiento permita una mayor intervención del hombre en el desarrollo de su propia sociedad.

Dicho en otras palabras: entre los múltiples factores que determinan la vida y el desarrollo humanos, uno está constituido por la voluntad de los hombres, de posibilidades e importancia crecientes a través del tiempo.

Se presenta aquí un nuevo problema, que sólo se va a dejar señalado, por pertenecer realmente a otra rama de investigación: ¿cuál es la libertad de la voluntad, no en su aplicación sino en su origen mismo? ¿Está ella condicionada absoluta, totalmente por factores biológicos, por una parte, y por influencias sociales, por otra? Esta consideración podría llevar a pensar que la misma voluntad, en su base, no tiene autonomía alguna. Sin embargo, en la práctica se actúa aceptando que tiene cierta libertad, puede escoger entre distintas opciones. Partimos aquí de este supuesto y dejamos la reflexión más profunda a especialistas en otras ramas.

Hay que considerar también quién es el portador de la aspiración humana en la acción histórica. Con todo lo que ya se ha señalado acerca del mecanismo que rige a la sociedad, resulta evidente que la actuación importante no es la de los individuos tomados aisladamente, sino la de los núcleos sociales, fundamentalmente de las clases, en su caso. Ahora bien: ¿cómo se relacionan los grupos con las personas que las integran? La observación más superficial permite ver que la simple pertenencia a un sector o clase social no determina en forma plena ni automática la acción y el pensamiento del individuo: le imprime una tendencia, que se expresará de manera más o menos notoria en su actuación. ¿Podrá encontrarse alguna norma en esta interrelación individuo-colectividad?

La respuesta no es muy difícil, una vez que se abandona el pensamiento rígido, "por cajones", y se le sustituye con una reflexión dialéctica, capaz de tomar en cuenta la acción simultánea de muchas fuerzas y elementos.

La relativa libertad de la voluntad, que se ha señalado previamente, es aplicable al individuo humano no menos que al grupo o a la sociedad en su conjunto. Ahora bien, para que se manifieste en una acción debe corresponder a las necesidades del propio grupo al que se dirige. Cuanto más se identifique con él, tanto mayor será su eficacia.

Los grandes dirigentes son siempre aquellos que logran interpretar con la máxima claridad los intereses auténticos del grupo en el cual y para el cual actúan. Con frecuencia se da el caso de que una sociedad, o una parte de ésta, tenga aspiraciones distintas y hasta opuestas a sus intereses reales; el verdadero dirigente se caracteriza por saber superar esta contradicción, por despertar la conciencia de los intereses auténticos y por hacer coincidir la acción con éstos.

Los distintos grupos no tienen los mismos intereses. Algunos se identifican con la línea general de desarrollo de una sociedad, como es el caso de la burguesía del siglo XVIII, o del proletariado y otros sectores populares de hoy; otros se le oponen, como sucede con la nobleza en el primer caso, y la burguesía en el segundo. Un dirigente de verdadera estatura histórica, como un Robespierre, un Juárez, un Lenin, no sólo se identifica con los intereses de la clase social a la que representa y guía sino, precisamente, con la clase que encarna la posibilidad de progreso de la sociedad de la que forma parte.

Se dan también casos, sumamente frecuentes, en que un dirigente capta la voluntad y las necesidades inmediatas de un sector social que no se identifica con el progreso general de la sociedad sino con su estancamiento. Tal fue la situación del nazismo alemán que logró el apoyo de una parte importante de su pueblo (bajo la dirección del sector más violento y agresivo del gran capital de esa nación) y que lo llevó finalmente a un desastre histórico.

Todo esto es la expresión concreta de la libertad limitada por las condiciones reales en que se encuentra una sociedad determinada. Demuestra también el acierto de la afirmación anterior, de que la libertad del hombre para intervenir en su propio devenir aumenta con su mayor conocimiento. La comprensión de las necesidades históricas de una sociedad permite actuar de acuerdo con las necesidades de su momento histórico; el mejor exponente de esta identificación es quien va a la vanguardia, quien dirige, en una relación dialéctica con los dirigidos.

## 24. Una visión general y una perspectiva

La tesis presentada aquí consiste, en resumen, en que el desarrollo social tiene por base el modo de producción, que ejerce una constante influencia sobre la supraestructura y es influido a su vez por ésta, en una permanente y cambiante relación dialéctica.

Es evidente que no se ha tratado de presentar un recetario para la interpretación de cada caso concreto. Como sucede en toda concepción general, su aplicación a una situación individual requiere el estudio de ésta, ya que las normas globales nunca pueden aplicarse en abstracto a la realidad, sino que deben verse en una interacción enormemente compleja con influencias y elementos particulares.

¿Es posible señalar, como resultado del análisis hecho, una “gran línea” del desarrollo histórico, que corresponda a las experiencias básicas expuestas? Consideramos que sí puede establecerse una visión amplia de ese tipo, basada en el concepto del progreso social a través de la historia. Para ello requerimos definir el contenido que damos a este concepto, sumamente sujeto a controversia.

V. G. Childe toma como base para apreciarlo la capacidad de una sociedad de alimentar a un número mayor de integrantes.<sup>28</sup> El planteamiento tiene la gran ventaja de ser objetivo y cuantificable. Sin embargo, no permite dar una respuesta directa a la pregunta: ¿qué ventaja hay en ello?

Proponemos estudiar la noción de progreso como avance de la solidaridad entre los humanos, la acción de apoyo mutuo sin la búsqueda de beneficio personal. Esta se ha manifestado muchas veces, frente a desastres naturales o en la ayuda dada por los pobres a uno de ellos en una situación especialmente difícil, como el caso de la muerte de un familiar. ¿Es posible generalizar el concepto a la historia de la humanidad?

Para examinar la validez del enfoque señalado, partimos de la situación del grupo humano primitivo, escaso de miembros, que no tiene los conflictos

---

<sup>28</sup> V. G. Childe, *Los orígenes de la civilización*, México, FCE, 1992, Breviario, núm. 92, 292 pp.

entre sus integrantes característicos de sociedades posteriores; su solidaridad interna es mucho mayor que la nuestra. De su época a la actual habría un retroceso en la relación humana de apoyo mutuo, un paso atrás en lugar de un progreso. Sin embargo, una observación más profunda hace ver que el juicio expuesto es superficial. El grupo primitivo tiene, una gran cohesión propia, pero es muy reducido y prácticamente no tiene relaciones de cooperación con otros núcleos humanos. En cierta época, cuando la escasez de recursos así lo impone, llega hasta a expulsar de su seno a los individuos que considera ya inútiles o perjudiciales, como los ancianos y los enfermos.

Al avanzar, la humanidad crea la división en clases sociales, el aprovechamiento de unos hombres por otros. Es evidente el rompimiento de la anterior solidaridad general del grupo, pero al mismo tiempo, en una contradicción dialéctica, se puede producir y se produce una colaboración más amplia y, en determinado sentido, una solidaridad entre grupos más vastos. Por lo menos en ciertos sectores de la sociedad resulta posible incrementar la cooperación, la ayuda mutua en muchos sentidos, aunque este progreso se vea contrastado dialécticamente por el odio feroz, por la pugna y por una lucha entre las clases sociales.

Un ejemplo muy claro se presenta en nuestros días. La característica fundamental de la sociedad de "libre competencia" es la concurrencia, la lucha despiadada de todos contra todos, el mundo en el que "el hombre es el lobo del hombre". Y sin embargo, impuestas a través de ideas, ideales y aspiraciones, de luchas y sufrimientos, se han creado formas que rebasan en mucho, por lo menos en su intención, la antigua e insuficiente caridad. Los sistemas de seguridad social expresan en la práctica el sentimiento de solidaridad de todos los integrantes de la sociedad. No se trata de que ahora los "ricos" se hayan vuelto más benevolentes, o los "pobres" más exigentes: la riqueza material de la sociedad permite, y las condiciones reales exigen, el desarrollo de este apoyo mutuo, que no invalida el carácter profundamente individualista de la época pero que señala, como un germen, lo que puede venir mañana.

Hay otro aspecto que debe señalarse aquí: el de la evolución de las reglas de convivencia establecidas por las sociedades. Muchas religiones antiguas consideraban que su dios o dioses premian o castigan a una comunidad por las virtudes o pecados de algunos de sus integrantes (sobre todo de sus dirigentes), sin aceptar una responsabilidad individual. El cristianismo plantea la posibilidad de cada persona de aceptar los mandatos divinos y recibir el premio, o de pecar y sufrir las penas correspondientes; a esto correspondía y corresponde un estricto control social, ejercido muchas veces a través de medidas violentas, a cargo de una autoridad civil o religiosa. A partir del Renacimiento y, sobre todo, de la Revolución Francesa, se proclama, aunque frecuentemente no se aplica, la igualdad entre los hombres y el derecho de éstos a fijar las normas de convivencia social. Se reconoce la legitimidad del desarrollo de la personalidad de acuerdo con sus propias capacidades y deseos, con el único límite de no perjudicar los

mismos derechos en los demás. Una expresión radical de este planteamiento consiste en la consideración de que "la mayor amplitud de los derechos de todos redundará en la mayor amplitud de los derechos de cada uno".

Es cierto que la organización social que se expresa en la mayor libertad individual ha producido resultados contradictorios. Al mismo tiempo que ha permitido un desarrollo más amplio de la personalidad humana ha "justificado", en amplios sectores sociales, una mayor explotación, en cierto sentido menos visible pero también, en su manifestación social, más abierta y descarada. Coinciden con esto movimientos de violenta restricción de las libertades individuales, realizadas principalmente por el fascismo y por algunos movimientos fundamentalistas que enarbolan planteamientos religiosos. Situaciones de este tipo caracterizaron buena parte del siglo xx y se dan con mucha fuerza en el que empieza, en sociedades que proclaman la obediencia ciega a normas violentas de base religiosa, pero también son evidentes en países que se declaran democráticos y tolerantes, como sucede en Estados Unidos.

¿Y qué puede venir mañana? Volvamos nuevamente a una revisión de la gran experiencia histórica.

De la comunidad primitiva, basada en la igualdad debido a la falta de un excedente que permitiera la existencia estable de un grupo no productivo, la humanidad pasó a una situación en que una minoría dispone de bienes más allá de sus necesidades básicas, a costa de explotar y mantener en la miseria, absoluta o relativa, a la gran mayoría. Hasta hoy no era posible que un grupo humano gozara de abundantes bienes sino a costa de la pobreza de los demás.

En cambio, las posibilidades actuales de producción permiten lograr en un plazo históricamente breve, una vez adoptada una conveniente organización social, la satisfacción de las necesidades humanas materiales y culturales, en un sentido muy amplio. ¡Cuántos viajes no se realizan actualmente por personas vestidas y equipadas por sus gobiernos, no con el fin de instruirse o de divertirse, sino con el de destruir! ¿No sería económicamente posible sustituir los gastos bélicos por otros, de verdadero beneficio humano?

Esta aspiración se enfrenta a la situación predominante hoy en día. Una característica de ésta consiste en que grandes grupos humanos, naciones enteras, dependen de la colaboración entre sus miembros, mientras que la propiedad sobre los medios de producción y de distribución está concentrada en pocos dueños, quienes también ejercen el poder político decisivo. El interés de ellos está, y no puede dejar de estar, en obtener ganancias.

De ahí resulta que una superación a fondo de los problemas actuales sólo puede encontrarse en una organización orientada al bienestar general, que únicamente puede ser eficaz si se basa en la propiedad social de los medios de producción y de distribución, por lo menos de los más importantes de ellos. Las formas concretas deberían ser decididas por la sociedad misma, tomando en cuenta las experiencias existentes y, en su caso, elaborando las modalidades que se requieran. No se puede tratar de inventar un esquema rígido, ya que el continuo cambio de los diferentes elementos técnicos, económicos y

culturales exigirán, lógicamente, la adopción de normas correspondientes a las situaciones que se presenten.

Debe mencionarse aquí que los diferentes intentos realizados en los países que trataron de construir el socialismo hacen ver que la centralización del poder político, económico y social en manos del Estado llevó a nuevas formas de separación entre la sociedad y sus grupos dirigentes. Habría que pensar en estructuras que faciliten la iniciativa y la decisión de los ciudadanos, como podrían serlo las cooperativas u otras organizaciones que resulten adecuadas. Lo importante será encontrar la manera de hacer coincidir los intereses individuales, los de grupos y los del conjunto de la sociedad. Se trata de una tarea difícil, cuya realización exigirá grandes esfuerzos y que no podrá estar exenta de fracasos parciales, pero consideramos que es indispensable para una superación social profunda.

El cambio que se plantea no puede ser el resultado de la acción espontánea del mercado o de otros factores sociales. Sólo es posible realizarlo por la voluntad de la propia sociedad, basada en una decisión adoptada consciente y científicamente. Este planteamiento no debe entenderse como el resultado de un simple acto de voluntad. Se trata de que las condiciones presentes, las de los siglos XIX, XX y el que empieza, permitan y exigen esta actuación. El desarrollo de la estructura social ha hecho posible su modificación a fondo, pensada y decidida por el ser humano, no a capricho sino de acuerdo con las propias leyes del desarrollo social.

Pensamos que es difícil pero no imposible la instauración de tal sistema, que es el ideal proclamado por los movimientos progresistas de todos los tiempos.

En nuestros días, la humanidad se encuentra ante la disyuntiva de seguir con una situación de crisis y de conflictos cada vez más severos, o de tomar en sus manos su propio destino y organizarse en una estructura que permita el óptimo desarrollo de todos sus integrantes.

La primera variante puede tomar la forma de una reducción severa, especificada en leyes, de las libertades individuales, aplicando normas rígidas de pre-tensión religiosa o basadas en "leyes humanas inmovibles"; ninguna de ellas estaría sujeta a juicios racionales o a dudas. Otra posibilidad, en la misma continuación de crisis, miseria y conflictos, estriba en el predominio irrestricto de la competencia individual, de la lucha de "todos contra todos", de la imposición del fuerte sobre el débil. Esta podría verse atenuada por la caridad y la misericordia, benéficas en cierta medida pero que presuponen y justifican en su esquema la permanencia de desigualdades profundas entre los seres humanos.

Las dos posibilidades que se acaban de señalar no son plenamente excluyentes entre sí. Un amplio dominio de las instituciones formativas de opinión, integradas fundamentalmente por la escuela, las iglesias, los medios de comunicación masiva, puede imponer una mentalidad colectiva que rechace toda crítica profunda, al mismo tiempo que dé la impresión de respetar la libertad individual.

Por otra parte, se abre ante la humanidad la posibilidad de una amplia y libre colaboración, de una sociedad que permita el pleno desarrollo de todos

sus integrantes, de la “edad de oro” o del “reino de la libertad”, como dijera Cervantes en el *Don Quijote* o Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*.

La gran línea del progreso humano se inicia en una situación que no permite a las personas satisfacer más que sus necesidades básicas elementales ni desarrollarse por encima de un mínimo, para continuar en una sociedad en donde pocos pueden vivir y desenvolverse ampliamente a costa de muchos. Hoy, en cambio, es posible plantear la organización de la humanidad en una estructura que dé a todos sus integrantes la oportunidad de desenvolver plenamente su personalidad, sin verse esclavizados por la falta de recursos.

Tal sociedad permitiría la ampliación de la solidaridad humana, en última instancia, a toda la humanidad. Durante mucho tiempo, los diferentes grupos que la forman no tenían entre sí sino relaciones esporádicas, generalmente violentas. El estrecho contacto establecido fundamentalmente a partir del siglo XIX significó la sumisión de una parte por la otra, en forma mucho más intensa que nunca antes. Hoy, dentro de la línea señalada, existe también aquí la posibilidad de transformar las proclamas de comprensión mundial, la ayuda mutua parcial, que muchas veces es sólo pretexto para sumisiones y explotaciones, en una solidaridad efectiva, en una verdadera colaboración de todos los seres humanos, para su mayor progreso.

Esto no significa que terminarían las diferencias entre los hombres. Las naciones tienen particularidades específicas, y van a seguir teniéndolas durante un tiempo indeterminado; no dejará de haber diferencias de opiniones, ni cesará la contradicción que exigirá constantemente nuevas soluciones entre el humano y el ambiente. Pero las diferencias entre los hombres no tienen por qué expresarse en una pugna de unos contra otros; pueden hacerlo en una organización social que no sea lobuna. Nada se opone, en una sociedad organizada de acuerdo con las necesidades y posibilidades que se abren hoy, a que las diferencias se resuelvan *por* y *para* los hombres, no a favor de unos y en contra de otros. La acción humana, constante, tenaz y racional puede transformar en realidad esta imagen, que hoy parece inalcanzable.

Se puede argüir que la aspiración expresada es utópica e irrealizable. Ya hemos dicho que no pensamos en la llegada de un paraíso terrenal, de un mundo sin problemas ni contradicciones. Pero sí consideramos que muchas causas que hoy limitan al ser humano pueden superarse. Valga aquí mencionar una expresión difundida por Eduardo Galeano: “(la utopía) está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar”.

En el camino, podrán mejorarse profundamente las condiciones de vida del género humano. ¡Consideramos que ésta es, en última instancia, la gran enseñanza de la historia!

*Cuarta parte*

**Reflexiones finales**

## 25. Resumen y conclusiones

¿Es posible desprender ideas generales de nuestro examen de la historia? ¿Qué necesitamos para ello?

Consideramos que la historia es una ciencia. No sólo tiene un campo delimitado de estudio y métodos propios para investigar y comprobar los hechos que examina, sino también es capaz de extraer leyes sociales de éstos, de encontrar las relaciones permanentes que ligan entre sí los fenómenos que suceden a través del tiempo. Estas leyes no son del mismo tipo que, por ejemplo, las matemáticas o las biológicas. Las ciencias particulares se distinguen entre sí porque cada una se refiere a fenómenos de características específicas, comunes, diferentes de las correspondientes al examen de otros aspectos de la realidad. Por ello, cada ciencia formula leyes de un tipo determinado.

Son muy pocas las normas universales, aplicables a todos los fenómenos y en todos los tiempos, que expresan la unidad básica del Universo. Es un estudio interesante, pero que no corresponde aquí, el examinar cuál es la relación entre las leyes de la historia, las de otras ciencias particulares como la sociología, la biología, etc., y las que tienen aplicación a todo el Universo.

Las conclusiones que se elaboren deberán comprender y englobar los distintos resultados parciales a que se haya llegado. Si este intento resulta exitoso, y si sus conclusiones concuerdan entre sí y con los hechos comprobados, se podrá considerar que la visión elaborada expresa una verdad objetiva. Sin duda, nuevos conocimientos e interpretaciones permitirán superarla y ampliarla, pero los hechos y las leyes verificadas correctamente no perderán su validez sino, en dado caso, encontrarán sus límites.

En el estudio de la historia, al igual que en otros exámenes científicos, no es válida la interpretación fundamentada en especulaciones, en ideas preconcebidas o en “buenos deseos”. Al contrario, debe estar basada en lo acontecido, es decir, en los hechos. Sólo a partir de éstos se puede realizar un análisis. En otras palabras: el movimiento “se da”, no es el resultado de que lo conozcamos. Esto es válido también para quienes consideran que la causa profunda

del movimiento histórico se encuentra en las ideas o en seres sobrenaturales. Antes que nada, hay que estudiar los acontecimientos, viéndolos en su realidad. Al hacerlo no se debe perder de vista que su selección, al escoger los importantes y desechar los irrelevantes, así como su apreciación, estarán influidas por las opiniones y los sentimientos del observador, lo quiera o no.

Se impone en seguida la reflexión acerca de las causas del movimiento histórico. En el examen realizado se sustenta la opinión de que se trata de fenómenos complejos, de amplia interrelación dialéctica. Pero no se ha aceptado el eclecticismo, la táctica de tomar de cada interpretación "lo que parezca mejor". Con ésta, posiblemente se podrá preparar una hermosa imagen, pero nunca será posible llegar a la comprensión de conjunto, real, de un proceso cualquiera. Lo que se requiere es la integración lógica, acorde con la realidad objetiva, de los distintos elementos de conocimiento e interpretación.

Muchos estudiosos opinan que el desarrollo humano es causado por las ideas a las que consideran eternas; no examinan su origen o lo atribuyen a seres sobrenaturales. Otros piensan que es debido a leyes naturales, permanentes y ajenas al ser humano. También es frecuente que sólo se vean causas particulares, únicas, de los acontecimientos, como el azar, las opiniones o hasta el estado de ánimo de dirigentes. En todos estos casos se renuncia al examen científico de la actuación de los hombres a través del tiempo.

Nosotros hemos expresado que los seres humanos siempre actúan en sociedad, en una interrelación de ésta con los individuos que la constituyen. La conclusión que hemos expuesto es que en la raíz del movimiento histórico se encuentra la evolución de las fuerzas productivas, debida a la búsqueda de la mayor efectividad del trabajo. Estas fuerzas, a su vez, imponen determinadas relaciones de producción entre los hombres; junto con ellas constituyen la base de la estructura social. Sobre ésta se levanta la llamada supraestructura, el Estado, las ideas políticas, la cultura. Ambas, base y supraestructura, integran la formación histórica.

Al hacer tal consideración, insistimos en que la relación entre los distintos elementos mencionados no es mecánica. No pensamos que el curso de los acontecimientos esté determinado de antemano y no pueda ser modificado. Según nuestro análisis se trata de un vínculo dialéctico, recíproco, en que todos los elementos se influyen mutuamente; la base actúa sobre la supraestructura y ésta lo hace a su vez sobre aquélla, en una forma cada vez más amplia, pero siempre sujeta a las circunstancias históricas concretas.

Dentro de este cuadro de influencias recíprocas, la voluntad humana es un factor causal, cuyo alcance se determina por la situación real en que opera y por el conocimiento y los medios de que dispone. Al aumentar éstos crece también la posibilidad del hombre de intervenir en su propio destino, tanto en el aspecto técnico como en el social y el político. En esta evolución no sólo se logra una mayor libertad del hombre respecto a la naturaleza y de sí mismo, sino también un incremento en la solidaridad humana, en el apoyo de unos hombres a otros para su mayor desenvolvimiento social y personal.

Todo esto no se realiza de manera uniforme, de modo ininterrumpido, parejo y general. La humanidad se mueve a través de conflictos, de choques constantes, causados por las contradicciones entre elementos opuestos. A ello se deben los fenómenos de avance y de retroceso, la sucesión de periodos de cambios violentos y de otros, aparentemente estáticos. Pertenecen a este aspecto las luchas de clases, que cubren prácticamente todo el periodo de la historia escrita y que responden al choque de intereses opuestos, más o menos conscientes.

Un problema que la historia tiene en común con las demás ciencias sociales es el de la parcialidad. Señalamos que no puede existir la pretendida imparcialidad del hombre frente a problemas humanos. Una persona es siempre, consciente o inconscientemente, partidaria de unas actitudes y adversa a otras (o parcialmente partidaria y parcialmente adversa al mismo tiempo). Pero esto no le impide ser objetiva, examinar y comprobar a la luz de la realidad los hechos y sus relaciones, aunque ello no sea de ninguna manera fácil.

La ciencia no sólo se propone conocer y comprender sino —y ésta es su finalidad más noble— aplicar sus logros al mejoramiento humano. También esta finalidad se cumple en el caso de la historia: su conocimiento permite al hombre intervenir con creciente libertad y conciencia en su propio desarrollo, incrementar la solidaridad entre los seres humanos, proponerse y alcanzar metas que superen la milenaria organización del hombre *contra* el hombre para sustituirla por un sistema del hombre *con* el hombre y a favor de él. Esta aspiración, tan antigua como las luchas entre los humanos, pasa, a través del desarrollo de la historia y de otras ramas del conocimiento, de un anhelo romántico más o menos iluso a ser un planteamiento de base objetiva, científica, que fija una alta meta a la voluntad y a la acción humanas.

*Quinta parte*

Principales datos acerca de los historiadores  
y otros pensadores mencionados

## Principales datos acerca de los historiadores y otros pensadores mencionados

- AGUSTIN, Aurelio, obispo de Hipona (354-430). Vivió en el periodo de decadencia del Imperio Romano de Occidente. Uno de los principales pensadores de los primeros siglos del cristianismo, fue declarado santo y es considerado uno de los "Padres de la Iglesia". Su obra más conocida es *La Ciudad de Dios*.
- BLOCH, Marc (1886-1944). Historiador francés. Fundó, junto con Lucien Febvre, los *Annales d'Histoire Economique et Sociale*. Participó en la resistencia contra la ocupación alemana de Francia y fue fusilado por el ejército alemán.
- BONFIL, Guillermo (fallecido en 1991). Antropólogo social mexicano. Una de sus principales obras es *México profundo*, en que subraya la trascendencia de la cultura indígena en el México actual.
- BRAUDEL, Fernand (1902-1985). Historiador francés, miembro destacado del grupo de los *Annales*. Destaca, entre sus obras, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.
- BUCKLE, Henry Thomas (1821-1862). Historiador inglés. Obra principal (inconclusa): *History of Civilization in England*.
- CARDOSO, Ciro (siglo XX). Historiador centroamericano.
- CARLYLE, Thomas (1795-1881). Historiador escocés que vivió gran parte de su vida en Inglaterra. Sostiene la importancia primordial del individuo en el acontecer histórico.
- CARR, Edwards Hallett (1892-1982). Diplomático e historiador inglés. Estudió especialmente la Revolución Soviética.
- CHILDE, Vere Gordon (1892-1957). Investigador australiano, estudió sobre todo el Neolítico. Destaca, entre sus obras, *¿Qué sucedió en la historia?*
- DARWIN, Charles Robert (1809-1882). Biólogo inglés, creó la teoría de la evolución.
- ENGELS, Friedrich (1820-1895). Estudiosos alemán; junto con Carlos Marx autor de una concepción socialista, basada en el materialismo histórico y dialéctico.

- FEVRE, Lucien (1878-1956). Historiador francés, fundador con Marc Bloch de los *Annales d'Histoire Économique et Sociale*.
- FREUD, Sigmund (1856-1939). Psiquiatra austriaco, fundador del psicoanálisis. Sus teorías influyeron considerablemente en el pensamiento de muchos historiadores por su explicación de los sentimientos humanos y de la formación de la voluntad humana.
- FONTANA, Josep (1931-). Historiador español. Estudia sobre todo los siglos XIX y XX, a partir de una concepción materialista histórica.
- GRACO. Los hermanos Cayo y Tiberio Graco Sempronio (siglo II a. C.), miembros de la aristocracia romana, lucharon por la limitación de la propiedad de la tierra y el reparto de los excedentes a los romanos pobres. Ambos fueron atacados por los terratenientes, quienes lograron que el pueblo los considerara aspirantes a dictadores.
- HECATEO (por 500 a. C.). Escritor y pensador de la antigüedad griega.
- HEGEL, Georg Wilhelm F. (1770-1831). Filósofo idealista alemán, que desarrolló una concepción dialéctica, de contradicciones, del desarrollo.
- HOMERO (siglos IX a VIII a. C.). Poeta griego, autor de la *Iliada* y la *Odisea*, considerados los principales poemas épicos de la Antigüedad occidental. Se duda si existió realmente o si las obras que se le atribuyen fueron creación de distintos autores.
- HERÓDOTO (484-425 a. C.). Griego, "Padre de la Historia".
- HOBBSAWM, Eric (siglo XX). Historiador inglés, de origen austriaco.
- LIVIO, Tito (59 a. C. - 7 d. C.). Historiador romano.
- LUCIANO (aprox. 120-180 d. C.). Pensador griego, vivió en el Imperio Romano.
- MAQUIAVELO, Nicolás (1469-1527). Político y pensador de Florencia (Italia). Actuó en política y escribió acerca del mismo tema.
- MARX, Karl (1818-1883). Filósofo alemán, teórico destacado del movimiento socialista. Junto con Engels formuló la concepción conocida como marxismo, creando el materialismo dialéctico e histórico. Su obra principal es *El Capital*. Con Engels redactó, entre otras publicaciones, el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Vivió mucho tiempo exiliado en Francia y en Inglaterra.
- MORGAN, Lewis Henry (1818-1881). Antropólogo estadounidense. Realizó estudios sobre la evolución de la familia entre pueblos indígenas norteamericanos.
- NEWTON, Isaac (1642-1727). Físico y matemático inglés. Formuló la Teoría de la Gravitación.
- NIETZSCHE, Friedrich (1844-1900). Filósofo alemán; residió mucho tiempo en Suiza.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan A. (siglo XX.) Historiador nacido en España, llegó joven a México a la caída de la República Española.
- POLIBIO (aprox. 201-120 a. C.). Historiador griego, pasó parte de su vida bajo dominio romano.
- POPPER, Karl Raimund (siglo XX). Filósofo inglés de origen austriaco. Considera que no hay leyes del desarrollo histórico. Entre otras obras, escribió *La miseria del historicismo*.

- ROUSSEAU, Jean Jacques (1712-1778). Suizo, con residencias en Francia y otros países europeos. Fue uno de los pensadores más destacados de la Ilustración, partidario de la libertad e igualdad humanas.
- SAHAGÚN, Bernardino de (1500-1590). Franciscano español; pasó la mayor parte de su vida en la Nueva España, donde hizo una extensa recopilación de informes proporcionados por sabios indígenas.
- SCHAFF, Adam (siglo XX). Filósofo e historiador polaco.
- SCHLIEMANN, Heinrich (1822-1900). Arqueólogo alemán. Basándose en la *Ihada*, localizó las ruinas de Troya, demostrando así el contenido histórico del relato homérico.
- SCHOPPENHAUER, Arthur (1788-1860). Filósofo alemán, crítico de la historia.
- TAINÉ, Hyppolite (1828-1893). Filósofo e historiador francés.
- TOYNBEE, Arnold Joseph (1889-1975). Historiador inglés, plantea la sucesión de civilizaciones.
- TUCÍDIDES (aprox. 455-396 a. C.). Historiador griego.
- Turner, Ralph (siglo XX). Historiador norteamericano.
- VICO, Giambattista (1688-1744). Filósofo italiano. Considera ciclos de avance, caída y resurgimiento de los pueblos.
- VILAR, Pierre (siglo XX). Historiador francés, de tendencia marxista. Participó en el grupo de los *Annales*. Entre sus numerosas obras se encuentran *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* y *Pensar la historia*.

*Sexta parte*

Indicaciones bibliográficas

## Indicaciones bibliográficas

Cualquier intento de elaborar una bibliografía exhaustiva para el presente libro estaría condenado necesariamente al fracaso, dada la amplitud de la problemática abordada. La simple indicación de las obras más importantes al respecto llenaría voluminosos tomos y rompería el marco de lo propuesto. Por ello se hacen aquí solamente algunas anotaciones para facilitar al estudioso una primera profundización crítica de los aspectos que sean de su especial interés.

Con el mismo propósito, en la primera parte de estas *Indicaciones*, algunos títulos se acompañan con observaciones que pueden guiar al lector a la localización de los temas que busque. En el caso de publicaciones ampliamente conocidas y editadas, con frecuencia se ha prescindido de indicar alguna edición en especial, ya que este dato sería inútil para el propósito de las presentes indicaciones bibliográficas. Se incluyen varias obras que hoy son de difícil localización, pero cuyo contenido puede ser de interés para el estudioso.

Se citan casi exclusivamente obras referentes a la primera y a la tercera partes del libro. La segunda, dedicada a los grandes periodos del desarrollo de la humanidad, nos llevaría a una lista interminable de obras o a una selección excesivamente arbitraria. Al final, se incluye una relación alfabética de los trabajos mencionados y de algunos más, que pueden ser de especial interés.

Conviene indicar aquí que muchas de las obras citadas, además de tratar el tema específico por el que se las menciona, proporcionan amplia e interesante información histórica.

### 1. Partes I y III. *La ciencia de la historia. La dinámica del desarrollo social*

Fritz Wagner, en *La ciencia de la historia*, presenta opiniones de muchos investigadores acerca de la historia (desde Hesíodo hasta Max Weber), junto con una amplia y bien organizada bibliografía. Ciro F. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, y Jacques Le Goff, *Hacer la historia*, se refieren a una temática más reciente de la historia.

Es de gran interés examinar la discusión que ha suscitado nuestro tema entre estudiosos mexicanos. La obra de Juan Ortega y Medina, *Polémica y ensayos mexicanos en torno a la historia*, proporciona una recopilación bien explicada de lo publicado al respecto entre 1824 y 1936. Alvaro Matute, en *La teoría de la historia (1940-1973)*, continúa esta labor.

Es importante citar además a R. G. Collingwood, *Idea de la historia*; Ludwig von Mises, *Teoría e historia*; Wilhelm Windelband, *La filosofía de la historia* y Erich Kahler, *¿Qué es la historia?* Los cuatro examinan la labor del historiador, considerando que lo fundamental, tanto en ésta como en el propio desarrollo de la humanidad, son la voluntad y las ideas de los hombres, en interacción con los acontecimientos y las condiciones materiales. Al exponer y criticar la interpretación marxista, todos ellos, pero sobre todo von Mises (quien concede gran importancia a esta teoría y la ataca con verdadera fobia), la despojan de su vitalidad y de su sentido dialéctico para dejarla (y refutarla pretendidamente) en un mecanicismo dogmático.

Por su parte, Pierre Vilar en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* y en *Pensar la historia* explica y critica, con enfoque marxista, muchos temas básicos de la consideración histórica.

Son de gran interés para nuestro estudio las obras de John D. Bernal, *La ciencia en la historia* y *La ciencia en nuestro tiempo*. Aunque su tema específico es la ciencia, presentan la evolución de ésta en su marco histórico, con una valiosa interpretación de conjunto.

## 2. Parte I. *La ciencia de la historia*

Entre las obras generales de este tema podemos mencionar a William H. Dray, *Filosofía de la historia*; W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, y Patrick Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica*.

Enfocan el problema desde el punto de vista del historiador y no del filósofo autores como Marc Bloch, en su clásico *Introducción a la historia*; Henry Steele Commager, *La historia; su naturaleza; sugerencias didácticas*; Gordon Childe, *Teoría de la historia*, entre otros. Destaca, en este aspecto, la obra de Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*.

En Carlos Pereyra et al., *Historia, ¿para qué?*, se expresan los puntos de vista de varios autores mexicanos sobre el tema, con enfoques críticos y analíticos de gran interés. A su vez, L. P. Curtis Jr., *El taller del historiador*, reúne las expresiones de dieciséis historiadores, en su mayoría de universidades estadounidenses, acerca de la historia y de las motivaciones que les hicieron escoger sus temas de estudio, en su mayor parte monográficos.

Luis González, *El oficio de historiar*, hace una exposición amena de sus conceptos al respecto.

Interesante es el tema abordado por Fernand Braudel en *La historia y las ciencias sociales*.

La obra *El historiador frente a la Historia. Historia y Literatura* recoge ocho ponencias presentadas en el ciclo "El historiador frente a la Historia", organizado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en 1998.

Las consideraciones sobre el carácter científico de la historia, así como las que se basan específicamente en conceptos pertenecientes a la teoría del conocimiento, pueden ampliarse en Federico Engels, *Anti-Dühring*, concretamente, en Eli de Gortari, *Lógica general e Introducción a la lógica dialéctica*. Al mismo tema se refieren también las obras de Bernal, ya citadas.

Casi toda obra histórica trata el problema de la periodización, aunque muchas veces lo haga de manera implícita. Es interesante, al respecto, el estudio de Darcy Ribeiro, *El proceso civilizatorio, etapas de la evolución sociocultural*.

### 3. Parte III. *La dinámica del desarrollo social*

Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia* (en su edición completa o en su "Compendio", del mismo título), habla de 28 civilizaciones que se agrupan en varios conjuntos, de sucesión interna en cada uno.

Christopher Dawson, en su *Dinámica de la historia universal* considera a la historia como una evolución social; el libro, recopilación de distintos artículos del autor, presenta también un estudio acerca de varias opiniones sobre la historia.

Bob Fitch y Mary Oppenheimer presentan en *Ghana. El fin de una ilusión* un interesante estudio de una situación histórica. Predijeron en su obra que el régimen ghanés, firme según la opinión general, estaba a punto de caer. Y así sucedió, en el lapso que el original tardó en llegar de California a Nueva York.

De la extensa bibliografía marxista que se dedica fundamentalmente al examen de las leyes del movimiento histórico, sólo se mencionarán algunas de las obras más fundamentales. Destaca en primer lugar el *Manifiesto del Partido Comunista* (conocido como *Manifiesto Comunista*), por Carlos Marx y Federico Engels, publicado por primera vez en 1848. El llamamiento final que contiene se basa en un análisis, breve pero de vasto alcance, de la historia y de la sociedad humana. Marx, en *Miseria de la filosofía*, expone elementos importantes de su concepción histórica. El trabajo más citado del mismo autor, como exposición básica del materialismo histórico, es el prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*. Los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844 y La ideología alemana* (escrita en 1844-1845) de Marx y Engels, contienen un rico acervo de consideraciones acerca de la estructura social y de su dinámica.

Conviene citar aquí el folleto *Salario, precio y ganancia*, de Marx, explicación breve de la teoría marxista del valor y de la plusvalía, piedra angular de la concepción de la explotación en el capitalismo de esta interpretación; se expone mucho más a fondo, por supuesto, en *El Capital*.

G. V. Plejánov, en *El papel del individuo en la historia*, señala cómo, según la concepción marxista, el hombre está ciertamente sujeto a leyes en su actuación, pero que también su propia voluntad ejerce determinada acción, no prefijada mecánicamente.

Por último, mencionaremos el libro de Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, en el que este marxista húngaro hace una presentación, no por discutida menos clásica, del tema que el título indica y de otros estrechamente relacionados con él.

Es de gran interés lo que plantea Adolfo Gilly en *El siglo del relámpago*, integrado por siete estudios escritos entre 1900 y 2002. A partir de una concepción marxista, el autor plantea la lucha histórica entre el mundo del trabajo y el de los beneficiarios de éste, en sus diversos aspectos y condiciones específicas.

#### 4. Relación alfabética

##### Abreviaturas usadas:

FCE, Fondo de Cultura Económica

INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia

UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México

UTEHA, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana

Baran, Paul, *La economía política del crecimiento*, México, FCE, 1986.

Barros Acosta et al. (compiladores), *El pensamiento histórico: ayer y hoy. Del marxismo a las corrientes contemporáneas*, Antología, tomo III, México, UNAM, 1995.

Bernal, John D., *La ciencia en la historia*, México, Nueva Imagen-UNAM, 1990.

—, *La ciencia en nuestro tiempo*, México, Nueva Imagen-UNAM, 1981.

Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE.

—, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición crítica preparada por Etienne Bloch, México, INAH, FCE, 1996.

Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

Cardoso, Ciro F. y Héctor Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977.

Carr, E. H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix-Barral, 1978.

Ceceña, J. L., *El capital monopolista y la economía mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1994.

Chesneaux, Jean et al., *El modo de producción asiático*, México, Grijalbo, 1969.

—, *¿Hacemos tabla rasa de la historia?*, México, Siglo XXI Editores, 1977.

Childe, V. Gordon, *¿Qué sucedió en la historia?*, Buenos Aires, Leviatán, 1960.

—, *Teoría de la historia*, Buenos Aires, Pléyade, 1986.

—, *Los orígenes de la civilización*, México, FCE, 1965.

Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, México, FCE, 1952.

Commager, Henry Steele, *La historia; su naturaleza; sugerencias didácticas*, México, UTEHA, 1967.

Corcuera de Mancera, Sonia, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, FCE, 1997.

Crespo, Horacio et al., *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, UNAM, 1992 (11 colaboraciones).

- Curtis, L. P. Jr., *El taller del historiador*, México, FCE, 1986.
- Dawson, Christopher, *Dinámica de la historia universal*, Madrid, Rialp, 1961.
- Diamond, Jared, *Armas, gérmenes y acero. La sociedad humana y sus destinos*, Madrid, Debate, 1998.
- Dray, William, *Filosofía de la historia*, México, UTEHA, 1965.
- Engels, Federico, *Anti-Dühring*.
- , *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.
- Fitch, Bob y Mary Oppenheimer, *Ghana, el fin de una ilusión*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1967.
- Fontana, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo, 1982.
- , *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, México, Planeta, 1992.
- Gardiner, Patrick, *La naturaleza de la explicación histórica*, México, UNAM, 1961.
- Gilly, Adolfo, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, Desarrollo de Medios, S. A. de C. V. /La Jornada Ediciones, 2002.
- González, Luis, *El oficio de historiar*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, 1988.
- De Gortari, Eli, *Lógica general*, México, Grijalbo, 1965.
- , *Introducción a la lógica dialéctica*, México, FCE, 1959.
- Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós, 1998.
- Kahler, Erich, *¿Qué es la historia?*, México, FCE, 1966.
- Le Goff, Jacques, *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Lenin, Vladimir Ilich, *Obras escogidas*.
- Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969.
- Marx, Karl, *Miseria de la filosofía*.
- , *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*.
- , *Contribución a la crítica de la economía política*.
- , *Salario, precio y ganancia*.
- , *El capital*.
- , y Friedrich, Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*.
- , *La ideología alemana*.
- Von Mises, Ludwig, *Teoría e historia*, México, 1964.
- Matute, Álvaro, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Morgan, Lewis H., *La sociedad primitiva*, México, Consejo Nacional para la Cultura y de las Artes, 1993.
- Navarrete Linares, Federico et al., *El historiador frente a la Historia. Historia y Literatura*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000.
- Ortega y Medina, Juan A., *Polémica y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970.

- Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo XXI Editores, 1989.
- Pereyra, Carlos *et al.*, *Historia, ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- Plejanov, G. V., *El papel del individuo en la historia*, México, Palomar, 1962.
- Popper, Karl R., *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- Ribeiro, Darcy, *El proceso civilizatorio (de la revolución agrícola a la termonuclear)*, México, Extemporáneos, 1970.
- Schaff, Adam, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1990.
- Toynbee, Arnold J., *Estudio de la historia*, México, Planeta, 1985.
- Turner, Ralph, *Las grandes culturas de la humanidad*, México, FCE, 1963.
- Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, México, Grijalbo, 1968.
- , *Pensar la historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1992.
- Wagner, Fritz, *La ciencia de la historia*, México, UNAM, 1980.
- Walsh, W. H., *Introducción a la filosofía de la historia*, México, Siglo XXI Editores, 1968.
- Windelband, Wilhelm, *La filosofía de la historia*, México, UNAM, 1958.